

RAYMOND CHANDLER

LA DAMA DEL LAGO



ESPA
EBOOK

Cuarta novela publicada por **Raymond Chandler** (1888-1959), *La dama del lago* fue una de las obras más largamente gestadas por su autor, así como una de las de mayor éxito de público. Situada, de forma estrictamente contemporánea, durante la Segunda Guerra Mundial, la acción, que desencadena la desaparición de una mujer, se desarrolla a caballo entre Los Ángeles y las montañas próximas a la ciudad.

A diferencia de lo que ocurre en otras novelas de Chandler, como *El sueño eterno* o *Adiós, muñeca*, en esta ocasión Marlowe no se ve mezclado con millonarios, mujeres explosivas o individuos de ocupaciones sospechosas, sino con personajes corrientes cuya condición, sin embargo, no los exime de la sujeción a las pasiones, la corrupción y el crimen.



Raymond Chandler

La dama del lago

ePUB v1.0

GONZALEZ 30.12.11

más libros en espaebook.com

Título original: *The Lady in the Lake*

Traducción: Guerra, Marcos A.

Alianza Editorial, S.A.

Publicación: 05/1974

ISBN 13: 978-84-206-4018-1

ISBN 10: 84-206-4018-2

La acción de *La dama del lago* se enmarca en la segunda guerra mundial, cuando las dificultades para obtener caucho en Estados Unidos obligaban a reciclar el ya existente en el país.

1

El edificio Treloar estaba, y sigue estando, en la calle Olive, cerca de la calle Sexta, en el lado oeste. El pavimento de la acera delante de él era de losas de caucho blancas y negras. Las estaban levantando para entregarlas al gobierno, y un hombre pálido, sin sombrero y con cara de inspector de obras, vigilaba el trabajo como si le partiera el corazón.

Pasé junto a él, atravesé una galería de tiendas de lujo y entré en un amplio vestíbulo negro y oro. La Compañía Guillerlain estaba en el séptimo piso, al frente, tras una doble puerta de cristal enmarcada en metal de color platino. La recepción tenía alfombras chinas, paredes pintadas de un plata mate, muebles angulosos pero muy trabajados, varias piezas de escultura abstracta en materiales brillantes sobre pedestales y, en uno de los rincones, una alta vitrina triangular que, en estantes y peldaños, islas y promontorios de brillante espejo, contenía, al parecer, todos los frascos y cajas de lujo que se hubieran diseñado alguna vez. Había allí cremas y polvos, jabones y colonias para todos los gustos y todas las ocasiones. Había perfumes en frasquitos tan finos y alargados que parecía que un simple soplo pudiera volcarlos, y perfumes en pequeñas botellitas de color pastel con coquetos lazos de satén como niñas de una clase de baile. La flor y nata era, al parecer, algo muy pequeño y sencillo contenido en un frasquito achatado de color ámbar. Estaba en el centro, a la altura de los ojos y en medio de un gran espacio vacío, y la etiqueta decía: «Guillerlain Regal, el champán de los perfumes». Decididamente, aquello era lo que había que comprar. Una sola gota en el

hueco de tu garganta y sartas de perlas rosadas a juego comenzaban a caer sobre ti como un aguacero de verano.

Una rubita muy arreglada estaba sentada en un rincón, al fondo, ante una pequeña centralita telefónica y detrás de una barandilla, alejada de todo peligro. Tras un escritorio, frente a las puertas, estaba una preciosidad morena, alta y delgada, cuyo nombre, según la placa de metal colocada en ángulo sobre la mesa, era Adrienne Fromsett.

Vestía un traje sastre de color gris acero y, bajo la chaqueta, una blusa azul oscuro con corbata masculina de un tono más claro. Los bordes del pañuelo que asomaba por el bolsillo de la chaqueta parecían lo bastante afilados como para cortar pan. Llevaba como única joya una pulsera de cadena. Peinada con raya en medio, su melena oscura caía a ambos lados de su rostro en ondas no precisamente descuidadas. Tenía el cutis suave y marfileño, cejas bastante severas y unos grandes ojos oscuros que parecían capaces de enternecerse en el momento y lugar adecuados.

Dejé sobre su escritorio mi tarjeta, una de las que no tienen el revólver impreso en una esquina, y le dije que quería ver a Derace Kingsley. Miró la tarjeta y me dijo:

—¿Tiene usted cita con él?

—No.

—Es muy difícil ver al señor Kingsley sin cita previa.

—Eso no podía discutírselo.

—¿De qué se trata, señor Marlowe?

—De un asunto personal.

—Entiendo. ¿Le conoce el señor Kingsley, señor Marlowe?

—Creo que no, pero es posible que haya oído mi nombre. Puede decirle que vengo de parte del teniente M’Gee.

—¿Y conoce el señor Kingsley al teniente M’Gee?

Puso mi tarjeta junto a un montón de cartas recién mecanografiadas, se arrellanó en su asiento, apoyó un brazo en el escritorio y empezó a dar golpecitos en la mesa con un lápiz dorado.

Sonreí. La rubita de la centralita enderezó una oreja que parecía una concha y sonrió con una sonrisa esponjosa. Parecía una chica juguetona y

deseosa de agradar, aunque no muy segura de sí misma, como una gatita recién llegada a una casa en que a nadie le importan mucho los gatos.

—Espero que sí —le dije—. Pero quizá el mejor modo de averiguarlo sea preguntárselo.

Se apresuró a escribir sus iniciales en tres de las cartas para vencer la tentación de tirarme la escribanía a la cabeza. Luego volvió a hablar sin levantar la vista.

—El señor Kingsley está reunido. Le pasaré su tarjeta en cuanto tenga ocasión.

Le di las gracias y fui a sentarme en un sillón de cromo y cuero que resultó ser mucho más cómodo de lo que parecía. Pasó el tiempo y el silencio entró en escena. Nadie entraba ni salía. Las manos elegantes de la señorita Fromsett se movían entre los papeles y sólo de vez en cuando se oía el piar quedo de la gatita en la centralita telefónica y el clic suave de las clavijas al meterlas y sacarlas.

Encendí un cigarrillo y arrastré un cenicero hasta el asiento. Los minutos pasaban de puntillas con un dedo sobre los labios. Miré a mi alrededor. Es imposible saber qué pasa en una compañía así. Pueden estar ganando millones o pueden tener al sheriff en la trastienda con el respaldo de la silla apoyado en la caja fuerte.

Media hora y tres o cuatro cigarrillos después se abrió una puerta tras el escritorio de la señorita Fromsett y dos hombres salieron riendo de un despacho. Un tercero mantuvo la puerta abierta y también sonreía. Se estrecharon las manos calurosamente y los dos primeros cruzaron la sala y se fueron. El tercero dejó caer la sonrisa de su cara y de pronto pareció como si no se hubiera reído en la vida. Era un tipo alto vestido de gris y con poca gana de bromas.

—¿Alguna llamada? —preguntó con voz aguda y autoritaria.

La señorita Fromsett dijo suavemente:

—Un tal señor Marlowe desea verle. Viene de parte del teniente M’Gee. Se trata de un asunto personal.

—No le conozco —gruñó el hombre alto.

Cogió mi tarjeta y, sin mirarme siquiera, volvió a su despacho. La puerta

se cerró sobre un mecanismo neumático con un ruido ahogado. La señorita Fromsett me dirigió una falsa sonrisa triste que yo le devolví transformada en una mueca grosera. Me comí otro cigarrillo y siguió pasando el tiempo. Empezaba a sentir un gran cariño por la Compañía Guillerlain.

Diez minutos después volvió a abrirse la misma puerta. El pez gordo salió con el sombrero puesto y gruñó que iba a cortarse el pelo. Echó a andar sobre la alfombra china con paso atlético, recorrió la mitad de la distancia que le separaba de la puerta y, de pronto, se volvió y se acercó a donde yo estaba sentado.

—¿Quería verme? —me espetó.

Medía aproximadamente un metro noventa y de blando no tenía casi nada. En sus ojos color gris piedra brillaban unas chispitas de luz fría. Llenaba un traje de talla grande de franela gris oscuro con rayita blanca y lo llenaba con elegancia. Su porte revelaba que era un hombre difícil.

Me levanté.

—Si es usted Derace Kingsley, sí.

—¿Y quién diablos cree que soy?

Le dejé que se apuntara ese tanto y le entregué mi otra tarjeta, una de las que indican mi profesión. La apretó en su zarpa y la miró con el ceño fruncido.

—¿Quién es M’Gee? —preguntó bruscamente.

—Un sujeto amigo mío.

—Me fascina el asunto —dijo mientras miraba a la señorita Fromsett. A ella le gustó. Le gustó mucho—. ¿Podría decirme algo más, si no es demasiada molestia?

—Verá usted, le llaman Violetas M’Gee —le dije—, porque masca constantemente unas pastillas para la garganta que huelen a violeta. Es un hombretón con el pelo plateado y una boquita preciosa hecha para besar a recién nacidos. La última vez que le vi llevaba un bonito traje azul, zapatos marrones de puntera ancha y sombrero gris. Iba fumando opio en una pipa de brezo.

—No me gustan sus modales —dijo Kingsley con una voz que, por sí sola, habría podido partir una nuez del Brasil.

—No se preocupe por eso. No los vendo.

Retrocedió como si le hubiera colgado delante de las narices un arenque pescado la semana anterior. Luego me dio la espalda y me dijo por encima del hombro:

—Le doy exactamente tres minutos. Dios sabrá por qué.

Cruzó a toda prisa la alfombra china pasando junto al escritorio de la señorita Fromsett en dirección a su despacho, abrió la puerta de un empujón y dejó que se me cerrara en las narices. También eso le gustó a la señorita Fromsett, pero ahora creí adivinar además, tras sus ojos, una risa furtiva.

2

Su despacho era un despacho modelo. Era amplio y silencioso, estaba en penumbra y tenía aire acondicionado. Las ventanas estaban cerradas y las persianas de lamas, entreabiertas para que no pudiera penetrar la claridad de julio. Las cortinas eran grises, lo mismo que la alfombra. En un rincón había una caja fuerte negra y plateada y una fila de ficheros bajos a juego. De la pared colgaba una enorme fotografía coloreada de un anciano de nariz corva cincelada a escoplo, patillas y cuello de pajarita. La nuez que sobresalía del cuello de la camisa parecía más dura que la barbilla de la mayoría de la gente. En una placa, bajo la fotografía, se leía: «Matthew Guillerlain, 1860–1934».

Derace Kingsley fue a instalarse enérgicamente tras unos ochocientos dólares de escritorio para ejecutivos y plantó su parte posterior en un alto sillón de cuero. Sacó un puro de una caja de cobre y caoba, cortó la punta y lo encendió con un pesado encendedor de cobre. Se tomó todo el tiempo que quiso. El mío no importaba. Cuando acabó, se arrellanó en el asiento, lanzó una bocanada de humo y dijo:

—Soy un hombre de negocios y voy directamente al grano. Según su tarjeta es usted detective profesional. Enséñeme algo que lo demuestre.

Saqué la cartera y le enseñé varias cosas que lo demostraban. Él las miró y las arrojó después sobre la mesa. La funda de plástico que contenía la fotocopia de mi licencia cayó al suelo. No se molestó en disculparse.

—No conozco a M'Gee —me dijo—. Pero conozco al sheriff Petersen. Le pedí que me mandara a un hombre de confianza para encargarle un trabajo y

supongo que es usted.

—M'Gee está en la comisaría de Hollywood, que depende de la oficina del sheriff —le dije—. Puede usted comprobarlo.

—No es necesario. Creo que usted servirá, pero no se pase conmigo. Y recuerde que cuando contrato a alguien, ese alguien me pertenece. Hace exactamente lo que yo le digo y no se va de la lengua. Si no, le largo enseguida, ¿entendido? Espero no parecerle demasiado duro.

—¿Por qué no dejamos esa cuestión en suspenso? —le dije.

Frunció el ceño. Luego dijo bruscamente:

—¿Cuánto cobra?

—Veinticinco dólares al día más los gastos. Y ocho centavos el kilómetro por el uso de mi coche.

—Absurdo —me dijo—. Es demasiado. Quince dólares al día es más que suficiente. Le pagaré por el uso del coche una cantidad prudencial de acuerdo con las tarifas vigentes. Pero nada de irse por ahí a mi costa.

Lancé una bocanada de humo gris que disipé con la mano. No dije nada. Él pareció un poco extrañado de mi silencio. Se inclinó sobre el escritorio y me señaló con el puro.

—Aún no le he contratado, pero si lo hago —dijo—, el trabajo será absolutamente confidencial. Nada de comentarlo con sus amigos de la policía, ¿entendido?

—¿Qué es lo que quiere exactamente, señor Kingsley?

—¿Y a usted qué más le da? Hace toda clase de investigaciones, ¿no? —Todas no. Sólo las razonablemente honradas.

Me miró abiertamente con la mandíbula apretada. En sus ojos grises había una mirada opaca.

—Para empezar, no me ocupo de asuntos de divorcio —dijo—. Y cobro cien dólares de fianza a los desconocidos.

—¡Vaya, vaya! —dijo de pronto con voz suave—. ¡Vaya, vaya!

—En cuanto a si me parece usted demasiado duro o no —le dije—, la mayoría de mis clientes empiezan o llorándome en el hombro, o gritándome para demostrar quién manda. Pero, por lo general, acaban siendo muy razonables. Eso si siguen vivos.

—¡Vaya, vaya! —volvió a decir con la misma voz suave y sin dejar de mirarme—. ¿Y son muchos los que pierde usted? —preguntó.

—Si me tratan bien, no —contesté.

—Coja un puro —me dijo.

Lo cogí y me lo metí en el bolsillo.

—Quiero que encuentre a mi mujer —continuó—. Desapareció hace un mes.

—Muy bien —le dije—. Encontraré a su mujer.

Dio unas palmaditas en la mesa con las dos manos. Me contempló fijamente.

—Empiezo a creer que lo hará —dijo. Luego sonrió—. Hacía cuatro años que nadie me paraba los pies como acaba de hacerlo usted. —Me callé—. Y qué quiere que le diga —continuó—. Me ha gustado. Me ha gustado mucho. —Hundió los dedos en su espesa cabellera oscura—. Desapareció hace un mes —dijo— de una casita que tenemos en las montañas, cerca de Puma Point. ¿Conoce usted Puma Point?

Le dije que sí, que lo conocía.

—Tenemos allí una casita, a unos cinco kilómetros del pueblo —dijo—, a la que se llega en parte por un camino particular. Está junto a un lago también particular, el lago del Corzo. Hay allí un embalse que construimos entre tres para aumentar el valor de las tierras. Soy dueño de esos terrenos junto con otras dos personas. Son bastante grandes, pero no están urbanizados ni lo estarán durante bastante tiempo. Mis amigos tienen cada uno su casa, yo tengo la mía y un hombre llamado Bill Chess vive gratis en otra con su esposa y cuida de la propiedad. Es mutilado de guerra y cobra una pensión. Eso es todo lo que hay. Mi mujer se fue allí a mediados de mayo, vino a Los Ángeles a pasar un par de fines de semana y tenía que volver aquí para asistir a una fiesta el 12 de junio, pero no apareció. Desde entonces no he vuelto a verla.

—¿Qué ha hecho usted? —le pregunté.

—Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera he ido por allí.

Esperó. Deseaba que le preguntara por qué.

—¿Por qué? —pregunté.

Echó hacia atrás el sillón para abrir un cajón que tenía cerrado con llave. Sacó de él un papel doblado y me lo entregó. Lo desdoblé y vi que era un telegrama. Lo habían cursado en El Paso el día 14 de junio, a las nueve diecinueve de la mañana. Iba dirigido a Derace Kingsley, Carson Drive, 965, Beverly Hills, y decía:

—Cruzo frontera para pedir divorcio en México. Stop. Me caso con Chris. Stop. Adiós y buena suerte. Crystal.

Lo dejé sobre mi lado de la mesa y él me entregó una fotografía grande y clara, en papel brillante, en la que se veía a un hombre y a una mujer sentados en la arena bajo una sombrilla de playa. El hombre llevaba un calzón de baño y la mujer un bañador de rayón blanco muy atrevido. Era una rubia delgada y joven. Tenía muy buen tipo y sonreía. El era un hombre corpulento, de tez morena, guapo, de hombros y piernas fuertes, pelo oscuro liso y brillante y dientes blancos. Un metro ochenta del tipo habitual de destructor de hogares. Unos brazos fuertes para abrazar y todo el cerebro en la cara. Llevaba unas gafas de sol en la mano y sonreía a la cámara con una sonrisa fácil lograda a base de mucha práctica.

—Ésa es Crystal —dijo Kingsley—. Y él es Chris Lavery. Pueden quedarse el uno con el otro y que se vayan los dos al infierno.

Puse la foto sobre el telegrama.

—Bien. ¿Cuál es el problema entonces? —le pregunté.

—Allí no hay teléfono —me dijo—, y la fiesta para la que tenía que venir Crystal no era muy importante, así que hasta que me llegó el telegrama no me preocupé gran cosa del asunto. El telegrama no me sorprendió demasiado. Crystal y yo no nos entendemos desde hace años. Ella vive su vida y yo la mía. Tiene dinero, y mucho. Unos veinte mil dólares de renta anual procedentes de una empresa familiar que posee valiosas concesiones de petróleo en Texas. Ella tiene aventuras y yo sabía que Lavery era uno de sus amiguitos. Me sorprendió, quizá, que quisiera casarse con él, porque ese hombre no es más que un donjuán profesional, pero hasta ese momento todo entraba dentro de lo que podía considerarse normal, ¿me comprende usted?

—¿Y luego?

—Durante dos semanas, nada. Después me llamaron del hotel Prescott, de

San Bernardino, y me dijeron que un Packard Clipper, con la patente a nombre de Crystal Grace Kingsley y con mi dirección, estaba abandonado en su garaje y que qué hacían con él. Les dije que me lo guardaran allí y les mandé un cheque. Tampoco era raro eso. Pensé que Crystal se encontraba fuera de California, y que si se había ido en coche, se habría ido en el de Lavery. Pero anteayer me encontré a Lavery delante del Athletic Club que está ahí en la esquina y me dijo que no sabía dónde estaba Crystal.

Kingsley me dirigió una mirada rápida y puso una botella y dos vasos de cristal ahumado sobre la mesa. Llenó los vasos y me acercó uno. Miró el suyo a contraluz y me dijo lentamente:

—Lavery me dijo que no se había ido con ella, que no la había visto en dos meses y que no habían estado en contacto en todo este tiempo.

—¿Y usted le creyó?

Asintió con el ceño fruncido, se bebió el contenido del vaso y lo dejó a un lado. Probé lo que contenía el mío. Era whisky. Escocés y no muy bueno.

—Si le creí —me dijo—, y probablemente me equivoqué al hacerlo, no es porque Lavery sea precisamente un individuo en quien se pueda confiar. Ni pensarlo. Le creí porque es un hijo de puta que considera elegante acostarse con las mujeres de sus amigos y presumir de ello. Le habría encantado soltarme que había convencido a mi mujer de que huyera con él dejándome plantado. Conozco bien a esos tipos y especialmente a ése. Fue viajante nuestro una temporada y siempre estaba metiéndose en líos. No dejaba en paz a ninguna de las secretarias. Por otra parte, estaba el telegrama que había recibido de El Paso, y se lo dije. ¿Por qué iba a pensar que valía la pena mentirme?

—Es posible que ella le dejara plantado —dijo—, y eso le habría herido en lo más vivo: en su complejo de Casanova.

Kingsley se animó un poco, pero no mucho. Negó con la cabeza.

—Me inclino a creer que no me mintió —dijo—. Tendrá usted que demostrarme que me equivoco. Por eso le necesito, en parte. Pero hay otro aspecto del asunto que me preocupa mucho. Tengo un buen empleo aquí que no es más que eso, un buen empleo. No podría soportar un escándalo. Me echarían sin contemplaciones si mi mujer se metiera en un lío con la policía.

—¿Con la policía?

—Entre sus actividades dijo Kingsley sombrío—, Crystal encuentra tiempo para birlar lo que puede en los grandes almacenes. Creo que es una especie de manía de grandeza que le da cuando ha bebido demasiado, pero lo cierto es que hemos tenido algunas escenas bastante desagradables con varios encargados. Hasta el momento he conseguido que no la denuncien, pero si llegara a hacer algo semejante en una ciudad en que nadie la conociera... —Levantó las manos y las dejó caer de golpe sobre la mesa—. Podrían meterla en la cárcel, ¿no?

—¿Le han tomado alguna vez las huellas?

—Nunca la han detenido —dijo.

—No me refería a eso. En algunos de los grandes almacenes, para no denunciar a quien ha robado algo, ponen como condición tomarle las huellas. Eso asusta a los aficionados, y los propietarios, por otro lado, se hacen con un archivo de cleptómanos que la asociación utiliza para protegerse. Cuando las huellas aparecen un determinado número de veces, se acabó.

—Que yo sepa, nunca ha ocurrido nada semejante —dijo.

—Bueno, creo que por el momento podemos dejar a un lado ese asunto de los robos —dijo—. Si la hubieran detenido, la habrían registrado, y aunque la policía le hubiera permitido utilizar un nombre falso, probablemente se habrían puesto en contacto con usted. Por otra parte, ella, al verse en un apuro, le habría pedido ayuda. —Di unos golpecitos con el dedo en el papel azul y blanco del telegrama—. Esto es de hace más de un mes. Si lo que usted teme hubiera ocurrido por entonces, el caso se habría cerrado ya. Por tratarse de una primera detención, habría salido del paso con una condicional y una buena reprimenda.

Se sirvió otra copa para aliviar su preocupación.

—Eso me tranquiliza un poco —dijo.

—Pueden haberle ocurrido muchas otras cosas —le dije—. Que se fugara con Lavery y después discutieran. Que se largara con otro hombre y le enviara a usted ese telegrama para despistarle. Que se fuera sola o con otra mujer. Que bebiera más de la cuenta y esté ahora en un centro de desintoxicación haciéndose una cura. Que se metiera en un lío del que no

tenemos ni la menor idea. O que se encontrara en una situación realmente peligrosa.

—¡Dios mío! ¡No diga eso! —exclamó Kingsley.

—¿Por qué no? También tiene que tenerlo en cuenta. Me hago una vaga idea de cómo es la señora Kingsley. Creo que es joven, guapa, alocada e indomable. Que bebe, y que cuando bebe, hace cosas peligrosas. Que se deja engatusar fácilmente por los hombres y que es capaz de largarse con cualquier desconocido que luego pueda resultar un delincuente. ¿Es así?

—Palabra por palabra.

—¿Cuánto dinero llevaba?

—Le gusta llevar bastante. Tiene su cuenta en un banco distinto del mío. Podía llevar cualquier cantidad.

—¿Tienen ustedes hijos?

—No.

—¿Administra usted los negocios de su mujer?

Negó con la cabeza.

—Su único negocio consiste en ingresar talones, sacar dinero y gastárselo. Nunca invierte un céntimo. Y su dinero nunca me ha servido de nada, si es eso lo que está pensando.

Hizo una pausa y continuó.

—No crea que no lo he intentado. Soy un hombre como los demás y no me hace ninguna gracia ver cómo una renta de veinte mil dólares anuales desaparece sin dejar más rastro que unas cuantas resacas y unos amantes del tipo de Chris Lavery.

—¿Cómo se lleva usted con los del banco de su mujer? ¿Podrían darle una lista de las cantidades que ha retirado durante los dos últimos meses?

—No querrán. Intenté que me dieran ese tipo de información una vez, cuando me dio por pensar que le estaban haciendo chantaje. No me hicieron ni caso.

—Podemos conseguirla —le dije—, y quizá tengamos que hacerlo. Pero supondría denunciar su desaparición y eso usted no quiere hacerlo, ¿verdad?

—Si quisiera, no le habría llamado.

Asentí, reuní mis documentos y me los guardé en el bolsillo.

—El asunto tiene más vueltas de las que veo en este momento —le dije —, pero comenzaré por hablar con Lavery, acercarme al lago del Corzo y hacer allí unas cuantas preguntas. Necesito la dirección de Lavery y una nota de presentación para el hombre que cuida de la casa.

Sacó una hoja de papel de un cajón, escribió algo y me la entregó. Decía: «Estimado Bill: le presento al señor Marlowe, que desea ver la propiedad. Por favor, enséñele la casa y ayúdele en todo lo necesario. Suyo, Derace Kingsley». Doblé la nota y la introduje en el sobre que él había estado escribiendo mientras yo leía.

—¿Qué me dice de las otras casas? —le pregunté.

—Hasta el momento, este año no ha ido nadie por allí. De los propietarios, uno trabaja para el gobierno en Washington y el otro está en Fort Leavenworth. Sus mujeres están con ellos.

—Ahora, deme la dirección de Lavery —le dije.

Miró a un punto situado muy por encima de mi cabeza.

—Vive en Bay City. Sabría ir a su casa, pero he olvidado la dirección. La señorita Fromsett podrá dársela, creo. No es necesario que le diga para qué la necesita. Aunque probablemente lo sabrá. Y ahora, me ha dicho que quiere cien dólares.

—No se preocupe. Lo dije sólo por sus malos modos.

Sonrió. Me levanté y dudé un poco junto a la mesa. Al cabo de un momento dije:

—No me ocultará usted nada, ¿verdad? Nada de importancia, quiero decir. Fijó la vista en sus pulgares.

—No, no le oculto nada. Estoy preocupado y quiero saber dónde está mi mujer. Estoy muy preocupado. Si averigua usted algo, llámeme a cualquier hora del día o de la noche.

Le aseguré que así lo haría, nos dimos la mano, salí del amplio y fresco despacho y volví a la recepción, donde la señorita Fromsett seguía elegantemente sentada tras su escritorio.

—El señor Kingsley cree que usted puede darme la dirección de Chris Lavery —le dije.

Observé fijamente su rostro.

Cogió lentamente una agenda de piel marrón y pasó unas páginas. Luego habló con voz tensa y fría.

—La dirección que tenemos es calle Altair, 623, Bay City. Teléfono 12523 de Bay City. Pero el señor Lavery dejó de trabajar para nosotros hace más de un año. Puede haberse mudado.

Le di las gracias y me dirigí a la puerta. Desde allí me volví a mirarla. Estaba sentada, muy quieta, con las manos entrelazadas sobre el escritorio y la mirada fija en el vacío. Un par de manchas rojas ardían en sus mejillas y su mirada era remota y amarga.

Me dio la impresión de que Chris Lavery no le resultaba un pensamiento agradable.

3

La calle Altair estaba en el ángulo de la uve que formaba el extremo interior de un profundo cañón. Hacia el norte se extendía la fresca curva azul de la bahía hasta adentrarse en el mar más arriba de Malibú. Hacia el sur, a lo largo de la carretera de la costa, se desparramaba sobre un acantilado la población costera de Bay City.

Era una calle corta, de sólo tres o cuatro manzanas, que terminaba en la alta verja de hierro de una enorme propiedad. Tras las puntas doradas de los barrotes se veían árboles y arbustos, algo de césped y parte de la curva de un camino asfaltado, pero la casa estaba oculta. En el lado de la calle más alejado del mar, las casas estaban bien cuidadas y eran bastante grandes, pero los pocos bungalows diseminados por el borde del cañón no eran gran cosa. En la media manzana cortada por la verja de hierro había sólo dos casas, una a cada lado de la calle y casi frente por frente. La más pequeña era el número 623.

Pasé ante ella sin detener el coche, di la vuelta en el semicírculo asfaltado en que terminaba la calle y aparqué ante el solar contiguo a la casa de Lavery. Estaba construida hacia abajo, produciendo un efecto como de planta trepadora, con la puerta principal a un nivel un poco más bajo que la calle, el patio sobre el tejado, el dormitorio en el sótano y un garaje semejante a la tronera de una mesa de billar. Una buganvilla escarlata susurraba contra el muro de la fachada principal y las losas del camino que conducía a la puerta estaban bordeadas de musgo. La puerta era estrecha, tenía una mirilla

enrejada y estaba coronada por un arco apuntado. Bajo la mirilla había una aldaba de hierro. Llamé varias veces.

No ocurrió nada. Pulsé el timbre que había a un lado de la puerta y lo oí sonar no muy lejos en el interior de la casa. Esperé y tampoco ocurrió nada. Volví a llamar con la aldaba. Nada otra vez. Volví a subir el caminito de losas, me acerqué al garaje y levanté un poco la puerta, lo suficiente para ver que dentro había un coche con los neumáticos ribeteados de blanco. Volví a la puerta principal.

Un bonito Cadillac negro salió del garaje de la casa de enfrente, retrocedió, dio la vuelta, pasó ante la casa de Lavery, aminoró la marcha y un hombre delgado con gafas de sol me miró severamente desde el interior como si yo no tuviera derecho a estar allí. Le dirigí mi mirada de acero y siguió adelante.

Volví por el caminito y de nuevo martilleé con la aldaba. Esta vez dio resultado. La mirilla se abrió y, a través de la reja, vi a un sujeto guapo y de ojos brillantes.

—Está armando un escándalo —dijo.

—¿Es usted el señor Lavery?

Me contestó que sí y que y qué. Pasé una tarjeta a través de la reja. La cogió una mano grande y morena. Volvieron los brillantes ojos castaños y la voz dijo:

—Lo siento. Hoy no necesito ningún detective.

—Trabajo para Derace Kingsley.

—Pues váyanse al diablo los dos —dijo, y cerró de un golpe la mirilla.

Apoyé el dedo en el timbre, saqué un cigarrillo con la mano que tenía libre, y, acababa de encender una cerilla raspándola contra el marco de la puerta cuando ésta se abrió de pronto y un tipo grande, vestido con bañador, sandalias de playa y un albornoz de felpa blanco se encaró conmigo.

Dejé de tocar el timbre y le sonreí.

—¿Qué le pasa? —le pregunté—. ¿Tiene miedo?

—Vuelva a tocar el timbre —dijo— y le mandó al otro lado de la calle.

—No sea niño. Sabe perfectamente que yo voy a hablar con usted y que usted va a hablar conmigo.

Saqué el telegrama azul y blanco del bolsillo y lo puse ante sus brillantes ojos castaños. Lo leyó lentamente, se mordió el labio inferior y gruñó:

—Maldita sea, pase de una vez!

Me abrió la puerta de par en par y entré en la penumbra de una habitación muy acogedora decorada con una alfombra china color albaricoque que parecía cara, unos cuantos sillones de brazos muy altos, varias lámparas cilíndricas blancas, un escritorio grande en el rincón, un sofá largo y muy ancho tapizado en mohair color tostado y marrón y una chimenea con guardafuegos de cobre y repisa de madera blanca. Tras el guardafuegos había leña, oculta en parte por una rama de manzanita en flor. Las flores empezaban a amarillear, pero seguían siendo muy bonitas. Sobre una mesa baja y redonda de madera de nogal y sobre de cristal había una bandeja con una botella de Vat 69, vasos y una cubitera de cobre. La habitación se prolongaba hasta el fondo de la casa y terminaba en un arco bajo, a través del cual se veían tres ventanas estrechas y el arranque de la barandilla de hierro blanco de la escalera de bajada.

Lavery cerró dando un portazo y se sentó en el sofá. Sacó un cigarrillo de una caja de plata, lo encendió y me miró irritado. Yo me senté frente a él y le observé. En cuanto al aspecto físico, era todo lo guapo que permitía anticipar la fotografía. Tenía un torso estupendo y unos muslos magníficos. Sus ojos eran castaños, con el blanco ligeramente grisáceo. El pelo, bastante largo, se le rizaba un poco sobre las sienes. La piel morena no mostraba la menor señal de disipación. Era un hermoso trozo de carne, pero para mí no era más que eso. Aunque entendía que encandilara a las mujeres.

—¿Por qué no nos dice dónde está? —le pregunté—. De todos modos vamos a averiguarlo, pero si nos lo dice ahora, dejaremos de molestarle.

—Se necesita algo más que un detective privado para molestarme a mí —dijo él.

—No, no es cierto. Un detective privado puede molestar a cualquiera. Somos tercos y estamos acostumbrados a los desplantes. Nos pagan por día y lo mismo nos da emplear el tiempo en molestarle a usted que en cualquier otra cosa.

—Óigame usted —me dijo inclinándose hacia delante y apuntándome con

el cigarrillo—. He leído lo que dice el telegrama, pero es mentira. Yo no fui a El Paso con Crystal Kingsley. Hace mucho que no la veo, desde mucho antes de la fecha de ese telegrama. No he estado en contacto con ella. Ya se lo dije a Kingsley.

—Él no tiene por qué creerle.

—¿Y por qué habría de mentirle?

Parecía sorprendido.

—¿Y por qué no?

—Mire —me dijo con vehemencia—, usted puede creer que miento porque no la conoce, pero no es así. Kingsley no tiene ningún control sobre ella. Y si no le gusta cómo se porta, ya sabe lo que tiene que hacer. Los maridos posesivos me ponen enfermo.

—Si no fue usted a El Paso con Crystal —le dije—, ¿por qué puso ella este telegrama?

—No tengo la menor idea.

—Seguro que puede decirme algo más —le dije. Señalé la rama de manzanita que había en la chimenea—. ¿La cogió en el lago del Corzo?

—Las colinas de por aquí están llenas de manzanita —dijo con desprecio.

—Pero aquí no florece como allí.

Rió.

—Está bien. Fui allí la tercera semana de mayo. Supongo que podría averiguarlo por su cuenta. Ésa fue la última vez que la vi.

—¿Pensaba casarse con ella?

Lanzó una bocanada de humo y dijo a través de él:

—Lo he pensado, sí. Es rica y el dinero siempre viene bien. Pero sería un modo demasiado difícil de conseguirlo.

Asentí con la cabeza, pero no dije nada. Él miró la rama de manzanita y se apoyó en el respaldo del sofá para lanzar al aire una nube de humo y mostrarme el perfil fuerte y moreno de su garganta. Al poco rato, viendo que yo seguía sin decir nada, empezó a inquietarse. Miró la tarjeta que le había dado y dijo:

—Así que cobra usted por sacar trapos sucios a la luz, ¿eh? ¿Da mucho dinero eso?

—No crea que es para forrarse. Un dólar por aquí, otro por allá... —Y todos bastante asquerosos.

—Siga usted, señor Lavery. No es necesario que discutamos. Kingsley cree que usted sabe dónde está su mujer, pero no quiere decírselo. Por maldad o por delicadeza.

—¿Por qué razón preferiría él que fuera? —gruñó el guapo moreno.

—Lo mismo le da con tal de que le dé esa información. No le importa mucho lo que hagan ustedes dos, ni adónde puedan ir, ni si ella se divorcia o no. Sólo quiere asegurarse de que todo va bien y de que ella no se ha metido en ningún lío.

Lavery pareció interesado.

—¿En un lío? ¿Qué clase de lío?

Lamió la palabra sobre sus labios morenos, saboreándola.

—Quizá no sepa usted nada del tipo de lío en que piensa él.

—Dígamelo —suplicó con sarcasmo—. Me encantará saber que existe algún tipo de lío del que yo no sepa nada.

—¡Qué bien lo hace usted! —le dije—. Para las cosas serias no tiene tiempo, pero para hacer chistes, le sobra. Si cree que vamos a hacer que le detengan por haber cruzado la frontera del estado con ella, se equivoca.

—¡Váyase al cuerno! Tendría que demostrar que pagué el transporte o la denuncia no serviría de nada.

—Este telegrama tiene que significar algo —repetí tozudamente. Me pareció que ya lo había dicho antes. Varias veces.

—Probablemente se trata de una de sus cosas. Ella siempre usa trucos como ése. Todos bastante tontos y algunos hasta perversos.

—Pues a éste no le veo ningún sentido.

Aacudió cuidadosamente la ceniza del cigarrillo sobre la mesita de cristal. Me lanzó una mirada solapada e, inmediatamente, desvió la vista.

—La dejé plantada —dijo lentamente—. Puede que ésta sea su forma de vengarse de mí. Había quedado en ir a verla un fin de semana. Y no fui. Estaba harto de ella.

—Ya —dije. Y le miré largamente—. No me gusta mucho. Habría preferido que se hubiera ido a El Paso con ella, que hubieran discutido allí y

después se hubieran separado. ¿No podría decirme eso?

Se puso como la grana bajo el bronceado.

—¡Maldita sea! Ya le he dicho que no fui a ninguna parte con ella. ¡A ninguna parte! ¿Es que no se acuerda?

—Me acordaré cuando le crea.

Se inclinó hacia delante para apagar el cigarrillo. Se levantó con un movimiento ágil, sin apresurarse, se apretó el nudo del cinturón del albornoz y se detuvo junto al brazo del sofá.

—Muy bien —dijo con voz tensa y clara—. ¡Largo de aquí! ¡Fuera! Estoy harto de tanto interrogatorio. Estamos perdiendo mi tiempo y el suyo, si es que el suyo vale algo.

Me levanté y le sonreí.

—No mucho, pero por poco que valga, me lo pagan. ¿No habrá tenido usted por casualidad algún contratiempo, digamos que en la sección de joyería o de medias de algunos grandes almacenes?

Me miró atentamente con el ceño sombrío y los labios fruncidos. —No le entiendo —dijo, pero su voz traslucía cierta preocupación.

—Eso es todo lo que necesitaba saber —le dije—. Gracias por escucharme.

—Y a propósito, ¿en qué trabaja usted desde que dejó la compañía de Kingsley? —¿Qué demonios le importa a usted eso?

—Nada, pero naturalmente puedo averiguarlo —dije, y avancé un poco hacia la puerta, no mucho.

—Por el momento no hago nada —dijo fríamente—. Espero en cualquier momento un nombramiento de la Marina.

—Es un trabajo que le va.

—Sí. Hasta la vista, sabueso, y no se moleste en volver por aquí. No pienso estar en casa.

Me acerqué a la puerta y la empujé. Se quedó atascada en el umbral a causa de la humedad del mar. Cuando al fin conseguí abrirla me volví a mirar a Lavery. Seguía de pie, con el ceño fruncido y lleno de truenos mudos.

—Quizá tenga que volver —le dije—. Pero entonces no será para intercambiar bromitas. Será porque haya averiguado algo que exija una

conversación.

—Así que sigue creyendo que miento —exclamó salvajemente.

—Creo que se calla algo. He visto demasiadas caras para no saberlo. Puede que no sea asunto mío. Si es así tendrá que echarme otra vez.

—Será un placer —dijo—. Pero a la próxima, tráigase a alguien que le lleve a casa. Por si se cae de espaldas y se parte la crisma.

Luego, sin motivo aparente, escupió en la alfombra a sus pies.

Me sorprendió. Fue como ver a un tipo desprenderse del barniz y convertirse de pronto en un tipo duro en medio de un callejón. O como oír a una mujer supuestamente refinada empezar a decir tacos.

—Adiós, belleza —le dije, y le dejé allí de pie.

Cerré la puerta tirando con fuerza y subí por el sendero hasta la calle. Luego me quedé en la acera mirando la casa de enfrente.

4

Era una construcción ancha y baja, con muros de estuco que habían sido de un rosa fuerte y habían ido perdiendo color hasta quedar de un agradable tono pastel y con los marcos de las ventanas pintados de color verde mate. La cubierta era de tejas verdes, redondeadas y toscas. La puerta principal estaba enmarcada por una banda de mosaico multicolor y ante ella se extendía un jardincillo de flores rodeado por una cerca baja de estuco rematada por barrotes de hierro que la humedad del mar había empezado a corroer. Fuera de la cerca, a la izquierda, había un garaje para tres coches con una puerta que daba al interior del jardín y de la cual arrancaba un caminito de asfalto que llegaba hasta la entrada lateral de la casa. Junto a la puerta de la cerca había una placa de bronce que decía: «Albert S. Almore. Doctor en Medicina».

Mientras contemplaba la casa desde la acera de enfrente, el Cadillac negro que había visto poco antes dobló por la esquina ronroneando y avanzó manzana arriba. Aminoró la marcha y se hizo a la derecha con el fin de disponer de espacio para entrar en el garaje, decidió que mi coche le estorbaba, siguió hasta el final de la calle y dio la vuelta donde había más espacio, ante la verja ornamentada del fondo. Volvió lentamente y entró en el tercio de garaje que estaba vacío.

El hombre delgado con gafas de sol comenzó a recorrer el sendero que conducía a la casa con un maletín de médico de doble asa en la mano. A medio camino, comenzó a andar lentamente para mirarme. Yo me dirigí a mi

coche. Al llegar a la casa sacó una llave y, mientras abría, se volvió de nuevo a mirarme.

Subí al Chrysler y me senté en el interior a fumar un cigarrillo y a pensar si valía la pena o no pagar a alguien para que siguiera a Lavery. Decidí que, tal como estaban las cosas, de momento era mejor no hacerlo.

Unas cortinas se movieron tras una ventana de la planta baja cercana a la puerta por la que había entrado el doctor Almore. Las sostenía una mano delgada y adiviné el reflejo de la luz en los cristales de unas gafas. Las cortinas permanecieron apartadas bastante tiempo antes de volver a cerrarse.

Miré hacia la casa de Lavery. Desde el lugar en que me hallaba vi que el porche de servicio daba a un tramo de escalones de madera pintada que acababa en un camino asfaltado y en otro tramo de escalones, esta vez de cemento, que iba a morir a su vez en el callejón asfaltado de abajo.

Volví a mirar la casa del doctor Almore mientras me preguntaba distraídamente si éste conocería a Lavery y hasta qué punto. Era más que probable, puesto que eran los dos únicos vecinos en aquella manzana. Pero tratándose de un médico no me diría nada acerca de él. Al mirar vi que las cortinas que había visto moverse estaban ahora completamente descorridas.

El panel central de la triple ventana no tenía persiana. Tras él, el doctor Almore me miraba con su rostro delgado contraído en un gesto torvo. Sacudí la ceniza del cigarrillo por la ventanilla del coche y él se volvió bruscamente y se sentó ante un escritorio. Sobre el tablero, a su lado, se hallaba el maletín de doble asa. Permaneció sentado rígidamente, golpeando la madera con los dedos junto al maletín. Hizo ademán de descolgar el teléfono, lo tocó y retiró la mano. Encendió un cigarrillo, sacudió la cerilla con furia, se acercó a zancadas a la ventana y volvió a mirarme.

El asunto me interesó aunque sólo fuera porque se trataba de un médico, que son, por lo general, los hombres menos curiosos del mundo. Con los secretos que oyen mientras hacen prácticas en el hospital tienen bastante para el resto de su vida. El doctor Almore parecía interesado por mí. Más que interesado, molesto.

Se inclinaba hacia delante para hacer girar la llave de contacto cuando se abrió la puerta de la casa de Lavery. Retiré la mano y me arrellané de nuevo

en el asiento. Lavery recorrió a paso vivo el caminito de losas, lanzó una mirada a la calle y se volvió hacia el garaje. Iba vestido como antes. Llevaba al brazo una gruesa toalla y una esterilla de playa. Oí el ruido que hizo la puerta del garaje al levantarse, el de la puerta del coche al abrirse y al cerrarse y, por último, el carraspear del motor al ponerse en marcha. El coche subió marcha atrás el empinado trecho hasta la calle soltando por el tubo de escape un humo blanco. Era un pequeño descapotable azul muy gracioso. Sobre la capota plegada sobresalía la lustrosa cabeza morena de Lavery. Ahora llevaba unas gafas de sol muy de moda con patillas blancas anchas. El automóvil recorrió la media manzana y dobló la esquina zigzagueando a toda velocidad.

Aquello ya no tenía ningún interés para mí. El señor Lavery se dirigía a la orilla del vasto océano Pacífico para tenderse al sol y dejar ver a las chicas lo que no tenían por qué seguir perdiéndose.

Concentré de nuevo mi atención en el doctor Almore. Estaba en el teléfono, sin hablar, pero con el auricular pegado a la oreja, fumando y esperando. Luego se inclinó hacia delante, como hace uno cuando vuelve a oír una voz al otro lado del hilo. Escuchó, colgó y anotó algo en un cuaderno que tenía ante él. Después, un grueso libro amarillo apareció sobre su escritorio y él lo abrió aproximadamente por la mitad. Mientras lo hacía lanzó una mirada rápida por la ventana, directamente a mi Chrysler.

Encontró en el libro lo que buscaba, se inclinó sobre él y unas fugaces bocanadas de humo se elevaron en el aire sobre las páginas. Escribió algo más, dejó el libro a un lado y volvió a coger el teléfono. Marcó un número, esperó y empezó a hablar rápidamente mientras asentía y hacía gestos en el aire con el cigarrillo.

Acabó de hablar y colgó. Apoyó la espalda en el respaldo del asiento y permaneció sentado, rumiando sus pensamientos, con la vista fija en el escritorio, pero sin olvidarse de mirar por la ventana a cada rato. Él esperaba y yo esperaba con él sin ningún motivo. Los médicos hacen llamadas telefónicas y hablan con mucha gente. Los médicos miran por la ventana, los médicos fruncen el ceño, los médicos se ponen nerviosos, los médicos tienen preocupaciones y las demuestran. Los médicos son personas como las demás, nacidas para sufrir y librar la larga y terrible batalla como todos nosotros.

Pero algo en la conducta de este médico en concreto me intrigaba. Consulté el reloj, decidí que era hora de comer algo, encendí otro cigarrillo y no me moví.

Fue cosa de unos cinco minutos. Un coche de color verde dobló por la esquina a toda velocidad y avanzó manzana arriba. Paró ante la casa del doctor Almore y su esbelta antena de radio se cimbrió en el aire. Un hombre fornido de cabello de un rubio ceniciento se bajó y se acercó a la entrada principal de la casa. Llamó al timbre y se inclinó para encender una cerilla rascándola contra el escalón. Volvió la cabeza y dirigió la vista exactamente hacia el lugar donde yo me encontraba.

La puerta se abrió y el hombre entró en la casa. Una mano invisible corrió las cortinas del despacho del doctor Almore impidiéndome ver la habitación. Seguí sentado contemplando el forro de las cortinas desteñido por el sol. El tiempo pasó lentamente.

La puerta volvió a abrirse y el hombretón bajó al desgaire los escalones de la entrada y cruzó la puerta de la cerca. Arrojó la colilla al suelo y se pasó la mano por el pelo. Se encogió de hombros, se pellizcó la barbilla y cruzó la calzada en diagonal. En el silencio de la calle sus pisadas resonaban pausadas y claras. Las cortinas del doctor Almore volvieron a abrirse a sus espaldas. Almore estaba de pie junto a la ventana y miraba.

Una mano grande y pecosa se posó sobre la puerta del coche junto a mi codo, y una cara grande, surcada de profundas arrugas, pareció flotar en el aire sobre ella. El hombre tenía los ojos de un azul metálico. Me miró fijamente y habló con voz ronca.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó.

—No sé —le dije—. ¿Lo estoy?

—Yo soy quien pregunta aquí.

—No me diga —contesté—. Así que ésta es la explicación de toda esa comedia.

—¿Qué comedia?

Me lanzó una mirada dura y airada de sus ojos muy azules. Yo señalé a la acera de enfrente con el cigarrillo.

—Ese tipo tan nervioso y la llamada de teléfono. Ha avisado a la policía

probablemente después de averiguar mi nombre, probablemente por medio del Automóvil Club, y de buscarlo en la guía. ¿Qué pasa?

—Enséñeme su carné de conducir.

Le devolví la mirada.

—¿No enseña nunca su placa de policía? ¿O cree que hacerse el duro es toda la identificación que necesita?

—Cuando tenga que ser duro lo notará inmediatamente, amigo.

Me incliné hacia delante, hice girar la llave de contacto y tiré del estárter. El motor empezó a ronronear suavemente.

—Apague ese motor —dijo violentamente mientras ponía un pie sobre el estribo.

De nuevo apagué el motor, me apoyé en el respaldo del asiento y le miré. —¡Maldita sea! —dijo—. ¿Quiere que le saque a rastras de ahí dentro y le haga botar sobre el asfalto?

Saqué la cartera y se la entregué. Él sacó la funda de plástico y miró mi carné de conducir. Luego le dio la vuelta y examinó la fotocopia de mi licencia de detective. Volvió a meterla despreciativamente en la cartera, me la devolvió y yo me la guardé. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la placa azul y dorada de la policía.

—Teniente Degarmo —dijo con su voz pesada y brutal.

—Encantado de conocerle, teniente.

—Ahórrese las formalidades y dígame por qué está aquí husmeando en la casa de Almore.

—No estoy husmeando en la casa de Almore, como usted dice, teniente. No sé quién es el doctor Almore y no tengo ningún motivo para husmear en su casa. Volvió la cabeza y escupió. Se ve que aquel día les daba a todos por escupir. —¿Qué se trae entre manos entonces? Aquí no nos gustan los detectives. No hay ni uno en la ciudad.

—¿De verdad?

—De verdad, así que vamos, desembuche. A menos que quiera venir conmigo a la comisaría y sudar un poco bajo las luces.

No le contesté.

—¿Le ha contratado la familia de ella? —me preguntó de pronto. Negué

con la cabeza.

—El último que lo intentó acabó condenado a trabajos forzados. — Estupendo —le dije—. Sólo que me gustaría saber un poco de qué se trata. ¿Qué fue lo que intentó?

—Trató de hacerle chantaje —contestó tenuemente.

—Lástima que yo no sepa hacerlo. Parece un hombre fácil de chantajear. —Hablando así no conseguirá nada bueno —dijo.

—Entendido —le respondí—. Pues se lo diré de otro modo. No conozco al doctor Almore, no sé nada de él y no me interesa en lo más mínimo. He venido a visitar a un amigo y a admirar el panorama. Si estoy haciendo algo más, no es asunto suyo. Y si no le gusta, lo mejor que podemos hacer es ir derechos a la comisaría y hablar con el capitán de servicio.

Arrastró pesadamente el pie que tenía sobre el estribo y pareció dudar. — ¿Dice la verdad?

—Digo la verdad.

—¡Maldita sea! Ese tipo está chiflado —dijo. De pronto se volvió a mirar hacia la casa por encima del hombro—. Debería ver a un médico.

Rió con una risa nada divertida, quitó el pie del estribo y volvió a pasarse la mano por el pelo.

—¡Vamos, lárguese de aquí! —dijo—. No vuelva a meterse en nuestro terreno y no se creará enemigos.

Volví a tirar del estérter. Cuando el motor empezó a zumbear suavemente le dije:

—¿Cómo está Al Norgaard?

Me miró asombrado.

—¿Conoce usted a Al?

—Sí. Trabajamos juntos en un caso hace un par de años cuando Wax era jefe de policía.

—El está en la policía militar. Ojalá estuviera yo también —dijo amargamente. Echó a andar y de pronto giró sobre los talones—. ¡Venga, lárguese antes de que me arrepienta! —gritó.

Cruzó pesadamente la calle y la cerca de la casa del doctor Almore. Pisé el embrague y arranqué. Durante todo el camino de vuelta a la ciudad fui

rumiando mis pensamientos. Entraban y salían de mi mente tan inquietos como las manos del doctor Almore cuando movía las cortinas de su despacho.

Ya de vuelta en Los Ángeles comí y subí a mi oficina del edificio Cahuenga para ver el correo. Desde allí llamé a Kingsley.

—He visto a Lavery —le dije—. Estuvo lo bastante desagradable como para parecer sincero. Traté de apretarle las clavijas pero no hubo manera. Sigue gustándome la idea de que Crystal y él discutieron, de que cada uno se marchó por su lado y de que él sigue pensando que aún pueden hacer las paces.

—Entonces tiene que saber dónde está ella —dijo Kingsley.

—Quizá, pero no necesariamente. A propósito, en la calle de Lavery me pasó una cosa muy curiosa. Hay sólo dos casas. En la otra vive un tal doctor Almore.

—Y le conté brevemente el curioso incidente. Se quedó callado un momento y al final me dijo:

—¿El doctor Albert Almore?

—Sí.

—Fue médico de Crystal durante algún tiempo. Vino a verla a casa en varias ocasiones en que ella había..., bueno, en que había bebido más de la cuenta. Me pareció que se le iba un poco la mano con la aguja hipodérmica. Su mujer... Vamos a ver, a su mujer le pasó algo. ¡Ah, sí! Se suicidó.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—No me acuerdo. Hace mucho tiempo. No teníamos amistad con ellos. ¿Qué va usted a hacer ahora?

Le dije que pensaba ir al lago del Puma, pero que se me había hecho un poco tarde. Me contestó que tenía tiempo de sobra y que en las montañas anochece una hora más tarde. Le dije que de acuerdo y colgamos.

5

San Bernardino hervía y se cocía bajo el calor de la tarde. El aire ardía lo bastante como para levantar ampollas en la lengua. Atravesé la ciudad jadeando, paré sólo el tiempo suficiente para comprar una botella de whisky por si me desmayaba antes de llegar a las montañas y comencé a subir la larga pendiente que conduce a Crestline. En veinticinco kilómetros la carretera ascendía más de mil quinientos metros, pero incluso allí arriba el aire estaba muy lejos de ser fresco. Cuarenta y cinco kilómetros más de carretera de montaña me condujeron hasta los altos pinos y un lugar llamado Bubbling Springs. No había más que una tienducha de madera y un surtidor de gasolina, pero me pareció un paraíso. De allí en adelante ya refrescó todo el camino.

En la presa del lago del Puma había un centinela armado a cada extremo y otro en el centro. El primero me hizo subir las ventanillas del coche antes de cruzarla. Como a unos cien metros de la presa una cuerda, mantenida a flote por medio de corchos, marcaba a las embarcaciones particulares el límite hasta donde podían llegar. Aparte de esos detalles, la guerra no parecía haber afectado mucho al lago del Puma. Las canoas surcaban sus aguas azules y unas cuantas lanchas y barcos de remo con motor fuera borda, presumiendo como chiquillos descarados, levantaban crestas de espuma y giraban en increíble equilibrio mientras las chicas que iban a bordo gritaban y hundían las manos en el agua. Sacudidos por las estelas de los motores, los que habían pagado dos dólares por una licencia de pesca trataban de recuperar unos

cuantos centavos con unos cuantos pececillos de carne insípida.

La carretera bordeaba una escarpada ladera de granito y descendía después hacia praderas cubiertas de hierba donde crecían, aunque ya no muy abundantes, lirios salvajes, flores silvestres blancas y moradas, aguileñas, menta y plantas del desierto. Las copas amarillentas de los pinos se hundían en el cielo azul y despejado. La carretera volvió a descender hasta el nivel del lago y el paisaje comenzó a llenarse de chicas con pantalones de colores chillones, redecillas en el pelo, pañuelos de campesina, mochilas, sandalias de suela gruesa y muslos blancos y rollizos. Los ciclistas se bamboleaban cuidadosamente sobre la carretera y, de vez en cuando, algún que otro tipo de aspecto inquieto me adelantaba a todo gas en su moto.

A un kilómetro aproximadamente del pueblo partía de la carretera general otra comarcal que iba a perderse entre curvas en el interior de las montañas. Bajo el cartel oficial de señalización colgaba otro de madera rústica que decía: «Lago del Corzo, 3 km». Doblé. A lo largo de un kilómetro vi varias casitas encaramadas a la ladera de la montaña. Luego nada. Un camino vecinal partía a su vez de esta segunda carretera y en el cruce un letrero anunciaba: «Lago del Corzo. Camino particular. Prohibido el paso».

Enfilé con el Chrysler el camino de tierra y repté cuidadosamente entre enormes peñascos de granito. Pasé junto a una pequeña cascada y atravesé un laberinto de robles, tamarindos, madroños y silencio. Un pájaro graznó en una rama y una ardilla me miró ceñuda mientras hundía airadamente una pata en la piña que sostenía. Un pájaro carpintero de penacho rojo dejó de picar sólo el tiempo suficiente para mirarme con un ojo tan brillante como una cuenta de cristal, se ocultó un segundo tras el tronco del árbol y reapareció después al otro lado para mirarme con el otro. Llegué a un cercado de madera rústica y a otro cartel. Más allá la carretera serpenteaba a lo largo de unos doscientos metros, abriéndose paso entre una espesura de árboles. De pronto apareció a mis pies un pequeño lago ovalado hundido entre follaje, rocas y prados, como una gota de rocío prisionera en el cuenco de una hoja. En el extremo más cercano había un dique de cemento con pasamanos de cuerda en la parte superior y una rueda de molino en un extremo. Muy cerca del dique, se alzaba una casita de troncos de pino sin desbastar.

Al otro lado del lago, a considerable distancia si se seguía el camino que bordeaba el agua, pero bastante cerca si se cruzaba el dique, una casita de madera de secoya se alzaba justo a la orilla, y algo más allá, bastante separadas una de otra, se veían otras dos. Todas estaban cerradas y silenciosas y tenían las cortinas echadas. La más grande tenía unas persianas entre amarillo y naranja y un enorme ventanal que daba al lago.

En la orilla opuesta al dique se elevaban lo que parecía un pequeño muelle y un quiosco de música. En un letrero de madera combada por el tiempo se leía en grandes letras blancas: «Campamento Kilkare». No entendí qué podía hacer una construcción semejante en aquellos parajes. Me bajé del coche y eché a andar hacia la casa más cercana. Detrás de ella sonaba en algún lugar el golpear de un hacha.

Llamé a la puerta. El hacha se detuvo y sonó la voz de un hombre. Me senté en una piedra y encendí un cigarrillo. Alguien se acercaba rodeando la casa con pisadas arrítmicas. De pronto, un individuo de rostro tosco y tez aceitunada apareció ante mí con un hacha de doble filo en la mano.

Era un hombre fornido y no muy alto que cojeaba al andar lanzando con cada paso la pierna derecha al aire y dibujando con el pie un círculo casi a ras de tierra. Iba sin afeitar, tenía los ojos azules, de mirar impávido, y un cabello fosco que caía en rizos sobre las orejas y estaba pidiendo a gritos unas tijeras. Vestía pantalones vaqueros y una camisa azul que llevaba desabrochada, descubriendo un cuello moreno y musculoso. De la comisura de sus labios colgaba un cigarrillo. Habló con la voz dura y áspera del hombre de ciudad.

—¿Qué quiere?

—¿El señor Chess?

—El mismo.

Me levanté, saqué del bolsillo la nota de presentación de Kingsley y se la entregué. La miró bizqueando, entró en la casa y volvió a salir con unas gafas encaramadas en el caballete de la nariz. Leyó la nota dos veces lentamente. Se la metió en el bolsillo de la camisa, se abrochó el botón que lo cerraba y me tendió la mano.

—Encantado de conocerle, señor Marlowe.

Nos estrechamos la mano. La suya parecía de lija.

—Quiere ver la casa de Kingsley, ¿eh? Se la enseñaré encantado. Espero que no esté en venta.

Me miró fijamente mientras señalaba con el dedo la orilla opuesta del lago. —Es muy posible —le dije—. En California todo está en venta.

—¿Verdad que sí? Es ésa. La de madera de secoya. Tiene revestimiento de pino, tejado prefabricado, cimientos y porche de piedra, baño completo, ducha, persianas venecianas en todas las ventanas, chimenea, estufa de petróleo en el dormitorio principal (y le aseguro que se necesita en primavera y en otoño) y cocina mixta de gas y de leña. Todo de primera clase. Costó unos ocho mil dólares, que ya es dinero tratándose de una casita de montaña. ¡Ah! Y un depósito particular en lo alto de la colina para el agua.

—¿Tiene luz eléctrica y teléfono? —le pregunté sólo por ser amable. —Luz, desde luego. Teléfono no. Ahora no se lo pondrían. Y si se lo pusieran, costaría una fortuna traer el cable hasta aquí.

Me miró fijamente con sus ojos azules y yo le miré a mi vez. A pesar de su apariencia sana habría jurado que bebía. Esa piel tan lustrosa, esas venas tan marcadas, ese brillo en los ojos.

—¿Vive alguien ahí ahora? —le pregunté.

—No. La señora Kingsley vino hace unas semanas, pero se fue. Supongo que volverá un día de éstos. ¿No se lo dijo su marido?

Me hice el sorprendido.

—¿Por qué? ¿Es que va incluida en el precio de la casa?

Frunció el ceño y luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada que sonó como el tubo de escape de un tractor. Hizo añicos el silencio de los bosques.

—¡Vaya golpe! —jadeó—. ¡Preguntar que si va incluida en el precio...! Soltó otra carcajada y luego cerró la boca a cal y canto.

—Como le digo, es una casa de primera —dijo mirándome con desconfianza. —¿Son cómodas las camas? —le pregunté.

Se inclinó hacia delante y sonrió.

—¿Quiere que le llene la cara de nudillos? —dijo.

Le miré con la boca abierta.

—Ésa ha ido demasiado rápida. No he podido ni pescarla al vuelo.

—¿Cómo quiere que sepa si son cómodas las camas? —gruñó echándose un poco más hacia delante para poder tenerme, si se terciaba, a tiro de un directo.

—No lo sé —le dije—. Ni voy a volver a preguntárselo. Puedo averiguarlo por mi cuenta.

—Ya —me dijo amargamente—. No crea que no sé oler a un sabueso hasta de lejos. He jugado al escondite con ellos por todos los estados de la Unión. ¡Váyase al diablo, amigo! Y que le acompañe Kingsley. Conque se ha buscado a un detective para que venga a averiguar si me estoy metiendo en su pijama, ¿eh? Pues escúcheme bien, amigo. Puede que tenga una pierna tesa, pero le aseguro que en cuanto a mujeres puedo...

Alcé la mano con la esperanza de que no me la arrancara y la tirara al lago.

—Se está pasando de listo —le dije—. No he venido hasta aquí para investigar su vida sentimental. No conozco a la señora Kingsley y hasta esta mañana no había visto jamás a su marido. ¿Qué locura le ha dado?

Bajó la mirada y se pasó el dorso de la mano por la boca salvajemente, como si quisiera hacerse daño. Luego la levantó a la altura de los ojos, la cerró en un puño apretado, volvió a abrirla y se miró los dedos. Le temblaban un poco.

—Lo siento, señor Marlowe —me dijo lentamente—. Anoche estuve bebiendo y hoy tengo una resaca de caballo. Llevo aquí meses completamente solo y creo que empiezo a sentir los efectos. Además, me ha sucedido algo...

—¿Algo que una copa no pueda ayudar a olvidar?

Sus pupilas se achicaron y me lanzó una mirada llena de fuego.

—¿Tiene algo de beber?

—Saqué del bolsillo la botella de whisky y la coloqué de manera que pudiera ver la etiqueta de color verde que sellaba el tapón.

—No lo merezco —me dijo—. ¡Maldita sea! No lo merezco. Espere, voy a buscar un par de vasos. ¿O quiere que entremos?

—Prefiero quedarme aquí. Me gusta el paisaje.

Se alejó trazando círculos en el aire con la pierna rígida, entró en la casa y

volvió a salir con un par de vasos. Se sentó en la roca a mi lado. Olía a sudor seco.

Arranqué el sello que cubría el tapón de la botella y serví un largo trago para él y otro más ligero para mí. Hicimos chocar los vasos y bebimos. Paladeó el alcohol y una sonrisa triste llevó un poco de alegría a su cara.

—¡Oiga, este whisky es del bueno! —me dijo—. No sé por qué le he hablado así. Supongo que empieza uno a volverse loco aquí solo. Sin compañía, sin amigos, sin esposa... —Hizo una pausa y me miró de soslayo—. Sobre todo sin esposa.

Yo seguía con la vista fija en el agua azul del lago. Un pez saltó bajo una roca, con un rayo de luz y una serie de círculos concéntricos. La brisa movía con un rumor de oleaje las copas de los árboles.

—Me abandonó —dijo lentamente—. Se fue hace un mes. El viernes 12 de junio. Nunca olvidaré ese día.

Me sorprendí, pero no lo suficiente como para olvidarme de volver a llenarle el vaso. El viernes 12 de junio era el día en que Crystal Kingsley tenía que haber vuelto a Los Ángeles para asistir a una fiesta.

—Pero, claro, a usted eso no le interesa —me dijo.

En sus ojos azul pálido se reflejó el profundo deseo de hablarme del asunto de la forma más clara posible.

—No es asunto mío —le dije—, pero si le sirve de algo desahogarse... Asintió rotundamente.

—A veces dos desconocidos coinciden en un banco de un parque y al rato se ponen a hablar de Dios. ¿Se ha fijado usted alguna vez? Dos tipos que no hablarían de Dios ni con sus mejores amigos.

—Es verdad —le dije.

Bebió un sorbo de whisky y miró a la otra orilla del lago.

—Era una chica estupenda —continuó quedamente—. A veces tenía mala lengua, pero aun así era estupenda. Fue amor a primera vista lo que surgió entre Muriel y yo. La conocí en un bar de Riverside, hace un año y tres meses. No era el tipo de local que frecuentaban mujeres como Muriel, pero así fue. Nos casamos. Yo la quería. Podía darme con un canto en los dientes y, sin embargo, fui tan canalla que no supe tratarla con decencia.

Me moví un poco para demostrarle que seguía ahí, pero no dije nada por miedo a romper el encanto. Seguí sentado con el vaso en la mano sin beber una gota. Me gusta beber, pero no mientras un hombre me está utilizando como diario íntimo. Él siguió hablando sombrío.

—Ya sabe usted lo que pasa con cualquier matrimonio; con el tiempo los tipos despreciables como yo quieren sentir otras piernas que no sean las de su mujer. Será horrible, pero así es.

Me miró y le dije que captaba perfectamente la idea.

Eché otro trago. Le pasé la botella. En un pino cercano un pájaro empezó a saltar de rama en rama sin mover las alas y sin permanecer un segundo en equilibrio.

—Sí —continuó Bill Chess—. Todos los hombres de estas montañas están medio locos y yo empiezo a estarlo también. Vivo como un rey, sin alquiler que pagar, con una buena pensión mensual, la mitad de mis ahorros en bonos de guerra, casado con la rubia más guapa que se pueda imaginar, y soy tan idiota que ni me doy cuenta. Voy y busco eso —dijo señalando la casita de secoya que se alzaba al otro lado del lago y que al sol del atardecer iba adquiriendo el color de la sangre de buey—. Ahí mismo comenzó la cosa, en el jardín, justo debajo de las ventanas, con una golfa que no significa nada para mí. ¡Dios mío! ¡Lo bajo que puede caer uno!

Se tomó un tercer trago y dejó la botella en equilibrio sobre la peña. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, encendió una cerilla raspándola contra la uña del pulgar, y aspiró el humo ansiosamente. Yo respiré con la boca abierta, tan silencioso como un ladrón oculto tras una cortina.

—¡Qué diablos! —dijo al fin—. Pensará usted que un tipo a quien se le ocurre echar una cana al aire se irá un poco lejos de su casa y al menos buscará una mujer distinta de la suya. Pues esa golfa ni siquiera es distinta. Es rubia como Muriel, de la misma altura, el mismo peso y casi el mismo color de ojos. Aunque el parecido no pasa de ahí. Guapa sí es, pero no más que otras muchas mujeres y, desde luego, ni la mitad de guapa que la mía. Pero como le decía, una mañana estaba yo quemando basura y ocupándome de mis asuntos, como siempre, cuando va ella y sale por la puerta de atrás con un pijama tan fino que se le transparentaba el rosa de los pezones. Y me dice

con esa voz de zorra perezosa que tiene: «Venga a tomar una copa, Bill. No trabaje tanto en una mañana tan hermosa». Y yo, que tengo debilidad por el alcohol, me acerco a la puerta de la cocina y acepto la invitación. Y me tomo una copa, y otra, y otra, hasta que de pronto me encuentro dentro de la casa. Y cuanto más me acerco, más me pone ella ojos de cama.

Hizo una pausa y me dirigió una mirada dura y franca.

—Me ha preguntado si las camas son cómodas y yo me he enfadado. Usted no quería ofenderme, pero me ha hecho recordarlo todo. Sí, la cama en que estuve era muy cómoda.

Dejó de hablar y sus palabras quedaron flotando en el aire. Poco a poco fueron cayendo y se hizo el silencio. Se inclinó a coger la botella y se quedó mirándola. Parecía librar internamente una batalla con ella. Como de costumbre, ganó el whisky. Bebió un trago largo y salvaje y luego enroscó el tapón muy fuerte, como si eso fuera a servirle de algo. Cogió una piedra y la arrojó al agua.

—Volví a casa atravesando el dique —continuó lentamente con la lengua entorpecida por el alcohol—. Me creía el amo del mundo. Me había salido con la mía. Cómo nos equivocamos los hombres en esos casos, ¿verdad? Lo cierto es que no había logrado engañar a nadie en absoluto. En absoluto. En cuanto me vio llegar, ella empezó a hablar sin levantar siquiera la voz. Pero me dijo cosas sobre mí que nunca hubiera imaginado. ¡Y yo que creía que se la había pegado!

—Y luego le abandonó —dije yo cuando él acabó de hablar.

—Esa misma noche. Yo ni siquiera estaba en casa. Me sentía tan mal por dentro que no quería estar sobrio. Me metí en el Ford, me fui al norte del lago, me junté con otro par de sinvergüenzas y cogí una tajada de las buenas. Pero ni con eso me animé. Hacia las cuatro de la madrugada volví a casa. Muriel se había ido. Había hecho las maletas y se había largado. No dejó más que una nota encima del escritorio y una mancha de crema en la funda de la almohada.

De una cartera vieja sacó un pedazo de papel sucio y manoseado y me lo tendió. Era una hoja blanca con rayas azules arrancada de un cuaderno. Estaba escrita a lápiz. Decía: «Lo siento, Bill, pero prefiero morir a seguir

viviendo contigo. Muriel».

Se la devolví.

—¿Y qué pasó con aquella? —le pregunté, señalando a la otra orilla del lago con la mirada.

Bill Chess cogió un canto plano y trató de hacerlo saltar sobre el agua, pero el canto se negó.

—¿Con aquella? Nada —me dijo—. Hizo las maletas y se marchó también aquella misma noche. No he vuelto a verla. Ni quiero volver a verla jamás. De Muriel no he sabido una palabra en todo el mes. Ni una palabra. No tengo ni la menor idea de dónde está. Quizá esté con otro hombre. Espero que la trate mejor que yo.

Se levantó, sacó unas llaves del bolsillo y las hizo tintinear en el aire.

—Así que si quiere ver la casa de Kingsley nada va a impedirselo. Gracias por escuchar este dramón. Y gracias también por el whisky. Tenga.

Cogió la botella y me devolvió lo que quedaba del whisky.

6

Bajamos la cuesta hasta la orilla del lago y hasta el estrecho reborde de la presa. Bill Chess iba delante de mí, balanceando en el aire la pierna rígida y agarrándose a la maroma tendida entre pilares de hierro. En algunos lugares el agua lamía perezosamente el cemento con un manso remolino.

—Soltaré un poco de agua mañana aprovechando la rueda de molino — me dijo por encima del hombro—. Es para lo único que sirve ese maldito cacharro. Lo construyó hace tres años una productora cinematográfica. Rodaron aquí una película. Y ese muelle pequeño que hay al otro lado también fue cosa de ellos. Casi todo lo que hicieron lo derribaron y se lo llevaron, pero Kingsley les dijo que dejaran el muelle y la rueda de molino. Dan al paisaje un toque así como pintoresco.

Subí tras él los pesados escalones de madera que conducían al porche de la casa de Kingsley. Abrió la puerta y pasamos a un tibio silencio. Hacía casi calor dentro de aquella habitación cerrada. La luz que se filtraba a través de las persianas dibujaba en el suelo unas barras estrechas. La sala era grande y acogedora, y estaba decorada con alfombras indias, muebles rústicos con tiras de metal en las juntas, cortinas de cretona, suelo de madera, muchas lámparas y, en un rincón, un bar empotrado y varios taburetes redondos. Todo estaba limpio y ordenado y no daba la impresión de que nadie hubiera salido de allí corriendo.

Pasamos a los dormitorios. Dos de ellos tenían camas gemelas y el otro, una cama de matrimonio con colcha color crema bordada en lana color

ciruela. Ése era el dormitorio principal, según me dijo Bill Chess. Sobre una cómoda de madera barnizada había un juego de tocador de esmalte verde jade y acero y gran variedad de cosméticos. Un par de tarros de crema llevaban la etiqueta dorada de la compañía Guillerlain. Toda una pared de la habitación consistía en armarios empotrados de puertas correderas. Abrí uno de ellos y me asomé al interior. Estaba lleno del tipo de ropa que llevan las mujeres en esos lugares de vacaciones. Bill Chess me miró agriamente mientras la manoseaba. Cerré la puerta y abrí un cajón inferior para zapatos. Contenía al menos media docena de pares que parecían nuevos. Cerré el cajón y me incorporé. Bill Chess estaba plantado frente a mí con la barbilla alzada y los puños cerrados apoyados en las caderas.

—¿Por qué ha tenido que mirar la ropa de la señora? —me preguntó con voz airada.

—Tengo mis razones —le dije—. Una de ellas es que la señora Kingsley no volvió a su casa cuando se marchó de aquí. Su marido no la ha visto desde entonces. No sabe dónde está.

Dejó caer los puños y los hizo girar lentamente colgando a los costados.

—Detective, como me imaginaba —bramó—. Claro, la primera impresión es la que cuenta. No me equivocaba. Y con todo lo que le he contado... Vamos, que le he abierto mi corazón. Me está bien empleado, por idiota.

—Yo sé respetar una confidencia como cualquier otra persona —le dije, y le rodeé para entrar en la cocina.

Había una cocina blanca y verde de gas y de carbón, una pila de pino barnizado, un calentador de agua automático en el porche de servicio, y, al otro lado, un comedorcito alegre con muchas ventanas y, sobre la mesa, un juego de desayuno de plástico muy caro. Los estantes estaban cargados de platos y vasos de colores alegres y un juego de bandejas de peltre.

Reinaba un orden perfecto. No había tazas ni platos sucios junto a la pila ni vasos manchados o botellas vacías por en medio. No se veían hormigas ni moscas. La señora Kingsley podía llevar una vida disipada, pero lo cierto es que no dejaba tras ella el desorden típico de Greenwich Village.

Volví a la sala, salí al porche principal y esperé a que Bill Chess cerrara la

puerta. Cuando acabó de hacerlo se volvió hacia mí con el ceño fruncido. Le dije:

—Yo no le obligué a que se sacara el corazón y lo exprimiera delante de mí, pero también es cierto que no le impedí que lo hiciera. Kingsley no tiene por qué saber que su mujer se le insinuó, a menos que en todo eso haya mucho más de lo que veo en este momento.

—¡Váyase al demonio! —me dijo sin dejar de fruncir el entrecejo.

—Bueno, me iré al demonio, pero dígame, ¿cree que hay alguna posibilidad de que su mujer y la señora Kingsley se fueran juntas?

—No le entiendo.

—Es posible que mientras usted ahogaba sus penas ellas dos tuvieran una discusión, que luego se reconciliaran y lloraran la una en el hombro de la otra. Es posible también que la señora Kingsley llevara a Muriel a algún sitio. En algún coche tuvo que irse, ¿no?

Era una tontería, pero él se lo tomó muy en serio.

—No, Muriel no es de las que lloran en el hombro de nadie. La hicieron incapaz de llorar. Y si le hubiera dado por hacerlo, no lo habría hecho en el hombro de esa zorra. En cuanto a lo del coche, ella tiene su Ford. No puede conducir el mío porque tiene cambiados los pedales por lo de mi pierna.

—Ha sido sólo una idea que se me ha pasado por la cabeza.

—Pues si se le pasa alguna más como ésa, déjela que siga su camino. —Para ser un tipo que abre el corazón al primer desconocido que llega —le dije—, es usted la mar de susceptible.

Dio un paso hacia mí.

—¿Quiere ver lo susceptible que soy?

—Oiga, amigo —le dije—, estoy haciendo todo lo posible por convencerme de que es fundamentalmente una buena persona. Ayúdeme un poco, ¿quiere?

Respiró pesadamente unos momentos. Luego dejó caer las manos a lo largo del cuerpo y las abrió impotente.

—¡Estoy como para alegrarle la tarde a nadie! —suspiró—. ¿Quiere que volvamos por el camino que rodea el lago?

—Claro, si es que puede aguantarlo su pierna.

—Lo ha aguantado muchas veces.

Echamos a andar el uno al lado del otro, otra vez tan amigos como dos cachorros. Probablemente la amistad nos duraría unos cincuenta metros. El camino, apenas lo bastante ancho como para un coche, corría sobre el nivel del lago, ocultándose a trechos entre las rocas. A poca distancia había otra casita más pequeña, construida sobre cimientos de piedra. La tercera estaba bastante más lejos del final del lago, sobre un terreno casi llano. Ambas estaban cerradas y tenían aspecto de llevar así mucho tiempo.

Tras un minuto o dos de silencio, Bill Chess dijo:

—Así que esa golfa se largó, ¿eh?

—Eso parece.

—¿Es usted policía o sólo detective privado?

—Sólo detective privado.

—¿Y se largó con otro?

—Es muy probable.

—Seguro que sí. No lo dude. Kingsley debía haberlo sospechado. Esa mujer tenía muchos amigos.

—¿Aquí?

No me contestó.

—¿Se llamaba Lavery uno de ellos?

—No lo sé —me dijo.

—Sobre eso no hay ningún secreto —le dije—. Ella puso un telegrama en El Paso en el que decía que se iba con él a México.

—Saqué el telegrama del bolsillo y se lo tendí. Se puso las gafas y se paró a leerlo. Me lo devolvió, se guardó las gafas en el bolsillo y dirigió la vista al agua azul.

—Es una confidencia que le hago para compensar las que me ha hecho usted a mí —le dije.

Habló lentamente:

—Lavery vino una vez.

—Él admite que la vio hace un par de meses, probablemente aquí. Pero asegura que no ha vuelto a verla desde entonces. No sabemos si creerle o no. No hay razón ni para lo uno ni para lo otro.

—Así que ahora no está con Lavery.

—Eso dice él.

—Esa mujer no es de las que se preocupan por detallitos insignificantes como el de casarse —dijo con mucho sentido común—. Unas vacaciones con un tipo en Florida es lo que a ella le va.

—Pero ¿no puede darme ninguna información concreta? ¿No la vio irse ni le oyó decir nada que sonara a verdad?

—No —dijo él—. Y aunque supiera algo, creo que no se lo diría. Puede que sea un cerdo, pero no de ese tipo.

—Bueno. Gracias de todos modos por intentarlo.

—Yo no le debo a usted ningún favor —continuó él—. Por mí puede irse al infierno con todos los de su profesión.

—¡Vuelta a la carga! —le dije.

Habíamos llegado al extremo del lago. Le dejé allí de pie solo y me acerqué al muelle. Me apoyé en la barandilla de madera y vi que lo que había tomado por quiosco de música no era más que unos trozos de pared formando un chaflán que miraba hacia el agua rematado por un tejado de casi sesenta centímetros de grosor. Bill Chess se acercó a mí y se apoyó también en la barandilla a mi lado.

—No crea que no le agradezco lo del whisky —me dijo.

—Ya. ¿Hay peces en este lago?

—Unas cuantas truchas viejas más listas que el hambre. No han traído especies nuevas. A mí el pescado me trae sin cuidado. No movería un dedo por él. Siento haberme enfadado otra vez.

Sonreí, me apoyé en la barandilla y fijé la vista en las aguas quietas y profundas. Si se miraba muy fijo parecían verdes. De pronto se hizo en el interior una especie de remolino y una veloz forma verdosa se movió en el agua.

—Ahí está la abuelita de todas —dijo Bill Chess—. Fíjese en el tamaño que tiene el angelito. Debería darle vergüenza estar tan gorda.

Bajo el agua vi algo que parecía una tarima. No entendía la utilidad que podía tener y se lo pregunté:

—Ese era el embarcadero antes de que construyeran el muelle. Luego el

nivel del agua subió tanto que el suelo quedó a unos dos metros de profundidad.

Un bote se balanceaba en el agua, amarrado a uno de los postes por medio de una maroma desflecada. Flotaba casi inmóvil, pero no del todo. En el aire reinaban la paz, la tranquilidad, la luz del sol y un silencio desconocido en las ciudades. Podía haber pasado allí horas enteras sin hacer más que olvidarme de Derace Kingsley, de su mujer y de sus amantes.

Bill Chess se incorporó violentamente a mi lado.

—¡Mire eso! —dijo con una voz que resonó como un trueno en las montañas.

Me clavó los dedos en el brazo de tal forma que yo comencé a enfadarme. Inclinado sobre la barandilla, miraba el agua como un poseso, lívido el rostro bajo su cutis tostado. Miré junto con él la plataforma sumergida.

Al borde de la gran plancha verdosa algo surgía lánguidamente de la oscuridad, asomaba, dudaba, ondeaba de nuevo y volvía a ocultarse bajo la plataforma. Un algo que se parecía demasiado a un brazo humano.

Bill Chess se enderezó de pronto. Se volvió sin pronunciar palabra y se alejó por el muelle cojeando. Se acercó a un montón de piedras y se agachó. Hasta mí llegaba el sonido de su respiración jadeante. Cogió un enorme pedrusco, lo levantó a la altura del pecho y avanzó de nuevo hacia el muelle con él. Debía de pesar más de cincuenta kilos. Los músculos de su cuello se marcaban como maromas bajo la lona de su piel tensa y tostada. Tenía los dientes fuertemente apretados y el aire que exhalaba siseaba entre ellos.

Llegó al final del muelle, afirmó los pies en el suelo y levantó la piedra. La mantuvo un segundo en el aire mientras medía la distancia con la vista. Profirió un gemido vago, inclinó el cuerpo hacia delante apoyándose en la insegura barandilla, y la piedra cayó pesadamente al agua.

Las salpicaduras llegaron hasta nosotros. La piedra cayó como una plomada y fue a dar en el extremo justo de la plataforma sumergida, exactamente en el lugar en que habíamos visto ondear aquella forma.

Durante unos segundos el agua no fue sino un confuso hervidero. Luego las ondas se fueron perdiendo en la distancia y se hicieron más pequeñas, dejando un rastro de espuma en el centro. En lo más profundo se oyó un

quebrarse de maderas, un sonido que pareció llegar hasta nosotros mucho tiempo después de haberse apagado. Un tablón de madera carcomida subió de pronto a la superficie, uno de sus extremos asomó casi treinta centímetros por encima del agua, cayó otra vez y la tabla quedó flotando mansamente sobre la superficie.

Las profundidades se aclararon de nuevo. Algo que no era una tabla se movía allá abajo. Poco a poco se fue elevando con infinita languidez. Era una forma larga, oscura y retorcida que ondeaba perezosamente en el agua mientras ascendía. Salió a la superficie ondulándose, meciéndose lentamente, sin prisa. Vi lana empapada y oscura, una chaqueta de cuero más negra que la tinta y un par de pantalones. Vi unos zapatos y algo que abultaba desagradablemente entre ellos y las vueltas de los pantalones. Vi una onda de cabellos rubios extenderse sobre el agua, permanecer inmóvil durante un solo instante, como para crear un efecto calculado, y enredarse después en un remolino.

La forma giró otra vez sobre sí misma y un brazo sobresalió un momento sobre la piel del agua, un brazo rematado por una mano hinchada que era la mano de un monstruo. Luego apareció la cara. Una masa hinchada de un gris blancuzco sin rasgos, ni ojos, ni boca. Un borrón de pasta grisácea, una pesadilla con cabellera humana.

En lo que había sido un cuello brillaba, medio incrustado en la carne, un collar de gruesas piedras verdes, toscamente labradas y unidas por algo que relucía entre piedra y piedra. Bill Chess se aferró a la barandilla y sus nudillos blanquearon como huesos pulidos.

—¡Muriel! —exclamó con un grito ronco—. ¡Cielo santo! ¡Es Muriel!

Su voz parecía llegarme desde muy lejos, desde el otro lado de un monte y por entre una densa arboleda silenciosa.

7

A través de la ventana del barracón de madera se veía en el interior el extremo de un mostrador cubierto de carpetas polvorientas. En la mitad superior de la puerta de cristal, en letras negras y descascarilladas, se leía: «POLICÍA. BOMBEROS. POLICÍA MUNICIPAL. CÁMARA DE COMERCIO». Pegados al cristal, en las esquinas inferiores, se veían los emblemas del ejército y de la Cruz Roja.

Entré. En un rincón de la habitación había una salamandra de hierro y en el otro, detrás del mostrador, un escritorio de persiana. En la pared había un mapa del distrito y, junto a él, un perchero con cuatro colgadores; de uno de ellos pendía un chaquetón de lana de colores muy remendado. Sobre el mostrador, junto a las carpetas, yacía la inevitable pluma de plumilla acompañada de un secante ya inservible y un tintero lleno de tinta espesa y medio seca. La pared, junto al escritorio, estaba cubierta de infinidad de números de teléfono garrapateados con trazos tan indelebles que probablemente durarían tanto como la madera misma. Parecía como si los hubiera escrito un niño.

Tras el escritorio había un hombre sentado en un sillón de madera que tenía las patas clavadas, a babor y a estribor, a unos tablones planos semejantes a un par de esquís. Junto a su pierna derecha, había una escupidera de tales dimensiones que podría enrollarse en ella una manguera. Llevaba sobre la nuca un sombrero Stetson manchado de sudor y tenía las manos, grandes y lampiñas, cruzadas cómodamente sobre el estómago, sobre

la cinturilla de unos pantalones color caqui que debieron de ser viejos hacía ya varios años. La camisa hacía juego con los pantalones, sólo que estaba aún más descolorida. La llevaba abrochada hasta el cuello y sin corbata. Tenía el cabello de un castaño grisáceo y ratonil, excepto en las sienes, donde mostraba el color de la nieve vieja. Estaba sentado inclinado hacia la izquierda porque en el bolsillo de la cadera derecha llevaba una funda de revólver de la que asomaban quince centímetros de culata que iban derechos a clavársele en una espalda maciza. La estrella de metal que lucía a la izquierda del pecho tenía una punta torcida.

Tenía las orejas grandes y la mirada amable, mascaba lentamente sin parar y, en general, daba la impresión de ser tan peligroso como una ardilla y mucho menos nervioso. Todo en él me cayó bien. Me apoyé en el mostrador, le miré, me miró; bajó la cabeza y soltó aproximadamente medio litro de jugo de tabaco que cayó paralelamente a su pierna derecha y fue a parar a la escupidera con un ruido desagradable, como un objeto que cayera al agua.

Encendí un cigarrillo y miré en torno mío buscando un cenicero. — Pruebe a tirarla al suelo, hijo —dijo el hombretón amable.

—¿Es usted el sheriff Patton?

—Represento a la policía municipal y a la del Estado. A toda la ley que tenemos por aquí. Hasta las elecciones, porque esta vez se presentan un par de chicos muy decentes y puede que me ganen. La paga consiste en ochenta dólares mensuales más alojamiento, leña y electricidad gratis, lo que, por en estas montañas, no es moco de pavo.

—Ya verá cómo las gana —le dije—. Va a tener un montón de publicidad gratis.

—Sí, ¿eh? —dijo con indiferencia. Y otra vez volvió a pringar la escupidera. —Eso, claro, si el lago del Corzo cae dentro de su jurisdicción.

—¿La propiedad de Kingsley? Desde luego. ¿Le ha molestado algo por ahí, hijo?

—Hay una mujer muerta en el lago.

La noticia le sacudió hasta los huesos. Desentrelazó las manos y se rascó una oreja. Se levantó apoyándose en los brazos del sillón y empujándolo hacia atrás con las corvas. De pie era un hombre tosco y fornido. La gordura

era sólo buen humor.

—¿Alguien que yo conozca? —preguntó inquieto.

—Muriel Chess. Supongo que la conocía. La mujer de Bill Chess.

—Sí, conozco a Bill Chess —dijo, y su voz se endureció un poco.

—Parece un suicidio. Dejó una nota que daba a entender que se iba, aunque puede interpretarse también como la despedida de un suicida. El cuerpo no es un espectáculo muy agradable que se diga. Llevaba mucho tiempo en el agua. Aproximadamente un mes, a juzgar por las circunstancias.

Se rascó la otra oreja.

—¿A qué circunstancias se refiere?

Sus ojos estudiaban mi rostro. Con lentitud, con calma, pero lo estudiaban. No parecía tener ninguna prisa por dar la alarma.

—Tuvieron una discusión hace un mes. Bill se fue al norte del lago unas horas. Cuando volvió a casa, ella se había ido. Desde entonces no había vuelto a verla.

—Entiendo. ¿Y usted quién es, hijo?

—Me llamo Marlowe y he venido de Los Ángeles a ver la propiedad. Kingsley me dio una nota de presentación para Bill Chess. Bill me enseñó el lago y luego fuimos al muelle que construyeron los del cine. Estábamos apoyados en la barandilla mirando el agua, cuando bajo la plataforma que hay sumergida, el antiguo amarradero, vimos algo que parecía un brazo. Bill echó un pedrusco al fondo y el cuerpo salió a la superficie.

Patton me miró sin mover un músculo de la cara.

—Oiga, sheriff —continué—, ¿no cree que deberíamos ir cuanto antes? Ese hombre se ha vuelto medio loco de la impresión y está allí completamente solo.

—¿Cuánto whisky tiene?

—Cuando me fui, muy poco. Yo llevaba una botella. Mientras hablábamos nos la bebimos casi entera.

Se acercó al escritorio y abrió un cajón que tenía cerrado con llave. Sacó tres o cuatro botellas y las miró al trasluz.

—Ésta está casi llena —dijo dando una palmadita a una de ellas—. Mount Vernon. Le animará un poco. No quieren darme una subvención para

comprar whisky para estos casos de emergencia, así que tengo que arreglármelas como puedo, pellizcando un poco de aquí y otro poco de allá. Yo no lo cato. Nunca he podido entender cómo hay gente que pueda perderse por el alcohol.

Se metió la botella en el bolsillo de la cadera izquierda y cerró el cajón con llave. Luego pegó una tarjeta en el interior del cristal de la puerta. La miré mientras salía. «Volveré dentro de veinte minutos. A lo mejor», decía.

—Iré a buscar al doctor Hollis —me dijo—. Volveré enseguida a recogerle a usted. ¿Es suyo ese coche?

—Sí.

—Entonces puede seguirme cuando vuelva con el médico.

Subió a un automóvil equipado con sirena de policía, dos faros rojos, otros dos faros antiniebla, la placa blanca y roja de bomberos, una alarma para caso de ataque aéreo en el techo, tres hachas, dos rollos de cuerda y un extintor de incendios en el asiento trasero, una lata de gasolina, otra de aceite y otra de agua en el estribo, y una rueda atada a la de repuesto que llevaba sobre la baca. La tapicería estaba llena de agujeros, por los que asomaba el relleno, y dos dedos de polvo tapaban la poca pintura que cubría la carrocería.

En la esquina inferior derecha del parabrisas llevaba una tarjeta, impresa en letras mayúsculas, que decía: «¡ATENCIÓN, ELECTORES! VOTAD A JIM PATTON. ESTÁ YA MUY VIEJO PARA EMPEZAR A TRABAJAR».

Arrancó y se alejó calle abajo entre una polvareda blanca.

8

Paró frente a un edificio de madera, pintado de blanco, situado frente a la estación de los coches de línea. Entró y volvió a salir al poco rato acompañado de un hombre que se instaló en el asiento de atrás, entre las hachas y las cuerdas. El coche volvió calle arriba y yo le seguí. Nos abrimos paso por la calle principal del pueblo entre pantalones y shorts, camisetas marineras, pañuelos anudados al cuello, rodillas nudosas y labios color escarlata. Ya fuera del pueblo, ascendimos la pendiente de una colina polvorienta y paramos ante una casa de madera. Patton hizo sonar bajito la sirena y un hombre vestido con un mono descolorido apareció en la puerta.

—Sube, Andy, que hay faena.

El hombre del mono azul asintió morosamente y desapareció en el interior de la casa. Al poco salió de nuevo tocado con un sombrero gris claro de cazador de pumas y subió al asiento del conductor, mientras Patton se acomodaba en el contiguo. Contaría unos treinta años de edad, era moreno, ágil y tenía el aspecto característico de los hombres de aquella región, mezcla de un poco de suciedad y un poco de malnutrición.

Tomamos el camino que conducía al lago del Corzo. Con el polvo que tragué en aquel recorrido se habría podido hacer una bandeja entera de bollos de tierra. Al llegar al portón, Patton se bajó para abrirlo y seguimos hasta el lago. Allí Patton volvió a bajarse, se acercó al borde del agua y miró hacia el muelle. Bill Chess estaba sentado en el suelo, desnudo y con la cabeza entre las manos, sobre el piso de madera mojada. Junto a él había algo tendido en

el suelo.

—Sigamos un poco más —dijo Patton.

Seguimos en los dos coches hasta el final del lago. Allí nos bajamos todos y nos acercamos por detrás a Bill Chess. El médico se detuvo para toser, tapándose la boca con un pañuelo que examinó después con aire meditabundo. Era un individuo anguloso, de ojos de insecto y rostro enfermizo y triste.

Lo que un día fuera mujer yacía boca abajo sobre los tablones del muelle con una soga bajo los brazos. A su lado estaban las ropas de Bill Chess, que seguía sentado, ahora con la pierna rígida extendida ante él, mostrando la cicatriz de la herida culpable de su cojera, y la otra pierna doblada, con la frente apoyada en la rodilla. Ni se movió ni levantó la cabeza cuando nos acercamos a él.

Patton sacó del bolsillo la botella de Mount Vernon, desenroscó el tapón y se la tendió.

—Dale un buen tiento, Bill.

En el aire flotaba un hedor espantoso, nauseabundo. Ni Bill Chess, ni Patton, ni el médico parecían notarlo. El hombre que respondía al nombre de Andy sacó del coche una manta parda y polvorienta y la arrojó sobre el cuerpo. Luego, sin decir palabra, se apartó un poco y vomitó bajo un pino.

Bill Chess bebió un buen trago y permaneció en el suelo con la botella apoyada en la rodilla desnuda. Empezó a hablar con voz monótona y dura, sin mirar a nadie ni dirigirse a ninguno en particular. Habló de la discusión y de lo que había ocurrido después, pero no del motivo de la pelea. No mencionó a la señora Kingsley ni de pasada. Dijo que después de que yo me fuera había cogido una cuerda, se había desnudado, se había tirado al agua y había sacado el cuerpo. Lo había arrastrado hasta la orilla, se lo había cargado a la espalda y lo había subido hasta el muelle. No sabía por qué. Después se había vuelto a tirar al agua. Esta vez no tuvo necesidad de explicarnos la razón.

Patton se metió en la boca un pellizco de tabaco y lo masticó en silencio con sus ojos tranquilos totalmente vacíos de expresión. Luego apretó los dientes y se inclinó hacia delante para descubrir el cadáver. Le dio la vuelta con cuidado, como si fuera a romperse en pedazos. El sol del atardecer se

reflejó en las cuentas verdes del collar medio incrustadas en el cuello hinchado. Eran piedras, toscamente talladas y sin brillo, de algo que parecía esteatita o falso jade. Cerraba el collar una cadenita dorada que terminaba en un broche en forma de águila con brillantitos incrustados. Patton enderezó sus anchas espaldas y se sonó la nariz con un pañuelo marrón.

—¿Usted qué dice, doctor?

—¿De qué? —gruñó el hombre de ojos de insecto.

—De la causa y la fecha de la muerte.

—No sea usted idiota, Patton.

—¿No puede decir nada?

—¿Sólo con mirar eso? ¡No fastidie!

Patton suspiró.

—Parece haber muerto ahogada —dijo, pero nunca se sabe. Hay casos en que el criminal le clava un cuchillo a la víctima o la envenena o lo que sea, y luego la tira al agua para que parezca algo diferente.

—¿Ha visto muchos de éstos por aquí? —le preguntó el médico de malos modos.

—El único asesinato como Dios manda que ha habido por aquí —dijo Patton mientras miraba a Bill Chess con el rabillo del ojo— fue el de Dad Meacham. Vivía en una cabaña en el Cañón Sheedy y en los veranos se iba a buscar oro a un pequeño placer que tenía cerca de Belltop, en el valle. Pasó el otoño y Dad no apareció. Un día cayó una nevada de las buenas y el techo de su cabaña se vino abajo. Fuimos a arreglárselo un poco pensando que había bajado a pasar el invierno en el valle sin decir nada a nadie, como suelen hacer los buscadores de oro, y resultó que no se había ido. Allí estaba, echado en su cama y con un hacha clavada en la nuca. Nunca averiguamos quién le mató. A alguien se le ocurrió que podían haberle matado porque tenía escondida una bolsita con el oro que había encontrado aquel verano.

Miró a Andy pensativo. El individuo del sombrero de cazador de pumas le escuchaba impasible, tocándose una muela con el dedo. Al ratito habló:

—Claro que sabemos quién fue el asesino. Fue Guy Pope. Sólo que había muerto de pulmonía nueve días antes de que encontráramos a Meacham. —
Once —dijo Patton.

—Nueve —dijo el del sombrero de cazador de pumas.

—Va a hacer seis años de eso. Lo que tú digas, hijo. ¿Y cómo sabes que fue Guy Pope quien le mató?

—En su cabaña encontramos tres onzas de oro en pepitas y él no había encontrado en su vida más que arena. Dad, en cambio, muchas veces encontraba pepitas de hasta un gramo y medio.

—Así es la vida —dijo Patton mientras me sonreía vagamente—. Siempre se olvidan de algo, ¿verdad? Por mucho cuidado que tengan.

—Ésas son bobadas de policías —dijo Bill Chess con disgusto. Se puso los pantalones y volvió a sentarse para calzarse y ponerse la camisa. Se levantó, se agachó a coger la botella, bebió otro trago y volvió a dejarla cuidadosamente en el suelo. Luego extendió hacia Patton sus muñecas peludas.

—Si es eso lo que piensan, póngame las esposas y acabemos de una vez —dijo con voz salvaje.

Patton no le hizo caso. Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. — ¡Vaya sitio raro para encontrar un cuerpo! No es que haya aquí mucha corriente, pero la poca que hay tira hacia la presa.

Bill Chess bajó las muñecas y dijo en voz muy baja:

—Se suicidó, imbécil. Muriel era una nadadora estupenda. Buceó hasta llegar bajo la plataforma de madera y allí dejó que los pulmones se le llenaran de agua. Tuvo que ser así. No pudo ocurrir de otra manera.

—Yo no diría tanto, Bill —dijo Patton suavemente con una mirada vacía como una matrícula en blanco.

Andy negó con la cabeza. Patton le miró con una sonrisa astuta. —Sigues rumiando la cosa, ¿verdad, Andy?

—Le digo que fueron nueve días. Acabo de contarlos hacia atrás —dijo con lentitud el del sombrero de cazador de pumas.

El médico alzó los brazos al cielo y se alejó con una mano en la cabeza. Luego volvió a toser en el pañuelo que miró otra vez con una atención casi apasionada. Patton me guiñó un ojo y escupió por encima de la barandilla.

—Vamos a concentrarnos en esto, Andy.

—¿Has intentado alguna vez arrastrar un cuerpo hundido a dos metros de

profundidad?

—No, la verdad es que no, Andy. ¿Por qué? ¿Es que no se puede hacer con una cuerda?

Andy se encogió de hombros.

—Si lo hubieran hecho con una cuerda se notaría en el cuerpo. Y para delatarse de ese modo, ¿qué necesidad tenía el asesino de ocultar tanto el crimen?

—Cuestión de tiempo —dijo Patton—. El hombre podía tener asuntos que arreglar.

Bill Chess soltó un bufido y volvió a inclinarse para coger la botella. Miré aquellos rostros solemnes de hombres de montaña y fui incapaz de adivinar qué estarían pensando.

Patton habló como ausente:

—Alguien mencionó una nota.

Bill Chess sacó su cartera, revolvió en ella y sacó la hoja de papel rayado. Patton la tomó y la leyó lentamente.

—Parece que no tiene fecha —observó.

Bill Chess negó sombríamente.

—No. Se fue hace un mes. El 12 de junio.

—Ya te había dejado otra vez, ¿verdad?

—Sí —respondió Bill Chess mientras le miraba fijamente—. Me emborraché y me quedé a pasar la noche en el pueblo con una fulana. Fue en diciembre del año pasado, poco antes de que cayera la primera nevada. Se pasó por ahí una semana y volvió muy peripuesta. Me dijo que había tenido que irse y que había estado con una amiga suya, una antigua compañera de trabajo, en Los Ángeles.

—¿Te dijo cómo se llamaba? —preguntó Patton.

—Ni me lo dijo ni yo se lo pregunté. Todo lo que hacía Muriel me parecía de perlas.

—Claro, hombre, claro. ¿Y aquella vez no te dejó ninguna nota, Bill? —dijo Patton con mucha suavidad.

—No.

—Pues ésta se me hace que es bastante vieja.

—La he llevado en la cartera un mes —gruñó Bill Chess—. ¿Y quién le ha dicho lo de la otra vez?

—Se me ha olvidado —dijo Patton—, pero ya sabes tú cómo son las cosas por aquí. A la gente no se le escapa una. Quizá sólo en el verano, cuando vienen tantos forasteros.

Permanecimos un rato callados y, al fin, Patton dijo distraído:

—¿Y dices que se marchó el 12 de junio? ¿O son figuraciones tuyas? ¿Había alguien entonces en la casa de la otra orilla?

Bill Chess me miró y su rostro se ensombreció de nuevo.

—Pregunten a ese fisgón, si es que no les ha ido ya con el cuento.

Patton no me miró. Miraba las montañas, más allá del lago. Luego dijo tranquilamente:

—El señor Marlowe no me ha dicho nada, Bill. Sólo cómo había aparecido un cuerpo y de quién era. Bueno, y que Muriel se había ido dejándote la nota que tú le enseñaste. A mi modo de ver, eso no tiene nada de malo, ¿no?

Se hizo otro silencio y Bill Chess miró el cadáver, que se hallaba a pocos pasos de él cubierto por la manta. Apretó los puños y una gruesa lágrima rodó por su mejilla.

—La señora Kingsley estaba aquí —dijo—. Se fue ese mismo día. En las otras casas no había nadie. Los Perry y los Farquar no han venido en todo el año.

Patton asintió y guardó silencio. Flotó en el aire una especie de vacío tenso, como si hubiera algo tan evidente para todos que no fuera necesario decirlo. Luego Bill Chess bramó con voz salvaje:

—Venga, detenedme ya, hijos de puta! Claro que fui yo. Yo la ahugué. Era mi mujer y la quería. Soy un canalla. Siempre lo fui y siempre lo seré, pero aun así la quería. Ya sé que no podéis entenderlo. No os molestéis ni siquiera en intentarlo. ¡Venga, detenedme! ¡Maldita sea!

Nadie dijo una palabra. Bill Chess fijó la mirada en su puño moreno. Cogió un tremendo impulso y se asestó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas.

—¡Cochino hijo de puta! —dijo para su capote con un murmullo sordo.

La nariz empezó a sangrarle lentamente. Se puso de pie. La sangre le rodó por la comisura de los labios hasta la barbilla. Una gota cayó perezosa sobre la pechera de su camisa.

Patton dijo muy despacio:

—Tengo que llevarte para interrogarte, Bill, ya lo sabes. No te acusamos de nada, pero los chicos tienen que hablar contigo.

Bill preguntó sordamente:

—¿Puedo cambiarme de ropa?

—Claro. Andy, ve con él, y a ver si encuentras con qué envolver esto.

Se alejaron los dos por el camino que bordeaba el lago. El médico se aclaró la garganta, miró fijamente la superficie del agua y suspiró.

—Querrá usted que bajemos el cuerpo en mi ambulancia, ¿no, Jim? —preguntó.

Patton negó con la cabeza.

—¡Quiá! Estas tierras son pobres, doctor. La señora va a tener que viajar de un modo más barato que lo que cobra usted por esa ambulancia.

El médico se alejó furioso, volviéndose para decir por encima del hombro: —Avíseme si quiere que pague el funeral.

—¡Qué modales! —suspiró Patton.

9

El hotel La Cabeza del Indio era un edificio pardo que ocupaba una esquina frente al nuevo salón de baile. Aparqué delante de la entrada y me dirigí a los lavabos para lavarme la cara y las manos y quitarme del pelo las agujas de pino antes de entrar en el barcomedor contiguo al vestíbulo. El local estaba repleto de hombres de aliento cargado de alcohol, vestidos con chaqueta de sport, y de mujeres de risa chillona, uñas pintadas del color de la sangre de toro y nudillos renegridos. El gerente del hotel, un duro de poca monta, recorría la sala con mirada vigilante, en mangas de camisa y con un puro mordisqueado colgándole de los labios. Junto a la caja registradora, un hombre de cabellos pálidos luchaba por oír el último parte de guerra en una radio tan cargada de interferencias como el puré de patata lo estaba de agua. En el rincón más lejano del local, una rústica orquesta de cinco músicos, vestidos con camisa morada y unas chaquetas blancas mal cortadas, trataban de imponerse al escándalo del bar mientras sonreían distraídamente al humo de los cigarrillos y al ruido confuso de las voces alcoholizadas. El verano, esa deliciosa estación, estaba en todo su apogeo en Puma Point.

Engullí lo que llamaban el menú de la casa, me tomé una copa de coñac para que se sentara encima de él y conseguir así retenerlo en el estómago y salí a la calle principal. Seguía siendo de día, pero algunos de los letreros de neón estaban ya encendidos y el atardecer bullía en el alegre resonar de las bocinas de los automóviles, los gritos de los niños, el entrechocar de los bolos, los disparos de los rifles del calibre 22 de los puestos de tiro y la

música de las máquinas de discos que atronaban a lo loco. En la lejanía, allá en el lago, se oía como telón de fondo el bramido de las motoras que, sin ir a ninguna parte, corrían como si compitieran con la muerte.

Sentada en el interior de mi Chrysler, una chica de expresión muy seria, cabellos castaños y pantalones de un color oscuro, esperaba fumando un cigarrillo y hablando con un vaquero que se había sentado en el estribo. Subí al automóvil. El vaquero se alejó subiéndose los pantalones. La chica ni se movió.

—Soy Birdie Keppel —me dijo amablemente—. Trabajo de peluquera por las mañanas y por las tardes de redactora en el Banner de Puma Point. Perdóneme por sentarme en su coche.

—No importa —le dije—. ¿Quiere que nos quedemos aquí o prefiere que la lleve a algún sitio?

—Prefiero que vayamos un poco más adelante, donde haya un poco de silencio, señor Marlowe. Si es que es usted tan amable que no le importa hablar conmigo.

—Veo que radiomacuto funciona bien en este pueblo —le dije mientras ponía el coche en marcha.

Dejé atrás la oficina de Correos y seguí hasta una esquina donde una flecha azul y blanca que decía «Teléfonos» señalaba hacia un camino estrecho que conducía al lago. Doblé, pasé ante la oficina de teléfonos —un barracón de madera con un pequeño jardín rodeado por una cerca—, dejé atrás una cabaña y detuve el coche junto a un enorme roble cuyas ramas cubrían todo el ancho de la carretera y aún sobresalían unos quince metros.

—¿Le parece bien aquí, señorita Keppel?

—Señora. Pero llámeme Birdie. Todos me conocen por ese nombre. Encantada de conocerle, señor Marlowe. Ya sé que es usted de Hollywood, la ciudad del pecado.

Me tendió una mano firme y morena y yo se la estreché. La práctica de clavar horquillas en las cabezas de rubias gordas había proporcionado a sus manos la fuerza de un par de tenazas para barras de hielo.

—He hablado con el doctor Hollis acerca de la pobre Muriel Chess —me dijo—. Y he pensado que quizá pueda darme algún detalle de lo sucedido.

Me han dicho que fue usted quien encontró el cadáver.

—En realidad fue Bill Chess quien lo encontró. Yo estaba con él. ¿Ha hablado usted con Jim Patton?

—Todavía no. Ha bajado a San Bernardino. Además, no creo que quiera decirme mucho.

—Se acercan las elecciones y usted es periodista.

—Jim no es ningún político, señor Marlowe, y yo apenas me considero periodista. Nuestro periódico no es más que una publicación de aficionados.

—¿Y qué quiere usted saber?

Le ofrecí un cigarrillo y se lo encendí.

—Cuénteme toda la historia.

—Vine con una carta de Derace Kingsley para echar una ojeada a la propiedad. Bill Chess me la enseñó, hablamos, me dijo que su mujer se había ido y me enseñó la nota que le había dejado. Yo llevaba una botella de whisky y él la castigó a su gusto. Estaba muy deprimido. El alcohol le soltó la lengua, pero de todos modos es evidente que se sentía solo y estaba deseando hablar. Así fue como ocurrió. Yo no le conocía de nada. Volvimos por el camino que bordea el lago, subimos al muelle y Bill descubrió un brazo en el fondo del agua, bajo una plataforma de madera. Resultó pertenecer a lo que queda de Muriel Chess. Creo que eso es todo.

—Me ha dicho el doctor Hollis que llevaba mucho tiempo en el agua. Que el cadáver estaba muy descompuesto.

—Sí, probablemente todo el mes que Bill estuvo creyendo que ella seguía viva. No hay razón para pensar otra cosa. La nota es una despedida de suicida. —¿Hay alguna duda sobre ello, señor Marlowe?

La miré de soslayo. Sus ojos oscuros y pensativos me miraban bajo una nube de cabellos castaños y esponjosos. El crepúsculo caía muy lentamente. No era más que un leve cambio en la calidad de la luz.

—Supongo que la policía siempre duda en estos casos —dije.

—¿Y usted?

—Mi opinión no cuenta para nada.

—Dígamela de todos modos.

—He conocido a Bill Chess esta misma tarde —le dije—. Me ha parecido

un tipo bastante irascible y, según propia confesión, no es ningún santo. Pero parece que quería a su mujer y no me lo imagino rondando el lago un mes entero sabiendo que ella se estaba pudriendo bajo esa plancha de madera, saliendo de su cabaña a la luz del sol, mirando a la superficie azul del agua y viendo con la imaginación lo que había debajo y lo que le estaba ocurriendo. Y sabiendo que era él quien lo había puesto allí.

—Tampoco yo puedo imaginármelo —dijo Birdie Keppel suavemente—. Ni nadie. Y, sin embargo, sabemos que ese tipo de cosas han sucedido y volverán a suceder. ¿Es usted agente de la propiedad, señor Marlowe?

—No.

—¿En qué trabaja usted, si me permite la pregunta?

—Prefiero no decírselo.

—Eso casi equivale a delatarse —dijo ella—. Además, el doctor Hollis oyó a Jim Patton llamarle por su nombre. En mi oficina tenemos una guía de profesionales de Los Ángeles. Pero no tema, no se lo he dicho a nadie.

—Es usted muy amable —le dije.

—Y lo que es más, seguiré sin decirlo si así lo desea.

—¿Qué va a costarme eso?

—Nada. Nada en absoluto. No pretendo ser una buena periodista. Y tampoco publicaría nada que dejara a Jim Patton en evidencia. Jim es muy buena persona. Pero la verdad es que en todo este asunto hay algo sospechoso, ¿verdad?

—No se equivoque en sus conclusiones —le dije—. Bill Chess no me interesa nada.

—¿Tampoco le interesa Muriel Chess?

—¿Por qué habría de interesarme?

Aplastó la colilla cuidadosamente en el cenicero que había bajo el salpicadero.

—Como quiera —dijo—. Pero hay un pequeño detalle sobre el cual quizá quiera reflexionar si es que nadie se lo ha mencionado todavía. Hará unas seis semanas vino por aquí un policía de Los Ángeles, un tal De Soto. Un matón con unos modales muy groseros. Nos cayó muy mal a todos y no le contamos nada. Me refiero a los tres empleados del Banner. Nos enseñó una fotografía

y nos dijo que buscaba a una mujer llamada Mildred Haviland. Se trataba de un asunto relacionado con la policía. Era una foto corriente, ampliada, no de ficha. Nos dijo que le habían informado de que vivía por aquí. La de la foto se parecía mucho a Muriel Chess. Tenía el pelo rojizo, un peinado muy distinto y las cejas muy depiladas, y ya sabe usted que eso cambia mucho la cara de una mujer, pero aun así se parecía muchísimo a la mujer de Bill Chess.

Tamborileé con los dedos en la puerta del automóvil y, tras un momento de silencio, le pregunté:

—¿Y qué le dijeron ustedes?

—Nada. Para empezar, no estábamos seguros de que fuera ella. Segundo, no nos gustaron sus modales. Y tercero, aunque hubiéramos estado seguros y De Soto nos hubiera gustado, no la habríamos delatado. ¿Qué motivo teníamos para hacerlo? Todos tenemos algo de que arrepentimos. Yo, por ejemplo. Estuve casada con un profesor de clásicas de la Universidad de Redlands.

Rió tenuemente.

—Podría haber conseguido un buen artículo.

—Sí, pero aquí preferimos ser personas.

—Ese tal De Soto, ¿vio a Jim Patton?

—Debió de verle, pero Jim no nos dijo nada.

—¿Les enseñó su placa de policía?

—Meditó un momento y luego negó con la cabeza.

—No recuerdo, creo que no. Dimos por supuesto que decía la verdad. Y lo cierto es que tenía toda la grosería de un policía de la ciudad.

—Pues yo, en cambio, considero eso una razón para dudar de que lo fuera. ¿Le habló alguien a Muriel Chess de ese tipo?

Dudó. Miró por la ventanilla durante un largo rato antes de volver la cabeza hacia mí y asentir.

—No. No era asunto mío, ¿verdad?

—¿Qué le dijo ella?

—No me dijo nada. Soltó una risita extraña como si le acabara de gastar una broma pesada. Luego se fue. Pero durante unos segundos me dio la

impresión de que había en sus ojos una mirada muy rara. ¿Sigue sin interesarle Muriel Chess, señor Marlowe?

—¿Por qué había de interesarme? No he sabido de su existencia hasta esta tarde. De veras. Y en mi vida he conocido a ninguna mujer que se llamara Mildred Haviland. ¿Quiere que la lleve al pueblo?

—No, gracias. Prefiero andar. Es un paseo de nada. Muchísimas gracias. Espero que Bill Chess no se meta en un lío. Sobre todo de esta clase.

Tenía ya un pie en el estribo cuando de pronto echó la cabeza atrás y se echó a reír.

—Dicen que soy buena peluquera —dijo—. Espero que sea verdad, porque haciendo entrevistas soy un desastre. Buenas noches.

Nos despedimos y se adentró en el crepúsculo. La seguí con la mirada hasta que llegó a la calle principal, dobló por la esquina y desapareció de mi vista. Luego bajé del Chrysler y me acerqué a la rústica construcción de la compañía telefónica.

10

Un cervatillo domesticado, con un collar de perro, cruzó la carretera por delante de mí. Le di unas cuantas palmaditas en el cuello peludo y entré en la oficina de teléfonos. Ante un pequeño escritorio había una chica bajita, vestida con pantalones, trabajando en los libros de contabilidad. Me informó de las tarifas para hablar con Beverly Hills y me proporcionó cambio para la llamada. La cabina estaba fuera, adosada a la fachada principal del edificio.

—Espero que le guste este pueblo —me dijo—. Es muy tranquilo, muy pacífico.

Me encerré en la cabina. Por noventa centavos podía hablar con Derace Kingsley durante cinco minutos. Conseguí la conferencia enseguida. Kingsley estaba en casa, pero había muchas interferencias.

—¿Ha averiguado usted algo? —me preguntó con una voz que revelaba tres whiskys con soda. De nuevo se expresaba con dureza, muy seguro de sí mismo.

—Demasiado —le dije—, pero nada de lo que nos interesa. ¿Está usted solo?

—¿Qué importa eso?

—A mí nada. Pero es que yo sé lo que voy a decirle. Y usted no. —Venga, suéltelo ya. Lo que sea.

—Tuve una larga conversación con Bill Chess. Se sentía muy solo. Su mujer le abandonó hace un mes. Se pelearon, él se emborrachó y, cuando volvió, ella se había largado. Le dejó una nota en que decía que prefería morir

a seguir viviendo con él.

—Creo que Bill bebe demasiado —dijo la voz de Kingsley en la distancia.

—Cuando Bill volvió, las dos mujeres habían desaparecido. No sabe adónde pudo ir la señora Kingsley. Chris Lavery estuvo aquí en mayo y no ha vuelto desde entonces, pero eso ya lo había admitido él. Pudo volver a buscarla, desde luego, mientras Bill estaba emborrachándose por ahí, pero habría sido un poco absurdo porque luego habrían tenido que bajar en dos coches. Se me ocurrió que quizá se hubieran ido juntas, pero Muriel Chess también tenía coche propio. Además, ha ocurrido algo que invalida totalmente esa idea. Muriel Chess no se marchó. Fue a parar al fondo de su lago particular. Y ha vuelto a salir hoy. Yo estaba presente.

—¡Dios mío! —la voz de Kingsley reflejaba todo el horror adecuado a las circunstancias—. ¿Quiere usted decir que se suicidó?

—Quizá. La nota que dejó podría ser una despedida de suicida. Puede querer decir tanto una cosa como otra. El cuerpo estaba debajo de esa plataforma de madera que hay sumergida en el lago. Bill fue quien descubrió un brazo moviéndose en el fondo mientras mirábamos el agua desde el muelle y sacó el cadáver. Le han detenido. El pobre hombre está destrozado.

—¡Dios mío! —volvió a decir Kingsley—. No me extraña en absoluto. ¿Hay motivos para sospechar que...?

Hizo una pausa, durante la cual se oyó la voz de la telefonista exigiendo otros cuarenta y cinco centavos. Introduje dos monedas de veinticinco en la ranura y volvió a darme línea.

—¿Decía usted que si hay motivos para qué?

De pronto, la voz de Kingsley dijo con toda claridad:

—Para sospechar que la haya matado él.

—Sí, muchos. A Jim Patton, el jefe de la policía de aquí, no le convence que la nota no esté fechada. Al parecer, Muriel le había abandonado ya otra vez por un asunto de faldas y creo que Patton sospecha que Bill guardaba la nota desde entonces. En todo caso, se lo han llevado a San Bernardino para interrogarle y van a hacer la autopsia al cadáver.

—¿Usted qué impresión tiene? —preguntó lentamente.

—Verá, fue Bill quien encontró el cuerpo. No tenía por qué llevarme al muelle. El cadáver podía haberse quedado en el agua mucho más tiempo, quizá para siempre. La nota puede parecer vieja porque Bill la ha llevado en la cartera todo este tiempo y la ha manoseado mucho, meditando sobre ella. Su mujer lo mismo pudo dejarla sin fechar esta vez que la otra. Yo diría que este tipo de cartas por lo general no llevan fecha. Los que las escriben suelen hacerlo a toda prisa y no se preocupan de esas cosas.

—El cadáver debe de estar muy descompuesto. ¿Qué se puede averiguar a estas alturas?

—No sé con qué equipo técnico cuentan. Pueden averiguar si murió ahogada o no, supongo, y si hay huellas de violencia que no hayan borrado ni el agua ni la descomposición. Pueden decir si la mataron de un tiro o a puñaladas. Por ejemplo, si encuentran fracturado el hueso hioides de la garganta sabrán que murió estrangulada. Pero en lo que nos concierne a nosotros, ahora tendré que decir por qué he venido aquí. Me harán declarar en la instrucción del caso.

—Eso no me gusta —dijo Kingsley—. No me gusta nada. ¿Qué piensa hacer ahora?

—En el camino de vuelta pararé en el hotel Precott y veré si puedo averiguar algo. ¿Se llevaban bien su esposa y la mujer de Chess?

—Supongo que sí. Crystal es el tipo de mujer con la que es fácil llevarse bien en circunstancias normales. Yo apenas conocía a Muriel Chess.

—¿Y ha conocido alguna vez a una mujer llamada Mildred Haviland? —¿Qué?

Repetí el nombre.

—No —respondió—. ¿Hay alguna razón por la que debería conocerla?

—Cada vez que le hago una pregunta, usted me contesta con otra —dije—. No, no tiene por qué conocer a Mildred Haviland. Sobre todo si apenas conocía a Muriel Chess. Le llamaré mañana por la mañana.

—Sí —dijo, y vaciló unos segundos—. Siento haberle metido en semejante lío —añadió. Luego dudó otra vez, se despidió y colgó.

Casi inmediatamente sonó el timbre del teléfono y la voz de la telefonista me anunció secamente que me sobraban cinco centavos. Le contesté lo que

suelo decir cuando me hablan en ese tono. No le gustó.

Salí de la cabina y me llené los pulmones con un poco de aire puro. El cervatillo domado con su collar de cuero me estaba esperando justo al final del camino bloqueando la puerta de la cerca. Traté de apartarle, pero él se apretó contra mí y no quiso moverse. Salté la cerca, volví al Chrysler y regresé al pueblo.

En la puerta de la oficina de Patton había un farol encendido, pero el barracón estaba vacío y el letrero que decía: «Vuelvo dentro de veinte minutos» seguía tras el cristal de la puerta. Continué andando hasta llegar al lugar donde atracaban los botes y aún más allá, hasta el borde de una playa desierta. Unas cuantas motoras seguían haciendo el loco sobre la superficie sedosa del agua. En el interior de unas cabañas de juguete encaramadas en laderas en miniatura comenzaban a encenderse unas diminutas lucecillas amarillas. Un único lucero brillaba en el cielo, hacia el noreste, sobre el perfil de las montañas. En la rama superior de un pino de treinta metros de altura un petirrojo esperaba a que oscureciera lo bastante para cantar su canción de despedida. Al poco rato, cuando hubo oscurecido lo suficiente, cantó y se sumergió en las profundidades invisibles del cielo. Arrojé mi cigarrillo al agua inmóvil, subí al coche y arranqué en dirección al lago del Corzo.

11

El portón del camino particular estaba cerrado con un candado. Dejé el Chrysler entre dos pinos, salté la cerca y me deslicé como un gato por la cuneta hasta que el destello del pequeño lago floreció súbitamente a mis pies. La casita de Bill Chess se hallaba sumida en la oscuridad. Las tres de la otra orilla no eran sino sombras abruptas que destacaban sobre el granito pálido. El agua brillaba blanca donde chorreaba a través de la parte superior de la presa y caía por la pendiente de cemento para ir a morir en silencio en la corriente de abajo. Escuché y no oí ningún otro ruido.

La puerta de la casa de Chess estaba cerrada con llave. Me acerqué a la puerta trasera y me topé con una enormidad de candado. Anduve junto a las paredes, tanteando las telas metálicas de las ventanas. Estaban todas perfectamente clavadas. Sólo carecía de ella una ventana doble situada en el centro de la fachada norte. También estaba cerrada. Me detuve y escuché un poco más. No corría ni un soplo de aire y los árboles estaban tan silenciosos como sus sombras.

Introduje la hoja de una navaja en la ranura central de la ventana. Nada. El pasador se negaba a moverse. Me apoyé en la pared, medité y de pronto cogí un pedrusco y pegué con él en el lugar en que se unían los dos marcos. El pasador se desprendió de la madera con un crujido sordo y la ventana se abrió hacia la oscuridad del interior. Me encaramé al alféizar, pasé una pierna por encima, me introduje a través de la abertura y me dejé caer al interior de la habitación. Me volví jadeando un poco por el esfuerzo a esa altura y volví

a escuchar.

El haz de luz de una linterna fue a acertarme justo en los ojos.

Una voz dijo con mucha calma:

—Yo que usted descansaría ahí mismo, hijo. Debe de estar agotado.

La linterna me mantenía clavado a la pared como una mosca aplastada. Sonó después un interruptor de luz y se encendió una lámpara de mesa. La linterna se apagó. Jim Patton se hallaba sentado en un viejo sillón marrón junto a la mesa. Una bufanda marrón deshilachada colgaba del tablero de madera y le rozaba la gruesa rodilla. Llevaba la misma ropa que aquella tarde más una chaqueta de cuero que debió de ser nueva alguna vez, quizá allá por los tiempos del primer mandato de Grover Cleveland. Tenía las manos vacías, a excepción de la linterna, y la mirada igualmente vacía. Movía las mandíbulas con lentitud, rítmicamente.

—¿Qué se proponía hacer, hijo, además de allanar una morada?

Cogí una silla, la volví, me senté en ella a horcajadas con los brazos sobre el respaldo y miré a mi alrededor.

—Se me había ocurrido una idea —le dije—. En su momento me pareció muy buena, pero creo que tendré que aprender a vivir sin ella.

La casa era más grande de lo que parecía desde fuera. Estábamos en la sala, que contenía unos cuantos muebles modestos, una alfombra raída sobre el suelo de madera de pino y una mesa redonda colocada contra la pared del fondo con una silla a cada lado. A través de una puerta abierta se veía el extremo de una cocina grande de color negro.

Patton asintió y sus ojos me estudiaron sin ningún rencor.

—Oí llegar un coche —me dijo— y supe que venía hacia aquí. Anda usted pero que muy bien. No le he oído dar un paso. Me ha despertado la curiosidad, hijo.

No dije nada.

—Espero que no le moleste que le llame «hijo» —continuó—. Sé que no debería tratarle con tanta familiaridad, pero es que no puedo quitarme la costumbre. Para mí es «hijo» todo el que no tenga artritis y una larga barba blanca.

—Le dije que podía llamarme lo que quisiera. Que no era susceptible.

Sonrió.

—En la guía telefónica de Los Ángeles hay un montón de detectives —dijo—, pero sólo hay uno que se llame Marlowe.

—¿Qué le impulsó a mirarla?

—Curiosidad, mayormente. Además de que Bill Chess me dijo que es una especie de policía. Porque usted no se molestó en decírmelo.

—Antes o después se lo habría dicho. Siento que eso le haya molestado.

—No me ha molestado. No soy de los que se pican fácilmente. ¿Tiene usted identificación?

Saqué la cartera y le enseñé alguna cosilla que otra.

—¡Vaya, pues tiene usted condiciones para el trabajo! —dijo satisfecho—. Y en la cara en cambio no se le nota el oficio. Supongo que venía con intención de registrar la casa.

—Sí.

—Pues le diré que ya lo he mirado yo todo. Me vine para acá directamente. Mejor dicho, paré en la oficina un momento y luego me vine. No creo que pueda dejarle registrar por su cuenta. —Se rascó una oreja—. Bueno, la verdad es que no sé. ¿Puede decirme quién le ha contratado?

—Derace Kingsley. Para que busque a su mujer. Le dejó plantado hace un mes. Ella salió de aquí y yo decidí partir de aquí también. Parece que se fue con un hombre, pero éste lo niega. Pensé que a lo mejor encontraba aquí una pista.

—¿Y encontró algo?

—No. Podernos seguirle los pasos sin la menor duda hasta San Bernardino y de allí a El Paso. Pero ahí se acaba el rastro. Aunque no he hecho más que empezar.

Patton se levantó y abrió la puerta. Un aroma acre de pinos inundó la habitación. Escupió hacia el exterior, volvió a sentarse y se rascó el pelo gris ratón bajo el Stetson. Su cabeza ofrecía el aspecto obscuro de las que raramente se muestran sin un sombrero.

—¿No tenía usted interés en Bill Chess?

—Ninguno en absoluto, se lo aseguro.

—Parece que ustedes se ocupan de muchos casos de divorcio —continuó

—. A mi modo de ver, un trabajo muy sucio.

Ésa la dejé correr.

—Kingsley no ha ido a la policía para que le ayuden a buscar a su esposa, ¿no?

—Claro que no. Conoce a su mujer demasiado bien.

—Pues de lo que me ha dicho no deduzco yo qué necesidad tiene usted de registrar la casa de Bill —dijo con mucha sensatez.

—Le gusta meter la nariz en todo.

—¡Vamos! Seguro que se le ocurre algo mejor.

—Sigamos entonces que me interesa Bill Chess, pero sólo porque está metido en un lío y me parece un caso bastante patético, aunque sea un sinvergüenza. Si mató a su mujer tiene que haber algo aquí que apunte en esa dirección. Y lo mismo digo si no la mató.

Ladeó la cabeza como un pájaro al acecho.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Ropa, joyas, artículos de tocador..., lo que se llevan siempre las mujeres cuando se van para no volver.

Patton se arrellanó lentamente en el sillón.

—Pero ella no se fue, hijo.

—Entonces todo eso tiene que estar aquí. Pero en ese caso Bill tuvo que darse cuenta de que no se lo había llevado. Tuvo que saber que no se había ido. —Ninguna de esas dos explicaciones me gusta un pelo.

—Por otra parte, si fue él quien la asesinó —continué—, tuvo que deshacerse de las cosas que ella se habría llevado de haberse ido.

—¿Y cómo cree usted que podría haberlo hecho, hijo?

La luz amarilla de la lámpara convertía en bronce la mitad de su rostro.

—Creo que su mujer tenía coche propio, un Ford. Exceptuando el automóvil, pudo quemar lo más posible y enterrar el resto en el bosque. Hundirlo en el lago podía resultar peligroso. Pero lo que ni pudo quemar ni enterrar fue el coche. ¿Podía conducirlo?

Patton pareció sorprendido por mi pregunta.

—Desde luego. Bill no puede doblar la pierna derecha, o sea, que no puede usar el freno de pie, pero puede arreglárselas con el de mano. Lo único

diferente que tiene su Ford es que el pedal del freno está a la izquierda del volante, al lado del embrague, de modo que puede pisar los dos con el mismo pie.

Sacudí la ceniza del cigarro en un tarro de cristal azul que había contenido cuatrocientos gramos de miel, según rezaba la etiqueta dorada que seguía pegada a él.

—Librarse del coche habría sido el problema principal —le dije—. Lo llevara a donde lo llevase, lo cierto es que tenía que volver a casa, con lo cual corría peligro de ser visto. No podía abandonarlo por las buenas en una calle de San Bernardino, por ejemplo, porque lo habrían identificado sin la menor dificultad y eso no le interesaba en absoluto. Lo mejor habría sido venderlo a uno de esos sujetos que se dedican a comprar coches robados, pero no creo que él conozca a ninguno. Así que lo más probable es que lo escondiera en el bosque, en un lugar desde el que pudiera venir andando, lo que, en su caso, no puede ser muy lejos.

—Para no interesarle el asunto parece que le ha dado algunas vueltas —dijo Patton secamente—. Pero, bueno, ya tenemos el coche escondido en el bosque. Y ahora, ¿qué?

—Ahora Bill tiene que tener en cuenta la posibilidad de que alguien dé con él. Los bosques son bastante solitarios, pero los guardabosques y los leñadores andan por ellos de vez en cuando. Si encontraban el coche era mejor que lo hallasen con todas las cosas de Muriel dentro. Eso podía darle un par de salidas, ninguna muy brillante, pero ambas al menos posibles. Una, que la asesinó algún desconocido que tuvo cuidado de hacerlo todo de modo que si se descubría el crimen sospecharan de Bill. Dos, que Muriel se suicidó realmente, pero que dejó todo dispuesto de forma que le culparan a él de su muerte. Un suicidio por venganza.

Patton meditó con calma y meticulosidad. Se acercó a la puerta para descargar otra vez. Luego se sentó y volvió a rascarse el pelo. Me miró con franco escepticismo.

—Lo primero es posible tal y como usted dice —admitió—. Pero la posibilidad es muy remota y no se me ocurre quién pudiera hacer una cosa así. Además, queda el pequeño detalle de la nota.

Negué con la cabeza.

—Digamos que Bill había guardado la nota de otra ocasión. Digamos que esta vez ella se fue, o al menos él creyó que se había ido, sin dejar nada escrito. Al ver que pasaba un mes sin que se supiera nada de su mujer, pudo empezar a preocuparse y enseñar a todos la nota para curarse en salud en caso de que le hubiera ocurrido algo. No dijo nada a nadie, pero pudo pensarlo.

Patton negó con la cabeza. No le gustaba mi versión. A mí tampoco. Luego dijo lentamente:

—En cuanto a la segunda teoría, hijo, me parece una locura. Suicidarse y dejarlo todo de modo que culpen a alguien no cuadra con la sencilla idea que me hago yo de la naturaleza humana.

—Entonces es que la idea que se hace usted de la naturaleza humana es demasiado sencilla —le dije—, porque lo que acabo de decirle se ha hecho en varias ocasiones y casi siempre lo han hecho precisamente mujeres.

—No —insistió él—. Tengo ya cincuenta y siete años y le aseguro que he visto un montón de locos, pero esa teoría suya le digo que no vale un pimiento. Yo creo que ella pensaba irse y que escribió la nota, pero que Bill la sorprendió antes de que pudiera largarse, se le subió la sangre a la cabeza y la mató en el sitio. Luego, probablemente tuvo que hacer todas esas cosas que hemos dicho.

—Yo no conocía a Muriel —le dije—, así que no tengo ni idea de lo que era capaz o no de hacer. Bill me dijo que la había conocido en Riverside hace poco más de un año. Quizá tuviera una historia larga y complicada. ¿Qué clase de mujer era?

—Una rubia de muy buen ver cuando se arreglaba. Pero con Bill se había abandonado un poco. Era una chica callada, con una cara que sabía guardar sus secretos. Bill dice que tenía mal genio, pero yo nunca la vi enfadada. En cambio, a él sí que le he visto perder los estribos.

—¿Se parecía a la foto de esa mujer llamada Mildred Haviland?

Dejó de mascar y apretó los labios hasta casi hacerse daño. Muy lentamente, empezó a mascar de nuevo.

—Siga usted —dijo, esta noche voy a mirar debajo de la cama no sea que por un casual esté usted debajo. ¿De dónde ha sacado esa información?

—Me lo ha dicho una chica muy simpática que se llama Birdie Keppel. Me ha hecho una entrevista para el periódico. Mencionó que un policía de Los Ángeles, un tal De Soto, anduvo por aquí enseñando una fotografía.

Patton se dio una palmada en la rodilla y se encogió de hombros.

—Ahí metí la pata —dijo con calma—. Me equivoqué. Pero es que el muy imbécil le fue enseñando la foto a medio pueblo antes de preguntarme a mí. Y eso me molestó. Se parecía un poco a Muriel, pero no como para decir que era ella con seguridad. Le pregunté que por qué la buscaba y me dijo que eso era cosa de la policía. Yo le contesté que por ignorante y de pueblo que uno fuera también era del oficio. Pero él me dijo que le habían dado instrucciones para buscar a esa mujer y que no sabía más. Creo que hizo mal en contestarme así. Pero a lo mejor yo tampoco debí decirle que no conocía a nadie que se pareciera a la de la fotografía.

Sonrió vagamente a una esquina del techo y luego bajó la vista y me miró fijamente.

—Espero que me respete usted esta confidencia que le hago, señor Marlowe —continuó—. No anda muy descarriado en sus figuraciones. ¿Conoce el lago del Mapache?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Como a kilómetro y medio de aquí —dijo, señalando con el pulgar sobre el hombro— hay un camino que va hacia el oeste. Apenas cabe un coche, tan prietos están los árboles por allí. En kilómetro y medio sube unos ciento cincuenta metros y acaba en el lago del Mapache. Es un sitio muy bonito. De vez en cuando va alguien allí de excursión, pero de tarde en tarde. Se destrozan los neumáticos. Hay allí dos o tres lagunas poco profundas y llenas de juncos, y donde no da el sol aún queda nieve a estas alturas del año. Lo único que se ve son unas cuantas cabañas de troncos medio derruidas y una casa de madera que hizo hace unos diez años la Universidad de Montclair para sus campamentos de verano. Hace mucho que nadie la utiliza. Está entre los árboles, retirada del lago. En la parte de atrás tiene un lavadero con un calentador de agua lleno de herrumbre y al lado un barracón de madera con puerta corredera. Lo construyeron para que sirviera de garaje, pero lo usaban para guardar la leña y lo cerraban con llave en el invierno. La leña es una de

las pocas cosas que roba la gente por aquí, pero no llegarían al extremo de descerrajar una puerta. Para mí que ya sabe usted lo que he encontrado en ese barracón.

—Creí que había ido usted a San Bernardino.

—Cambié de idea. No me pareció muy propio que Bill se fuera en el coche con el cadáver de su mujer en el asiento de atrás, así que envié el cuerpo en la ambulancia y mandé a Andy con Chess. Me pareció que debía mirar por ahí un poco más antes de presentar el caso al sheriff y al juez de primera instancia.

—¿Fue el coche de Muriel lo que encontró en el barracón?

—Sí, y dentro del coche dos maletas sin cerrar. Hechas a toda prisa y llenas de ropa de mujer. Lo interesante, hijo, es que ningún forastero podía saber que existía ese barracón.

Asentí. Él hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una bolita de papel de seda. La abrió y me la enseñó en la palma de la mano.

—Mire esto.

Me incliné hacia delante y miré. Sobre el papel había una fina cadena de oro con una cerradura diminuta apenas mayor que uno de los eslabones. La habían roto dejando la cerradura intacta. Tenía unos quince centímetros de longitud. Tanto la cadena como el papel estaban cubiertos de un polvillo blanco.

—¿Dónde cree que la encontré? —preguntó Patton.

Cogí la cadena y traté de unir los dos extremos rotos. No encajaban. Me callé los comentarios, pero mojé el dedo en la lengua, toqué el polvo y lo probé.

—En una caja o en una bolsa de azúcar —le dije—. Es una de esas cadenas que llevan las mujeres en los tobillos. Algunas no se las quitan nunca, como si fuera el anillo de matrimonio. Quien rompió ésta no tenía la llave.

—¿Qué opina de ello?

—Nada especial —le dije—. No veo el sentido de que Bill le quitara la cadena y le dejara, en cambio, ese collar verde en el cuello. Tampoco veo qué razón podía tener Muriel para romperla (suponiendo que hubiera perdido la

llave) y esconderla de forma que alguien pudiera encontrarla luego. Nadie iba a registrar la casa con detenimiento a menos que encontraran antes el cadáver. Si Bill la hubiera roto, la habría tirado también al fondo del lago. Sólo entiendo que Muriel la escondiera donde usted la encontró si quería conservarla y, al mismo tiempo, ocultársela a su marido. Y eso tendría sentido teniendo en cuenta el lugar en que estaba escondida.

Esta vez Patton sí pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque es un escondrijo típico de mujeres. El azúcar glas se utiliza sólo en repostería. Un hombre nunca miraría ahí. Muy inteligente por su parte haberla encontrado, sheriff.

Me dirigió una sonrisa tímida.

—Será, volqué la caja sin querer y se cayó parte del azúcar —dijo—. De no haber sido por eso, no creo que la hubiera encontrado nunca.

Volvió a envolver la cadenita y se la metió en el bolsillo. Luego se levantó con aire decidido.

—¿Se queda aquí o vuelve a la ciudad, señor Marlowe?

—Volveré a la ciudad hasta que me llame para la instrucción. Porque supongo que me llamará, ¿no?

—Eso depende del juez. Cierre usted como pueda la ventana que ha roto. Yo apagaré la lámpara y echaré la llave.

Le obedecí. Él encendió la linterna y apagó la luz. Salimos y se aseguró de que la cabaña quedaba bien cerrada. Cerró la puerta de tela metálica y permaneció unos segundos mirando el lago iluminado por la luna.

—No creo que Bill tuviera intención de matarla —dijo tristemente—. Pero es capaz de estrangular sin querer a una mujer. Tiene mucha fuerza en las manos. Luego, después de matarla, tendría que arreglárselas para ocultar el crimen con el poco o mucho cerebro que Dios le ha dado. Me da mucha lástima, pero eso no cambia los hechos ni las posibilidades. La explicación que le damos al caso es la lógica y natural, y las cosas lógicas y naturales son las que al final suelen resultar verdad.

—Yo creo que si la hubiera matado habría huido. No veo cómo hubiera podido aguantar quedarse aquí.

Patton escupió sobre el terciopelo negro de la sombra de un arbusto. Luego dijo lentamente:

—Cobra una pensión del gobierno y la habría perdido. Por otra parte, la mayoría de los hombres aguantan cualquier cosa cuando no les queda más remedio. No tiene usted más que ver lo que están haciendo en el mundo en este momento. Que tenga usted buenas noches. Voy a ir a ese muelle a quedarme ahí un rato a la luz de la luna y a pasar el mal trago. ¡Una noche así y uno teniendo que pensar en crímenes!

Se hundió lentamente en las sombras y se fundió con ellas. Me quedé allí de pie hasta que le perdí de vista y luego volví a saltar la cerca. Subí al coche y retrocedí un trecho por el camino buscando dónde ocultarme.

12

A unos trescientos metros del portón, un estrecho camino cubierto de hojas de roble del otoño anterior se curvaba en torno a un promontorio de granito y desaparecía. Lo seguí a lo largo de unos veinte o treinta metros dando tumbos sobre las piedras, di la vuelta en torno a un árbol con el coche y lo dejé con el morro apuntando hacia el camino por donde había venido. Apagué los faros, hice girar la llave de contacto y me quedé allí esperando.

Pasó media hora. Sin tabaco, se me hizo eterna. Luego oí un motor arrancar en la distancia. El ruido fue creciendo y el haz de luz blanca de un par de faros pasó a mis pies por el camino. El sonido se desvaneció en la lejanía y un leve olor a polvo quedó flotando en el aire una vez que hubo desaparecido.

Bajé del coche y volví hasta el portón y hasta la cabaña de Bill Chess. Esta vez me bastó un empujón para abrir la ventana que había forzado. Subí de nuevo al alfeizar, salté al suelo y recorrí todo el cuarto con el rayo de luz de la linterna hasta posarlo sobre la lámpara de mesa. La encendí, escuché unos segundos, no oí nada y pasé a la cocina. Allí encendí una bombilla que colgaba sobre la pila.

El cajón de la leña que había junto a la cocina estaba lleno de astillas cuidadosamente amontonadas. No había platos sucios en la pila ni cacharros malolientes sobre la chapa de la cocina. Bill Chess, solo o no, mantenía su casa en un orden perfecto. Una puerta comunicaba la cocina con el dormitorio y otra puertecilla más estrecha separaba éste de un baño diminuto

que sin duda había sido añadido a la construcción recientemente. El revestimiento de las paredes así lo revelaba. Del baño no saqué nada en limpio.

El dormitorio contenía una cama de matrimonio, un tocador de pino con un espejo redondo colgado de la pared, una cómoda, dos sillas de respaldo recto y una papeleras de hojalata. En el suelo había dos alfombrillas ovaladas, una a cada lado de la cama. Bill Chess había clavado en las paredes una serie de mapas de guerra sacados del National Geographic.

El tocador estaba vestido con unas faldas absurdas rojas y blancas.

Hurgué en los cajones. Encontré un joyero, que imitaba piel, lleno de un surtido de bisutería muy llamativa, que Muriel no se había llevado. Estaban también las cosas habituales que suelen ponerse las mujeres en la cara, las uñas y las cejas, pero en una cantidad que me pareció excesiva. Naturalmente era sólo mi opinión. En la cómoda encontré ropa de hombre y de mujer, no mucha ni de una ni de otra. Bill Chess tenía allí, entre otras cosas, una camisa de cuadros muy chillona con el cuello almidonado. En un rincón, bajo una hoja de papel de seda azul, encontré una cosa que no me gustó. Unas bragas, nuevas al parecer, de seda color albaricoque ribeteadas de encaje. Unas bragas de seda no era cosa que se dejara olvidada aquel año ninguna mujer en sus cabales.

Aquello no iba a ayudar a Bill Chess. Me pregunté qué habría pensado Jim Patton al verlas.

Volví a la cocina y rebusqué en los estantes que había junto a la pila y por encima de ella. Estaban repletos de latas, tarros y cajas de comestibles. El azúcar glas se hallaba en una caja cuadrada de color marrón que tenía una esquina rota. Patton había intentado recoger la que había caído. Junto al azúcar glas había sal, bórax, levadura, harina, azúcar morena y cosas por el estilo. Aquellas latas podían ocultar cualquier cosa. Algo que había sido arrancado de una cadena cuyos extremos rotos no encajaban.

Cerré los ojos y señalé al azar con un dedo que fue a descansar sobre el bote de la levadura. Saqué un periódico de detrás del cajón de la leña, lo desplegué y vacié en él el contenido de la lata. Lo revolví con una cuchara. Había una cantidad de levadura realmente exagerada, pero nada más. Volví a

meterla en la lata y probé con el bórax. Allí no había más que bórax. A la tercera va la vencida, me dije. Y probé con la harina. Se armó una nube de polvo y no encontré más que harina.

El sonido distante de unos pasos me heló hasta los tobillos. Apagué la luz de la cocina, corrí agazapado hacia el salón y apagué la luz. Demasiado tarde, desde luego. Las pisadas sonaron de nuevo, leves y cautelosas. Se me erizaron los cabellos.

Esperé en medio de la oscuridad con la linterna en la mano izquierda. Dos minutos mortalmente largos pasaron arrastrándose. Respiré sólo parte de ellos.

No podía ser Patton. Él iría directamente a la puerta, la abriría y me diría que me largara. Las pisadas cautelosas parecían ir de acá para allá; un movimiento, una larga pausa, otro movimiento, otra larga pausa. Me deslicé hasta la puerta e hice girar el picaporte silenciosamente. Abrí de golpe y apuñalé la oscuridad con el haz luminoso de la linterna. Dos ojos se transformaron en focos dorados. Un bulto saltó hacia atrás y resonó entre los árboles un rápido correr de cascos. No era más que un ciervo curioso.

Cerré la puerta de nuevo y volví a la cocina precedido de la luz de la linterna. El resplandor redondo fue a caer directamente sobre la caja de azúcar glas.

Encendí otra vez la luz, cogí la caja y la vacié en el periódico. Patton no había buscado lo suficiente. Encontró la cadena por casualidad y supuso que eso era todo lo que había allí. Al parecer, no se había dado cuenta de que tenía que haber algo más.

Otra bolita de papel de seda blanco destacó entre el fino polvo blanco. La sacudí para limpiarla y la abrí. Contenía un corazoncito de oro no mayor que la uña del dedo meñique de una mujer.

Volví a meter el azúcar en la caja a cucharadas, la coloqué en el estante e introduje el periódico, hecho una bola, en el fogón. Volví al salón y encendí la lámpara. A su luz pude leer las palabras grabadas en el dorso del corazón de oro sin necesidad de lupa. Formaban una inscripción que decía: «Para Mildred de Al. 28 de junio de 1938. Con todo mi amor».

Para Mildred de Al. Para Mildred Haviland de Al Algo. Mildred Haviland

era Muriel Chess. Y Muriel Chess había muerto dos semanas después de que un policía llamado De Soto la estuviera buscando.

Me quedé allí de pie, con el corazón de oro en la mano, preguntándome qué tendría que ver conmigo todo aquello. Preguntándomelo, pero sin tener la menor idea de la respuesta.

Volví a envolver el colgante en el papel de seda, salí de la casa y regresé al pueblo. Patton estaba en su oficina telefoneando cuando yo llegué. La puerta estaba cerrada con llave. Tuve que esperar a que acabara de hablar. Al cabo de un rato colgó y se acercó a abrir. Pasé de largo junto a él, dejé la bolita de papel de seda sobre el mostrador y la abrí.

—No buscó lo suficiente en el azúcar glas —le dije.

Miró primero el corazoncito de oro, luego a mí, se situó detrás del mostrador y sacó del cajón de su escritorio una lupa de las baratas. Estudió el dorso del colgante. Luego dejó la lupa a un lado y me miró con el ceño fruncido.

—Debí figurarme que si quería registrar la casa, acabaría haciéndolo. ¿No se habrá propuesto usted amargarme la vida, verdad, hijo?

—Debería haberse dado cuenta de que los extremos de la cadena no encajaban —le dije.

Me miró tristemente.

—Hijo, yo ya no tengo la vista que tiene usted.

Dio unos empujoncitos al corazón con la punta de un índice tosco y cuadrado. Me miró sin decir nada.

—Usted probablemente pensó que esa cadena significaba algo que pudo inspirarle celos a Bill, si es que la vio. Yo también lo pensé. Pero, aunque puede que me equivoque, apostarí el cuello a que Bill no la encontró jamás y a que nunca ha oído el nombre de Mildred Haviland.

—Quizá debería disculparme con ese De Soto —dijo lentamente. —Si es que vuelve a verle.

Me dirigió una mirada vacía y yo se la devolví.

—No me diga nada, hijo. Déjeme adivinar que tiene una teoría nueva sobre el caso.

—Sí. Bill no mató a su mujer.

—¿No?

—No. A Muriel la mató alguien que surgió de su pasado. Un hombre que le había perdido la pista y que finalmente la encontró. La encontró casada con otro y no le gustó. Un hombre que conocía esta región, como tantos centenares de personas que no viven por aquí, y que sabía dónde había un escondite adecuado para el coche y la ropa. Un hombre que sabía disimular el odio que sentía, que persuadió a Muriel para que se fugara con él y que, una vez que ella preparó todo y escribió la nota, la cogió por la garganta y le dio lo que él consideraba su merecido. Luego la hundió en el lago y siguió su camino. ¿Qué le parece?

—Bueno —dijo con mucha calma—, eso complica un poco las cosas, ¿no cree? Pero no es imposible. En absoluto.

—Cuando se canse de esa teoría, dígamelo. Habré pensado otra —le dije.
—Eso ya lo sé yo, ¡qué leñe! —dijo.

Por primera vez desde que le conocía se echó a reír.

Le di las buenas noches y me fui dejándole allí de pie, trajinando con sus pensamientos con la laboriosa energía del colono que desbroza sus tierras.

13

Hacia las once llegué al pie de la montaña y aparqué en batería junto al hotel Prescott, de San Bernardino. Saqué una bolsa del maletero y no había dado más de tres pasos cuando un botones de pantalón con galones, camisa blanca y corbata negra de lazo me la arrancó de la mano.

El empleado de guardia en el mostrador de recepción era un tipo calvo que no mostró el menor interés ni por mí ni por nada en absoluto. Vestía parte de un traje de lino blanco, y mientras me entregaba la pluma para que firmase, bostezó con la mirada perdida en la distancia como si recordase su infancia.

El botones y yo subimos en un pequeño ascensor al segundo piso y recorrimos dos manzanas de pasillo doblando recodos. Conforme avanzábamos el aire se iba cargando. Al final abrió la puerta de un cuartito tamaño cadete, provisto de una ventana que daba a un respiradero. La rejilla del aire acondicionado, situada en una esquina del techo, no era mayor que un pañuelo de mujer. De ella colgaba un pedacito de cinta que ondeaba débilmente para demostrar que algo se movía.

El botones era alto, flaco, amarillento, no muy joven y más frío que un pedazo de pollo en gelatina. Se pasó de un carrillo a otro el chicle que mascaba, dejó la bolsa sobre una silla y miró primero a la rejilla y luego a mí. Tenía los ojos del color de un sorbo de agua.

—Debería haber pedido una habitación de las de a dólar la noche. Ésta me aprieta un poco —dije.

—Pues ha tenido usted suerte. El pueblo está de bote en bote.

—Súbenos un par de vasos, ginger ale y hielo —le dije.

—¿A usted y a mí?

—Si es que bebes.

—Creo que a estas horas puedo arriesgarme.

Salió. Me quité la chaqueta, la camisa y la camiseta y me paseé por la calurosa corriente que creaba la puerta abierta. El aire olía a hierro caliente. Entré en el baño de perfil —era de esos— y me mojé un poco el pecho con un agua fría más bien templada. Respiraba algo mejor cuando el alto botones lánguido volvió con una bandeja. Cerró la puerta y yo saqué una botella de whisky. Él mezcló las bebidas, intercambiamos las habituales sonrisas falsas y bebimos. El sudor me resbalaba por la nuca y a lo largo del cuello y de la columna vertebral. Me había llegado ya a medio camino de los calcetines cuando deposité el vaso sobre la mesa. Aun así me sentía un poco mejor. Me senté en la cama y miré al botones.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—¿Para qué?

—Para hacer memoria.

—No crea que se me da muy bien eso.

—Tengo dinero para gastar a mi manera.

Saqué la cartera del bolsillo trasero de los pantalones y extendí sobre la cama una hilera de billetes de dólar bastante gastados.

—Perdone —dijo el chico—. Pero creo que usted debe de ser policía.

—No seas tonto. ¿Has visto alguna vez a un policía haciendo solitarios con su dinero? Digamos que soy detective.

—En principio me interesa —dijo él—. El alcohol me hace pensar mejor. Le di un billete de un dólar.

—Pues a ver si esto ayuda. Se te nota que eres tejano y de Houston.

—Soy de Amarillo —dijo—, pero no importa. ¿Qué le parece mi acento de Texas? A mí me pone malo, pero a mucha gente le encanta.

—Sigue con él —le contesté—. Hasta el momento, no ha hecho perder a nadie un dólar.

Sonrió y se metió el billete bien doblado en el bolsillo de los pantalones.

—¿Qué hiciste el viernes 12 de junio? —le pregunté—. A última hora de la tarde o a primera de la noche. Era viernes.

—Se tomó un sorbo de whisky y meditó unos segundos haciendo girar el hielo dentro del vaso y bebiendo sin sacarse el chicle de la boca.

—Estuve aquí. Tuve el turno de seis a doce —dijo.

—Una mujer rubia, delgada y guapa estuvo en este hotel hasta la hora en que partió el tren nocturno para El Paso. Creo que tomó ese tren porque estaba en El Paso el domingo por la mañana. Llegó aquí conduciendo un Packard Clipper, matriculado a nombre de Crystal Grace Kingsley, Carson Drive, 9658 Beverly Hills. No sé cómo se registraría en el hotel. Pudo utilizar su nombre verdadero o un nombre falso. Hasta puede que no se registrara. Su coche sigue aquí en el garaje. Quiero hablar con los muchachos que estaban en recepción cuando llegó y cuando se fue. Te has ganado otro dólar sólo por pensarlo.

Separé del muestrario otro billete que fue a parar al bolsillo del botones con un ruido corno de orugas peleando.

—Es factible —dijo con mucha calma.

Dejó el vaso sobre la mesa y salió de la habitación cerrando la puerta tras él. Me bebí el whisky que quedaba en mi vaso y me serví otro. Fui al baño y volví a mojarme el pecho con un poco más de agua caliente. Mientras lo hacía sonó el teléfono que había en la pared. Me deslicé como pude por el reducido espacio que quedaba entre la cama y la puerta del baño para contestar.

La voz tejana dijo:

—Fue Sonny, pero le han llamado a filas. Se fue la semana pasada. Les estaba en recepción cuando ella se fue. Él sí está aquí.

—Muy bien. Mándamelo enseguida, ¿quieres?

Estaba tomándome una segunda copa y pensando en la tercera cuando oí llamar con los nudillos a la puerta. Abrí y vi a un tipejo diminuto, una rata de ojos verdes y boquita fruncida como la de una mujer. Entró casi bailando y se quedó mirándome con una ligera sonrisa de desdén.

—¿Un trago?

—Sí —dijo fríamente.

Se sirvió una cantidad de whisky respetable, añadió una sombra de ginger ale, bebió un trago larguísimo que vació el vaso, introdujo un cigarrillo entre sus labios suaves y encendió una cerilla mientras la sacaba del bolsillo. Echó al aire una bocanada de humo y siguió contemplándose. Con el rabillo del ojo miró los billetes que seguían sobre la cama. En el bolsillo de la camisa llevaba bordado, en vez de un número, el distintivo del jefe de botones del hotel.

—¿Tú eres Les? —le pregunté.

—No —respondió. Hizo una pausa—. Aquí no nos gustan los detectives —añadió—. En el hotel no tenemos y no queremos saber nada de los que trabajan para otros.

—Gracias —le dije—. Puedes retirarte.

—¿Qué?

Torció la boquita en un gesto desagradable.

—Largo! —le dije.

—Creí que quería verme —gruñó.

—¿Eres el jefe de los botones?

—Sí.

—Sólo quería invitarte a un trago y darte un dólar. Toma —se lo tendí—. Y gracias por subir.

—Cogió el dólar y se lo guardó en el bolsillo sin dar las gracias. No se movió. De la nariz le salía un hilillo de humo y en sus ojos había una expresión dura y perversa.

—Aquí se hace siempre lo que yo digo —dijo.

—Mientras puedas —contesté—. Y en este caso no vas a poder mucho. Te has bebido tu trago y te has guardado el dólar. Ahora, largo de aquí.

Se volvió después de encogerse de hombros y salió de la habitación sin hacer ruido.

Pasaron cuatro minutos y otra vez volvieron a llamar suavemente a la puerta. El botones larguirucho entró sonriendo. Me aparté de él y volví a sentarme en la cama.

—Parece que Les no le ha caído muy bien.

—No mucho. ¿Se ha quedado satisfecho?

—Supongo. Ya sabe cómo son esos tipos. Tienen que llevarse siempre su tajada. Puede llamarme Les, señor Marlowe.

—Así que fuiste tú quien estaba en recepción cuando ella pagó.

—No, ha sido una comedia. Esa señora no se registró. Pero recuerdo su Packard. Me dio un dólar para que se lo aparcara y cuidara de sus cosas hasta la hora de la salida del tren. Cenó aquí. Un dólar de propina no es cosa que se olvide en esta ciudad. Por otra parte, se ha comentado que el automóvil sigue en el garaje.

—¿Puedes describirme a la mujer?

—Llevaba un vestido blanco y negro, más blanco que negro, y un sombrero de paja con una cinta también blanca y negra. Era una rubia muy guapa como usted ha dicho. Luego se fue en un taxi a la estación. Yo cargué las maletas en él. Llevaban sus iniciales, pero no las recuerdo. Lo siento.

—Pues yo me alegro. Me habría parecido sospechoso que las recordaras. Tómate otro trago. ¿Qué edad dirías que tenía?

Enjuagó el otro vaso y se sirvió un trago bastante civilizado.

—Es difícil calcular la edad de una mujer en estos tiempos —dijo. Supongo que tendría unos treinta años, poco más o menos.

—Busqué en el bolsillo de la chaqueta la foto de Crystal y Lavery en la playa y se la di. La miró con atención, primero de lejos y luego de cerca.

—No tendrás que jurar nada ante un juez —le dije.

Asintió.

—No me gustaría tener que hacerlo. Estas rubitas se parecen tanto unas a otras que sólo una pequeña diferencia en la ropa, la luz o el maquillaje puede hacerlas parecer iguales o diferentes.

Dudó sin dejar de mirar la foto.

—¿Qué te preocupa? —le dije.

—Estoy pensando en el sujeto que va con ella. ¿Tiene algo que ver en el asunto?

—Sigue —le dije.

—Creo que habló con ella en el vestíbulo. Luego cenaron juntos. Era un hombre alto, guapo, con la constitución de un peso medio. Se fue con ella en el taxi.

—¿Estás completamente seguro de eso?

Miró el dinero que había sobre la cama.

—¿Cuánto me va a costar? —le pregunté cansadamente.

Se puso rígido, dejó la foto en la mesa, se sacó los dos billetes doblados del bolsillo y los tiró sobre la cama.

—Gracias por el trago y váyase al diablo.

Echó a andar hacia la puerta.

—Siéntate y no seas tan susceptible —gruñí.

Se sentó y me lanzó una mirada fiera.

—Todos los sureños sois iguales —le dije—. Hace muchos años que vengo entendiéndomelas con botones de hotel. Si al fin he encontrado uno que no trata de aprovecharse, estupendo. Pero no puedes esperar de mí que espere encontrarlo.

Sonrió levemente y asintió. Cogió la foto de nuevo y me miró.

—El tipo ha salido calcado —me dijo—. Mucho más que ella. Pero hay otro detalle que me ha hecho acordarme de él. Me dio la impresión de que a la mujer no le hizo ninguna gracia que se acercara a ella en el vestíbulo, así, a la vista de todos.

Medité y decidí que eso no significaba mucho. Podía estar enfadada con él porque se hubiera retrasado o porque no hubiera acudido a una cita anterior.

—Tenía motivos para actuar así. ¿Te fijaste en las joyas que llevaba? ¿En los pendientes, en algún anillo, en algo que llamara la atención o que te pareciera muy valioso?

No se había fijado en nada especial, dijo.

—¿Tenía el pelo largo o corto, liso, ondulado o rizado, rubio natural o teñido? Se echó a reír.

—¡Caray! Eso último es imposible saberlo, señor Marlowe. Hasta cuando lo tienen rubio natural se lo tiñen para aclarárselo. Pero creo recordar que lo llevaba bastante largo y como lo llevan ahora, bastante liso y con las puntas vueltas hacia dentro. Pero puedo equivocarme. —Miró de nuevo la fotografía—. Aquí lo lleva recogido atrás. No puedo decírselo.

—Es verdad —le dije—. Sólo te lo he preguntado para asegurarme de que

no habías visto demasiado. Los tipos que se fijan en demasiados detalles suelen ser testigos tan poco de fiar como los que no ven nada. Por lo general se inventan la mitad de lo que dicen. Tú te fijaste lo justo, teniendo en cuenta las circunstancias. Muchas gracias.

Le devolví sus dos dólares y añadí cinco más para que les hicieran compañía. Me dio las gracias, apuró su bebida y se fue sin hacer ruido. Yo terminé la mía, volví a lavarme un poco y decidí que prefería irme a casa que dormir en aquel agujero. Me puse la camisa y la chaqueta y bajé con mi bolsa.

La rata pelirroja era el único botones que se veía en el vestíbulo. Me acerqué al mostrador con la bolsa en la mano sin que él hiciera el mínimo ademán de ayudarme. El empleado calvo me separó de dos dólares sin mirarme siquiera.

—Dos dólares por pasar una noche en esta cloaca, cuando podía haber dormido gratis en un cubo de basura bien aireado —le dije.

El empleado bostezó, reaccionó con retraso y me contestó animadamente: —Hacia las tres de la madrugada refresca mucho. Desde las tres hasta las ocho o las nueve hace una temperatura muy buena.

Me limpié el sudor de la nuca con el pañuelo y me dirigí a mi coche con paso inseguro. Hasta el asiento estaba caliente, y eso que era medianoche.

Llegué a casa hacia las dos cuarenta y cinco. Hollywood era una nevera. Incluso Pasadena me había parecido fresquito.

14

Soñé que me hallaba en lo más profundo de un lago verde y helado con un cadáver bajo el brazo. El cadáver tenía una melena rubia y larga que ondeaba en el agua ante mi cara. Un pez enorme de ojos saltones, cuerpo hinchado y brillantes escamas putrefactas nadaba en torno mío, mirándome con gesto de viejo libertino. Cuando estaba a punto de reventar por la falta de aire, el cuerpo cobró vida bajo mi brazo y se apartó de mí. Luego, yo me enzarzaba en una pelea con el pez y el cuerpo giraba y giraba en el agua meciendo su larga cabellera.

Me desperté con la sábana entre los dientes y las dos manos aferradas a los barrotes de la cabecera. Cuando los solté, me dolían los músculos. Me levanté, paseé por la habitación y encendí un cigarrillo sintiendo la alfombra bajo los pies desnudos. Acabé de fumar y volví a la cama.

Eran las nueve cuando me desperté de nuevo. Me daba el sol en la cara y la habitación estaba caliente. Me duché, me afeité, me vestí en parte y me preparé en la cocina el desayuno habitual de tostadas con huevos y café. No había terminado de comer cuando llamaron a la puerta.

Fui a abrir con la boca llena de tostada. Era un hombre delgado y serio, vestido con un severo traje gris.

—Teniente Floyd Greer, Brigada Criminal —dijo mientras pasaba al interior de la habitación.

Me tendió una mano huesuda y yo se la estreché. Se sentó en el borde de una silla como se sientan ellos, empezó a dar vueltas al sombrero entre las

manos y me miró con esa calma fría con que miran ellos.

—Nos han llamado desde San Bernardino en relación con el caso del lago del Puma. El de la mujer ahogada. Al parecer estaba usted allí cuando se descubrió el cadáver.

Asentí y pregunté:

—¿Quiere tomar un café?

—No, gracias. Desayuné hace un par de horas.

Cogí mi taza y me senté frente a él.

—Nos pidieron que averiguáramos quién es usted —dijo— y les enviáramos un informe.

—Ya.

—Y así lo hicimos. En lo que a nosotros concierne, tiene usted un historial limpio. Pero es una curiosa coincidencia que un hombre de su profesión se hallara presente cuando encontraron el cuerpo.

—Yo soy así —dije—. Tengo suerte.

—Así que decidí venir a saludarle.

—Me parece muy bien. Encantado de saludarle, teniente.

—Curiosa coincidencia —repitió él—. ¿Había ido allí de servicio, por decirlo así?

—Aunque así fuera —le dije—, mi trabajo no tenía nada que ver con la mujer que apareció ahogada. Al menos que yo sepa.

—Pero no podría asegurarlo.

—Hasta que remata uno un caso nunca puede saber cuáles son las ramificaciones, ¿no le parece?

—Eso es cierto.

Volvió a dar vueltas al sombrero como un vaquero tímido. Pero en sus ojos no había nada de timidez.

—Quiero asegurarme de que en el caso de que esas ramificaciones de que habla llegaran a alcanzar a la mujer ahogada, usted nos lo comunicaría inmediatamente.

—Creo que puede contar con ello.

Se pasó la lengua por el interior del labio inferior.

—Querernos algo más que eso. Por el momento, ¿no quiere decirnos

nada? —Por el momento no sé nada que no sepa también Patton.

—¿Quién es Patton?

—El jefe de policía de Puma Point.

El hombre delgado y serio sonrió con aires de condescendencia. Hizo crujir los huesos de un nudillo y, después de una pausa, prosiguió:

—Probablemente el fiscal del distrito de San Bernardino querrá hablar con usted antes de la encuesta. Pero eso tardará. Primero quieren tener las huellas. Les hemos mandado a un técnico.

—No será fácil. El cuerpo está bastante descompuesto.

—Lo hacemos todo el tiempo. Hay un sistema que inventaron en Nueva York, donde siempre están sacando del agua algún cadáver. Cortan trozos de la piel de los dedos, los endurecen en una solución de tanino y luego toman las huellas. Por lo general da resultado.

—¿Creen que la mujer estaba fichada?

—Siempre tomamos las huellas a los cadáveres —dijo él—. Debería saberlo.

—Yo no la conocía. Si creen que la conocía y que por eso fui allí, se equivocan.

—Pero no quiere decirnos por qué fue.

—Y usted cree que le miento.

Hizo girar el sombrero en torno a un dedo huesudo.

—Me ha interpretado mal, señor Marlowe. Nosotros no pensamos nada. Nos limitamos a investigar y averiguar. Todo esto es pura rutina y también debería saberlo. Lleva ejerciendo de detective el tiempo suficiente. —Se levantó y se puso el sombrero—. Avíseme si abandona la ciudad. Se lo agradeceré mucho.

Le dije que lo haría y le acompañé hasta la puerta. Salió con una inclinación de cabeza y una media sonrisa triste. Le vi alejarse lánguidamente por el pasillo y llamar al ascensor.

Volví a la cocina a ver si quedaba algo más de café. Había casi una taza. Añadí leche y azúcar y me instalé junto al teléfono. Llamé a la jefatura de policía y pregunté por la Brigada Criminal y por el teniente Floyd Greer.

—Una voz respondió.

—El teniente Greer no está en este momento. ¿Puedo ponerle con otra persona?

—¿Está De Soto?

—¿Quién?

Repetí el nombre.

—Dígame la graduación y el departamento.

—Es de los de paisano.

—Un momento.

Esperé. Al rato volvió a sonar la gruesa voz masculina.

—¿Se ha propuesto tomarnos el pelo? No hay un solo De Soto en todo el cuerpo de policía. ¿Quién está al aparato?

Colgué, acabé de tomarme el café y marqué el número de la oficina de Derace Kingsley. La fría y suave señorita Fromsett me dijo que su jefe acababa de llegar y me puso con él sin un murmullo.

—¿Qué hay de nuevo? —me dijo con la voz alta y decidida propia del comienzo de un nuevo día—. ¿Qué averiguó en el hotel?

—No hay duda de que su mujer estuvo allí. Y allí se encontró con Lavery. El botones que me dio el chivatazo le sacó a relucir por su cuenta, sin que yo tuviera que animarle. Cenaron juntos y luego se fue con ella en el taxi a la estación.

—Debí imaginar que mentía —dijo Kingsley lentamente—. Pero me dio la impresión de que se sorprendió cuando le hablé del telegrama que había recibido de El Paso. Creo que me pasé de listo. ¿Algo más?

—Allí nada. Esta mañana he recibido la visita de un policía que me ha sometido al interrogatorio habitual y me ha advertido que no salga de la ciudad sin avisarle. Quería saber por qué fui a Puma Point. No se lo he dicho. No sabía siquiera de la existencia de Jim Patton, lo que significa que Patton no ha dicho nada de nada.

—Jim hará lo posible por portarse bien en este caso —dijo Kingsley—. ¿Por qué me preguntó usted anoche si conocía a una tal Mildred no sé cuántos?

Se lo expliqué brevemente. Le conté cómo y dónde habían encontrado el coche y la ropa de Muriel Chess.

—Eso no va a ayudar en nada a Bill —dijo—. Conozco el lago del Mapache, pero nunca se me habría ocurrido usar ese viejo barracón. Ni siquiera sabía que existía. No sólo parece sospechoso sino también premeditado.

—En eso no estoy de acuerdo. Si suponemos que él conoce bien toda esa región, no tenía que cavilar mucho para encontrar un sitio apropiado para esconder el coche. Recuerde que estaba muy limitado por la distancia.

—Quizá. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Volver a enfrentarme con Lavery, naturalmente.

Estuvo de acuerdo en que eso era lo mejor. Luego él añadió:

—Ese otro asunto, por trágico que sea, no nos concierne en absoluto, ¿verdad? —No, a menos que su mujer supiera algo de eso.

Su voz sonó más aguda, cuando dijo:

—Mire usted, Marlowe, comprendo que su instinto de detective le lleve a relacionar todo lo ocurrido en torno a un caso, pero no se deje llevar por sus impulsos. La vida no es así, por lo menos tal como yo la veo. Deje que la policía se encargue de resolver el asunto de los Chess y usted dedíquese exclusivamente a los Kingsley.

—De acuerdo —le dije.

—No trato de ser autoritario —repuso.

Me reí de buena gana, dije adiós y colgué. Acabé de vestirme, bajé al garaje a buscar el Chrysler y me dirigí otra vez a Bay City.

15

Pasé de largo el cruce de la calle Altair y seguí hasta una transversal que continuaba hasta el borde del cañón e iba a morir en una zona de aparcamiento semicircular, rodeada de una acera y una cerca de madera pintada de blanco. Permanecí dentro del coche un rato, pensando, mirando el mar y admirando el gris azulado de las laderas que descendían hacia la costa. Intentaba decidir si debía tratar a Chris Lavery con guante de seda o utilizar, en cambio, el dorso de la mano y el filo de la lengua. Decidí que no perdía nada con ir por las buenas. Si esa técnica no daba resultado, como sería lo más probable, las cosas seguirían su curso natural y podríamos empezar a romper los muebles.

El callejón asfaltado que se abría a media ladera bajo las casas que colgaban de lo alto de la pendiente estaba desierto. Más abajo, en la calle siguiente, un par de niños tiraban al aire un bumerán entre los empujones habituales y los consabidos insultos. Aún más abajo se veía una casa rodeada de árboles y de una tapia de ladrillo rojo. En el jardín de atrás vislumbré ropa tendida. Dos palomas se paseaban por la pendiente del tejado, subiendo y bajando la cabeza. Al fondo de la calle apareció un autobús marrón y azul, avanzó bamboleándose, pasó junto a la tapia de ladrillo y se detuvo para dejar bajar a un anciano que descendió lentamente y con cuidado, afianzó los pies en el suelo y tanteó en torno suyo con su bastón antes de comenzar a subir la cuesta.

El aire era más claro que el día anterior y la mañana estaba henchida de

paz. Dejé el coche donde estaba y me dirigí al 623 de la calle Altair.

Las persianas estaban echadas en las ventanas de la fachada delantera y la casa tenía un aire somnoliento. Avancé sobre el musgo del camino, toqué el timbre y vi que la puerta no estaba cerrada. Se había descolgado un poco, como suele suceder. Recordé que casi se había quedado atascada el día anterior cuando salí de allí. La empujé suavemente y se abrió hacia dentro con un ligero chirrido. La sala estaba en penumbra, pero por las ventanas que daban al oeste entraba un poco de luz. Nadie acudió a abrirme. No volví a llamar. Empujé la puerta un poco más y entré.

En el interior flotaba ese olor caliente y silencioso de las casas que aún no se han ventilado a media mañana. La botella de Vat 69 que había sobre la mesita baja junto al sofá estaba casi vacía y otra sin abrir esperaba junto a ella. La cubitera tenía un poco de agua en el fondo. Junto a ella había dos vasos sucios y un sifón medio vacío.

Dejé la puerta más o menos como la había encontrado, y me quedé junto a ella escuchando. Si Lavery había salido, podía arriesgarme a registrar la casa. No tenía gran cosa con que amenazarle, pero probablemente sí lo suficiente como para que no se atreviera a llamar a la policía.

El tiempo pasó en silencio. Pasó en el sonido sordo del reloj eléctrico que había sobre la repisa de la chimenea, en el ruido lejano de una bocina que sonó en la calle Aster, en el zumbido de un avión que volaba sobre las colinas cruzando el cañón, en el gruñir del refrigerador de la cocina...

Me adentré un poco más en la habitación y me detuve a mirar en torno mío. Escuché y no oí más que los sonidos habituales de la casa, totalmente independientes de los seres humanos que pudieran habitarla. Avancé sobre la alfombra hacia el arco que se abría al fondo de la sala.

Una mano enguantada apareció en la barandilla de metal blanco de las escaleras que conducían al piso de abajo. Apareció y se detuvo. Volvió a moverse y, tras ella, apareció un sombrero femenino y luego una cabeza. Una mujer ascendía silenciosamente las escaleras. Acabó de subir, pasó bajo el arco y aun así, al parecer, siguió sin verme. Era delgada y de edad indefinida. Tenía el cabello castaño y desordenado, un revoltijo escarlata por boca, demasiado colorete en los pómulos y los ojos maquillados. Llevaba un traje

de chaqueta de tweed azul, enemigo jurado del sombrero morado que hacía lo posible por mantenerse ladeado en lo alto de su cabeza.

Me vio y ni se detuvo ni cambió en lo más mínimo la expresión de su rostro. Entró lentamente en la habitación con la mano derecha alejada del cuerpo. En la izquierda llevaba puesto el guante marrón que había visto posado sobre la balaustrada. El guante correspondiente a la mano derecha envolvía la culata de una pequeña pistola automática.

Se detuvo de pronto, su cuerpo se arqueó hacia atrás y de su boca surgió un débil sonido de alarma. Luego rió con risa nerviosa. Me apuntó con la pistola y siguió avanzando hacia mí.

Me quedé mirando el arma sin gritar.

La mujer se acercó. Cuando se me hubo aproximado tanto que parecía que iba a hacerme alguna confidencia, me apuntó al estómago con su pistola y me dijo:

—Yo sólo quería cobrar el alquiler. La casa parece estar en buenas condiciones. No he visto nada roto. Siempre ha sido un buen inquilino, muy ordenado. Sólo quería que no se retrasase mucho en el pago del alquiler.

Un tipo con una voz tensa y quejumbrosa, que no parecía la mía, le preguntó amablemente:

—¿Cuánto tiempo lleva sin pagarle?

—Tres meses —contestó ella—. Me debe doscientos cuarenta dólares. Ochenta mensuales es un alquiler razonable por una casa tan bien amueblada como ésta. Hasta ahora siempre me había resultado un poco difícil cobrarlos, pero al final pagaba. Me prometió que me daría un cheque esta mañana. Hablé con él por teléfono. Me prometió que me lo daría esta mañana.

—¿Por teléfono? —repetí a mi vez—. ¿Esta mañana?

Me hice un poco a un lado como quien no quiere la cosa. Mi idea era acercarme lo suficiente como para darle un manotazo, desviar su brazo y saltar antes de que pudiera volver a apuntarme con la pistola. Nunca me ha dado buen resultado esa técnica, pero de vez en cuando no viene mal practicarla. Y esta vez parecía la ocasión más adecuada.

Me moví unos quince centímetros. Aún no estaba lo bastante cerca como para alcanzarla.

—¿Es usted la dueña de la casa? —le pregunté.

No miré la pistola directamente. Tenía la vaga esperanza, la vaguísima esperanza de que no se hubiera dado cuenta de que me apuntaba con ella.

—Naturalmente. Soy la señora Fallbrook. ¿Quién creía usted que era?

—Verá, me imaginaba que era la dueña de la casa —le dije—, porque ha hablado del alquiler y todo eso. Pero no sabía cómo se llamaba usted.

Otros quince centímetros. Buen trabajo. Sería una pena que al final no me sirviera de nada.

—¿Y usted quién es, si no tiene inconveniente en decírmelo?

—Vengo a cobrar el plazo del coche —dije—. La puerta estaba un poco entreabierta y me colé. No sé por qué.

Puse cara de empleado de financiera que viene a cobrar una letra. Rostro duro, pero listo para romper en una amable sonrisa.

—¿Quiere usted decir que el señor Lavery también se ha retrasado en pagar los plazos del coche? —me preguntó preocupada.

—Un poco, no mucho —dije con tono tranquilizador.

Ya estaba en el lugar exacto. La distancia era la justa. Ahora debía actuar con la velocidad necesaria. Sólo tenía que dar un buen golpe a la pistola y hacerla saltar hacia fuera. Comencé a levantar un pie de la alfombra.

—¿Sabe usted? —decía ella mientras tanto—. Tiene gracia lo de esta pistola. Me la he encontrado en la escalera. Qué porquería son estos cacharros, ¿verdad?, tan grasientos. Con el color tan bonito que tiene esta alfombra. Y lo cara que es.

—Y me tendió la pistola.

Yo le tendí una mano tan rígida como la cáscara de un huevo y casi tan frágil. Cogí la pistola. Ella olió con repugnancia el guante que había envuelto la culata y continuó hablando en el mismo tono absurdamente racional. Las rodillas dejaron de temblarme.

—Claro, para usted es mucho más fácil —dijo—. A lo del coche, me refiero. Si es necesario puede llevárselo. Pero llevarse una casa con todos los muebles dentro no es tan fácil. Lleva tiempo y dinero echar a un inquilino. Estos casos despiertan un enorme resentimiento y a veces el demandado destroza las cosas a propósito. Esta alfombra me costó más de doscientos

dólares y eso que era de segunda mano. Es de yute, pero tiene un color precioso, ¿no le parece? Nadie diría que es de yute, ni que la compré de segunda mano. Pero, al fin y al cabo, eso es una tontería porque todo es de segunda mano en cuanto se ha usado una vez. Me vine andando para no gastar los neumáticos por eso de la guerra. La verdad es que podía haber tomado el autobús parte del camino, pero esos trastos parece que van siempre en dirección contraria a donde va uno.

Yo apenas me enteraba de lo que decía. Su voz sonaba como un rumor de olas que rompieran en un punto lejano, invisible. La pistola centraba toda mi atención.

Saqué el cargador. Estaba vacío. La recámara estaba también vacía. Olí el cañón. Apestaba.

Me la guardé en el bolsillo. Era una automática del calibre 25, de seis tiros. Alguien la había disparado hasta vaciar el cargador. Y no hacía mucho tiempo, aunque sí más de media hora.

—¿La han disparado? —preguntó amablemente la señora Fallbrook—. Espero que no.

—¿Ha habido motivo para que la dispararan? —le pregunté.

La voz sonaba tranquila, pero el cerebro seguía funcionando a cien por hora. —Verá, me la encontré tirada en la escalera —dijo—. Y después de todo, hay gente que las dispara.

—Es cierto. Pero en este caso parece ser que todo se reduce a que el señor Lavery tiene un agujero en cada mano. No está en casa, ¿verdad?

—No.

Negó con la cabeza. Parecía decepcionada.

—Y no me parece bien. Me prometió que me daría el cheque y yo he venido...

—¿Cuándo le telefoneó? —le pregunté.

—Ayer por la noche.

Frunció el ceño. No le gustaba que le hiciera tantas preguntas.

—Han debido de llamarle con urgencia.

Miró fijamente a un punto situado entre mis grandes ojos castaños.

—Siga usted, señora Fallbrook —le dije—, vamos a dejar de andarnos

por las ramas. No me gusta ser tan brusco, ni me gusta tampoco hacerle una pregunta así, pero no habrá matado usted al señor Lavery porque le debe tres meses de alquiler, ¿verdad?

Se sentó muy lentamente en el borde de un sillón y se humedeció con la lengua la cuchillada escarlata de su boca.

—¿Cómo ha podido ocurrírsele semejante atrocidad? —me preguntó furiosa—. ¡No es usted muy amable que se diga! ¿No acaba de decir, además, que esa pistola no ha sido utilizada?

—Todas las pistolas han sido disparadas alguna vez. Todas han sido cargadas alguna vez. Y ahora ésta no está cargada.

—Entonces...

Hizo un gesto de impaciencia y olió el guante manchado de grasa.

—Está bien, reconozco que me he equivocado. De todos modos no ha sido más que una broma. El señor Lavery ha salido y usted ha recorrido toda la casa. Es la dueña y tiene la llave, ¿me equivoco?

—No quería meterme en lo que no me importa —dijo ella mordiéndose una uña—. Quizá no debí entrar. Pero creo que tengo derecho a ver cómo cuida la casa.

—Pues ya lo ha visto. ¿Está segura de que él no está?

—No he mirado ni debajo de las camas ni en el refrigerador —dijo fríamente—. Cuando vi que no acudía a abrir, entré y llamé por el hueco de la escalera. Luego bajé al piso de abajo y volví a llamarle. Hasta me asomé al dormitorio.

Bajó los ojos como avergonzada y se apretó nerviosamente la rodilla con una mano.

—Entonces no hay más que hablar —le dije.

Asintió alegremente.

—Eso. Entonces no hay más que hablar. ¿Cómo dijo usted que se llamaba? —Vance —contesté—. Philo Vance.

—¿Y en qué compañía trabaja usted, señor Vance?

—En este momento no tengo trabajo. Hasta que el comisario de policía vuelva a meterse en un lío.

Me miró sorprendida.

—Pero acaba de decirme que venía a cobrar el plazo del coche... —Ése es otro trabajo que tengo —le dije—. Una chapuza.

Se levantó y me miró fijamente. Luego me dijo con voz fría:

—En ese caso, creo que debe irse inmediatamente.

—Echaré una ojeada primero, si no le importa. Puede que a usted se le haya escapado algo.

—No creo que sea necesario —dijo—. Está usted en mi casa y le agradeceré que se vaya inmediatamente, señor Vance.

—Si no me voy, irá usted a buscar ayuda. Siéntese un momento, señora Fallbrook. Echaré un vistazo rápido. Esto de la pistola me parece raro, ¿sabe?

—Ya le he dicho que me la encontré tirada en la escalera —me dijo airadamente—, y no sé más del asunto. No entiendo nada de pistolas. No he disparado un arma en toda mi vida.

Abrió un bolso grande de color azul, sacó de él un pañuelo y se sonó. —Eso es lo que usted dice —objeté—, pero yo no tengo por qué creerla.

Extendió hacia mí la mano izquierda con gesto patético, como una heroína de tragedia.

—¡No debí entrar! —exclamó—. ¡He hecho una cosa horrible, lo sé! ¡El señor Lavery se pondrá furioso!

—Lo que debió hacer —dije yo— es no dejarme descubrir que el cargador estaba vacío. Hasta ese momento había hecho su papel a la perfección.

Dio una patada en el suelo. Era el detalle que le faltaba a la escena. Con eso quedaba perfecta.

—¡Es usted un hombre horrible! —gritó—. ¡No se atreva a tocarme! ¡Ni dé un paso más hacia mí! ¡No permaneceré aquí con usted ni un minuto más! ¿Cómo se atreve a insultarme de...?

Se interrumpió de golpe, cortando la voz como de un tijeretazo. Luego bajó la cabeza, con sombrero morado y todo, y corrió hacia la puerta. Cuando pasó junto a mí extendió una mano como para evitar que pudiera detenerla, pero yo estaba demasiado lejos para hacerlo y no me moví. Abrió la puerta de golpe, salió como una tromba y corrió hacia la calle. El sonido de sus rápidas pisadas sobre la acera apagó el ruido que hizo la puerta al cerrarse.

Me pasé una uña por los dientes y luego me di unos golpes en la barbilla con un nudillo, escuchando. No había en ninguna parte ruido alguno que escuchar. Una pistola automática de seis disparos totalmente descargada...

—En todo esto hay algo muy raro —dije en voz alta.

En la casa reinaba un silencio fuera de lo común. Recorrí la alfombra color melocotón y crucé el arco en dirección a la escalera. Me detuve allí un momento más y volví a escuchar.

Me encogí de hombros y bajé la escalera sin hacer ruido.

16

En el pasillo del piso de abajo había una puerta a cada extremo y dos en el centro, la una junto a la otra. Una correspondía a un armario de ropa blanca y la otra estaba cerrada con llave. Anduve hasta el fondo y miré el interior de un dormitorio de invitados que tenía las persianas echadas y parecía que no se utilizaba. Me acerqué al otro extremo del pasillo y entré en un segundo dormitorio amueblado con una cama amplia, una alfombra de color café con leche, muebles angulosos de madera clara y un espejo colgado de la pared, sobre un tocador, e iluminado por un largo tubo de luz fluorescente. En una esquina había una mesa con sobre de espejo y encima un galgo de cristal y una caja del mismo material llena de cigarrillos.

Sobre el tocador había desparramados polvos para la cara. En una toalla que colgaba del borde de la papelera se veía una mancha de carmín rojo. Sobre la cama estaban colocadas dos almohadas, una junto a otra, con dos huecos que podían haber sido hechos por sendas cabezas. Bajo una de ellas asomaba un pañuelo de mujer. A los pies de la cama yacía un pijama transparente de color negro. En el aire flotaba un rastro demasiado marcado de olor a sándalo.

Me pregunté qué habría pensado de todo aquello la señora Fallbrook.

Volví la cabeza y me miré en el largo espejo de la puerta del armario. La puerta estaba pintada de blanco y tenía pomo de cristal. Lo hice girar con una mano previamente envuelta en un pañuelo y miré en el interior de lo que resultó ser un armario forrado de cedro. Estaba repleto de ropa de hombre

que exhalaba un agradable aroma a lana inglesa. Pero no era sólo ropa de hombre lo que contenía. Había allí un traje sastre de mujer blanco y negro, más blanco que negro, unos zapatos a juego, y, sobre el estante superior, un sombrero de paja con su banda, también blanca y negra. Había otros vestidos de mujer, pero no me detuve a mirarlos.

Cerré la puerta del armario y salí del dormitorio con el pañuelo en la mano, listo para abrir más puertas.

La contigua al armario de la ropa blanca, la que estaba cerrada, tenía que ser la del baño. La sacudí, pero siguió cerrada. Me incliné y vi que en el centro del pomo había una pequeña ranura. Era una de esas puertas que se cierran apretando un botón desde dentro. La ranura de la cara exterior era para una de esas llaves especiales sin dentar con las que se puede abrir desde fuera si alguien se desmaya dentro del baño o si un crío se encierra sin querer y arma un escándalo.

La llave debía de estar en la balda superior del armario de la ropa blanca, pero no estaba. Probé con la hoja de mi navaja, pero era demasiado fina. Volví al dormitorio y saqué del cajón del tocador una lima de uñas. Eso sí funcionó. La puerta del baño se abrió.

Sobre un cesto para ropa sucia había un pijama de hombre de color arena. En el suelo descansaban unas zapatillas verdes. Sobre el borde del lavabo se veía una navaja de afeitar y un tubo de crema destapado. La ventana del baño estaba cerrada y en el aire flotaba un olor acre que no se parece a ningún otro.

Tres casquillos vacíos despedían destellos cobrizos sobre las losas verde Nilo del suelo y en el cristal esmerilado de la ventana se abría un agujerito perfectamente circular. A la izquierda, poco más arriba de la ventana, había dos cicatrices en la pared que descubrían el yeso blanco hasta entonces oculto por la pintura y en las que se había incrustado algo que podía ser una bala. La cortina de la ducha, de seda plastificada blanca y verde, colgaba de unas brillantes anillas de cromo y estaba corrida. La descorrí y, al hacerlo, las anillas respondieron con un leve tintineo que por algún motivo sonó de pronto escandaloso.

Al inclinarme hacia delante me crujieron un poco las vértebras del cuello. Allí estaba... No podía encontrarse en ningún otro lugar. Se hallaba

agazapado en un rincón bajo los dos grifos brillantes y sobre su pecho goteaba el agua que caía de la ducha de metal cromado.

Tenía las rodillas dobladas, pero sin rigidez. Los dos agujeros abiertos en el pecho eran de un azul oscuro y ambos estaban tan próximos al corazón que cualquiera de ellos habría bastado para matarle. La sangre, al parecer, había resbalado con el agua.

En sus ojos había una mirada curiosamente brillante y esperanzada como si estuviera oliendo el café de la mañana y fuera a salir de la ducha de un momento a otro.

Un trabajo bien hecho. Acabas de afeitarte, te desnudas para darte una ducha, y, sujetando la cortina, ajustas la temperatura del agua. La puerta se abre a tus espaldas y entra alguien. Alguien que es, al parecer, una mujer. Lleva en la mano una pistola. Tú la miras y ella dispara. Yerra tres tiros. Parece imposible fallar a esa distancia, pero falla. Quizá sea lo normal. Tengo tan poca experiencia en estas cosas... No puedes escapar. Podrías abalanzarte sobre ella y arriesgarte si fueras de esa clase de hombres y estuvieras preparado para ello. Pero inclinado hacia dentro sobre los grifos de la ducha, sujetando la cortina, no tienes el suficiente equilibrio. Por otra parte, si eres un ser humano como los demás, probablemente el pánico te ha dejado como petrificado. Así que no te queda más camino que huir al interior de la ducha.

Y allá es a donde vas. Te metes lo más adentro que puedes, pero el hueco es muy pequeño y el muro alicatado te cierra el paso. Estás acorralado contra el último muro. No te queda espacio, no te queda vida. Y suenan dos tiros más, posiblemente tres, y tú te vas deslizando contra la pared y en tus ojos ya ni siquiera hay miedo. Tienen la mirada vacía de la muerte.

Ella se inclina hacia el interior de la ducha y cierra los grifos. Deja también cerrada la puerta del baño. Al salir de la casa tira la pistola sobre la alfombra de la escalera. Debe de estar preocupada. Probablemente la pistola es tuya.

¿Fue así? Más valía.

Me agaché y le toqué en el brazo. El hielo no podía ser ni más frío ni más rígido. Salí del cuarto dejando la puerta abierta. Ya no había necesidad de cerrarla. Sólo habría servido para dar trabajo a la policía.

Entré en el dormitorio y saqué el pañuelo de debajo de la almohada. Era un diminuto cuadrado de lino blanco con el borde festoneado de rojo. En una esquina, dos pequeñas iniciales bordadas también en rojo. A. F.

—Adrienne Fromsett —dije.

Me eché a reír. Fue una risa bastante macabra.

Sacudí el pañuelo en el aire para quitarle parte del olor a sándalo, lo envolví en un papel de seda y me lo metí en el bolsillo. Volví al salón y hurgué un poco en el escritorio que había adosado a la pared. No contenía ni cartas interesantes, ni números de teléfono, ni una de esas carteritas de cerillas que pudiera despertar alguna idea interesante. Si había algo, yo no lo encontré.

Miré el teléfono. Estaba sobre una mesita baja junto a la chimenea. Tenía un cordón muy largo de forma que Lavery pudiera tenderse boca arriba en el sofá, con un cigarrillo entre sus labios tersos y morenos, una bebida fría al lado y un montón de tiempo para mantener una larga conversación con una amiga, una conversación fácil, lánguida, coqueta, ligera, ni demasiado sutil ni demasiado profunda, el tipo de conversación que probablemente le gustaba.

Todo para nada. Fui del teléfono a la puerta de la calle, dejé el pomo de modo que pudiera volver a entrar y cerré con fuerza tirando de ella hasta que oí el clic de la cerradura. Recorrí el sendero de losas y me detuve un momento bajo la luz del sol a mirar al otro lado de la calle, a la casa del doctor Almore.

Nadie gritó ni salió corriendo por la puerta. No sonó el silbato de la policía. Todo estaba tranquilo, soleado y silencioso. No había motivo alguno para el nerviosismo. Sólo ha ocurrido que Marlowe ha encontrado otro cadáver. A estas alturas lo hace ya bastante bien. «Marlowe, Crimen Diario», le llaman. Le siguen con un furgón para ir recogiendo todo lo que encuentra.

Buen chico ese Marlowe, un poco ingenuo.

Volví al cruce, subí al coche, lo puse en marcha, retrocedí y me fui de allí.

17

El botones del Athletic Club volvió a los tres minutos y me hizo una seña para que le siguiera. Subimos en el ascensor al cuarto piso, doblarnos por un recodo y me mostró una puerta entreabierta.

—A la izquierda, señor. Haga el menor ruido posible. Varios socios del club están durmiendo.

Entré en la biblioteca. Había libros alineados tras los cristales de las librerías, revistas sobre una larga mesa central y un retrato iluminado del fundador del club. Pero, al parecer, lo que de verdad se hacía allí era dormir. Las estanterías dividían la sala en varios cubículos, en cada uno de los cuales había sillones de cuero de respaldo alto y de unas dimensiones y una comodidad increíbles. En varios de aquellos sillones dormitaban plácidamente sendos vejetes, violetas los rostros por la presión sanguínea y emitiendo por los orificios de la nariz unos ronquidos broncos.

Salté por encima de unos cuantos pies y doblé hacia la izquierda. Derace Kingsley se hallaba en el último cubículo, al fondo de la habitación. Había colocado dos sillones, el uno junto al otro, de cara al rincón. Su cabeza oscura asomaba por encima del respaldo de uno de ellos. Me senté en el sillón vacío y le saludé con una rápida inclinación de cabeza.

—Hable en voz baja —me dijo—. Esta habitación es para dormir la siesta. Dígame, ¿qué ocurre? Le contraté para que me ahorrara problemas, no para que añadiera unos cuantos más a los que ya tengo. Me ha obligado a cancelar una cita importante.

—Lo sé —le dije. Y acerqué mi rostro al suyo. Olía a whisky, pero de un modo agradable—. Ella le ha matado.

Sus cejas pegaron un brinco y en su rostro apareció una expresión de dureza. Apretó los dientes. Respiró calladamente y su mano se crispó sobre la rodilla. —Siga —dijo con una voz del tamaño de una canica.

Me volví a mirar por encima del respaldo de mi sillón. El vejete más cercano dormía plácidamente moviendo al respirar el vello de la nariz.

—Nadie abría en casa de Lavery —dije—. La puerta estaba entornada. Pero ayer me fijé en que se queda atascada en el umbral. La abrí de un empujón. Sala a oscuras. Dos vasos vacíos. Todo en silencio. Al rato una mujer delgada y morena, que dijo ser la señora Fallbrook, la dueña de la casa, subió las escaleras con una pistola envuelta en un guante, que, según ella, se había encontrado en la escalera. Dijo también que había venido a cobrar tres meses de alquiler. Y que había abierto con su propia llave. La deducción lógica es que había aprovechado la ocasión para fisgonear. Le quité la pistola y me di cuenta de que había sido disparada recientemente, pero me callé. Ella me dijo que Lavery no estaba en casa. Me deshice de ella poniéndola furiosa y salió hecha un basilisco. Puede que llame a la policía, pero es mucho más probable que se vaya por ahí a cazar mariposas y se olvide de todo..., menos del dinero del alquiler.

Hice una pausa. Kingsley se había vuelto hacia mí. Tenía los músculos de la mandíbula hinchados de tanto apretar los dientes. Había en sus ojos una mirada de enfermo.

—Bajé y encontré indicios de que una mujer había pasado la noche con Lavery. Pijama, polvos, perfume, lo habitual. El baño estaba cerrado por dentro, pero lo abrí. Tres casquillos vacíos en el suelo, dos balas incrustadas en la pared y un agujero en la ventana. Lavery en la ducha, desnudo y muerto.

—¡Dios mío! —susurró Kingsley—. ¿Quiere usted decir que la mujer que pasó la noche con él le mató esta mañana en el baño?

—¿Y qué otra cosa puedo querer decir? —le pregunté.

—Baje usted la voz —gruñó—. Me ha dejado helado, naturalmente. Pero ¿por qué en el baño?

—Bájela usted —le dije—. ¿Y por qué no en el baño? ¿Se le ocurre algún otro sitio donde pueda sorprenderse a un hombre más desprevenido?

—Pero usted no sabe si fue una mujer quien le mató. Bueno, no lo sabe con seguridad, ¿no?

—No —le dije—, eso es cierto. Pudo ser un hombre que utilizara una pistola pequeña y disparara descuidadamente adrede para que pareciera que había sido una mujer. El baño está abajo y da hacia el exterior de la ladera, al espacio. No creo que pudiera oír los disparos nadie que no estuviera dentro de la casa. La mujer que pasó la noche con Lavery pudo irse antes. Incluso es posible que no hubiera tal mujer, que el criminal falsificara las apariencias. Hasta pudo matarle usted.

—¿Por qué iba a matarle yo? —dijo Kingsley casi gimiendo, con las manos crispadas sobre las rodillas—. Soy un hombre civilizado.

Tampoco valía la pena iniciar una discusión sobre aquel asunto. —¿Tiene pistola su mujer? —le pregunté.

Volvió hacia mí un rostro desolado y me dijo con voz cavernosa: —¡Dios mío! ¿No pensará usted que fue ella, verdad?

—¿La tiene o no?

Soltó las palabras a sacudidas.

—Sí. Una automática pequeña.

—¿La compró usted aquí?

—No... No la compré. Se la quité a un borracho en una fiesta en San Francisco, hará un par de años. Andaba jugando con ella haciéndose el gracioso. Nunca se la devolví. —Se pellizcó la barbilla hasta que le blanquearon los nudillos—. Probablemente él ni siquiera recuerde cómo la perdió. Estaba bastante bebido.

—Todo encaja demasiado bien —le dije—. ¿Reconocería usted esa pistola?

Meditó profundamente, sacando mucho la mandíbula y entornando los ojos. Yo me volví a mirar atrás. Uno de los ancianitos dormilones se había despertado a sí mismo con un ronquido que casi le había tirado del asiento.

Tosió, se rascó la nariz con una mano sarmentosa y sacó del bolsillo del chaleco un reloj de oro. Lo miró con mirada sombría, se lo guardó y volvió a

dormirse.

Me saqué la pistola del bolsillo y la deposité sobre la mano abierta de Kingsley, que la miró tristemente.

—No sé —dijo—. Se parece, pero no puedo decir si es la misma. —Tiene a un lado el número de serie.

—Nadie recuerda el número de serie de una pistola.

—Esperaba que no lo recordara. De otro modo, me habría preocupado mucho.

Su mano se cerró en torno a la pistola y la dejó junto a él, en el sillón. — ¡El muy cerdo! —susurró—. Debió de dejarla plantada.

—No lo entiendo —le dije—. El motivo no le parecía suficiente para usted porque es un hombre civilizado. Pero sí le parece suficiente para ella.

—Los motivos son distintos —dijo—. Además, las mujeres son más impulsivas.

—Como los gatos son más impulsivos que los perros.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que hay mujeres impulsivas lo mismo que hay hombres impulsivos. Nada más. Si quiere convencerme de que le mató su mujer, tendrá que encontrar un motivo mejor.

Volvió la cabeza lo suficiente como para dirigirme una mirada franca en la que no había el menor destello de diversión. En las comisuras de su boca se dibujaban unas medias lunas blancas.

—No creo que el momento se preste mucho a bromas —dijo—. No podemos permitir que la policía encuentre el arma. Crystal tenía licencia y la pistola estaba registrada, así que no les costará trabajo averiguar el número aunque yo no lo sepa. No podemos dejar que la encuentren.

—Pero la señora Fallbrook sabe que la tengo yo.

Negó testarudo con la cabeza.

—Tendremos que arriesgarnos. Sí, ya sé que eso supone un riesgo para usted. Y trataré de compensarle por ello. Si la muerte de Lavery pudiera interpretarse como suicidio, le diría que dejara la pistola donde la encontró. Pero tal como usted lo ha explicado, no cabe tal posibilidad.

—No. Tendría que haber fallado los tres primeros disparos. Pero no

puedo prestarme a encubrir un asesinato, ni siquiera por una prima de diez dólares. Tengo que volver a dejar la pistola donde la encontré.

—No estaba pensando en una cantidad mayor —dijo él en voz baja—. Pensaba en quinientos dólares.

—¿Qué intenta comprar con eso?

Se inclinó hacia mí. Su mirada era seria y fría, pero estaba desprovista de dureza.

—¿Ha encontrado en casa de Lavery algo, además de la pistola, que pueda indicar que Crystal estuvo allí recientemente?

—Un traje blanco y negro y un sombrero que concuerdan con la descripción que hizo de ella el botones de San Bernardino. Pero puede haber docenas de cosas más que yo no haya visto. Casi seguro que hay huellas dactilares. Usted dice que nunca se las han tomado a su mujer, pero eso no quiere decir que no puedan conseguir las. El dormitorio de su casa, por ejemplo, debe de estar lleno de huellas. Y la casa del lago del Corzo. Y su coche.

—Hay que recoger ese coche... —comenzó a decir.

Me interrumpí.

—Sería inútil. Son demasiados sitios. ¿Qué clase de perfume usa ella? Me miró unos instantes sin comprender.

—Ah... Guillerlain Regal, el champán de los perfumes —dijo después secamente—. Y, de vez en cuando, uno de Chanel, no sé qué número.

—¿A qué huele ese perfume que hacen ustedes?

—A sándalo.

—El dormitorio apesta a eso —le dije—. A mí me huele a perfume barato, pero no soy quién para juzgar.

—¿Barato? —preguntó Kingsley, herido en lo más hondo—. ¡Dios mío! ¡Barato! ¡Lo vendemos a treinta dólares la onza!

—Pues olía más bien a perfume de tres dólares el litro.

Puso las manos sobre las rodillas y meneó la cabeza.

—Estaba hablando de dinero —dijo—. Quinientos dólares. Le doy un cheque ahora mismo.

Dejé que su oferta cayera al suelo remolineando como una pluma sucia.

Uno de los muchachos que había detrás de nosotros se puso en pie con mucho trabajo y salió fatigosamente de la biblioteca.

Kingsley habló gravemente:

—Le contraté para que me protegiera del escándalo y, naturalmente, para que protegiera también a mi mujer si llegaba a necesitarlo. Aunque no ha sido por su culpa, la posibilidad de evitar el escándalo se ha volatilizado. Ahora se trata de salvar el pellejo a mi mujer. No creo que haya matado a Lavery. Mi convicción no se basa en nada. En nada en absoluto. Pero estoy convencido de que es inocente. Puede que incluso estuviera allí anoche y que esta pistola sea suya, pero eso no demuestra que le matara ella. Pudo ser tan descuidada con la pistola como lo es con todo. Cualquiera pudo apoderarse de ella.

—No crea que la policía va a tragarse esa versión tan fácilmente —le dije—. Si el inspector que conocí es un espécimen típico, lo que harán será agarrar la primera cabeza que encuentren y atizarle con la porra. Y puede estar seguro de que la primera cabeza que van a encontrar cuando investiguen la situación será la de su mujer.

Juntó las manos por la base. Su dolor tenía algo de teatral, como suele ocurrir a menudo con la expresión del dolor más real.

—Creo que podré ayudarle hasta cierto punto —dije—. Allí todo encaja perfectamente a primera vista. Demasiado bien. Su mujer deja allí el traje con el que ha sido vista y por el que probablemente pueden identificarla y, encima, deja tirada su pistola en la escalera. Cuesta trabajo creer que fuera tan tonta.

—Eso me anima un poco —dijo Kingsley con voz fatigada.

—Sí, pero nada de eso significa nada, porque nosotros estamos examinando el caso desde el punto de vista de la premeditación, y el que comete un crimen por pasión o por odio, sencillamente lo comete y se va. Todo lo que sé de ella indica que es una mujer impulsiva y descuidada. En todo lo que vi en aquella casa no había el menor indicio de premeditación. Sólo hay indicios de una completa falta de premeditación. Pero aunque no hubiera nada allí que pudiera hacer sospechar de su mujer, la policía la relacionará inmediatamente con el muerto. Investigarán el pasado de Lavery, sus amigos y las mujeres con quienes ha tenido algo que ver. Antes o después

su nombre saldrá a la luz en el curso de la investigación y, cuando salga, el hecho de que desapareciera hace un mes, les hará frotarse las manos de satisfacción. Naturalmente, investigarán la procedencia de la pistola y si resulta ser la de su mujer...

La mano derecha de Kingsley buscó el arma en el sillón a su lado.

—No —le dije—. Tienen que encontrar esa pistola. Marlowe puede ser un tipo muy listo y, personalmente, puede sentir una gran simpatía por usted, pero no puede permitir la supresión de una prueba tan vital como es el arma con que se ha matado a un hombre. Tendré que actuar basándome en la premisa de que su mujer es evidentemente sospechosa, pero que esa evidencia puede ser falsa.

Gruñó y me tendió la mano abierta con la pistola sobre la palma. La cogí y me la guardé. Luego volví a sacarla y le dije:

—Déjeme su pañuelo. No quiero usar el mío. Puede que me registren.

Me tendió un pañuelo blanco almidonado. Limpié con él la pistola cuidadosamente y me la guardé en el bolsillo. Luego le devolví el pañuelo.

—No importa que queden mis huellas —dije—, pero no quiero que vean las tuyas. Lo único que puedo hacer por ahora es volver a casa de Lavery, dejar la pistola donde la encontré y llamar a la policía. Les ayudaré en la investigación y dejaré que las cosas sigan su curso. La historia saldrá a la luz... Tendré que decir qué hacía yo en esa casa y por qué fui. En el peor de los casos, encontrarán a su mujer y demostrarán que fue ella quien le mató. En el mejor, la encontrarán mucho antes que yo y me permitirán así dedicar todas mis energías a demostrarles que es inocente, lo que significa que tendré que demostrar que el asesino es otra persona. ¿Está de acuerdo?

Asintió lentamente. Luego dijo:

—Sí. Y la oferta de los quinientos dólares sigue en pie. Por demostrar que Crystal no le mató.

—No espero ganármelos —le dije—. Eso quiero que quede claro desde ahora. ¿Hasta qué punto conocía a Lavery la señorita Fromsett? Fuera de las horas de oficina.

Su rostro se tensó como si le hubiera dado un calambre. Sus puños se crisparon sobre los muslos. No contestó.

—Puso una cara un poco rara cuando le pedí su dirección ayer por la mañana —continué.

Exhaló el aire lentamente.

—Como si tuviera un mal sabor de boca —dije—. Quizá un idilio que acabara mal. ¿Le parezco demasiado brusco?

Las aletas de la nariz le temblaron un segundo y aspiró el aire con un sonido ronco. Luego se relajó y dijo quedamente:

—Le conoció bastante... hace tiempo. En ese sentido es una mujer capaz de hacer lo que le plazca. Y supongo que Lavery debía de ser un tipo fascinante... para las mujeres.

—Tendré que hablar con ella —dije.

—¿Para qué? —me preguntó bruscamente.

En sus mejillas aparecieron un par de chapetas rojas.

—Eso no importa. Mi trabajo consiste en hacer toda clase de preguntas a toda clase de personas.

—Entonces hable con ella —dijo con tirantez—. Lo cierto es que conocía a los Almore. A la mujer, mejor dicho, a la que se suicidó. Lavery la conocía también. ¿Puede tener eso algo que ver con todo este asunto?

—No lo sé. Está usted enamorado de ella, ¿verdad?

—Me casaría con ella mañana si pudiera —dijo tenso.

Asentí y me levanté. Me volví hacia la habitación. Estaba ya casi vacía. En el rincón del fondo un par de viejas reliquias seguían roncando plácidamente. El resto de los muchachos había vuelto a enderezar sus pasos inciertos hacia lo que hicieran cuando estaban conscientes.

—Una cosa más —dije mirando a Kingsley—. La policía se pone inmediatamente de uñas si no se la llama en cuanto se descubre un crimen. Esta vez me he retrasado y voy a retrasarme más. Volveré a casa de Lavery y haré como si fuera ésa la primera visita de hoy. Creo que lo conseguiré, si no menciono a la señora Fallbrook.

—¿La señora Fallbrook? —Apenas sabía de qué estaba hablando—. ¿Quién diablos...? Ah, sí. Ya recuerdo.

—Pues no la recuerde. O mucho me equivoco, o no va a abrir el pico. No es el tipo de mujer dispuesta a tener nada que ver con la policía por voluntad

propia.

—Entiendo —dijo.

—Y usted, hágalo bien. Le interrogarán antes de decirle que Lavery ha muerto y antes de que yo pueda ponerme en contacto con usted, o eso es lo que creerán ellos. No caiga en la trampa. Si cae ya no podré investigar nada. Estaré en la trena.

—Podría llamarme desde la casa de Lavery antes de avisarles a ellos —dijo muy razonablemente.

—Sí, pero el hecho de no hacerlo dirá mucho en mi favor. Y una de las primeras cosas que harán es comprobar qué llamadas se han hecho desde ese teléfono. Si digo que le llamé desde otro teléfono, para eso lo mismo me da admitir que vine a verle.

—Entiendo —me dijo—. Puede confiar en que sabré hacerlo.

Nos dimos la mano y le dejé allí de pie.

18

El Athletic Club estaba en una esquina situada a media manzana poco más o menos del edificio Treloar, en la acera de enfrente. Crucé la calle y avancé en dirección norte hasta la puerta. Sobre la acera que antes fuera de losas de caucho habían terminado de tender cemento color rosa. Habían colocado barreras alrededor, de modo que no quedaba más que una estrecha pasarela para entrar y salir del edificio. En ese momento estaba abarrotada de empleados que volvían de almorzar.

La recepción de la Compañía Guillerlain parecía aún más vacía que el día anterior. Allí seguía la rubita esponjosa en su rincón, detrás de la centralita telefónica. Me dirigió una sonrisa rápida y yo la respondí apuntando hacia ella con un dedo índice rígido, los otros tres dedos doblados hacia dentro y moviendo el pulgar como un pistolero del Oeste disparando su revólver. Se rió de buena gana en voz baja. No se había divertido tanto en toda la semana.

Señalé al escritorio vacío de la señorita Fromsett. La rubita asintió, introdujo una clavija en el tablero y habló. Se abrió una puerta y la señorita Fromsett se acercó elegantemente a su mesa, se sentó y me dirigió una mirada fría y expectante.

—Usted dirá, señor Marlowe. Me temo que el señor Kingsley no está en este momento.

—Tengo de verle. ¿Dónde podemos hablar?

—¿Hablar?

—Quiero enseñarle una cosa.

—Ah, ¿sí?

Me miró pensativa. Probablemente eran muchos los tipos que habrían pretendido enseñarle alguna cosa, incluidos grabados. En otras circunstancias no me habría importado intentarlo.

—Se trata de un asunto relacionado con el señor Kingsley —dije. Se levantó y abrió la puerta de la barandilla metálica.

—En ese caso podemos hablar en su despacho.

Mantuvo la puerta abierta para que entrara. Al pasar junto a ella olfateé el aroma que exhalaba. Sándalo.

—¿Guillerlain Regal, el champán de los perfumes? —pregunté.

Ella sonrió levemente sin dejar de sostener la puerta.

—¿Con mi sueldo?

—No he hablado para nada de sueldos. No me parece una mujer que tenga que comprarse su perfume.

—Sí, es Guillerlain Regal —me dijo—. Y por si le interesa le diré que detesto llevar perfume en la oficina. Pero él me obliga.

Entramos en el largo despacho fresco y en penumbra y se sentó junto a un extremo del escritorio. Yo me instalé en el mismo asiento que el día anterior. Nos miramos. Levaba un vestido marrón con chorrera de encaje. Parecía un poco menos fría, pero tampoco era un fuego devorador.

Le ofrecí uno de los cigarrillos de Kingsley. Lo tomó, lo encendió con el encendedor de mesa y se apoyó en el respaldo de la silla.

—No hay necesidad de que perdamos el tiempo con rodeos —le dije—. Usted ya sabe quién soy yo y lo que hago. Y si no lo supo ayer es porque a él le gusta darse importancia.

Me miró la mano que descansaba sobre su rodilla, levantó la vista y me sonrió casi con timidez.

—Es un tipo estupendo —me dijo—, a pesar de esos aires de ejecutivo duro que le gusta darse. Después de todo, sólo se engaña a sí mismo. Y si usted supiera todo lo que ha tenido que aguantarle a esa golfa. —Blandió el cigarrillo en el aire—. Bueno, será mejor que no toque ese tema. ¿Para qué quería verme?

—Kingsley me ha dicho que usted conocía a los Almore.

—La conocí a ella. Mejor dicho, la vi un par de veces.

—¿Dónde?

—En casa de un amigo. ¿Por qué?

—¿En casa de Lavery?

—No irá a ponerse grosero, ¿verdad, señor Marlowe?

—No sé qué entiende usted por grosería. Estoy hablando de un asunto concerniente a mi trabajo como hablo siempre de estas cosas, no como si se tratara de diplomacia internacional.

—Entendido —dijo asintiendo levemente con la cabeza—. Sí, fue en casa de Chris Lavery. Yo iba allí de vez en cuando. Solía dar fiestas con frecuencia.

—Eso significa que Lavery conocía a los Almore, mejor dicho, a la señora Almore.

Se ruborizó ligeramente.

—Sí. La conocía muy bien.

—A ella y a otras muchas mujeres. De eso no tengo la menor duda. ¿La conocía también la señora Kingsley?

—Sí, mejor que yo. Ellas dos se tuteaban. La señora Almore murió, ¿sabe? Se suicidó hace aproximadamente año y medio.

—¿Hay alguna duda acerca de eso?

Levantó las cejas con una expresión que me pareció fingida, como si considerara ese gesto el complemento adecuado a la pregunta, un puro formulismo. Luego dijo:

—¿Tiene usted alguna razón concreta para hacerme esa pregunta de ese modo concreto? Quiero decir que si tiene eso alguna relación con... con lo que está haciendo.

—Yo creía que no. Aún no lo sé con seguridad. Pero ayer el doctor Almore llamó a la policía sólo porque yo miraba su casa. Antes había averiguado quién era por el número de matrícula de mi coche. El policía me trató con muy malos modos sólo por estar allí. No sabía qué hacía y no le dije que había ido a ver a Lavery. Pero Almore tenía que sospecharlo porque me había visto ante la puerta de la casa. ¿Por qué consideró necesario llamar a la policía? ¿Y por qué consideró necesario el policía decirme que el último

sujeto que había intentado hacer chantaje a Almore había terminado en un penal? ¿Y por qué tuvo que preguntarme si me había contratado la familia de ella, refiriéndose, supongo, a la señora Almore? Si usted puede contestarme a alguna de estas preguntas sabré si es asunto mío o no.

Meditó unos segundos lanzándome una mirada rápida mientras pensaba y volviendo después a mirar hacia otro lado.

—Sólo vi dos veces a la señora Almore —dijo lentamente—. Pero creo que puedo responder a sus preguntas. A todas. La última vez que la vi fue en casa de Lavery, como le he dicho, en una fiesta en la que había mucha gente. Todo el mundo bebía y hablaba a gritos. Ni las mujeres iban con sus maridos, ni los maridos iban con sus mujeres, si es que las tenían. Había allí un hombre llamado Brownwell que estaba muy bebido. Ahora está en la Marina, según me han dicho. No dejaba de molestar a la señora Almore bromeando sobre las actividades de su marido. Al parecer es uno de esos médicos que se pasan la noche yendo de casa en casa con un maletín lleno de jeringuillas, acudiendo en ayuda de todos los juerguistas del barrio para que al abrir los ojos por la mañana no se sienten a desayunar con unos cuantos elefantes rosas. Florence Almore le dijo que no le importaba cómo ganara el dinero su marido con tal de que ganara lo bastante y ella pudiera gastárselo a su gusto. Estaba también bastante bebida y creo que ni sobria debía de ser una persona muy agradable. Era una de esas mujeres que llevan siempre vestidos brillantes y muy ceñidos, que se ríen demasiado y que se sientan siempre enseñando toda la pierna. Una rubia platino con mucho maquillaje y unos ojos enormes de un azul muy pálido. Brownwell le dijo que no se preocupara, que ése era un negocio que nunca fallaba. Que consistía en entrar en casa de un paciente y salir a los quince minutos con diez o hasta puede que cincuenta dólares más en el bolsillo. Sólo una cosa no entendía, dijo, que era cómo podía un médico conseguir tanta droga sin tener amigos del hampa. Y entonces le preguntó a la señora Almore si invitaban a muchos gángsters a cenar a su casa. Ella le tiró a la cara un vaso de whisky.

Sonreí, pero la señorita Fromsett no sonrió. Aplastó el cigarrillo en el cenicero de cobre y cristal que había sobre el escritorio de Kingsley y me miró gravemente.

—Me parece muy razonable —le dije—. Cualquiera que no tuviera unos buenos puños habría hecho lo mismo.

—Sí. Pocas semanas después encontraron muerta a Florence Almore. Estaba en el garaje con la puerta cerrada y el motor del coche encendido. — Se detuvo y se humedeció ligeramente los labios—. Fue Chris Lavery quien la encontró al volver a su casa quién sabe a qué hora de la madrugada. Estaba tirada, en pijama, sobre el suelo de cemento y con la cabeza bajo una manta que cubría también el tubo de escape del coche. El doctor Almore no estaba. En los periódicos sólo se dijo que había muerto de repente. Se echó tierra al asunto.

Levantó ligeramente las manos entrelazadas y volvió a dejarlas caer lentamente sobre el regazo.

—¿Hubo algo raro en el asunto, entonces? —le pregunté.

—Eso pensó la gente, pero es lo que pasa siempre. Algún tiempo después me contaron lo que se rumoreaba confidencialmente sobre el caso. Me encontré a ese tal Brownwell en la calle Vine y me invitó a tomar una copa con él. No me caía muy bien, pero tenía media hora libre. Nos sentamos en Levy's, a una mesa del fondo, y me preguntó si recordaba a la mujer que le había tirado el whisky a la cara. Le dije que sí y mantuvimos más o menos la siguiente conversación. La recuerdo palabra por palabra. Brownwell me dijo: «Nuestro amigo Lavery está de enhorabuena. Si alguna vez le fallan sus amiguitas, aún puede hacerse con un montón de dinero». «No entiendo lo que quieres decir», le dije yo. Y él me contestó: «Quizá es que no quieres entenderlo. La noche en que murió, la mujer de Almore estuvo jugando en el local de Lou Condry y perdiendo allí hasta la camisa en la ruleta. Se puso como una fiera, dijo que las ruletas estaban trucadas y armó un escándalo. Condry tuvo que llevársela prácticamente a rastras a su despacho. Localizó al marido a través de la telefonista que toma los recados de urgencia, y, al cabo de un rato, apareció Almore, le inyectó con una de sus incansables jeringuillas y volvió a largarse. Al parecer tenía que atender a un caso muy urgente. Condry llevó a la señora Almore a su casa y poco después llegó la enfermera, avisada por el médico. Condry la subió al piso de arriba, y la enfermera la acostó, mientras Condry volvía a sus fichas. O sea, que tuvieron

que llevarla en brazos a la cama, y, sin embargo, esa misma noche ella sola se levantó, se fue al garaje y se suicidó con monóxido de carbono. ¿Qué te parece?», me preguntó Brownwell. «Yo no sé nada de eso», le dije. «¿Cómo es que lo sabes tú?» Y él me contestó: «Conozco a un redactor de esa porquería que allí llaman periódico. No hubo ni encuesta ni autopsia. Si se hicieron análisis, no se informó de los resultados. Allí no tienen forense. Son los de las pompas fúnebres los que se encargan de esos menesteres. Se van turnando, uno por semana. Naturalmente tienen una actitud totalmente servil con respecto a los políticos de la localidad. Es muy fácil echar tierra a un asunto como ése en una ciudad pequeña, si es que hay alguien con influencia interesado en encubrir la cosa. Y Condyl en aquel momento la tenía de sobra. No quería la publicidad que habría supuesto una investigación y el doctor tampoco».

La señorita Fromsett dejó de hablar y esperó a que yo dijera algo. Cuando vio que no decía nada continuó:

—Supongo que se da usted cuenta de cómo interpretaba Brownwell lo sucedido, ¿no?

—Claro. Pensó que Almore la había matado y que luego entre Condyl y él se las habían arreglado para silenciar la cosa. Eso se ha hecho ya en ciudades más decentes de lo que Bay City ha pretendido ser jamás. Pero no acaba ahí la historia, ¿verdad?

—No. Parece ser que los padres de la señora Almore contrataron a un detective privado, un hombre que dirigía un servicio de vigilancia nocturna en Bay City y que, precisamente, había llegado al lugar del suceso el segundo, poco después que Chris. Brownwell me dijo que ese hombre tenía cierta información, pero que no había tenido ocasión de utilizarla. Le detuvieron por conducir borracho y le metieron en la cárcel.

—Es eso todo? —pregunté.

Ella asintió.

—Y por si cree que lo recuerdo demasiado bien, le diré que mi trabajo consiste en parte en recordar conversaciones.

—Lo que estaba pensando era que todo esto no tiene por qué tener mucha importancia. No veo qué puede tener que ver con Lavery, aunque fuese él

quien la encontrara. Su amigo Brownwell creyó, al parecer, que alguien aprovechó lo sucedido para hacerle chantaje al doctor Almore. Pero para eso tenía que haber alguna prueba, especialmente si la ley le había dado ya por inocente.

La señorita Fromsett dijo:

—Yo también lo veo así. Y preferiría pensar que el chantaje es una de las pocas porquerías que Lavery no ha intentado hasta el momento. Creo que esto es todo lo que puedo decirle, señor Marlowe. Debería estar ahí fuera.

Se incorporó para levantarse y en ese momento le dije:

—Aún no he terminado. Quiero enseñarle una cosa.

Saqué del bolsillo el pañuelo perfumado que había encontrado bajo la almohada de Lavery y me incliné para dejarlo ante ella sobre el escritorio.

19

Miró el pañuelo, me miró a mí, cogió un lápiz y movió el cuadrado de lino con el extremo de goma.

—¿A qué huele? —preguntó—. ¿A insecticida?

—A una especie de sándalo, creo.

—Es una imitación barata. Repulsivo no es adjetivo suficiente para describirlo. ¿Por qué me enseña este pañuelo, señor Marlowe?

Volvió a apoyarse en el respaldo del asiento y me miró con ojos francos y fríos.

—Lo encontré en casa de Chris Lavery, debajo de su almohada. Tiene unas iniciales.

Desdobló el pañuelo con ayuda del lápiz, sin tocarlo. Su expresión era ahora tensa y sombría.

—Tiene bordadas dos letras —dijo con una voz gélida e irritada—. Dos letras que casualmente son mis iniciales. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí —respondí—. Aunque es muy probable que él conozca a media docena de mujeres con las mismas iniciales.

—Así que después de todo ha decidido ponerse grosero —dijo sin alzar la voz.

—¿Es suyo el pañuelo o no?

Dudó. Se inclinó hacia delante y, con mucha calma, cogió otro cigarrillo que encendió con una cerilla. La sacudió muy lentamente, mirando cómo trepaba la llama por la astilla de madera.

—Sí, es mío —dijo—. Debí de dejármelo olvidado allí. Hace mucho tiempo. Le aseguro que no fui yo quien lo puso bajo la almohada. ¿Es eso lo que quería saber?

No dije nada. Ella añadió:

—Debió de prestárselo a alguna mujer a quien... a quien le gustara esta clase de perfume.

—Me imagino cómo debe de ser esa mujer —dije— y no me parece que encaje muy bien con Lavery.

Su labio superior se curvó un poco. Era un labio muy largo. Y me gustan los labios superiores largos.

—Creo —me contestó— que debería rectificar un poco la idea que se ha formado de Chris Lavery. Cualquier rasgo de refinamiento que haya creído adivinar en él es pura coincidencia.

—No me parece bonito hablar así de un muerto —dije.

Durante unos segundos permaneció sentada y me miró como si yo no hubiera dicho nada y ella estuviera esperando a que hablara. De pronto, un súbito estremecimiento partió de su garganta y le recorrió todo el cuerpo. Sus manos se crisparon doblando el cigarrillo por la mitad. Lo miró y lo arrojó al cenicero con un gesto rápido.

—Le mataron en la ducha. Y, al parecer, fue una mujer que había pasado la noche con él. Acababa de afeitarse. La mujer dejó una pistola en la escalera y este pañuelo en la cama.

Se movió ligeramente en el asiento. Sus ojos estaban ahora totalmente vacíos de expresión. Su rostro era tan frío como el de una estatua.

—¿Y esperaba que yo pudiera darle información sobre el asunto? —me preguntó amargamente.

—Óigame usted, señorita Fromsett. Me gustaría poder tener una actitud distante, fría y sutil con respecto a todo este asunto. Me encantaría jugar a este juego aunque fuera sólo una vez como a usted le gustaría que jugara. Pero nadie me deja... ni mis clientes, ni la policía, ni la gente con la que me enfrento. Por mucho que trate de ser amable, siempre acabo con la nariz en el polvo y el pulgar hundido en el ojo de alguien.

Asintió como si apenas me hubiera oído.

—¿Cuándo le mataron? —preguntó. Y volvió a estremecerse ligeramente.
—Esta mañana, supongo. Poco después de que se levantara. Ya he dicho que acababa de afeitarse y que iba a darse una ducha.

—Probablemente habrá ocurrido bastante tarde. Yo llevo aquí desde las ocho y media.

—No he pensado que le haya matado usted.

—Muy amable de su parte —dijo—. Pero este pañuelo es mío, ¿no? Claro, no huele al perfume que uso, pero no creo que los policías sean muy sensibles a la calidad del perfume... ni a nada.

—No. Y lo mismo puede decirse de los detectives privados —le dije—. ¿Qué? ¿Está disfrutando con esto?

—¡Dios mío! —exclamó. Y se tapó la boca con el dorso de la mano.

—Le dispararon cinco o seis veces —dijo—, y fallaron todas menos dos. Le acorralaron dentro de la ducha. Debió de ser una escena bastante horrible. Había mucho odio por una de las partes. O mucha sangre fría.

—Era fácil odiarle —dijo ella con voz vacía—. Y era fácil quererle, pero ese amor era como un veneno. Las mujeres, incluso las decentes, nos equivocamos de un modo espantoso con respecto a los hombres.

—Lo que quiere decirme con eso es que hubo un tiempo en que creyó amarle, que ya no le quiere y que no fue usted quien le mató.

—Sí —hablaba ahora con una voz seca y tan leve como ese perfume que no le gustaba llevar en la oficina—. Espero que respete usted la confidencia. —Rió brusca y amargamente—. Muerto —dijo—. Era un pobre hombre, egoísta, mezquino, desagradable, guapo y falso. Y ahora está muerto, frío y acabado. No, señor Marlowe. Yo no le maté.

La dejé que se desahogara. Al rato me dijo lentamente:

—¿Lo sabe el señor Kingsley?

Asentí.

—Y, naturalmente, también la policía.

—Todavía no. Al menos no por mí. Fui yo quien lo encontró. La puerta de la casa no estaba cerrada. Entré y me lo encontré.

Ella cogió el lápiz y hurgó de nuevo en el pañuelo.

—¿Sabe el señor Kingsley lo del pañuelo perfumado?

—No lo sabe nadie más que usted, yo y quien lo pusiera allí.

—Ha sido usted muy amable —dijo secamente—. Y muy amable también en pensar lo que ha pensado.

—Tiene usted un aire de reserva y de dignidad que me gusta —le dije—. No lo estropee. ¿Qué quería usted que pensara? Probablemente pretendía que yo sacara el pañuelo de debajo de la almohada, que lo oliera, lo sacudiera en el aire y me dijera: «¡Vaya, vaya, vaya! Un pañuelo de la señorita Fromsett con sus iniciales y todo. La señorita Fromsett debe de haber conocido a Lavery, quizá íntimamente. Digamos entre nosotros que tan íntimamente como puede imaginarse un tipo tan mal pensado como yo. Y créame que sería mucho. Pero resulta que el pañuelo huele a perfume barato, y la señorita Fromsett no usaría un perfume barato. Y este pañuelo estaba debajo de la almohada de Lavery y la señorita Fromsett jamás guarda sus pañuelos bajo la almohada de un hombre. Por lo tanto, este pañuelo no puede tener nada que ver en absoluto con la señorita Fromsett. No es más que una ilusión óptica».

—¡Cállese! —me dijo.

Sonreí.

—¿Qué clase de mujer cree que soy? —saltó.

—He llegado demasiado tarde para decírselo.

Enrojeció, pero esta vez con un rubor suave que se extendió por todo su rostro. Luego dijo:

—¿Tiene usted alguna idea de quién puede haberlo hecho?

—Ideas sí, pero nada más. Me temo que la policía va a considerarlo un caso muy sencillo. En el armario del señor Lavery hay colgadas ropas de la señora Kingsley. Y cuando sepan toda la historia, incluido lo que ocurrió ayer en el lago del Corzo, me temo que echarán mano a las esposas. Antes tendrán que encontrarla, claro, pero no les costará mucho trabajo.

—Crystal Kingsley... —dijo pensativa—. Ni eso ha podido ahorrarle.

—No tiene que haber sido así —le dije—. Quizá le hayan matado por motivos totalmente distintos, por algo de lo que no sabemos nada en absoluto.

—Puede haber sido alguien como el doctor Almore.

Me miró fugazmente y luego negó con la cabeza.

—Es posible —insistí—. No hay nada en contra de esa probabilidad. Para ser un hombre que no tiene nada que temer, ayer estaba bastante nervioso. Pero, naturalmente, no sólo tienen miedo los culpables.

Me levanté y di unas cuantas palmaditas en el borde de la mesa. Tenía un cuello precioso. Ella señaló al pañuelo.

—¿Y qué me dice de esto? —preguntó secamente.

—Si fuera mío lo lavaría para quitarle ese olor a perfume barato. —Pero debe de significar algo, ¿no? —dijo—. Puede significar mucho. Me eché a reír.

—No creo que signifique nada. Las mujeres siempre andan perdiendo pañuelos por ahí. Un sujeto como Lavery podía coleccionarlos y guardarlos en un cajón con un saquito de sándalo. Alguien pudo encontrarlos y coger uno para utilizarlo. O puede que los prestara él mismo para disfrutar con la reacción que despertaban en las mujeres las iniciales de una rival. Yo diría que era de esa clase de sinvergüenzas. Adiós, señorita Fromsett, y gracias por hablar conmigo.

Eché a andar hacia la puerta y de pronto me detuve y le pregunté:

—¿Sabe el nombre del periodista que le dio a Brownwell esa información?

Negó con la cabeza.

—¿Ni sabe cómo se llamaban los padres de la señora Almore?

—No, tampoco. Pero probablemente podría averiguarlo. Lo intentaré encantada.

—¿Cómo?

—Esas cosas se mencionan por lo general en las necrológicas, ¿no? Seguro que apareció una en todos los periódicos de Los Ángeles.

—Se lo agradecería mucho —le dije.

Pasé un dedo por el borde de la mesa y la miré de soslayo. Piel pálida y marfileña, ojos oscuros, encantadores, y un pelo tan luminoso como puede serlo el pelo y tan negro como la noche.

Crucé el despacho y salí. La rubita de la centralita me miró expectante, con los labios rojos entreabiertos, esperando un poco más de diversión. No me quedaba más. Seguí adelante y salí.

20

Ante la casa de Lavery no había coches de la policía estacionados, ni había gente esperando en la acera, y cuando abrí la puerta principal, dentro no había olor a puro ni a humo de cigarrillos. El sol se había retirado de las ventanas y una mosca zumbaba suavemente sobre uno de los vasos. Fui hasta el fondo del cuarto y me incliné sobre la barandilla de la escalera. Nada se movía en la casa del señor Lavery. No se oía el menor ruido, a excepción del ligerísimo que provenía de allá abajo, del baño: el del agua que goteaba sobre el hombro de un hombre muerto.

Me acerqué al teléfono y busqué en la guía el número de la policía. Marqué y, mientras esperaba que me contestaran, saqué del bolsillo la pistola automática y la dejé sobre la mesita junto al aparato.

Cuando una voz de hombre dijo: «Jefatura de Policía de Bay City. Aquí Smoot», contesté:

—Alguien ha disparado una pistola en el 623 de la calle Altair. En la casa de un hombre llamado Lavery. Está muerto.

—Altair, 623. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Marlowe.

—¿Está en la casa?

—Sí.

—No toque nada.

Colgué, me senté en el sofá y esperé.

No tuve que esperar mucho. A lo lejos gimió una sirena y el sonido fue

acercándose en grandes oleadas. Unos neumáticos chirriaron al doblar por la esquina y la sirena se fue acallando hasta quedar reducida primero a un gruñido metálico y después a silencio. Las ruedas volvieron a chirriar ante la puerta. La policía de Bay City conservando sus neumáticos. Unos pasos sonaron en la acera y yo me acerqué a abrir la puerta.

Los policías de uniforme entraron como dos trombas en la habitación. Eran del tamaño habitual y tenían el rostro curtido y la expresión de sospecha habituales. Uno de ellos llevaba un clavel bajo la gorra, tras la oreja derecha. El otro era más viejo y un poco gris y sombrío. Se quedaron de pie en medio del salón mirándome con ojos severos. Luego el más viejo dijo brevemente:

—A ver! ¿Dónde está?

—Abajo en el baño. Tras la cortina de la ducha.

—Tú quédate aquí con él, Eddie.

Recorrió a grandes zancadas la habitación y desapareció. El otro me contempló fijamente y dijo sin casi mover los labios:

—No haga un solo movimiento en falso, amigo.

Volví a sentarme en el sofá. El policía recorrió la habitación con la mirada. Del piso de abajo llegaba el sonido de pisadas. El policía que estaba conmigo descubrió de pronto la pistola que había junto al teléfono. Se abalanzó sobre ella como un jugador de rugby.

—¿Es ésta el arma homicida? —dijo casi a gritos.

—Supongo. La han disparado.

—¡Ajá!

Se inclinó sobre la pistola enseñándome los dientes y se llevó la mano a la funda del revólver. La desabrochó y agarró con fuerza la culata.

—¿Qué ha dicho?

—Que supongo.

—Esto se pone bien —gruñó—, pero que muy bien.

—No tanto —le dije.

Retrocedió un poco. Sus ojos me miraban con cautela.

—¿Por qué le ha disparado? —gruñó.

—No hago más que preguntármelo.

—¡Vaya, un gracioso!

—Sentémonos a esperar a los chicos de Homicidios —le dije—. Me reservo mi defensa.

—No me venga con historias.

—No le voy a usted con nada. Si le hubiera matado yo, no estaría aquí sentado. No les habría llamado y ustedes no habrían encontrado la pistola. Además, no trabaje tanto en el caso. No va a encargarse de él más de diez minutos.

Se miró con expresión herida. Se quitó la gorra y el clavel cayó al suelo. Se inclinó, lo recogió, lo hizo girar entre los dedos y luego lo arrojó a la chimenea. —Yo que usted no haría eso —le dije—. Pueden tomarlo por una pista y perder horas con él.

—Maldita sea! —Se inclinó sobre el guardafuego, recuperó el clavel y se lo metió en el bolsillo—. Usted se las sabe todas, ¿verdad?

El otro policía subió la escalera con expresión grave. Se detuvo en medio de la habitación, consultó el reloj, anotó algo en un cuaderno y luego miró por las ventanas que daban la calle apartando las persianas.

El que se había quedado conmigo habló.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó.

—Déjalo estar, Eddie. Este caso no es para nosotros. ¿Has llamado al forense? —Pensé que lo harían los de Homicidios.

—Tienes razón. Le darán el caso al capitán Webber, y a él le gusta hacer todo solo. —Luego me miró y me preguntó—: ¿Es usted el tal Marlowe?

Le dije que sí, que era el tal Marlowe.

—Es un enterado. Se las sabe todas —dijo Eddie.

El mayor de los dos me miró distraído, miró a Eddie distraído, vio la pistola que estaba sobre la mesa y la miró nada distraído.

—Sí, ésa es el arma homicida —dijo Eddie—. No la he tocado.

El otro asintió.

—Los de Homicidios no se dan hoy mucha prisa que digamos. ¿Qué tiene usted que decir? —me espetó—. ¿Es uno de sus amigos? —continuó mientras señalaba con el pulgar al piso de abajo.

—Le vi ayer por primera vez. Soy detective privado. De Los Ángeles. —
¡Ah! —dijo lanzándome una penetrante mirada.

Su compañero me miró con profunda sospecha.

—¡Atiza! Eso quiere decir que el caso va a ser liado —dijo.

Era la primera observación sensata que hacía. Le sonreí con afecto. El policía mayor volvió a mirar por la ventana.

—Esa de enfrente es la casa de Almore, Eddie —dijo.

Eddie se le acercó y miró con él.

—Claro —dijo—. Lo dice ahí en la placa. Oye, a lo mejor ese sujeto de abajo es el que...

—¡Cállate! —dijo el otro, y dejó caer la persiana.

Los dos se volvieron a una y me contemplaron impávidos.

Un coche se acercó manzana arriba y se detuvo, una puerta se cerró de golpe y se oyeron pasos en el camino de losas. El mayor de los dos agentes del coche patrulla abrió la puerta a un par de hombres vestidos de paisano, a uno de los cuales yo ya conocía.

21

El que entró primero era un hombre más bien bajo para ser policía, maduro, de rostro enjuto y expresión de permanente cansancio. Tenía la nariz afilada y un poco torcida hacia un lado, como si alguien le hubiera atizado un buen puñetazo en alguna ocasión en que la había metido donde no debía. Muy derecho sobre la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha azul, bajo el que asomaban el cabello color tiza. Llevaba un traje marrón y las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta con los pulgares fuera.

El que le seguía era Degarmo, el policía alto, fornido, con el pelo rubio ceniza, ojos azul metálico y rostro salvaje surcado de arrugas, aquel al que no le había gustado que estuviera ante la casa de Almore.

Los dos policías uniformados miraron al más bajo y se llevaron la mano a la gorra.

—El cuerpo está abajo, capitán Webber. Parece que le mataron de dos disparos después de fallar un par de veces. Lleva muerto bastante tiempo. Este hombre se llama Marlowe. Es un detective privado de Los Ángeles. No le he preguntado nada más.

—Muy bien —dijo Webber secamente con voz llena de sospecha. Me examinó con una mirada igualmente suspicaz e inclinó ligeramente la cabeza—. Soy el capitán Webber —dijo—. Este es el teniente Degarmo. Veremos el cuerpo primero.

Cruzó la habitación. Degarmo me miró como si fuera la primera vez que me veía y luego le siguió. Bajaron acompañados del mayor de los dos

hombres del coche patrulla. El agente llamado Eddie y yo nos miramos mutuamente durante unos segundos.

—Esta casa está justo enfrente de la del doctor Almore, ¿verdad? —dije. Desapareció de su rostro toda expresión, lo que no fue difícil, porque no había habido tanta.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —dije.

Se hizo un silencio. Del piso de abajo llegaban voces confusas y amortiguadas. El policía torció la cabeza y dijo en tono un poco más amable:

—¿Se acuerda de aquello?

—Un poco.

Rió.

—Ese caso sí que lo taparon bien —dijo—. Lo envolvieron y lo escondieron detrás de todo en el estante más alto del cuarto de baño. En ese estante al que no llega uno nunca a no ser que se suba en una silla.

—Así es —le contesté—. Y me pregunto por qué.

El policía me miró con severidad.

—Tenían sus razones, amigo. No crea usted que no. ¿Conocía usted bien a ese tal Lavery?

—No muy bien.

—¿Andaba tras él por algo?

—Le investigaba un poco —le dije—. Y usted, ¿le conocía?

El policía llamado Eddie negó con la cabeza.

—No. Es sólo que me acordé que fue un tipo que vivía en esta casa quien descubrió a la mujer de Almore en el garaje aquella noche.

—Quizá Lavery no viviera aquí entonces.

—¿Desde cuándo vivía aquí?

—No lo sé —le dije.

—Hará de eso como año y medio —dijo el policía como ausente—. ¿Hablarón del caso los periódicos de Los Ángeles?

—Un párrafo en la página de noticias de la región —contesté sólo por mover la boca.

Él se rascó la oreja y escuchó. Se oían pasos subiendo la escalera. De su

cara desapareció toda expresión, se apartó de mí y se enderezó.

El capitán Webber se acercó a toda prisa al teléfono, marcó un número y habló. Luego apartó el auricular de la oreja y se volvió a mirar por encima del hombro.

—¿Quién es el forense de turno esta semana, Al?

—Ed Garland —dijo el teniente con voz neutra.

—Llamen a Ed Garland —dijo Webber en el teléfono—. Que venga para acá inmediatamente. Y digan a los fotógrafos que aceleren.

Colgó el auricular y bramó:

—¿Quién ha tocado esta pistola?

—Yo —dije.

Se me acercó, se meció sobre los talones y levantó hacia mí su fino mentón. En la mano sostenía delicadamente la pistola envuelta en un pañuelo.

—¿Es que no sabe que no se debe tocar un arma que encuentra en el lugar donde se ha cometido un crimen?

—Claro que sí —le dije—, pero es que cuando la toqué aún no sabía que se hubiera cometido ningún crimen. Ignoraba que nadie la hubiera disparado. Estaba tirada en la escalera y pensé que se le había caído a alguien.

—Una historia muy verosímil —dijo Webber secamente—. ¿Tropieza usted con mucho de esto en su trabajo?

—¿Con mucho de qué?

Siguió mirándome con dureza y no contestó.

—¿Y si le contara lo ocurrido? —le dije.

Se encrespó como un gallo.

—¿Y si se limitara a responder exactamente a mis preguntas?

Me callé. Webber se volvió de pronto y dijo a los dos policías uniformados: —Ustedes pueden volver a su coche y pedir instrucciones a la central. Saludaron y salieron cerrando la puerta hasta que quedó atascada en el umbral y poniéndose tan furiosos como todos los que habíamos pasado por eso. Webber escuchó hasta que oyó alejarse el coche. Luego volvió a fijar en mí su mirada insolente y vacía.

—Enséñeme su documentación.

Le entregué mi cartera y él la examinó. Degarmo estaba sentado en un

sillón con las piernas cruzadas y miraba distraídamente al techo. Sacó una cerilla del bolsillo y comenzó a mordisquear la punta. Webber me devolvió la cartera. Me la guardé.

—La gente de su oficio crea muchos problemas.

—No necesariamente —le dije.

Él levantó la voz, que, de entrada, ya había sido fuerte.

—He dicho que crea muchos problemas y así es. Pero oiga lo que le voy a decir. Usted no va a crearnos ningún problema en Bay City.

No le contesté. Me apuntó con el índice.

—Usted viene de la gran ciudad —continuó—. Se cree duro y se cree listo. No se preocupe. Sabemos tratar a sujetos como usted. Seremos pocos, pero estamos muy unidos. Aquí no hay luchas políticas. Trabajamos limpiamente y trabajamos deprisa. No se preocupe por nosotros, amigo.

—No me preocupo —le dije—. No tengo ningún motivo para preocupar me. Yo sólo trato de ganarme honradamente unos cuantos dólares.

—Y no me venga con desplantes —dijo Webber—. No me gustan.

Degarmo bajó la mirada y dobló el dedo índice para mirarse la uña. Luego habló con voz pesada y aburrida.

—Diga, jefe. El tipo de abajo se llama Lavery. Está muerto. Yo le conocía un poco. Era un donjuán.

—¿Y qué? —le espetó Webber sin dejar de mirarme.

—Todo parece indicar que ha sido una mujer —dijo Degarmo—. Y ya sabe usted a qué se dedican todos estos detectives privados. A casos de divorcio. Supongamos que le dejamos que nos dé su versión del asunto en vez de empeñarnos en darle un susto de muerte.

—Si le estoy asustando —dijo Webber— me gustaría notarlo. Yo no veo señales de miedo.

Se acercó a la ventana de la fachada principal y subió la persiana de golpe. La luz que inundó la sala resultó casi cegadora tras la penumbra anterior. Volvió a balancearse sobre los talones, me señaló con un dedo huesudo y dijo:

—Hable.

—Trabajo para un hombre de negocios de Los Ángeles que quiere evitar

una publicidad escandalosa. Por eso me contrató. Hace un mes su mujer se marchó y luego llegó un telegrama que indicaba que se había ido con Lavery. Pero mi cliente se encontró con él hace un par de días y Lavery lo negó. Mi cliente le creyó lo bastante corno para preocuparse. Parece que su mujer es bastante alocada. Pensó que podía haber conocido a un tipo sin escrúpulos y haberse metido en un buen lío. Vine a ver a Lavery y él me negó que se hubiera ido con ella. Yo le creí a medias, pero más tarde encontré pruebas razonables de que había estado con la mujer en cuestión en un hotel de San Bernardino la noche en la que, al parecer, ella abandonó la casa de las montañas en que había estado. Con eso en el bolsillo vine a sonsacar a Lavery otra vez. No acudió nadie a abrirme y la puerta estaba entornada. Entré, miré, encontré la pistola y registré la casa. Y le encontré. Tal como está ahora.

—No tenía derecho a registrar la casa —dijo Webber fríamente.

—Claro que no —admití—. Pero no iba a desperdiciar semejante oportunidad.

—¿Cómo se llama el hombre para quien trabaja?

—Kingsley. —Le di su dirección en Beverly Hills—. Es directorgerente de una compañía de cosméticos domiciliada en el edificio Treloar, en la calle Olive. La Compañía Guillerlain.

Webber miró a Degarmo que escribía perezosamente en un sobre. Luego volvió a mirarme y me dijo:

—¿Qué más?

—Fui a la casa donde había estado su mujer. Se encuentra en un lugar que se llama el lago del Corzo, cerca de Puma Point, a unos sesenta kilómetros de San Bernardino.

Miré a Degarmo. Escribía lentamente. Se detuvo un momento y su mano pareció quedar suspendida rígidamente en el aire. Luego la dejó caer y siguió escribiendo. Continué hablando:

—Hace aproximadamente un mes la esposa del hombre que cuida de la propiedad de Kingsley se peleó con su marido y le abandonó, o al menos eso es lo que pensó todo el mundo. Ayer apareció ahogada en el lago.

Webber entornó los ojos y se meció sobre los talones. Casi con suavidad

preguntó:

—¿Por qué me cuenta todo eso? ¿Cree que están relacionados los dos sucesos?

—Hay una conexión en el tiempo. Lavery había estado allí. No sé que haya otra relación, pero creí que debía mencionarlo.

Degarmo seguía sentado muy quieto mirando al suelo. Tenía el rostro tenso y parecía aún más salvaje de lo habitual. Webber me preguntó:

—Esa mujer que encontraron ahogada, ¿se suicidó?

—No se sabe si fue suicidio o asesinato. Dejó una nota de despedida. Pero han detenido a su marido como sospechoso. Se llama Chess. Bill y Muriel Chess.

—No me importa nada de eso —dijo Webber bruscamente—. Vamos a limitarnos a lo que ha ocurrido aquí.

—Aquí no ha ocurrido nada —dije mirando a Degarmo—. Yo he venido dos veces. La primera hablé con Lavery y no saqué nada en limpio. La segunda no he podido hablar con él y tampoco he sacado nada en limpio.

Webber dijo lentamente:

—Voy a hacerle una pregunta y quiero que me responda con toda franqueza. No va a querer contestarme, pero antes o después va a tener que decírnoslo. De todos modos lo averiguaré y usted lo sabe. La pregunta es ésta. Ha registrado la casa y me imagino que bastante a fondo. ¿Ha visto algo que sugiera que estuvo aquí la esposa de ese tal Kingsley?

—No puede hacerme esa pregunta. Obliga a hacer sus propias deducciones al testigo.

—Quiero que me responda —dijo sombrío—. No estamos ante un tribunal.

—La respuesta es sí —dije—. En el armario de abajo hay un traje que responde a la descripción que me dieron del que llevaba en San Bernardino la señora Kingsley la noche en que se encontró allí con Lavery. La descripción, sin embargo, no fue totalmente exacta. Un traje de chaqueta blanco y negro, más blanco que negro, y un sombrero de paja con una banda, también blanca y negra.

Degarmo tamborileó con un dedo en el sobre en que había estado

escribiendo.

—Debe de ser usted una joya para sus clientes —dijo—. Por lo que acaba de decirnos esa mujer ha estado en esta casa, donde se ha cometido un crimen, y se supone que es la mujer con quien él se fue. No creo que tengamos que esforzarnos mucho por encontrar al asesino, jefe.

Webber me miraba fijamente con poca o ninguna expresión en la cara, pero con una especie de vigilancia tensa. Asintió levemente a lo que acababa de decir Degarmo.

—Doy por supuesto que no son ustedes una panda de imbéciles. Es un traje hecho a medida y, por tanto, fácil de rastrear. Con lo que les he dicho les he ahorrado, como mucho, una hora de trabajo. Quizá sólo una simple llamada telefónica.

—¿Algo más? —dijo Webber con suavidad.

Antes de que pudiera responderle, un coche se detuvo ante la casa, seguido por otro. Webber se acercó a abrir la puerta. Entraron tres hombres, bajo y con el pelo rizado el primero y el segundo alto y fuerte como un buey. Ambos llevaban unos pesados maletines de cuero negro. Tras ellos entró un tipo alto y delgado, vestido con un traje gris oscuro y una corbata negra. Tenía los ojos muy brillantes y un rostro totalmente impávido.

Webber apuntó con un dedo al hombre de pelo rizado y le dijo:

—Abajo en el baño, Busoni. Quiero todas las huellas que encuentre por la casa, especialmente las que parezcan de mujer. Será un trabajo largo. —Déjelo de mi cuenta —gruñó Busoni.

Él y el hombrebuey cruzaron la habitación y bajaron la escalera.

—Tenemos un cadáver para usted, Garland —dijo Webber al que había entrado en tercer lugar—. Vamos abajo a verlo. ¿Ha llamado a la ambulancia?

El hombre de los ojos brillantes hizo un gesto afirmativo y bajó con Webber detrás de los otros dos.

Degarmo dejó a un lado el sobre y el lápiz y me miró fríamente.

—¿Debo hablar de nuestra conversación de ayer o fue un asunto personal? —le pregunté.

—Puede hablar de ella todo lo que quiera —respondió—. Nuestra tarea

consiste en proteger al ciudadano.

—Mejor hable usted —le dije—. Me gustaría saber algo más del caso de la señora Almore.

Se sonrojó lentamente y a sus ojos asomó una mirada perversa.

—Me dijo que no conocía a Almore.

—Ayer no le conocía. Ni sabía nada de él. Pero de ayer a hoy he averiguado que Lavery conocía a la señora Almore, que ella se suicidó, que Lavery encontró el cuerpo y que se sospecha que trató de hacerle chantaje al marido. Por lo menos se cree que se hallaba en situación de hacerlo. A los policías del coche patrulla les ha interesado mucho el hecho de que la casa de Almore se halle justo enfrente. Y uno de ellos dijo que se había echado tierra al asunto, o algo así.

Degarmo dijo entonces en un tono bajo y letal:

—¡Haré que le arranquen la placa a ese hijo de puta! No saben más que darle a la lengua. ¡Malditos imbéciles!

—Entonces, ¿no es cierto?

Miró su cigarrillo.

—No es cierto, ¿qué?

—No es cierto que Almore asesinara a su mujer y que tuviera la influencia suficiente como para encubrir el crimen.

Degarmo se levantó y se acercó para inclinarse sobre mí.

—Repita eso —dijo en voz baja.

Lo repetí.

Me cruzó la cara con la palma abierta obligándome a volver la cabeza bruscamente. Sentí la cara grande y caliente.

—Vuelva a decirlo.

Volví a decirlo. Su mano volvió a obligarme a volver la cabeza.

—Otra vez.

—No. A la tercera va la vencida. Esta vez podría fallar.

Levanté la mano y me froté la mejilla.

Él se quedó inclinado sobre mí con los labios plegados sobre los dientes y un duro destello animal en sus ojos muy azules.

—Quien habla así a un policía —dijo— ya sabe lo que le espera. Vuelva

a intentarlo y no será la palma de la mano lo que utilice contra usted.

Me mordí fuerte los labios y seguí frotándome la mejilla.

—Como meta las narizotas en nuestros asuntos —continuó—, cualquier día se despertará en un callejón rodeado de gatos.

No dije una palabra. Él volvió a sentarse respirando pesadamente. Dejé de frotarme la cara, abrí la mano derecha y empecé a flexionar lentamente los dedos para desentumecerlos.

—No lo olvidaré —le dije—. En los dos sentidos.

22

Caía la tarde cuando volví a Hollywood y subí a mi oficina. El edificio estaba vacío y los pasillos silenciosos. Las puertas estaban abiertas y, dentro de los despachos, las mujeres de la limpieza pasaban aspiradoras, fregonas y plumeros. Abrí la puerta del mío, cogí un sobre que había ante el buzón del correo y lo dejé sobre el escritorio sin mirarlo. Abrí las ventanas y me asomé al exterior mirando las brillantes luces de neón y aspirando el aire caliente, cargado de olor a comida, que ascendía desde el extractor de humos de la cafetería de al lado.

Me quité la chaqueta y la corbata, me senté tras el escritorio, saqué del cajón la botella que guardo siempre en la oficina y me invité a una copa. No me sirvió de nada. Me tomé otra con el mismo resultado.

Webber habría visto ya a Kingsley. Habría dado la alarma general para buscar a su mujer, o si aún no la había dado, lo haría muy pronto. El caso les parecería pan comido. Un asunto feo entre dos personas de costumbres dudosas. Demasiado amor, demasiada bebida y demasiada proximidad, mezcla que había desembocado en odio salvaje, un impulso asesino y muerte.

En mi opinión, era todo demasiado sencillo.

Cogí el sobre y lo abrí. No llevaba sello. La nota decía: «Señor Marlowe: los padres de Florence Almore son el señor y la señora Grayson, que actualmente residen en el edificio Rossmore Arms, avenida Oxford, 640 Sur. Lo he comprobado llamando al número que viene en la guía telefónica. Suya, Adrienne Fromsett».

La letra era tan elegante como la mano que la había escrito. Dejé la nota a un lado y me tomé otra copa. Empecé a sentirme un poco menos salvaje. Aparté todos los objetos que había sobre el escritorio. Sentía las manos calientes, pesadas y torpes. Pasé un dedo por una esquina del escritorio y miré el surco que había dejado en el polvo. Contemplé después la suciedad acumulada en mi dedo y me lo limpié. Miré el reloj. Miré la pared. Miré al vacío.

Guardé la botella de whisky y me acerqué al lavabo para enjuagar el vaso. Después me lavé las manos, me mojé la cara con agua fría y me miré al espejo. El color rojo había desaparecido de la mejilla izquierda, pero aún estaba hinchada. No mucho, pero sí lo bastante como para indignarme de nuevo. Me cepillé el pelo y me miré las canas. Empezaban a salirme muchas. La cara que vi reflejada bajo el pelo tenía un aspecto enfermizo. No me gustó nada en absoluto.

Volví al escritorio y leí de nuevo la nota de la señorita Fromsett. La alisé sobre el cristal del escritorio, la olí, volví a alisarla, la doblé y me la metí en el bolsillo de la chaqueta.

Seguí sentado en silencio y oí cómo la noche se calmaba tras las ventanas abiertas. Y muy lentamente me fui calmando con ella.

23

El Rossmore Arms era un siniestro montón de ladrillos color rojo oscuro levantado en torno a un enorme patio. Tenía un vestíbulo alfombrado que contenía silencio, maceteros con plantas, un canario aburrido metido en una jaula tan grande como una caseta de perro, olor a alfombra vieja y la agobiante fragancia de las gardenias ajadas.

Los Grayson vivían en el quinto piso, en un apartamento exterior del ala norte. Estaban los dos sentados en una habitación que parecía decorada a propósito con veinte años de retraso. Muebles amazacotados con demasiado relleno, pomos de latón en forma de huevo, un enorme espejo de marco dorado colgado de la pared, una mesita con sobre de mármol junto a la ventana y cortinas de terciopelo rojo oscuro. Olía a humo de tabaco y, tras él, el aire me decía que habían cenado chuletas de cordero y brécol.

La señora Grayson era una mujer rolliza que en algún tiempo lejano debió de tener unos ojos enormes de un azul muy pálido. Ahora parecían desvaídos, velados por las gafas y un poco saltones. Tenía el pelo blanco y ensortijado. Estaba sentada remendando calcetines con los gruesos tobillos cruzados, los pies apenas rozando el suelo y una gran cesta de costura en el regazo.

Grayson era un hombre fornido de rostro amarillento, hombros altos, cejas muy pobladas y una barbilla casi inexistente. La parte superior de su rostro resultaba casi amenazadora. La inferior sólo decía adiós. Llevaba lentes bifocales y había estado devorando con ansia el periódico de la tarde. Me había preocupado de buscar su nombre en el directorio de la ciudad. Era

funcionario y todo en él lo delataba. Hasta tenía los dedos manchados de tinta y llevaba cuatro lápices asomando por el bolsillo del chaleco.

Leyó cuidadosamente mi tarjeta por séptima vez, me miró de arriba abajo y me dijo lentamente:

—¿Para qué quería vernos, señor Marlowe?

—Me interesa un hombre llamado Lavery. Vive en la casa de enfrente del doctor Almore, el que fue marido de su hija. Lavery fue quien la encontró la noche en que... murió.

Enderezaron de golpe las orejas como dos perros de caza cuando me oyeron dudar deliberadamente ante la última palabra. Grayson miró a su mujer y ella negó con la cabeza.

—No queremos hablar de eso —dijo Grayson precipitadamente—. Nos resulta demasiado doloroso.

Esperé unos segundos y puse una cara tan triste como la suya. Luego dije:

—No me extraña. Y no quiero obligarles a hablar. Pero sí me gustaría ponerme en contacto con el hombre a quien contrataron ustedes para investigar el caso.

Volvieron a mirarse. Esta vez la señora Grayson no negó con la cabeza. —¿Para qué? —preguntó el señor Grayson.

—Será mejor que les cuente un poco mi historia.

Les hablé del caso que estaba investigando sin mencionar el nombre de Kingsley. Les conté el incidente que había tenido con Degarmo frente a la casa de Almore el día anterior. Al oírlo, otra vez enderezaron las orejas.

Grayson dijo secamente:

—Si no he entendido mal, usted no conocía al doctor Almore, no se había dirigido a él para nada en absoluto y, sin embargo, él llamó a la policía sólo porque le vio frente a la casa.

—Eso es —le dije—. Aunque también es cierto que cuando lo hizo yo llevaba más de una hora en la calle. Mejor dicho, en mi coche.

—Eso es muy raro —dijo Grayson.

—Parecía que estaba muy nervioso —continué—. Degarmo me preguntó si me habían contratado sus padres, refiriéndose a su hija. Da la sensación de que Almore aún no se siente a salvo, ¿no creen?

—¿A salvo de qué? —dijo él sin mirarme.

Volvió a llenar su pipa lentamente, apelmazó el tabaco con ayuda de un lápiz de metal y la encendió de nuevo. Me encogí de hombros y no contesté. Él me dirigió una ojeada rápida y miró hacia otro lado. La señora Grayson no me miró, pero las aletas de la nariz le temblaron.

—¿Cómo supo él quién era usted? —preguntó su marido de pronto.

—Tomó el número de la matrícula de mi coche, llamó al Automóvil Club y, cuando le dieron mi nombre, lo buscó en la guía de Los Ángeles. Al menos eso es lo que yo habría hecho y le vi por la ventana moverse como si fuera eso lo que hacía.

—Eso significa que tiene a la policía a su servicio.

—No necesariamente. Pero si en aquella ocasión cometieron un error, no querrán que se descubra ahora.

—Un error!

Soltó una carcajada casi histérica.

—Y óigame —le dije—, comprendo que el asunto es doloroso, pero no creo que les venga mal airearlo un poco. Ustedes siempre han creído que él la asesinó, ¿verdad? Por eso contrataron a un sabueso... digo a un detective.

La señora Grayson levantó la cabeza, me miró, volvió a agacharla y enrolló otro par de calcetines remendados. Su marido no dijo una palabra.

—¿Había alguna prueba o es que simplemente Almore no les caía bien?

—Había pruebas —dijo Grayson amargamente. Y de pronto continuó con una voz muy clara, como si al final hubiera decidido hablar del asunto—: Tuvo que haberlas. Es lo que nos dijeron, pero nunca llegamos a saber de qué se trataba. La policía se encargó de impedirlo.

—Me han dicho que detuvieron al detective y le acusaron de conducir borracho.

—Es cierto.

—Así que nunca les dijo qué pista había descubierto.

—No.

—No me gusta el asunto —les dije—. Es posible que ese hombre aún no hubiera decidido qué hacer. Si utilizar esa información en beneficio de ustedes o guardársela para hacer chantaje al doctor Almore.

Grayson volvió a mirar a su mujer. Ella dijo en voz baja:

—El señor Talley no me dio nunca esa impresión. Era un hombrecillo muy callado y sin pretensiones. Claro que nunca se sabe...

—Así que se llamaba Talley. Ésa es una de las cosas que esperaba que me dijeran.

—¿Qué más quería saber? —preguntó Grayson.

—Dónde puedo encontrar a Talley y qué fue lo que les hizo empezar a sospechar. Algo tuvieron que saber. No iban a contratar a un detective sin que les demostrara que él tenía la posibilidad de hallar una prueba.

Grayson sonrió con una sonrisa leve y tímida. Levantó la mano y se rascó la barbilla con un dedo largo y amarillento.

—Drogas —dijo la señora Grayson.

—Tal como lo oye —dijo su marido enseguida, como si esa sola palabra equivaliera a una luz verde—. Almore era y sigue siendo, sin duda, un médico de los que utilizan drogas. Nuestra hija nos lo dijo claramente. Y en su presencia. A él no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué entiende usted por un médico que utiliza drogas, señor Grayson?

—Un médico que atiende primordialmente a pacientes que viven al borde del colapso nervioso debido al alcohol y a una vida disipada, pacientes de esos a los que hay que suministrar continuamente sedantes y narcóticos. Llega un momento en que los médicos decentes se niegan a seguir tratándolos, a menos que ingresen en un sanatorio. Pero los médicos como el doctor Almore, no actúan así. Ellos continúan inyectándoles mientras sigan cobrando y el paciente no se muera, aunque con ello le conviertan en drogadicto. Es una práctica muy lucrativa —dijo amargamente—, y me imagino que bastante peligrosa para el médico.

—Sin duda —le dije—. Pero ganan mucho dinero. ¿Conoció usted a un hombre llamado Condry?

—No, pero sabemos quién es. Florence sospechaba que era uno de los que proporcionaba las drogas a Almore.

—Es muy posible —le dije—. Me imagino que no le interesaba extender demasiadas recetas. ¿Conocieron a Lavery?

—Tampoco, pero sabemos quién es.

—¿Se le ocurrió a usted pensar alguna vez que Lavery pudiera estar haciendo chantaje a Almore?

Era una idea nueva para él. Se pasó la mano por la cabeza, luego por la cara y, finalmente, la dejó caer sobre la rodilla huesuda. Negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué habría de pensarlo?

—Fue quien encontró el cadáver. Lo que Talley viera de sospechoso, tuvo que verlo él también.

—¿Es Lavery capaz de una cosa así?

—No lo sé. No tiene medios visibles de subsistencia. No trabaja. Sale mucho, especialmente con mujeres.

—Es una idea —dijo Grayson—. Esas cosas pueden hacerse con mucha discreción. —Sonrió amargamente—. En mi trabajo me he tropezado con asuntos que hacen sospechar algo así. Préstamos sin garantía a largo plazo. Inversiones, aparentemente sin valor, hechas por hombres incapaces de cometer un error de esa clase. Deudas que debían haber sido pagadas y que no han sido reclamadas por miedo a que eso acarrearía una investigación por parte de Hacienda... Sí, puede hacerse fácilmente.

Miré a la señora Grayson. Sus manos no habían dejado de moverse. Había zurcido ya una docena de pares. Los pies grandes y huesudos del señor Grayson debían de destrozar los calcetines.

—¿Qué pasó con Talley? ¿Le tendieron una trampa?

—Creo que respecto a eso no cabe la menor duda. Su mujer estaba destrozada. Dijo que le habían drogado en un bar en el que había estado bebiendo con un policía. Que cuando salió de allí había enfrente un automóvil de la policía esperando a que arrancara en su coche y que le detuvieron enseguida. Que luego, en la comisaría, le hicieron un análisis rápido sólo para cubrir las apariencias.

—Eso no tiene ningún valor. Es lo que diría él a su mujer después de la detención. Automáticamente.

—Verá, no me gusta creer que la policía no es honrada —dijo Grayson—, pero esas cosas suceden y todo el mundo lo sabe.

—Si es cierto que en el caso de su hija se equivocaron, no podían permitir que Talley lo descubriera. Habrían despedido a varios. Por otra parte, si

creyeron que lo que se proponía era hacer chantaje a Almore, tampoco debieron de andarse con él con muchas contemplaciones. ¿Dónde está Talley ahora? El asunto se reduce a que si había una prueba importante, o bien Talley la tenía o sabía dónde encontrarla y qué era lo que buscaba.

—No sabemos dónde está —dijo Grayson—. Le echaron seis meses, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Y su mujer?

Grayson miró a su esposa.

—Calle Westmore, 1618 1/2, Bay City —dijo ella brevemente—. Eustace y yo le mandamos algo de dinero. Quedó en muy mala situación económica. Tomé nota de la dirección, me arrellané en el asiento y dije:

—Alguien ha matado a Lavery esta mañana en el baño.

Las manos regordetas de la señora Grayson se detuvieron en el borde del cesto de costura. Grayson se quedó inmóvil, con los labios entreabiertos y la pipa suspendida en el aire. Se aclaró la garganta quedamente, como en presencia de un muerto. Nunca había visto nada moverse tan lentamente como aquella vieja pipa negra que volvió a instalarse al fin entre sus dientes.

—Supongo que sería pedir demasiado —dejó flotar estas palabras en el aire, las empujó con una bocanada de humo pálido y siguió hablando— que el doctor Almore tuviera algo que ver con eso.

—Me gustaría que así fuera —le dije—. Lo cierto es que vive a muy poca distancia de la víctima. La policía cree que le mató la mujer de mi cliente. Y puede resultarles fácil demostrarlo, cuando la encuentren, claro. Pero si Almore tiene algo que ver con el asunto, será consecuencia de la muerte de su hija. Por eso intento averiguar algo más sobre el caso.

—Un hombre que ha cometido un crimen no dudaría más de un veinticinco por ciento antes de cometer otro —dijo el señor Grayson con el aire de quien ha meditado considerablemente sobre el tema.

—Sí, es posible. ¿Cuál creen que fue el motivo del primero?

—Florence era una chica muy alocada —dijo él tristemente—. Alocada y difícil. Era manirrota y derrochadora, siempre estaba buscando amigos nuevos y de conducta dudosa, hablaba demasiado con el primero que se encontraba y, en general, no tenía el menor dominio de sí misma. Una mujer

así podía resultar muy peligrosa para un hombre como Albert S. Almore. Pero aun así no creemos que fuera ése el motivo principal, ¿no es cierto, Lettie?

Volvió los ojos hacia su mujer, pero ella no le devolvió la mirada. Hundió la aguja en un ovillo de lana y no dijo nada.

Grayson suspiró y continuó:

—Tenemos razones para creer que Almore se entendía con su enfermera y que Florence le había amenazado con armar públicamente un escándalo. Eso él no podía tolerarlo. Un escándalo podía conducir fácilmente a otro.

—¿Cómo creen que la asesinó? —pregunté.

—Con morfina, naturalmente. Siempre tenía morfina y la usaba continuamente. En eso era un verdadero experto. Luego, cuando ella estaba ya en coma, debió de llevarla al garaje y poner el coche en marcha. No hubo autopsia, ya lo sabe. Pero si la hubieran hecho habrían descubierto que le habían inyectado esa noche.

Asentí. Él se acomodó en su sillón satisfecho, volvió a pasarse la mano por la cabeza y la cara y volvió a dejarla caer lentamente sobre la rodilla huesuda. Era evidente que había estudiado también con detenimiento ese ángulo de la cuestión.

Los miré. Un par de ancianitos sentados tranquilamente, envenenándose de odio año y medio después de haber ocurrido el hecho. ¡Cómo les gustaría que hubiera sido Almore quien hubiera matado a Lavery! Les calentaría hasta los mismísimos tobillos.

Después de una pausa dije:

—Claro, ustedes se creen todo esto porque quieren creérselo. Pero es posible que su hija se suicidara y que si se encubrió el caso fue, en parte, para proteger el club de juego de Condry y, en parte también, para impedir que Almore tuviera que declarar en la encuesta.

—Tonterías —dijo Grayson secamente—. La asesinó, de eso no cabe duda. Ella estaba en la cama. Dormida.

—Eso no lo saben. Puede ser que su hija se drogara por su cuenta y que hubiera adquirido con respecto a la morfina una tolerancia fuera de lo común. En ese caso los efectos no le habrían durado mucho. Pudo despertarse de

madrugada, mirarse al espejo y sentir de pronto horror hacia la vida que llevaba. Esas cosas ocurren.

—Creo que ya le hemos concedido bastante tiempo —dijo Grayson. Me levanté, les di las gracias, avancé un metro hacia la puerta y dije: —Una vez que detuvieron a Talley, ¿ya no hicieron ustedes nada más?

—Fui a ver al ayudante del fiscal del distrito, un hombre llamado Leach —gruñó Grayson—. No conseguí absolutamente nada. Consideró que no había motivo para que él interviniera en el asunto. No le interesó siquiera el hecho de que hubiera narcóticos de por medio. Pero un mes después cerraron el club de Condry. Puede que fuera consecuencia de aquella visita.

—Debió de hacerlo la policía de Bay City para echar un poco de humo sobre el asunto. Si supieran dónde buscar, verían cómo no les costaba mucho trabajo localizar a Condry en otro lugar con todo su equipo original.

Di unos pasos más hacia la puerta. Grayson se levantó de su sillón y cruzó pesadamente la habitación tras de mí. Su rostro amarillento tenía ahora un tinte rojizo.

—No he querido ser grosero —dijo—. Sé que ni Lettie ni yo deberíamos pensar en este asunto con tanto rencor.

—Los dos han tenido mucha paciencia —le dije—. ¿Hubo alguien más relacionado con el caso y cuyo nombre no hayamos mencionado?

Negó con la cabeza y luego miró a su mujer, cuyas manos inmóviles sostenían el calcetín de turno sobre el huevo de zurcir. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado en actitud de escucha, pero no nos escuchaba a nosotros.

—Según me han dicho —continué—, fue la enfermera del doctor Almore quien acostó a su hija esa noche. ¿Pudo ser la que se entendía con él?

La señora Gradyson dijo secamente:

—Espere un momento. No llegamos a conocerla, pero recuerdo que tenía un nombre muy bonito. Deme sólo un segundo.

Le dimos un segundo.

—Mildred algo —me dijo. Y apretó los dientes con fuerza.

Respiré hondo.

—¿No sería Mildred Haviland, señora Grayson?

Sonrió satisfecha y asintió.

—Eso, Mildred Haviland. ¿No te acuerdas, Eustace?

Eustace no se acordaba. Nos miró como un caballo que se hubiera equivocado de establo. Luego abrió la puerta y dijo:

—¿Qué importancia tiene eso?

—Ha dicho que Talley era un hombrecillo muy callado —insistí yo—. ¿No será por casualidad un sujeto alto y gritón con muy malos modales?

—No, no —dijo la señora Grayson—. El señor Talley es un hombre más bien bajo, de edad madura y cabellos castaños y que habla en voz muy baja. Parecía siempre como preocupado.

—Por lo que me han contado de él, no me extraña —comenté.

Grayson me tendió una mano huesuda y se la estreché. Me sentí como si estrechara la mano a un toallero.

—Si consigue atraparlo —dijo antes de volver a clavar los dientes en la pipa—, vuelva a vernos y tráiganos la cuenta. Me refiero a Almore, claro.

Le dije que ya sabía que se refería a Almore, pero que no habría cuenta.

Volví a recorrer el pasillo silencioso. El ascensor era automático y estaba alfombrado de rojo. Dentro olía a viejo, como a tres viudas tomando el té.

24

La casa de la calle Westmore era un pequeño bungalow de madera medio oculto tras un edificio mayor. No tenía numeración visible, pero junto a la puerta del edificio de delante había una placa de cristal iluminada por dentro con el número 1618. Un estrecho sendero pavimentado de cemento conducía, bajo una hilera de ventanas, hasta el bungalow. En el diminuto porche había sólo una silla. Subí los escalones y toqué el timbre.

Lo oí sonar no muy lejos. La puerta de madera estaba abierta tras la anterior de tela metálica, pero no se veía luz en el interior. De la negrura surgió una voz quejumbrosa.

—¿Quién es?

Hablé a la oscuridad.

—¿Está el señor Talley?

La voz respondió grave y sin tono.

—¿Quién le busca?

—Un amigo.

La mujer que había en el interior, sentada en medio de la oscuridad, profirió un sonido vago que podía interpretarse como risa. O quizá se limitaba a aclararse la voz.

—¡Está bien! —respondió—. ¿Cuánto le debo esta vez?

—No es una factura, señora Talley. Porque supongo que es usted la señora Talley.

—Váyase y déjeme en paz —dijo la voz—. Mi marido no está aquí. Ni ha

estado ni estará.

A la nariz contra la tela metálica y traté de mirar al interior de la habitación. Distinguí el vago perfil de los muebles. En el lugar de donde procedía la voz se adivinaba la silueta de un sofá. Había en él una mujer tendida, al parecer boca arriba y mirando al techo. Estaba totalmente inmóvil.

—Estoy enferma —dijo la voz—. Y ya he tenido bastantes problemas. Váyase y déjeme en paz.

—Tengo de hablar con los Grayson —le dije.

Hubo un silencio, pero todo siguió inmóvil. Después se oyó un suspiro. —No sé quiénes son.

Me apoyé en la puerta de tela metálica y miré por el estrecho sendero hacia la calle. En la acera de enfrente había un coche parado con las luces de posición encendidas. Había otros cuantos más aparcados a lo largo de la manzana.

—Sí sabe quiénes son, señora Talley. Yo trabajo para ellos. Siguen en la brecha. ¿Y usted? ¿No quiere nada?

—Sólo quiero que me dejen en paz —dijo la voz.

—Necesito que me dé información y voy a conseguirla. Sin escándalo si es posible, con él si es necesario.

—Otro de la bofia, ¿eh? —dijo la voz.

—Usted sabe que no soy de la bofia, señora Talley. Los Grayson no hablarían jamás con la bofia. Llámeles y pregúnteselo.

—No sé quiénes son esos señores —dijo la voz—. Y aunque los conociera, no tengo teléfono. Lárguese ya. Estoy enferma. Llevo un mes enferma.

—Me llamo Marlowe, Philip Marlowe, y soy un detective privado de Los Ángeles. Acabo de ver a los Grayson. Sé algo, pero quiero hablar con su marido.

La mujer tendida en el sofá soltó una carcajada tan débil que a duras penas logró cruzar el cuarto.

—Conque sabe algo, ¿eh? —dijo—. Eso me suena. ¡Dios mío! ¡Cuántas veces lo he oído! Conque sabe usted algo. George Talley sabía algo también... hace mucho tiempo.

—Pues ahora va a poder utilizarlo —le dije—, si sabe usar bien sus triunfos. —Si es eso lo que tiene que hacer —dijo ella—, puede irle borrando de su lista.

Me apoyé de nuevo en el marco de la puerta y me rasqué la barbilla. Alguien en la calle había encendido una linterna. Me pregunté por qué. La linterna se apagó. Parecía estar muy cerca de mi coche.

La mancha pálida y borrosa de la cara que se veía en el sofá se movió y desapareció. Una mata de pelo vino a sustituirla. La mujer se había vuelto de cara a la pared.

—Estoy cansada —dijo con una voz apagada ahora por la posición en que se hallaba—. ¡Maldita sea, estoy agotada! Lárguese usted. Sea bueno y lárguese. —¿Serviría de algo un poco de dinero?

—¿No huele a humo de puro?

Husmeé el aire. No olía a humo de puro.

—No —le dije.

—Han estado aquí. Han estado aquí dos horas. ¡Dios mío! ¡Qué harta estoy de este asunto! Váyase.

—Oígame, señora Talley...

Volvió a darse la vuelta en el sofá y la mancha borrosa apareció de nuevo. Casi podía ver sus ojos, no del todo.

—Oígame usted a mí —me dijo—. Ni le conozco ni quiero conocerle. No tengo nada que decirle. Y si lo tuviera, tampoco se lo diría. Vivo aquí, señor mío, si es que se puede llamar vivir a esto. Es a lo más que llego. Y lo único que quiero es un poco de calma y de tranquilidad. Ahora lárguese y déjeme en paz.

—Permítame entrar —le dije— y hablaremos del asunto. Creo que puedo enseñarle...

Se volvió a dar la vuelta en el sofá y unos pies chocaron contra el suelo. En su voz se introdujo una ira tensa.

—Si no se larga en este mismo instante, empezaré a gritar hasta desgañitarme. Ahora mismo. Ya.

—Muy bien —le dije—. Pero dejaré mi tarjeta en la puerta para que no se olvide de mi nombre. Puede que cambie de opinión.

Saqué una tarjeta de visita y la introduje en una ranura del marco metálico. —Buenas noches, señora Talley —le dije.

No hubo respuesta. Sus ojos me miraban desde el otro lado de la habitación, vagamente luminosos en medio de la oscuridad. Bajé los escalones del porche y volví por el estrecho pasillo hasta la calle.

Junto al bordillo de la acera opuesta, el motor del coche que tenía las luces de posición encendidas ronroneaba suavemente. En todas partes, en miles de calles, hay miles de motores ronroneando suavemente. Subí al Chrysler y arranqué.

25

Westmore es una calle que va de norte a sur en el barrio menos recomendable de la ciudad. Yo fui hacia el norte. Al llegar a la primera esquina crucé unas vías de tren abandonadas y me adentré en una manzana ocupada totalmente por almacenes de chatarra. Tras las bajas cercas de madera yacían apilados esqueletos en descomposición de automóviles viejos dibujando formas grotescas como un moderno campo de batalla. Las piezas oxidadas formaban montones informes a la luz de la luna. Montones tan altos como casas, separados por estrechos pasillos.

Unos faros brillaron en el espejo retrovisor de mi coche. Aumentaron de tamaño. Pisé el acelerador, saqué una llave del bolsillo y abrí la guantera. Cogí del interior una pistola del 38 y la dejé en el asiento contiguo al mío, junto a mi pierna.

Más allá de los almacenes de chatarra había una fábrica de ladrillos. La alta chimenea del horno, apagada y sin humo, se elevaba sobre los yermos baldíos. Montones de ladrillos oscuros, un barracón de madera con un letrero en la puerta, silencio, nadie, oscuridad.

El coche que me seguía iba ganando terreno. El gemido de una sirena a poco volumen resonó en la noche y se extendió después sobre los terrenos de un campo de golf abandonado hacia el este y sobre la fábrica de ladrillos hacia el oeste. Pisé más fuerte el acelerador, pero fue inútil. El automóvil que me seguía aceleró también y la luz de un enorme faro rojo resplandeció de pronto sobre la carretera.

El coche me alcanzó, rebasó el mío y trató de cortarme el paso. Frené mi Chrysler de golpe y, con un viraje rápido, di la vuelta detrás del coche de la policía, pasando a un centímetro de la acera. Seguí a toda velocidad en dirección opuesta. A mi espalda sonó el estruendo de una caja de cambios y el bramido de un motor airado. El resplandor del faro rojo iluminó los terrenos de la fábrica de ladrillos en un radio que me dio la impresión de abarcar kilómetros.

Era inútil. Venían otra vez tras de mí y a toda velocidad. Yo no tenía la menor intención de huir. Sólo quería llegar hasta donde hubiera casas y gente que saliera a mirar y que quizá pudiera recordar después.

No lo logré. El coche de la policía me alcanzó, se colocó a la altura del mío y una voz gritó desde el interior:

—Pare junto al bordillo o le abrimos un agujero en la cabeza!

Me acerqué a la acera y pisé el pedal del freno. Volví a guardar el arma en la guantera y la cerré de un golpe seco. El coche de la policía saltó sobre sus ballestas justo delante de la aleta izquierda del mío. Un hombre gordo se bajó de él bramando:

—¿Es que no sabe reconocer la sirena de la policía? ¡Baje de ese coche!

Me bajé y me quedé de pie junto al automóvil a la luz de la luna. El policía gordo llevaba en la mano un revólver.

—Su carné de conducir —gritó con una voz tan dura como el filo de una azada.

Lo saqué de la cartera y se lo tendí. El otro policía se bajó del asiento del conductor, se acercó a mí y lo cogió. Dirigió hacia él la luz de la linterna y lo leyó.

—Se llama Marlowe —dijo— y es detective privado. Imagínate, Cooney. —¿No es más que eso? —preguntó Cooney—. Entonces no necesito revólver.

Enfundó el arma y abrochó la funda de cuero.

—Creo que podré arreglármelas con estas manitas —dijo—. No creo que me haga falta más.

El otro habló:

—Iba a noventa y cinco por hora. Seguro que ha estado bebiendo. —

Huele el aliento a este cerdo —dijo Cooney.

El otro se inclinó hacia delante con una mueca obsequiosa.

—¿Me deja olerle, sabueso?

Le dejé que me oliera el aliento.

—Bueno —dijo con bastante sentido común—, no está como una cuba, eso hay que admitirlo.

—Para ser verano hace una noche muy fría. Invítale a un trago, Dobbs. — Me parece una idea estupenda —dijo Dobbs.

—Fue al coche y sacó una botella. La miró al trasluz. Quedaba una tercera parte aproximadamente del contenido.

—Con esto no hay para mucho —dijo mientras me la tendía—. ¡Salud, amigo! —Supongamos que no quiera beber —dije.

—No me diga eso —gimoteó Cooney—. Podríamos imaginarnos que lo que quiere es acabar con el estómago lleno de huellas de pies.

Cogí la botella y la destapé. Olía a whisky. Simplemente a whisky. —No pueden echar mano siempre del mismo truquito —dije.

—Son las ocho y veintisiete. Apúntalo, Dobbs.

Dobbs volvió al automóvil y se inclinó para anotarlo en su informe. Yo levanté la botella y le dije a Cooney:

—¿Insiste en que beba esto?

—No. Si lo prefiere puedo saltarle sobre la tripa.

Empiné la botella, cerré la laringe y me llené la boca de whisky. Cooney se inclinó hacia delante y me hundió un puño en el estómago. Escupí el licor y me doblé hacia delante tosiendo. Solté la botella.

Me incliné a recogerla y vi la rodilla de Cooney que avanzaba hacia mi cara. Me hice a un lado, me enderecé y le pegué en la nariz con todas mis fuerzas. Se llevó la mano izquierda a la cara, lanzó un grito y su mano derecha saltó a la pistolera. Dobbs corrió hacia mí por el otro lado y blandió un brazo en el aire.

La porra me alcanzó en la corva izquierda. La pierna quedó insensible y me senté en el suelo, rechinando los dientes y escupiendo whisky.

Cooney se apartó la mano de la cara llena de sangre.

—¡Maldita sea! —dijo con una voz ronca, horrible—. Es sangre. ¡Sangre

mía!

Soltó un rugido salvaje y quiso darme un puntapié en la cara.

Me di la vuelta con la rapidez suficiente como para encajarlo en el hombro. Bastante malo era ya que me alcanzara ahí.

Dobbs se interpuso y dijo:

—Ya vale, Charlie. Es mejor que no liemos más las cosas.

Cooney retrocedió tres pasos, se sentó en el estribo del coche y se tapó la cara con las manos. Luego sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió suavemente la nariz.

—Dame un minuto —dijo a través del pañuelo—. Sólo un minuto. No necesito más.

—Cálmate, hombre. Ya vale. Ya le has atizado bastante —dijo Dobbs.

Blandió la porra lentamente a la altura de la pierna. Cooney se levantó del estribo y avanzó dando traspiés. Su compañero le empujó suavemente poniéndole una mano sobre el pecho. Cooney intentó zafarse.

—Tengo que ver sangre —bramó—. Tengo que ver más sangre.

—Oi hablar de eso. Cálmate. Ya hemos conseguido lo que queríamos —dijo Dobbs bruscamente.

Cooney se volvió y se acercó pesadamente al coche. Se apoyó en él y murmuró unas palabras a través del pañuelo. Dobbs me dijo entonces:

—Póngase en pie, amigo.

Me levanté y me froté la corva. El nervio de la pierna me brincaba como un mono furioso.

—Suba al coche —dijo Dobbs—. A nuestro coche.

Subí al coche.

—Conduce tú el otro trasto, Charlie.

—¡Maldita sea! ¡Voy a destrozarle los guardabarros! —rugió Cooney. Dobbs recogió la botella de whisky del suelo, la lanzó por encima de la cerca y se sentó a mi lado. Tiró del estárter.

—Esto le va a costar caro —me dijo—. No debió atizarle.

—¿Por qué no?

—Porque Cooney es un buen tipo —dijo Dobbs—. Sólo es un poco gritón. —Eso puede, pero de gracioso no tiene nada —le dije.

—No se lo diga —contestó Dobbs. El coche comenzó a moverse—. Le daría un disgusto.

Cooney cerró de un portazo mi Chrysler, puso el motor en marcha y metió la primera dispuesto a cargarse la caja de cambios. Dobbs dio la vuelta con suavidad y avanzó hacia el norte, siguiendo de nuevo la fábrica de ladrillos.

—Verá cómo le gusta nuestra nueva cárcel.

—¿De qué van a acusarme?

Meditó un momento mientras conducía con mano segura y miraba en el retrovisor si Cooney nos seguía.

—Exceso de velocidad —dijo—, resistencia a la autoridad y CE. Es la abreviatura que usamos nosotros cuando cogernos a un tío conduciendo borracho.

—¿Y qué abreviatura usan cuando atizan en el estómago a un sujeto desarmado, le pegan una patada en el hombro, le obligan a beber whisky, le amenazan con un arma y le sacuden con una porra? ¿No van a sacar partido de eso también?

—Olvídelo —dijo cansadamente—. ¿Se cree que lo hago por divertirme?

—Creía que habían limpiado esta ciudad —le dije—. Pensaba que un hombre honrado podía pasearse de noche por las calles sin tener que ponerse un chaleco blindado.

—La han limpiado un poco —dijo—. Pero no quieren que quede demasiado limpia. Podrían ahuyentar al dinero sucio.

—No hable así —le dije—, o le retirarán su carné del sindicato. Se rió.

—Pues que se vayan al demonio! Yo estaré en el ejército dentro de dos semanas. Para él el incidente estaba zanjado. No significaba nada. Simple cuestión de rutina. Ni siquiera le había disgustado.

26

La galería de celdas era casi nueva. La pintura color gris acorazado de las paredes y de la puerta de acero tenía el brillo fresco de lo nuevo desfigurado en dos o tres lugares por un chorro de jugo de tabaco. La luz estaba empotrada en el techo, cubierta por un grueso cristal opaco. A un lado de la celda había dos literas y un hombre envuelto en una manta gris oscura roncaba en la de arriba. Del hecho de que se hubiera dormido tan pronto, de que no oliera a whisky ni a ginebra y de que hubiera elegido la litera de arriba, deduje que llevaba allí bastante tiempo.

Me senté en la litera inferior. Me habían cacheado para ver si iba armado, pero no me habían vaciado los bolsillos. Saqué un cigarrillo y me froté la corva hinchada y caliente. El dolor me llegaba hasta el tobillo. El whisky que había tosido sobre mi chaqueta olía a rancio. Levanté la tela y arrojé una bocanada de humo sobre ella. El humo ascendió y quedó flotando en torno al cuadrado iluminado del techo. La cárcel parecía muy tranquila. De algún lugar muy lejano situado en otra parte del edificio llegaban los gritos de una mujer. Pero en la parte donde yo estaba reinaba un silencio de iglesia.

La mujer seguía chillando, dondequiera que estuviese. Sus gritos tenían ahora una calidad irreal, como el aullar de los coyotes a la luz de la luna, pero sin la nota aguda, plañidera, del animal. Al poco rato cesaron.

Me fumé dos cigarrillos enteros y tiré las colillas al retrete que había en un rincón. El hombre de la litera de arriba seguía roncando. No se veía de él más que unos mechones de pelo grasiento que asomaban por encima del

borde de la manta. Dormía sobre el estómago y dormía a pierna suelta. Como el mejor.

Volví a sentarme en la litera. Consistía en un entramado de tiras de acero cubierto por un colchón delgado y duro. Sobre él había dos mantas de color oscuro cuidadosamente dobladas. Era una cárcel muy agradable. Estaba en el piso doce del nuevo ayuntamiento, un ayuntamiento también muy agradable. Bay City era una ciudad muy agradable. La gente que vivía en ella así lo creía y si yo viviera allí probablemente lo creería también. Vería la hermosa bahía azul, y los acantilados, y el puerto deportivo, y las calles tranquilas flanqueadas de edificios, casas viejas sombreadas por árboles añejos y casas nuevas con sus jardincillos de hierba y sus cercas de tela metálica y sus filas de arbustos bordeando las aceras. Conocía a una chica que vivía en la calle Veinticinco. Era una calle agradable y ella era una chica agradable. Le gustaba Bay City. Nunca pensaba en los barrios de negros o mexicanos que ocupaban los tristes terrenos llanos al sur de las vías del ferrocarril, ni en los antros que se abrían a lo largo de los muelles al sur de los acantilados, ni en los salones de baile de la carretera que apestaban a sudor, ni en los tugurios donde se fumaba marihuana, ni en los rostros enjutos y taimados que asomaban sobre periódicos desplegados en vestíbulos de hoteles demasiado silenciosos, ni en los rateros, tramposos, borrachos, chulos y maricas que pululaban por el paseo de tablas de la playa.

Me acerqué a la puerta y allí me detuve. Nada se movía. Las luces de la galería brillaban desoladas y silenciosas. Aquella cárcel era un negocio desastroso.

Miré el reloj. Las nueve cincuenta y cuatro. Hora de llegar a casa, ponerse las zapatillas y jugar una partida de ajedrez. Hora de tomarse un trago largo y frío y fumarse una pipa con silencio y tranquilidad. Hora de poner los pies en alto y no pensar en nada. Hora de bostezar hojeando las páginas de una revista. Hora de sentirse un ser humano, una criatura doméstica, un hombre sin otra ocupación que descansar y aspirar el aire de la noche y reconstruir el cerebro para el día siguiente.

Un tipo vestido con el uniforme azul grisáceo de los carceleros pasó entre las celdas leyendo los números. Se detuvo ante la puerta de la mía, la abrió y

me dirigió esa mirada dura que ellos creen por sistema que han de lucir en la cara para siempre jamás y que significa: «Soy un polizonte, amigo. Soy duro, así que ándate con mucho ojo o acabarás andando a cuatro patas, amigo. Desembucha ya, suéltalo cuanto antes, amigo, y no te olvides de que somos unos tipos duros, que somos policías y hacemos lo que nos da la gana con desgraciados como tú».

—¡Fuera! —dijo.

Salí de la celda. Él volvió a cerrarla, me indicó el camino con el pulgar, nos acercamos a una puerta de acero, la abrió, salimos, volvió a cerrarla con un bonito tintineo de las llaves contra la arandela de metal y, al poco rato, atravesamos otra puerta de acero pintada de gris por la parte de dentro y de imitación a madera por la que daba al otro lado.

Degarmo estaba junto a un mostrador hablando con el sargento de guardia. Me miró con sus ojos de un azul metálico y me dijo:

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Qué le parece nuestra cárcel?

—Bien.

—El capitán Webber quiere hablar con usted.

—Bien.

—¿No sabe decir más que «bien»?

—Ahora no —le dije—. Aquí no.

—Cojea usted un poco —dijo—. ¿Ha tropezado con algo?

—Sí —le contesté—. Con una porra. Saltó del suelo y me mordió detrás de la rodilla izquierda.

—Lástima —dijo Degarmo con una mirada vacía—. Pídale sus cosas al sargento de guardia.

—Las tengo. No me las quitaron.

—Me parece muy bien.

—Sí. Está muy bien.

El sargento de guardia levantó la cabeza cubierta de una maraña de pelo y nos contempló largamente.

—Debería echarle un vistazo a la naricita irlandesa de Cooney —dijo—.

Le parecería muy bien. La tiene desparramada por toda la cara como jarabe sobre unas tortitas.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Degarmo como ausente—. ¿Se ha peleado con alguien?

—No lo sé —dijo el sargento—. Quizá fue la misma porra, que pegó otro salto y le mordió a él.

—Para ser un sargento habla usted demasiado —dijo Degarmo.

—Los sargentos de guardia siempre hablan demasiado —le contestó el otro—. A lo mejor es por eso por lo que no llegan a tenientes de Homicidios.

—Ya ve usted lo bien que nos llevamos —me dijo Degarmo—. Somos una gran familia feliz.

—Tenemos una sonrisa radiante en la cara —intervino el sargento— y los brazos extendidos en señal de bienvenida, con una piedra en cada mano. Degarmo me hizo una seña con la cabeza y salimos.

El capitán Webber adelantó su nariz torcida y afilada sobre el escritorio y dijo: —Siéntese.

Me senté en un sillón de madera de respaldo curvo y estiré la pierna izquierda para no rozar con la corva el borde del asiento. Era un despacho grande y agradable situado en una esquina del edificio. Degarmo se sentó en un extremo del escritorio, cruzó las piernas, se frotó un tobillo con expresión meditabunda y miró hacia fuera por la ventana.

—Usted se lo ha buscado —continuó Webber—. Iba a noventa y cinco por hora en una zona residencial y se resistió a parar cuando un coche de la policía le hizo señales con la sirena y el faro rojo. Cuando se detuvo, insultó a los policías y golpeó a uno de ellos en la cara.

No dije nada. Webber cogió una cerilla, la rompió por la mitad y tiró los pedazos por encima del hombro.

—¿O es que mienten... como de costumbre? —preguntó.

—No he visto el informe —le dije—. Probablemente es cierto que iba a noventa y cinco por hora en una zona residencial o, al menos, dentro de los límites de la ciudad. El coche de la policía estaba aparcado precisamente delante de una casa a la que yo había ido. Me siguió cuando arranqué y en ese momento yo no sabía que era de la policía. No tenían motivo alguno para seguirme y no me gustó el asunto. Aceleré, es cierto, pero porque quería llegar a una parte de la ciudad mejor iluminada.

Degarmo movió los ojos para dirigirme una mirada anodina. Webber

apretó los dientes con impaciencia.

—Cuando se dio cuenta de que era un coche de la policía dio la vuelta en medio de la manzana y trató de huir, ¿no es cierto?

—Sí —dije, pero para explicarle eso tendríamos que hablar con sinceridad.

—No me dan miedo las conversaciones sinceras —dijo Webber—. Creo que estoy especializado en conversaciones sinceras.

—Los dos policías que me detuvieron tenían el coche aparcado ante la casa de la mujer de George Talley. Ya estaban allí antes de que yo llegara. Talley es el hombre que trabajaba aquí como detective privado. Yo quería hablar con él. Degarmo sabe por qué.

Degarmo sacó del bolsillo una cerilla y empezó a mordisquearla por el extremo blando en silencio. Asintió sin expresión. Webber no le miró.

—Es usted un estúpido, Degarmo —continué—. Todo lo que hace es estúpido y sus métodos son estúpidos. Cuando se enfrentó conmigo ayer frente a la casa de Almore se acercó en son de pelea cuando no tenía motivo alguno para hacerlo. Despertó mi curiosidad cuando no tenía por qué hacerlo. Hasta me dio a entender cómo podía satisfacerla si es que me parecía importante hacerlo. Si lo que usted quería era proteger a sus amigos, lo mejor que podía haber hecho era no haber despegado los labios hasta que yo hubiera hecho algo. Yo no me habría metido en nada y usted se habría ahorrado todo esto.

—¿Qué diablos tiene que ver todo eso con el hecho de que le arrestaran a la altura del número 1200 de la calle Westmore? —dijo Webber.

—Tiene que ver con la muerte de la señora Almore —contesté—. George Talley trabajó en el caso hasta que le trincaron y le acusaron de conducir borracho.

—Yo no trabajé en el caso Almore —dijo Webber de pronto—. Y tampoco sé quién asestó la primera puñalada a Julio César. Vaya derecho al grano, ¿quiere?

—Voy derecho al grano. Degarmo sabe mucho sobre el caso Almore, pero no quiere que se hable de eso. Hasta sus chicos del coche patrulla saben del asunto. Cooney y Dobbs no tenían motivo para seguirme, a menos que lo

hicieran porque había ido a ver a la mujer del detective que había investigado el caso. Yo no iba a noventa y cinco kilómetros por hora cuando empezaron a seguirme. Si traté de huir fue sólo porque pensé que iban a darme una paliza. Degarmo me había dado la idea.

Webber miró a Degarmo, que clavó sus duros ojos azules en la pared que tenía frente a él.

—Y no pegué a Cooney en la nariz hasta que él me obligó a beber whisky y, mientras lo hacía, me atizó en el estómago para que lo escupiera y mi chaqueta oliera después a alcohol. Seguro que no es la primera vez que oye hablar de ese truco, capitán.

Webber rompió otra cerilla. Se apoyó en el respaldo de su asiento y fijó la vista en sus nudillos tensos. Miró otra vez a Degarmo y dijo:

—No sabía que le hubieran nombrado hoy jefe de la policía. Esas cosas se avisan.

—¡Maldita sea! ¡Solamente le han pegado un par de tortas jugando! No ha sido más que una broma. Si no puede encajar una...

—¿Mandó usted allí a Dobbs y a Cooney?

—Verá... Bueno, sí —dijo Degarmo—. No veo por qué tenemos que aguantar que unos sabuesos vengan a nuestra ciudad a revolver un montón de hojas secas para conseguir un trabajo y sacarles un buen dinero a un puñado de imbéciles. Lo que necesitan esos tipos es una buena lección.

—¿Es eso lo que piensa usted? —preguntó Webber.

—Eso es lo que pienso exactamente, sí señor —respondió Degarmo.

—Me pregunto qué es lo que necesitan los tipos como usted —dijo Webber—. Aunque creo que lo que le vendría mejor en este momento es un poco de aire fresco. ¿Quiere salir a tomarlo, teniente?

Degarmo abrió la boca muy despacio.

—¿Quiere decir que me largue?

Webber se inclinó de pronto hacia delante y su pequeña barbilla surcó el aire como la proa de un crucero.

—¿Sería usted tan amable?

Degarmo se levantó lentamente con las mejillas como la grana. Apoyó una mano abierta sobre el escritorio y miró a Webber. Se hizo un pesado

silencio. Luego dijo:

—Está bien, capitán. Pero se equivoca.

Webber no le contestó. Degarmo abrió la puerta y salió. Webber esperó a que la puerta se cerrara y habló:

—¿Quiere decir que la muerte de la señora Almore sucedida hace año y medio está relacionada con el crimen de hoy, o trata de tender una cortina de humo porque sabe perfectamente que ha sido la mujer de Kingsley quien ha matado a Lavery?

—El caso de la señora Almore estaba relacionado con Lavery antes de que le asesinaran. Quizá de una forma muy leve, pero lo suficiente como para darle a uno que pensar.

—He estudiado este asunto un poco mejor de lo que usted se imagina —dijo Webber fríamente—, a pesar de que no intervine directamente en el caso Almore y de que en aquellos días aún no era jefe. Si hasta ayer por la mañana ni siquiera sabía usted de la existencia de Almore, se ve que desde entonces ha oído hablar mucho de él.

Le dije exactamente lo que me habían contado la señorita Fromsett y los Grayson.

—Entonces, ¿su teoría es que Lavery pudo hacer chantaje al doctor Almore —me preguntó— y que eso podría tener algo que ver con su muerte?

—No es una teoría. Es sólo una posibilidad. Pero no sería buen detective si no la tuviera en cuenta. Entre Almore y Lavery pudo haber una relación profunda y peligrosa, una amistad superficial, o nada en absoluto. No puedo afirmar con seguridad que hayan cruzado jamás una sola palabra. Pero si en el caso Almore no había nada sospechoso, ¿por qué tratar con tanta dureza a un tipo que se interesaba en él? Pudo ser una coincidencia que detuvieran a George Talley mientras investigaba el asunto. Pudo ser una coincidencia que Almore llamara a un policía por la simple razón de que yo estaba mirando hacia su casa, y pudo ser una coincidencia que mataran a Lavery antes de que pudiera hablar con él por segunda vez. Pero no es una coincidencia que dos de los hombres de su brigada estuvieran vigilando esta noche la casa de Talley listos para armar camorra si se me ocurría entrar allí.

—En eso tiene razón —dijo Webber—. No crea que doy por terminado el

incidente. ¿Quiere presentar una denuncia?

—La vida es demasiado corta para perder el tiempo presentando denuncias contra oficiales del cuerpo de policía.

Frunció un poco el entrecejo.

—Entonces olvidémoslo y que nos sirva de lección. Parece que no le han fichado, así que es usted libre para irse a su casa cuando quiera. Y yo que usted dejaría que el capitán Webber se ocupara del caso Lavery y de cualquier remota relación que pueda existir entre ése y el caso Almore.

—¿Y de cualquier remota relación que pueda existir entre esos dos casos y el de una mujer llamada Muriel Chess, cuyo cadáver fue hallado ayer en un lago cercano a Puma Point?

Arqueó sus pequeñas cejas.

—¿Cree que existe alguna?

—Aunque es posible que a esa mujer no la conocieran ustedes por el nombre de Muriel Chess. Debían de conocerla, si es que la conocían, por el nombre de Mildred Haviland, la enfermera del doctor Almore. La que acostó a su mujer la noche que la encontraron muerta en el garaje y la que, si de verdad fue un crimen, pudo descubrir al autor. Después el asesino pudo asustarla o hacerle chantaje hasta que se vio obligada a abandonar la ciudad.

Webber cogió dos cerillas y las rompió en pedacitos. Sus ojillos inexpresivos estaban fijos en mi cara. No dijo nada.

—Y al llegar a este punto —dije, nos enfrentamos con una coincidencia básica, la única que estoy dispuesto a admitir en todo este asunto. Porque esa tal Mildred Haviland conoció en un bar de Riverside a un hombre llamado Bill Chess y, por razones sólo por ella conocidas, se casó con él y se fue a vivir al lago del Corzo, que es propiedad de un hombre cuya esposa mantenía una relación íntima con Lavery, precisamente el que había encontrado el cadáver de la señora Almore. Eso es lo que yo llamo una verdadera coincidencia. No debe de ser más que eso, coincidencia, pero es fundamental. Todo lo demás parte de ahí.

Webber se levantó de su sillón, se acercó a una fuente que había en un rincón del despacho y se bebió dos vasos de agua. Luego hizo con los dos vasos de cartón una pelota que arrojó a una papelera de metal marrón. Se

acercó a la ventana y miró hacia la bahía. Aún no se había dado la orden de reducir al mínimo las luces de la costa como medida de seguridad y en el puerto deportivo brillaban muchas luces.

Volvió lentamente a su escritorio y se sentó. Luego levantó la mano y se rascó la nariz. Estaba decidiendo algo.

Al fin dijo lentamente:

—No entiendo qué sentido tiene relacionar eso con algo que ocurrió año y medio después.

—Comprendo —dijo—. Gracias por concederme tanto tiempo. Me levanté para irme.

—¿Le duele la pierna? —me preguntó cuando me incliné para frotarme la corva.

—Bastante, pero ya está mejor.

—El problema que tiene el cuerpo de policía —dijo casi con suavidad— es muy complicado. Se parece a la política. Exige hombres de una honradez a toda prueba, pero tiene muy poco que ofrecer a ese tipo de personas. En consecuencia, tenemos que trabajar con lo que tenemos. Y lo que tenemos es esto.

—Lo sé —dijo—. Siempre lo he sabido. Y no crea que me amargo la vida por ello. Buenas noches, capitán Webber.

—Un momento —dijo—. Siéntese usted un rato. Si vamos a mezclar en esto el caso Almore, será mejor que lo saquemos a la luz y lo estudiemos con detenimiento.

—Ya era hora de que alguien lo hiciera —le dije.

Y volví a sentarme.

28

Webber habló con calma:

—Supongo que algunos nos consideran un hatajo de sinvergüenzas. Se creen que un tipo mata a su mujer y luego no tiene más que llamarme y decirme: «Oiga, capitán. Hay aquí un cadáver estorbando en medio del salón y yo tengo quinientos pavos que no me rinden nada». Y que entonces yo le digo: «Espere. Voy para allá enseguida con una manta».

—No es para tanto.

—¿Para qué quería ver a Talley cuando fue a su casa esta noche?

—Talley tenía una pista sobre la muerte de Florence Almore. Los padres de ella le contrataron para que la siguiera, pero él nunca les dijo qué era lo que había descubierto.

—¿Y pensaba que iba a decírselo a usted? —preguntó Webber con sarcasmo.

—Al menos quería probar.

—¿No sería que al ver la actitud de Degarmo quiso vengarse de él? —Puede que hubiera también algo de eso —respondí.

—Talley era un vulgar chantajista —dijo Webber con desprecio—. Lo fue en más de una ocasión. Cualquier método era bueno con tal de librarse de él. Le diré qué era lo que tenía. Un zapato que le había quitado del pie a Florence Almore.

—¿Un zapato?

Sonrió levemente.

—Sólo un zapato. Lo encontramos escondido en su casa. Un zapato de baile de terciopelo verde con unas piedras incrustadas en el tacón. Se los había hecho un zapatero de Hollywood especialista en este tipo de calzado. Ahora pregúnteme por qué era tan importante ese zapato.

—¿Por qué era importante, capitán?

—Florence Almore tenía dos pares exactamente iguales que había encargado al mismo tiempo. Parece ser algo que hacen las mujeres bastante a menudo por si un par se estropea o algún borracho se empeña en pisarles mientras bailan. —Hizo una pausa y sonrió ligeramente—. Al parecer, uno de esos dos pares no llegó a usarlo nunca.

—Creo que empiezo a entenderlo —le dije.

Se arrellanó en el asiento y empezó a dar golpecitos en los brazos del sillón. Esperó.

—El camino que va del garaje a la casa es de cemento —le dije—. Y bastante áspero. Supongamos que no anduvo por él, sino que la llevaron. Y supongamos que quien la llevó se equivocó al ponerle los zapatos en cuestión y cogió uno de los que no había estrenado.

—Siga.

—Supongamos que Talley se fijó en ello mientras Lavery llamaba al doctor Almore, que estaba haciendo su ronda de visitas. Cogió el zapato nuevo considerándolo prueba de que Florence Almore había sido asesinada.

Webber asintió con la cabeza.

—Y habría sido una prueba si lo hubiera dejado donde la policía hubiera podido verlo. Pero una vez que él se lo llevó, sólo servía para demostrar que Talley era un sinvergüenza.

—¿Se analizó la sangre de la víctima para ver si quedaban restos de monóxido de carbono?

Posó las manos abiertas sobre el escritorio y las miró largamente.

—Sí —dijo—. Y lo encontraron. Los oficiales encargados del caso se dieron por satisfechos con lo que vieron. No hallaron señales de violencia. Se quedaron convencidos de que el doctor Almore no había asesinado a su mujer. Quizá se equivocaron. Creo que la investigación fue un poco superficial.

—¿Quién estuvo a cargo de ella?

—Me parece que ya sabe la respuesta.

—Cuando llegó la policía, ¿no se dieron cuenta de que faltaba un zapato?

—Cuando llegó la policía no faltaba ningún zapato. Como usted recordará, el doctor Almore estaba ya de vuelta en casa porque Lavery le había avisado al descubrir el cadáver y antes de llamar a la policía. Todo lo que sabemos de ese zapato es lo que nos dijo el propio Talley. Puede que lo robara él mismo del interior de la casa. La puerta lateral estaba abierta y las criadas dormían. Lo único que hay en contra de esa posibilidad es que no es muy probable que supiera que existía otro par igual. Aun así yo no la descartaría totalmente. Ese hombre es un sinvergüenza de mucho cuidado. Pero no puedo asegurar que lo hiciera.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro y pensando.

—A menos —continuó Webber— que supongamos que la enfermera se había puesto de acuerdo con él para hacer después chantaje a Almore. Es posible que así fuera. Hay datos a favor de esa teoría. Pero hay bastantes más en contra. ¿Qué razones tiene usted para afirmar que la mujer que hallaron muerta en las montañas era esa enfermera?

—Dos, ninguna de ellas concluyente por sí misma, pero bastante poderosas si se contemplan juntas. Un tipo, que por la descripción se parecía mucho a Degarmo, estuvo en Puma Point hace pocas semanas enseñando una fotografía de Mildred Haviland que se parecía bastante a Muriel Chess. Las cejas, el color del pelo y todo eso eran distintos, pero la semejanza era bastante marcada. Nadie le ayudó mucho. Dijo que se llamaba De Soto y que era un policía de Los Angeles. He preguntado en la jefatura y no hay nadie allí que se llame De Soto. Cuando Muriel Chess se enteró del asunto parece que se asustó. No nos será difícil averiguar si se trataba de Degarmo o no. La otra razón es que en la casa de Chess se encontró escondida en una caja de azúcar unas cadenas de oro para el tobillo con un corazoncito también de oro. La hallaron después de que apareciera el cadáver de Muriel y de que detuvieran a su marido. En el corazón había una inscripción que decía: «Para Mildred de Al. 28 de junio de 1938. Con todo mi amor».

—Podría tratarse de otro Al y de otra Mildred —dijo Webber.

—Eso ni usted se lo cree, capitán.

Se inclinó hacia delante y, con el dedo índice, abrió un agujero en el aire.
—¿Adónde quiere ir a parar exactamente con todo esto?

—Quiero probar que la mujer de Kingsley no mató a Lavery. Que la muerte de Lavery está relacionada con el caso de Florence Almore. Y con Mildred Haviland. Y posiblemente también con el doctor Almore. Quiero probar que la mujer de Kingsley desapareció porque ocurrió algo que le asustó mucho. Que puede que no sea totalmente inocente, pero que no ha asesinado a nadie. Si puedo demostrarlo me pagarán quinientos dólares. Creo que tengo derecho a intentarlo.

Asintió.

—Desde luego que sí. Y yo le ayudaría si viera alguna base para ello. Aún no hemos encontrado a la señora Kingsley, pero tampoco hemos tenido mucho tiempo para buscarla. En lo que no puedo ayudarle es en culpar de nada a uno de mis hombres.

—Una vez le oí llamar Al a Degarmo —le dije—. Pero yo pensaba en Almore. Se llama Albert.

Webber se miró el pulgar.

—Pero el doctor Almore no estuvo casado nunca con esa mujer y Degarmo sí —dijo con voz mesurada—. Y puedo asegurarle que ella le hizo la vida imposible. Gran parte de lo que parece malo en él es consecuencia de aquel matrimonio.

Me quedé sentado muy quieto. Al poco rato dije:

—Estoy empezando a ver cosas que ni siquiera había sospechado. ¿Qué clase de mujer era?

—Lista, taimada y peligrosa. Sabía manejar bien a los hombres. Les hacía bailar al son que ella tocaba. Pero ese gigante que acaba de salir le arrancaría la cabeza ahora mismo si le oyera decir lo más mínimo en contra de ella. Mildred se divorció de él, pero eso no significa que Degarmo dejara de quererla.

—¿Sabe que ha muerto?

Webber guardó silencio unos segundos antes de responder.

—No ha dicho una sola palabra, pero si realmente se trata de la misma

mujer, él tiene que saberlo.

—Que nosotros sepamos, no logró localizarla en las montañas.

Me levanté y me apoyé en el escritorio.

—Siga, capitán, no me estará tomando el pelo, ¿verdad?

—¡Maldita sea! ¡En absoluto! Existen hombres como Degarmo, lo mismo que existen mujeres capaces de hacerles así. Si cree que Degarmo fue allí porque quería matarla, está muy equivocado.

—No he llegado a pensar eso exactamente —le dije—. Aunque sería posible, ya que Degarmo conocía esa región muy bien. Y el asesino la conocía perfectamente.

—Todo esto ha sido confidencial —dijo—, y quiero que quede entre nosotros.

Asentí, pero no prometí nada. Le di las buenas noches y salí. Siguió contemplándome mientras cruzaba la habitación. Parecía dolido y triste.

Mi Chrysler estaba en el aparcamiento de la jefatura con las llaves puestas y sin los guardabarros abollados. Cooney no había cumplido su amenaza. Volví a Hollywood y subí a mi apartamento del Bristol. Era tarde, casi medianoche.

El pasillo marfil y verde estaba desierto y no se oía más ruido que el timbre de un teléfono en el interior de uno de los apartamentos. Llamaba insistentemente y su sonido fue aumentando de volumen conforme me acercaba a mi puerta. Abrí. Era el mío.

Recorrí la habitación en medio de la oscuridad hasta llegar junto al aparato, que estaba sobre un escritorio de roble adosado a la pared. Debía de haber sonado como diez veces cuando descolgué.

Contesté. Era Kingsley. Su voz sonó tensa, débil y nerviosa.

—¡Vaya por Dios! ¿Dónde se había metido? Llevo horas tratando de localizarle.

—Pues aquí me tiene. ¿Qué ocurre?

—He tenido noticias de ella.

Sujeté el auricular con fuerza y exhalé muy lentamente el aire que tenía en los pulmones.

—Siga —le dije.

—No estoy lejos. Llegaré en cinco o seis minutos. Y prepárese para entrar en acción.

Colgó.

Me quedé inmóvil con el auricular a medio camino entre mi oreja y el soporte. Luego lo colgué muy despacio y miré la mano que acababa de soltarlo. Seguía medio abierta y muy tensa, como si continuara sosteniéndolo.

29

Unos golpecitos discretos, muy apropiados para la medianoche, sonaron en la puerta. Abrí. Kingsley parecía tan grande como un caballo con su chaqueta de lana color crema y un pañuelo verde y amarillo al cuello. Llevaba un sombrero marrón encasquetado hasta media frente y, bajo el ala, sus ojos brillaban como los de un animal enfermo.

Le acompañaba la señorita Fromsett, vestida con pantalones, sandalias y un chaquetón verde oscuro. Iba sin sombrero y sus cabellos brillaban con un lustre perverso. De sus orejas colgaban unos largos pendientes con un par de gardenias artificiales diminutas, dos en cada oreja la una sobre la otra. El champán de los perfumes, Guillerlain Regal, entró en la habitación con ella.

Cerré la puerta, señalé a un par de asientos y dije:

—No nos vendrá mal una copa.

La señorita Fromsett se sentó en un sillón, cruzó las piernas y buscó en torno suyo un cigarrillo. Lo encontró, lo encendió con un largo gesto florido y sonrió vagamente a una esquina del techo.

Kingsley permaneció de pie en el centro de la habitación tratando de morderse la barbilla. Fui a la cocina, llené tres copas, volví al salón y les di una a cada uno. Me acerqué con la mía al sillón colocado junto a la mesita de ajedrez.

—¿Qué ha estado haciendo y qué le pasa en la pierna?

—Me dieron una patada. Obsequio del cuerpo de policía de Bay City. Es un servicio gratuito que dan allí. En cuanto a dónde he estado... en la cárcel

por conducir borracho. Y a juzgar por la expresión de su rostro no me extrañaría nada que volviera a verme allí muy pronto.

—No sé de qué está hablando —dijo—. No tengo ni la más ligera idea. Pero me parece que no es ocasión para bromear.

—Muy bien, pues no bromeemos. ¿Qué ha sabido usted y dónde está su esposa?

Se sentó sin soltar su vaso, flexionó los dedos de la mano derecha y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Sacó un sobre alargado.

—Tiene que llevarle esto. Son quinientos dólares. Quería más, pero es todo lo que he logrado reunir. He tenido que cambiar un talón en un club nocturno. No ha sido fácil. Crystal tiene que salir de esa ciudad.

—¿De qué ciudad?

—Está en algún lugar de Bay City. No sé dónde exactamente. Se encontrará con usted en un bar llamado El Pavo Real, Bulevar Arguello esquina a la calle Ocho más o menos.

Miré a la señorita Fromsett. Seguía contemplando el techo como si hubiera venido sólo por darse una vuelta.

Kingsley me arrojó el sobre, que fue a aterrizar sobre la mesa de ajedrez. Miré en su interior. Sí, era dinero. Al menos ese aspecto de la historia tenía bastante lógica. Dejé el sobre en el tablero de cuadritos incrustados marrón y oro pálido.

—¿Por qué no puede conseguir ella su propio dinero? —le pregunté—. Podría cambiar un cheque en cualquier hotel. La mayoría de los hoteles los cambian. ¿O es que tiene el tétanos su cuenta?

—¡Ésa no es forma de hablar! —dijo Kingsley de mal talante—. Crystal está en un aprieto. Y no sé cómo se ha enterado, pero el caso es que lo sabe. Quizá la emisora de la policía haya radiado la orden de detención. ¿Usted qué cree?

Le dije que no sabía. Que últimamente no había tenido mucho tiempo de oír esa emisora. Que había estado ocupado escuchando a varios policías en directo.

—En cualquier caso, no puede arriesgarse a cobrar un talón en estas circunstancias. Antes podía, pero ahora ya no.

Levantó la vista lentamente y me dirigió una de las miradas más vacías que he visto en mi vida.

—Claro, es imposible encontrar lógica donde no puede haberla —le dije—. Bueno, el caso es que está en Bay City. ¿Habló con usted?

—No. Habló con la señorita Fromsett. Cuando llamó acabábamos de cerrar la oficina, pero ese policía, el capitán Webber, seguía hablando conmigo. Naturalmente, la señorita Fromsett no quiso pasarme la llamada en ese momento y le dijo que telefonara más tarde porque ella se negó a dejar ningún número.

Miré a la señorita Fromsett, que bajó del techo la mirada para dirigirla a lo alto de mi cabeza. En sus ojos no había nada en absoluto. Eran como dos cortinas corridas. Kingsley continuó:

—Si yo quería hablar con ella, ni ella quería hablar conmigo. No quiero verla. Supongo que creen sin ninguna duda que fue ella quien mató a Lavery. Webber parecía estar seguro.

—Eso no significa nada. Lo que él diga y lo que piense no tienen que coincidir necesariamente. No me gusta que ella sepa que la están buscando. Hace ya mucho que nadie escucha la radio de la policía por puro entretenimiento. Así que volvió a llamar más tarde. ¿Qué pasó entonces?

—Eran casi las seis y media —dijo Kingsley—. Tuvimos que esperar en la oficina a que telefonara. Díselo tú.

Se volvió a mirar a la chica.

—Contesté a la llamada en el despacho del señor Kingsley —dijo la señorita Fromsett—. Él estaba sentado a mi lado, pero no habló con ella. Me dijo que le mandáramos el dinero a ese bar y me preguntó quién iba a llevarlo.

—¿Parecía asustada?

—Ni lo más mínimo. Estaba perfectamente tranquila. Casi diría que con una calma gélida. Lo tenía todo planeado. Comprendía que la persona que le llevara el dinero tendría que ser un desconocido. Ya suponía que no sería Derry, quiero decir el señor Kingsley.

—Llámele Derry —dije—. Creo que adivinaré a quién se refiere. Sonrió vagamente.

—Dijo que entraría en El Pavo Real a y cuarto más o menos de cada hora. Supuse que iría usted, así que le di su descripción. Y le dije que llevaría puesto el pañuelo de Derry. Se lo describí también. Él siempre guarda algunas prendas en la oficina y el pañuelo estaba entre ellas. Es lo bastante llamativo como para reconocerlo.

Efectivamente lo era. Tenía como una especie de riñones verdes sobre un fondo color yema de huevo. Aparecer allí con ese pañuelo al cuello sería como entrar arrastrando una carretilla pintada de blanco, azul y rojo.

—Para ser tan tonta no parece que se organice mal.

—No es momento para bromas —dijo Kingsley secamente.

—Eso ya lo ha dicho antes. Pero está usted listo si cree que voy a presentarme allí para colaborar en la huida de una mujer a quien anda buscando la policía.

Su mano se crispó sobre su rodilla y su rostro se crispó también en una sonrisa maligna.

—Comprendo que es mucho pedir —contestó—. Pero ¿qué dice? ¿Sí o no?

—Nos convertiría a los tres en cómplices, lo cual podría resultar no demasiado duro ni para el marido ni para su secretaria confidencial. Pero lo que harían conmigo le aseguro que no es lo que soñaría nadie para unas vacaciones.

—Le compensaré por ello —dijo—. Y, en cualquier caso, si ella no ha hecho nada no pueden considerarnos cómplices.

—Estoy dispuesto a dar por supuesta su inocencia —dije—. De otro modo no estaría hablando con usted. Pero añadiré que si ha cometido algún crimen, la entregaré a la policía.

—No querrá hablar con usted.

Cogí el sobre y me lo metí en el bolsillo.

—Si quiere el dinero, tendrá que hacerlo.

Consulté mi reloj.

—Si salgo ahora mismo puede que llegue a la una y cuarto. Hace tantas horas que ha llamado que deben de sabérsela de memoria en ese bar. Es lo único que nos faltaba.

—Se ha teñido el pelo de castaño oscuro —dijo la señorita Fromsett—. Eso ayudará un poco a que pase desapercibida.

—Pero no contribuye a convencerme de que se trate de una pobre viajera inocente.

Acabé de beber mi copa y me puse en pie. Kingsley apuró de un trago lo que quedaba de la suya, se levantó, se quitó el pañuelo y me lo tendió.

—¿Qué hizo para que se le echara encima la policía?

—Estaba utilizando cierta información que me había proporcionado muy amablemente la señorita Fromsett. Me llevó a buscar a un hombre llamado Talley que había investigado el caso de la señora Almore, lo cual a su vez me llevó a chirona. Tenían la casa vigilada. Talley era el detective que contrataron los Grayson —dije mirando a la mujer alta y morena—. Usted probablemente podrá explicarle de qué se trata. Pero, en cualquier caso, no importa. No tengo tiempo de hablar de eso ahora. ¿Quieren quedarse aquí hasta que vuelva? Kingsley negó con la cabeza.

—Iremos a mi casa y esperaremos allí su llamada.

La señorita Fromsett se puso en pie y bostezó.

—No, estoy cansada, Derry. Yo me voy a la cama.

—Tú vienes conmigo —dijo él bruscamente—. Tienes que ayudarme a impedir que pierda la cabeza.

—¿Dónde vive usted, señorita Fromsett? —le pregunté.

—En Sunset Place. Bryson Tower, apartamento 716. ¿Por qué? —dijo con una mirada de sospecha.

—Puede que necesite ponerme en contacto con usted alguna vez.

En el rostro de Kingsley se leía una vaga irritación, pero sus ojos seguían siendo los de un animal enfermo. Me puse el pañuelo y me fui a la cocina a apagar la luz. Cuando volví, los dos me esperaban junto a la puerta. Kingsley rodeaba con un brazo los hombros de la mujer. Ella parecía muy cansada y bastante aburrida.

—Bueno, espero que... —comenzó a decir él. Luego se interrumpió, dio un rápido paso hacia delante y me tendió la mano—. Es usted un tipo decente, Marlowe.

—Vamos, largo de aquí —dije—. Váyase. Lo más lejos posible.

Me dirigió una mirada extraña y salieron.

Esperé hasta que oí cómo el ascensor llegaba, se detenía, se abría, se cerraba y bajaba de nuevo. Luego salí, bajé por la escalera hasta el garaje y volví a despertar al Chrysler.

30

El Pavo Real ocupaba un estrecho local junto a una tienda de regalos en cuyo escaparate brillaba, a la luz de las farolas, una bandeja llena de animalitos de cristal. La fachada era de ladrillos de vidrio y en torno al pavo real de cristal policromado incrustado en la pared, brillaba una luz suave. Entré, rodeé un biombo chino, recorrí la barra con la vista y me senté a una mesa. La luz era de color ámbar, los asientos de cuero rojo y las mesas de plástico. No muy lejos bebían cuatro soldados con un resplandor opaco en los ojos y aspecto de estar aburridos hasta de la cerveza. Frente a ellos, un grupo formado por dos chicas y un par de tipos muy peripuestos armaban todo el ruido que se oía en el local. No vi a nadie que respondiera a la idea que me había hecho de Crystal Kingsley.

Un camarero acartonado de ojos malignos y cara de hueso roído dejó en la mesa delante de mí una servilleta de papel con un pavo real grabado y un Bacardí. Lo bebí lentamente mientras miraba la esfera color ámbar del reloj del bar. Era poco más de la una y cuarto.

Uno de los hombres que estaban con las dos chicas se levantó de repente y se acercó a la puerta con paso inseguro.

Se oyó la voz del otro.

—¿Por qué has tenido que ofenderle?

Una vocecita de chica respondió:

—¿Ofenderle yo? Tiene gracia. Pero si es él quien me ha estado haciendo proposiciones.

La voz del hombre volvió a sonar quejumbrosa.

—Aun así. No veo por qué tenías que ofenderle.

Uno de los soldados se echó a reír de pronto con una carcajada que le salía de lo más hondo del pecho. Luego, se borró la risa de la cara con una mano morena y bebió un poco más de cerveza. Me froté la corva. La seguía notando caliente e hinchada, pero al menos la sensación de parálisis había desaparecido.

Un mexicanito diminuto de tez blanca y enormes ojos negros entró con los periódicos de la mañana y anduvo entre las mesas tratando de vender alguno antes de que le echara el barman. Le compré uno y lo hojeé para ver si traía algún crimen interesante. No traía ninguno.

Lo doblé y levanté la vista. Una chica delgada y de cabellos castaños, vestida con unos pantalones negros, una camiseta amarilla y un chaquetón gris, salió no sé de dónde y pasó junto a mí sin mirarme. Traté de decidir a toda prisa si su rostro me resultaba conocido o si era, simplemente, que respondía al tipo de mujer guapa, delgada y de facciones duras que debo de haber visto ya como diez mil veces. Desapareció tras el biombo y salió a la calle. Dos minutos después volvió a entrar el niño mexicano, lanzó al barman una mirada rápida y se detuvo ante mí.

—Señor —me dijo mientras sus ojos enormes brillaban traviesos. Me hizo señas de que le siguiera y salió.

Acabé mi copa y salí tras él. La chica del chaquetón gris, la camiseta amarilla y los pantalones negros estaba de pie ante la tienda de regalos mirando el escaparate. Sus ojos me siguieron cuando me vio salir. Me acerqué a ella y me paré a su lado.

Volvió a mirarme. Estaba pálida y cansada. Sus cabellos parecían más que castaños, negros. Dejó de mirarme y habló con la cara vuelta hacia el escaparate. —Deme el dinero, por favor.

Su aliento formó una nube de vaho en la luna del cristal.

—Primero tendré que saber quién es.

—Ya sabe quién soy —dijo en voz baja—. ¿Cuánto me ha traído? —Quinientos. No basta. Con eso no tengo ni para empezar. Démelo enseguida. Llevo media eternidad esperándolo.

—¿Dónde podernos hablar?

—No tenemos nada de que hablar. Deme el dinero y lárguese.

—No es tan sencillo. Me estoy arriesgando mucho. Al menos quiero tener la satisfacción de saber qué pasa y en qué situación estoy.

—Maldita sea! ¿Por qué no ha podido venir él mismo? No quiero hablar. Lo que quiero es irme de aquí cuanto antes.

—Fue usted quien no quiso que viniera. Él pensó que ni siquiera quería hablarle por teléfono.

—Es verdad —dijo rápidamente. Y echó la cabeza hacia atrás.

—Pero va a tener que hablar conmigo —le dije—. Y no soy nada fácil de manejar. O yo, o la policía, elija. No tiene salida. Soy detective privado y tengo que protegerme.

—¡Qué maravilla! Un detective y todo.

En su voz había un tono de sarcasmo.

—Ha hecho lo que le ha parecido mejor. No crea que le ha resultado fácil decidir.

—¿De qué quiere hablar?

—De usted, de lo que ha estado haciendo hasta ahora, de dónde ha estado y de lo que piensa hacer. Cosas así. Detalles, pero que tienen su importancia.

eRspiró muy cerca de la luna del escaparate y esperó a que desapareciera la nubecilla en el cristal.

—Creo que sería mucho mejor —siguió diciendo con voz fría y vana— que me diera el dinero y me dejara arreglármelas sola.

—No.

Me dirigió otra punzante mirada de soslayo. Luego encogió los hombros con impaciencia dentro de su chaquetón gris.

—Muy bien. Como usted quiera. Estoy en el Granada, dos manzanas al norte de aquí, en la calle Ocho. Apartamento 618. Deme diez minutos. Quiero ir sola.

—Tengo aquí mi coche.

—Prefiero ir sola.

Se volvió y se alejó apresuradamente. Llegó a la esquina, cruzó el bulvar y se perdió a lo largo de la manzana bajo una fila de árboles. Volví al

Chrysler, me senté y esperé los diez minutos que me había pedido antes de arrancar.

El Granada era un feo edificio gris que hacía esquina. La puerta de cristal de la entrada estaba al nivel de la calle. Doblé sin detener el coche y vi un globo de cristal lechoso en el cual se leía la palabra «garaje». La rampa de entrada descendía al silencio denso, impregnado de olor a goma, de varias filas de coches aparcados. Un negro larguirucho salió de la oficina encristalada y miró mi Chrysler.

—¿Cuánto me va a costar dejarlo aquí un rato? Voy arriba.

Me dedicó una mueca dudosa.

—Es tarde, jefe. Y no le vendría mal al coche que lo limpiaran un poco. Será un dólar.

—¿Qué clase de sitio es éste?

—Un dólar —repitió impasible.

Me bajé. Me dio un tique. Yo le entregué el dólar. Sin necesidad de que le preguntara nada, me dijo que el ascensor estaba al fondo, junto al lavabo de caballeros.

Subí al sexto piso, miré los números pintados en las puertas, escuché el silencio y olfateé el olor a playa que llegaba del fondo del corredor. Parecía un edificio bastante decoroso. En algunos apartamentos debían de vivir mujeres de vida alegre. Eso podría explicar el dólar del negro larguirucho. Sin duda el chico sabía calar a sus clientes.

Llegué ante la puerta del apartamento 618, esperé fuera un momento y luego llamé suavemente con el pie.

31

Aún no se había quitado el chaquetón gris. Se apartó para dejarme entrar y pasé a una habitación cuadrada en la que había un par de camas empotradas y un mínimo de muebles totalmente desprovistos de interés. Una lamparita colocada sobre una mesita junto a la ventana iluminaba el cuarto con luz amarillenta.

—La ventana estaba abierta.

—Ya que se empeña, siéntese y hable —dijo la chica.

Cerró la puerta y fue a sentarse en una oscura mecedora que había en un extremo de la habitación. Yo me instalé en un sofá, Junto a éste, cerrando el vano de una puerta, colgaba una cortina verde mate. Por allí se debía de ir al vestidor y al baño. En la pared opuesta había una puerta cerrada que supuse daría a una cocina americana. Probablemente eso era todo.

Ella cruzó los tobillos, apoyó la cabeza en el respaldo de la mecedora y me miró bajo sus pestañas largas y brillantes. Tenía las cejas finas, arqueadas y tan oscuras como el pelo. Era un rostro silencioso, secreto. No parecía la cara de una mujer que desperdiciara muchos movimientos.

—Por lo que me dijo Kingsley me había formado una idea bastante distinta de usted —le dije.

Torció un poco la boca, pero no dijo nada.

—Y por lo que me dijo Lavery, también. Eso demuestra que hablamos con un lenguaje distinto a cada persona.

—No tengo tiempo para este tipo de conversación —me dijo—. ¿Qué es

lo que quiere saber?

—Su marido me contrató para que la encontrara. Y he estado buscándola. Supongo que ya lo sabe.

—Sí. Su amiguita de la oficina me lo dijo por teléfono. Me dijo que me traería el dinero un hombre llamado Marlowe. Y mencionó ese pañuelo.

Me lo quité, lo doblé y me lo metí en el bolsillo. Luego dije:

—Sé algo de sus movimientos, no mucho. Sé que dejó el coche en el hotel Prescott, de San Bernardino, y que se encontró allí con Lavery. Sé que envió un telegrama desde El Paso. ¿Qué hizo después?

—Yo sólo quiero el dinero que él me envía. No creo que lo que yo haga sea asunto suyo.

—No pienso discutirlo. Usted verá si quiere el dinero o no.

—Está bien. Fuimos a El Paso —dijo con voz cansada—. Entonces pensaba casarme con él. Por eso mandé el telegrama. ¿Lo ha visto?

—Sí.

—Luego cambié de opinión. Le dije que se fuera a su casa y me dejara en paz. Él me organizó una escena.

—¿Y se fue a su casa y la dejó?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me fui a Santa Bárbara y pasé allí unos días. De hecho, más de una semana. Luego me fui a Pasadena. Lo mismo. Luego a Hollywood. Y luego vine aquí. Eso es todo.

—¿Ha estado sola todo este tiempo?

Dudó un momento y luego respondió:

—Sí.

—¿No ha pasado con Lavery una temporada?

—Desde que él volvió a su casa, no.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Por qué hice qué?

Su voz se había agudizado un poco.

—¿Por qué se fue a todos esos sitios sin avisar a nadie? ¿No sabía que él se angustiaría?

—¿Se refiere a mi marido? —dijo fríamente—. No me preocupaba mucho. Debía de pensar que yo estaba en México. En cuanto a por qué me fui, verás, tenía que pensar. Mi vida era un lío tremendo. Tenía que estar completamente sola y organizarme.

—Antes de eso había pasado un mes entero en el lago del Corzo tratando de organizarse y sin llegar a nada concreto, ¿no?

Se miró los zapatos, luego me miró a mí y al fin asintió. La melena ondulada cayó hacia delante en torno a sus mejillas. Levantó la mano izquierda, se apartó el cabello de la cara y se frotó la sien con un dedo.

—Necesitaba un sitio nuevo —dijo—. No tenía por qué ser interesante. Bastaba con que fuera un sitio que no conociera. Que no me recordara nada. Un sitio donde pudiera estar completamente sola. Un hotel, por ejemplo.

—¿Y cómo le va?

—No muy bien. Pero no pienso volver con Derace Kingsley. ¿Quiere él que vuelva?

—No lo sé. Pero ¿por qué ha venido aquí, a la ciudad donde estaba Lavery? Se mordió un nudillo y me miró por encima de la mano.

—Quería verle otra vez. Estoy hecha un lío con respecto a él. Sé que no estoy enamorada y, sin embargo, bueno, quizá lo esté en cierto modo. Pero no creo que quiera casarme. ¿Tiene sentido?

—Eso sí. Pero el hecho de irse de casa y alojarse en hoteles sórdidos, no. Según creo, hace años que vive su vida.

—Tenía que estar sola, pensar bien las cosas... —afirmó con tono de desesperación. Volvió a morderse el nudillo, muy fuerte—. Ahora, ¿quiere darme el dinero y largarse, por favor?

—Claro, enseguida. Pero ¿no hubo otra razón por la que se fue del lago del Corzo ese día? ¿Algo relacionado con Muriel Chess, por ejemplo?

Me miró sorprendida. Pero cualquiera puede fingir sorpresa.

—¡Santo cielo! ¿Por qué iba yo a irme por ella? Esa pelmaza de cara de palo, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Creí que quizá se había peleado con ella a causa de Bill.

—¿A causa de Bill? ¿De Bill Chess?

Se sorprendió aún más. Casi demasiado.

—Bill afirma que usted intentó seducirle.

Echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada débil y artificial.

—¡Dios mío! ¿Ese sucio borracho? —Su rostro se serenó de pronto—. ¿Qué ha pasado? ¿A qué viene todo este misterio?

—Es posible que sea borracho y sucio, pero la policía cree que además es un asesino. Que ha matado a su mujer. La encontraron ahogada en el lago. Llevaba allí un mes.

Se humedeció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado mirándome fijamente. Se hizo un silencio. El húmedo aliento del Pacífico se coló en la habitación y nos rodeó.

—No me sorprende demasiado —me dijo lentamente—. Así que acabaron de ese modo. Tenían unas peleas terribles. ¿Cree usted que me fui por eso? —Era una posibilidad —asentí.

—Yo no tuve nada que ver con el asunto —me dijo muy seria mientras negaba con la cabeza—. Todo sucedió como acabo de decirle. No sé más. —Muriel ha muerto —le dije—. Ahogada en el lago. Y a usted no le ha impresionado mucho la noticia, ¿no?

—Apenas la conocía —dijo—. De verdad. Era una mujer muy reservada. Después de todo...

—Supongo que no sabrá que fue enfermera del doctor Almore. Ahora sí que pareció totalmente asombrada.

—No estuve nunca en la consulta del doctor Almore —dijo lentamente—. Vino a atenderme a casa unas cuantas veces hace tiempo. ¿A qué se refiere? —Muriel Chess se llamaba en realidad Mildred Haviland y había sido enfermera del doctor Almore.

—¡Qué extraña coincidencia! —dijo meditabunda—. Sé que Bill la conoció en Riverside. No sé cómo, ni en qué circunstancias, ni de dónde había salido. Conque era enfermera del doctor Almore ¿eh? Pero eso no tiene por qué querer decir nada, ¿no?

—No. Supongo que no es más que una coincidencia. A veces ocurre. Pero ahora entenderá por qué tenía que hablar con usted. A Muriel Chess la encuentran ahogada, usted se va y, para colmo, Muriel resulta ser una tal Mildred Haviland, relacionada con el doctor Almore, quien a su vez tuvo que

ver con Lavery en cierta ocasión, aunque de un modo distinto. Por otra parte, como usted sabe, Lavery vive justo enfrente del doctor Almore. ¿Le pareció que conocía a Muriel de algo?

Meditó un momento mientras se mordía el labio inferior.

—La vio en las montañas —dijo finalmente—. Pero no dio muestras de conocerla.

—Pues debía de conocerla, dado el tipo de hombre que era.

—No creo que Chris tuviera nada que ver con el doctor Almore —dijo ella—. Conocía a su mujer, eso sí, pero no creo que le conociera a él. Así que, probablemente, no conocía tampoco a su enfermera.

—Bueno, no creo que me ayude mucho lo que acaba de contarme. Pero al menos ahora sabe por qué tenía que hablar con usted. Supongo que ya puedo entregarle el dinero.

Saqué el sobre del bolsillo, me levanté y lo dejé caer sobre sus rodillas. Ella no lo tocó y yo volví a sentarme.

—Interpreta muy bien este papel —le dije—. Esa inocencia mezclada con un toque de dureza y de amargura. La gente se ha equivocado con usted. La juzgan idiota, una alocada sin pizca de cerebro ni control. Y se han equivocado.

Me miró y arqueó las cejas. No dijo nada. Luego una leve sonrisa levantó las comisuras de sus labios. Cogió el sobre, se dio unos golpecitos con él en la rodilla y lo dejó sobre la mesa. Todo sin dejar de mirarme.

—E interpretó muy bien el papel de la señora Fallbrook. Ahora, en retrospectiva, me parece que cargó un poco las tintas, pero en aquel momento confieso que me la pegó. Ese sombrero morado que habría ido muy bien con una melena rubia, pero que con el pelo castaño oscuro se daba de bofetadas; ese maquillaje que parecía puesto en medio de la oscuridad por una persona con una muñeca torcida; ese atolondramiento... Todo perfecto. Cuando me puso la pistola en la mano, confieso que me quedé de piedra.

Sonrió irónicamente y hundió las manos en los bolsillos del chaquetón. Dio unos golpecitos con los tacones en el suelo.

—Pero ¿para qué volvió? —le pregunté—. ¿Por qué arriesgarse tanto a plena luz del día, a media mañana?

—Así que cree que fui yo quien mató a Chris Lavery —dijo en voz baja.
—No lo creo, lo sé.

—¿Por qué volví? ¿Es eso lo que quiere saber?

—La verdad es que no me importa —dije.

Rió. Fue una carcajada fría y aguda.

—Tenía todo mi dinero. Me había dejado el bolso vacío. Se había quedado todo, hasta las monedas. Por eso volví. No corría el menor riesgo. Conocía sus costumbres. La verdad es que era más seguro volver. Para entrar la leche y el periódico, por ejemplo. La gente suele perder la cabeza en esas situaciones. Yo no. No veo el motivo. Es más seguro no perderla.

—Entiendo —le dije—. Entonces es que le había asesinado la noche anterior. Debí pensarlo, aunque no tiene importancia. Acababa de afeitarse cuando le mataron, pero esos hombres que tienen la barba muy cerrada y muchas amigas, a veces se afeitan antes de acostarse, ¿no?

—Eso dicen —afirmó casi con desenfado—. ¿Y qué piensa hacer ahora que lo sabe?

—En mi vida he visto a una zorra con mayor sangre fría que usted —le dije—. ¿Quiere saber qué voy a hacer? Entregarla a la policía ahora mismo, naturalmente. Será un placer.

—No lo creo —arrojó las palabras al aire una por una, casi rítmicamente—. Se pregunta por qué le entregué la pistola vacía. ¿Quiere saberlo? Porque tenía otra en el bolso. Ésta.

Sacó la mano derecha del bolsillo y me apuntó con el arma. Sonreí. Quizá no fuera la sonrisa más sincera del mundo, pero el caso es que sonreí.

—Nunca me han gustado esta clase de escenas —le dije—. Detective se enfrenta con asesino. Asesino saca pistola y apunta detective. Asesino cuenta detective su triste historia con idea de matarle después, perdiendo así un tiempo precioso aun en el caso de que al final lograra liquidarle. Sólo que el asesino nunca lo logra. Siempre ocurre algo que lo impide. A los dioses tampoco les gusta la escena. Siempre consiguen estropearla.

—Supongamos que esta vez lo hacemos de un modo un poco distinto —dijo ella en voz baja acercándose a mí suavemente a través de la alfombra—. Supongamos que esta vez no le digo nada, no ocurre nada y le mato.

—Seguiría sin gustarme la escena —le dije.

—No parece que tenga usted miedo —dijo, y siguió avanzando hacia mí pasándose la lengua por los labios y sin que sus pasos hicieran el menor ruido sobre la alfombra.

—No, no tengo miedo —mentí—. Es demasiado tarde, hay demasiado silencio, la ventana está abierta y el disparo haría demasiado ruido. Hay un largo camino hasta la calle y a usted no se le dan bien las armas. Probablemente erraría el tiro. Con Lavery falló tres veces.

—Levántese —me dijo.

Me levanté.

—Estaré demasiado cerca para fallar —dijo. Apoyó en mi pecho el cañón de la pistola—. Así. Ahora ya es imposible, ¿no? Quédese muy quieto. Levante las manos, déjelas a la altura de los hombros y no haga el más mínimo movimiento. Si se mueve, la pistola se disparará sola.

Levanté las manos a la altura de los hombros y miré el arma. Notaba la lengua pesada, pero aun así podía moverla.

Me cacheó con la mano izquierda, pero no encontró ningún arma. Dejó caer el brazo y se mordió el labio sin dejar de mirarme. El cañón de la pistola seguía clavado en mi pecho.

—Tendrá que volverse —me dijo con voz deferente, como si fuera un sastre probándome un traje.

—En todo lo que usted hace hay siempre algo un poco fuera de lugar —le dije—. Decididamente no se le dan bien las pistolas. Me tiene demasiado cerca. Y no se moleste por lo que voy a decirle, pero cuando se va a disparar hay que quitar el seguro. También eso se le ha olvidado.

Quiso hacer las dos cosas a la vez, dar un largo paso hacia atrás y quitar el seguro a la pistola, todo sin dejar de mirarme. Dos cosas muy sencillas que requerían sólo un segundo. Pero no le gustó que yo se lo dijera. No le gustó que mi pensamiento corriera a la velocidad del suyo. Y la confusión le cegó.

Dejó escapar un sonido ahogado mientras yo bajaba la mano derecha y le apretaba la cara contra mi pecho. Mi mano izquierda fue a parar a su muñeca y aplasté con la palma la base de su dedo pulgar. La pistola saltó y cayó al suelo. Su rostro se contorsionó contra mi pecho. Creo que quería gritar.

Luego trató de darme una patada y perdió el poco equilibrio que le quedaba. Sus manos se alzaron para aferrarse a mí. Le cogí una muñeca y comencé a retorcérsela a la espalda. Era fuerte, pero yo lo era mucho más. Así que decidió dejar de forcejear y aplicar, en cambio, todo su peso a la mano que sostenía su cabeza. No pude aguantarla con una sola mano. Ella comenzó a caer y yo a caer con ella.

Hubo unos ruidos sordos, mezcla de lucha y jadeo. Si el suelo de madera crujió, no lo oí, pero sí creí oír el entrechocar de las argollas de la cortina contra la barra de metal. No estaba seguro de que fuera eso y tampoco tuve tiempo de meditar sobre la cuestión. Una figura surgió de pronto a mi izquierda justo detrás de mí y fuera del campo de mi visión. Supe que había ahí un hombre y que era un hombre fornido.

Eso fue todo. La escena estalló en fuego y oscuridad. Ni siquiera recuerdo que me alcanzara una bala. Sólo recuerdo eso, fuego y oscuridad, y, justo antes de la oscuridad, un agudo relámpago de náusea.

32

Olía a ginebra. No era un olor ligero, como si me hubiera tomado cuatro o cinco copas para salir de la cama una mañana de invierno. Era como si todo el océano Pacífico fuera ginebra pura y yo me hubiera tirado a él de cabeza desde la cubierta de un barco. Tenía ginebra en el pelo y en las cejas, en la barbilla y bajo la barbilla. Tenía ginebra en la camisa. Olía a sapos muertos.

Estaba en mangas de camisa, tendido boca arriba junto a un sofá sobre una alfombra ajena y mirando un grabado enmarcado que colgaba de la pared. El marco era de madera barata barnizada y el grabado representaba una locomotora de un negro muy brillante que arrastraba una serie de vagones azul Prusia a lo largo de un puente altísimo color amarillo pálido. A través de un arco del puente se veía una ancha playa, también amarilla, salpicada de bañistas y sombrillas de rayas. En primer plano avanzaban tres chicas con sombrillas de papel, una vestida de color cereza, otra de azul pálido y otra de verde. Más allá de la playa se abría una bahía mucho más azul de lo que tienen derecho a ser las bahías. Estaba inundada de sol y salpicada de blancas velas hinchadas. Más allá de la curva de la bahía se elevaban tres cadenas montañosas en colores perfectamente opuestos: oro, terracota y malva.

Al pie del grabado decía en letras mayúsculas: «VISITE LA COSTA AZUL EN EL TREN AZUL». La sugerencia no podía ser más oportuna.

Me incorporé trabajosamente y me toqué la nuca. La sentí inflamada. Una punzada de dolor me llegó directa a las plantas de los pies. Articulé una queja

que convertí rápidamente en gruñido por orgullo profesional —el poco que me quedaba. Me di la vuelta lenta y cuidadosamente y miré a los pies de la cama, que alguien había bajado de la pared. La otra seguía en su lugar. El dibujo florido de la madera me resultó familiar. El grabado, en cambio, había estado allí todo ese tiempo colgado sobre el sofá y yo ni siquiera lo había visto.

Cuando me di la vuelta, una botella cuadrada de ginebra cayó de mi pecho y fue a dar en el suelo. Era blanca y estaba vacía. Parecía mentira que pudiera haber tanta ginebra en una sola botella.

Conseguí doblar las rodillas y me quedé a cuatro patas un buen rato olisqueando como un perro que no puede acabar su cena, pero que tampoco se resigna a dejar nada. Moví la cabeza a un lado y a otro. Me dolía. La moví un poco más y me siguió doliendo, así que me puse de pie y al hacerlo descubrí que no llevaba zapatos. Estaban junto al rodapié con ese aire de disipación que tienen siempre los zapatos. Me los calcé cansadamente. Me sentía viejo. Bajaba lentamente la última larga cuesta del camino. Pero aún me quedaba un diente. Lo sentía con la punta de la lengua. Y no parecía que supiera a ginebra.

—Lo recordarás todo —me dije—. Algún día lo recordarás todo. Y no te gustará.

Allí estaba la lámpara sobre la mesa, junto a la ventana abierta. Allí estaba el sofá de color verde. Allí estaba el vano de la puerta con su cortina verde. Nunca se sienten de espaldas a una cortina verde. Siempre sale mal. Siempre ocurre algo. ¿A quién le había dicho eso? A la chica que me apuntaba con una pistola. Una mujer de rostro despejado y vacío y de cabellos castaños que habían sido rubios.

Miré en torno mío buscándola con la mirada. Aún estaba allí. Echada sobre la cama.

Llevaba un par de medias de un tono tostado y nada más. Tenía el cabello revuelto y unos cuantos cardenales en el cuello. De la boca abierta rebosaba una lengua hinchada. Los ojos saltaban de las órbitas y el blanco que rodeaba las pupilas había dejado de serlo. Cuatro arañazos salvajes cruzaban su vientre desnudo, rojos sobre la palidez de la carne. Cuatro arañazos

profundos, salvajes, trazados por cuatro uñas llenas de rencor.

En el sofá había un montón de ropas revueltas, la mayor parte de ella. Mi chaqueta estaba allí también. La saqué de aquel revoltijo y me la puse. Algo crujó bajo mi mano entre las ropas. Era un sobre alargado. Aún tenía el dinero dentro. Me lo metí en el bolsillo. Quinientos dólares, Marlowe. Ojalá no faltara nada. No cabía esperar mucho más.

Anduve suavemente de puntillas como si caminara sobre una fina capa de hielo. Me incliné a frotarme la corva y me pregunté qué me dolía más, si la pierna o la cabeza al agacharme.

Se oyeron unos pasos pesados en el corredor y un murmullo sordo de voces. Los pasos se detuvieron. Un duro puño dio unos cuantos golpes en la puerta. Me detuve mirando hacia ella con los labios apretados contra los dientes. Esperé a que alguien abriera y entrara. El picaporte se movió, pero no entró nadie. Llamaron otra vez, dejaron de llamar y se oyeron de nuevo las voces. Los pasos se alejaron. Me pregunté cuánto tiempo tardarían en volver con el portero y una llave maestra. No mucho. En cualquier caso, no el suficiente como para que Marlowe volviera de la Costa Azul.

Me acerqué a la cortina verde, la descorrí y vi un pasillo corto y oscuro que terminaba en un baño. Entré y encendí la luz. Dos bayetas en el suelo, una alfombrita doblada sobre el borde de la bañera, y, sobre ésta, una ventana de cristal esmerilado. Cerré la puerta, me subí al borde de la bañera y abrí la ventana. Era el sexto piso. Saqué la cabeza y miré a la oscuridad y a una estrecha faja de calle bordeada de árboles. Miré hacia un lado y vi que la ventana del baño del apartamento contiguo estaba a menos de un metro de distancia. Una cabra montesa bien alimentada podría pegar el salto sin la menor dificultad. La cuestión radicaba en si sería capaz de hacer lo mismo un detective privado muy baqueteado y, en caso de que pudiera, qué consecuencias le traería.

A mis espaldas sonó una voz remota y ahogada que parecía entonar la cantinela propia de los policías: «¡Abra o echamos la puerta abajo!». Hice una mueca burlona a la voz. No echarían la puerta abajo a patadas porque eso es malo para los pies y los policías suelen tratar muy bien a sus pies. La verdad es que es lo único a lo que suelen tratar bien.

Cogí una toalla del toallero, me subí al antepecho de la ventana y saqué medio cuerpo fuera sin soltarme del marco. Alcanzaba lo bastante como para abrirla si estaba entreabierta. No lo estaba. Estiré la pierna y propiné al cristal una patada. El escándalo debió de oírse hasta en Reno. Me envolví la mano izquierda en la toalla y traté de mover la manija. Por la calle pasó un coche, pero nadie me gritó nada.

Abrí la ventana rota y salté al otro antepecho. La toalla se cayó de mi mano y revoloteó lentamente en la oscuridad hasta ir a posarse allá abajo sobre una franja de césped, entre las dos alas del edificio.

Trepé a la ventana del otro baño.

33

Salté al interior de la oscuridad, me abrí camino a tientas hasta llegar a una puerta, la abrí y escuché. La luz de la luna, que se filtraba a través de las ventanas orientadas hacia el norte, iluminaba un dormitorio con dos camas hechas y vacías. No eran camas empotradas. Este apartamento era mayor. Pasé junto a las camas, llegué a otra puerta y entré en el salón. Las dos habitaciones estaban cerradas y olían a humedad. Me acerqué tanteando a una lámpara y la encendí. Pasé un dedo por el borde de una mesa. Había una capa de polvo muy fina, como la que se suele acumular en las habitaciones que se dejan algún tiempo cerradas, aun en las más limpias.

En el salón había una mesa con revistero, un sillón de orejas, un estante para libros, una librería llena de novelas con las sobrecubiertas impecables, una mesita baja y, sobre ella, una bandeja de latón indio con un sifón, un frasco de cristal tallado y cuatro vasos rayados boca abajo. Junto a la bandeja, un marco doble de plata con las fotografías de un hombre y una mujer de edad madura de rostros redondos y sanos y ojos alegres. Me miraban como si no les molestara en absoluto mi presencia.

Olí el licor, que era whisky escocés, y me serví una parte. La cabeza me dolió más, pero el resto de mí mejoró bastante. Encendí la luz del dormitorio y hurgué en los armarios. En uno de ellos había ropa de hombre, hecha a medida y en abundancia. La etiqueta del sastre que encontré en el interior del bolsillo de una de las chaquetas afirmaba que su dueño era un tal H. G. Talbot. Me acerqué a la cómoda, hurgué en ella y encontré una camisa azul

pálido que me pareció un poco pequeña para mí. Me la llevé al baño, me quité la que llevaba, me lavé la cara y el pecho, me froté el pelo con una toalla y me la puse. Me apliqué después una abundante cantidad del persistente tónico capilar del señor Talbot y utilicé su cepillo y su peine para peinarme. Cuando acabé, si olía a ginebra era sólo remotamente.

El botón del cuello se negó a unirse con su ojal, de modo que decidí seguir buscando en la cómoda hasta que encontré una corbata de seda azul oscuro y me la anudé al cuello. Volví a ponerme la chaqueta y me miré al espejo. Un poco demasiado puesto para la hora que era, aun tratándose de un hombre tan cuidadoso como parecía ser, por su ropa, el señor Talbot. Demasiado puesto y demasiado sobrio.

Me revolví un poco el pelo, me aflojé el nudo de la corbata, volví junto al frasco de whisky e hice todo lo que estaba en mi mano para resolver el problema de mi excesiva sobriedad. Encendí uno de los cigarrillos que encontré por allí y deseé interiormente que el señor y la señora Talbot, allá donde se hallaran, lo estuvieran pasando mucho mejor que yo. Deseé también vivir lo suficiente como para poder ir después a visitarles.

Me acerqué a la puerta del salón, la que daba al pasillo, y me apoyé en el marco de la puerta fumando. Pensaba que no iba a resultar, pero tampoco creía que esperar allí dentro en silencio a que me siguieran los pasos a través de la ventana fuera mejor solución.

Un hombre tosió en el pasillo, no muy lejos. Asomé un poco más la cabeza y vi que me estaba mirando. Se acercó a mí a paso enérgico. Era un hombrecillo despierto, con su uniforme de policía impecablemente planchado. Tenía el cabello rojizo y los ojos de un rojo dorado. Bostecé y le dije con languidez:

—¿Qué pasa, agente?

Me miró meditabundo.

—Un problemilla en el apartamento de al lado. ¿Ha oído algo?

—Me pareció oír llamar a la puerta. Pero he llegado a casa hace un momento.

—Pues es un poco tarde.

—Eso depende —le dije—. Conque ha habido lío al lado, ¿eh?

—Una señora —dijo él—. ¿La conoce usted?

—Creo que la he visto alguna vez.

—Ya —dijo—. Pues debería verla ahora...

Se llevó las manos a la garganta, abrió mucho los ojos y tragó saliva con un ruido desagradable.

—Así está —dijo—. Conque no ha oído nada, ¿eh?

—Nada. Sólo unos golpes en la puerta.

—Ya. ¿Y cómo se llama usted?

—Talbot.

—Un segundo, señor Talbot. Espere aquí un momento.

Se alejó por el pasillo y se inclinó hacia el interior de una habitación por cuya puerta salía el resplandor de la luz.

—Teniente —dijo—. Teniente, el vecino de al lado está despierto.

Un individuo alto cruzó el umbral y se quedó parado en el pasillo mirándome. Era un hombre alto, fornido con el pelo rubio y los ojos muy azules. Dejarnos. Lo que faltaba.

—Éste es el sujeto de al lado —dijo el policía arregladito con deseos de ayudar—. Se llama Talbot.

Degarmo me miró directamente, pero nada en sus ácidos ojos azules demostró que me hubiera visto antes. Avanzó tranquilamente a lo largo del pasillo, posó una mano firme sobre mi pecho y me empujó al interior de la habitación. Cuando ya me tenía a unos dos metros de la puerta se volvió y dijo por encima del hombro:

—Entra y cierra la puerta, Shorty.

El policía bajito entró y cerró la puerta.

—No está mal el truquito —dijo Degarmo con desgana—. Apúntale con la pistola, Shorty.

—Shorty se desabrochó la funda del revólver y, con la velocidad del rayo, empuñó su 38. Luego se pasó la lengua por los labios.

—¡Toma! —dijo en voz baja con un ligero silbido—. ¡Toma! ¿Cómo lo ha sabido, teniente?

—¿Cómo he sabido qué? —dijo Degarmo con su mirada fija en la mía—. ¿Qué se proponía, amigo? ¿Bajar a comprar un periódico a ver si estaba

muerta?

—¡Toma! —volvió a decir Shorty—. ¡Un maníaco sexual! Desnudó a la chica y la estranguló con sus propias manos. ¿Cómo lo ha sabido, teniente?

Degarmo no contestó. Se quedó quieto, de pie, balanceándose un poco sobre los talones con rostro de expresión vacía y duro como el granito.

—Sí, seguro que es el asesino —dijo de pronto Shorty—. Huela usted, teniente. Aquí no ha entrado aire fresco en varios días. Y mire el polvo que hay en esas estanterías. Y el reloj de la repisa está parado, teniente. Seguro que ha entrado por... Déjeme echar un vistazo. ¿Me deja, teniente?

Salió corriendo de la habitación y entró en el dormitorio. Le oí revolver un poco. Degarmo seguía impasible.

Shorty volvió.

—Ha entrado por la ventana del baño. Hay cristales rotos por toda la bañera y un olor a ginebra que tira de espaldas. ¿Se acuerda de que olía igual en el otro apartamento cuando entramos? Aquí hay una camisa, teniente. Huele como si la hubieran lavado con ginebra.

Sostuvo en el aire la camisa que perfumó la habitación rápidamente. Degarmo la miró distraído, dio un paso adelante, me abrió la chaqueta de golpe y miró la camisa que llevaba.

—¡Ya sé lo que ha hecho! —dijo Shorty—. Le ha robado una camisa al tipo que vive aquí. ¿Se da cuenta, teniente?

—Sí.

Degarmo mantuvo la mano sobre mi pecho y la dejó caer lentamente. Hablaban de mí como si no fuera más que un trozo de madera.

—Cachéale, Shorty.

Shorty revoloteó en torno mío tanteando aquí y allá en busca de un arma. —Nada —dijo.

—Vamos a sacarle por la puerta de atrás —dijo Degarmo—. Si conseguimos llevárnoslo antes de que llegue Webber nos apuntaremos el tanto. Ese imbécil de Reed no sabría encontrar ni una polilla en una caja de zapatos.

—Pero este caso no se lo han asignado a usted —dijo Shorty dudando—. ¿No estaba expedientado o algo así?

—Pues si estoy expedientado, ¿qué puedo perder?

—Yo sí puedo perder este uniforme —dijo Shorty.

Degarmo le miró con cansancio. El policía bajito se ruborizó y sus ojos de un rojo dorado miraron angustiados.

—Vamos, Shorty. Vaya a decírselo a Reed.

El policía bajito se pasó la lengua por los labios.

—A mandar, teniente, que yo obedezco. No tengo por qué saber que le han expedientado.

—Le llevaremos a la jefatura nosotros dos —dijo Degarmo.

—Muy bien.

Degarmo me puso un dedo en la barbilla.

—Conque un maníaco sexual —dijo en voz baja—. ¡Vaya! ¡Quién iba a decirlo!

Sonrió muy levemente moviendo sólo las comisuras de su boca ancha y brutal.

34

Salimos del apartamento y echamos a andar por el pasillo en dirección opuesta al apartamento 618. De la puerta, que continuaba abierta, seguía saliendo un raudal de luz. Dos policías de paisano estaban ahora en el corredor fumando sendos cigarrillos que protegían con el hueco de la mano como si soplara un vendaval. Dentro del apartamento sonaban voces confusas.

Doblamos por un recodo del pasillo y llegamos al ascensor. Degarmo abrió la puerta de la salida de incendios que estaba al fondo, más allá del hueco del ascensor y, piso tras piso, bajamos la escalera de cemento produciendo ecos. Al llegar ante la puerta que daba al vestíbulo, Degarmo se detuvo, apoyó la mano en el picaporte y escuchó. Se volvió a mirar por encima del hombro.

—¿Ha traído su coche? —me preguntó.

—Está en el garaje.

—Es una idea.

Seguimos bajando y entramos en el garaje lleno de sombras. El negro larguirucho salió de su pequeño despacho y le entregué el tique. Miró furtivamente el uniforme de Shorty, pero no dijo nada. Sólo señaló hacia el Chrysler.

Degarmo se instaló ante el volante. Yo me coloqué junto a él y Shorty se acomodó en el asiento trasero. Subimos la rampa y salimos al aire fresco y húmedo de la noche. A un par de manzanas de distancia un coche grande con

dos faros gemelos de luz roja corría a toda velocidad hacia nosotros.

Degarmo escupió a través de la ventanilla e hizo un rápido viraje para enderezar el Chrysler en la otra dirección.

—Seguro que es Webber —dijo. Vuelve a llegar tarde al funeral. Esta vez le dejamos con tres palmos de narices, Shorty.

—No me gusta este asunto, teniente. Se lo digo sinceramente.

—Ánimo, hombre. Puede que vuelvan a destinarte a Homicidios. — Prefiero llevar uniforme y comer.

Degarmo recorrió diez manzanas a toda velocidad y luego aminoró la marcha. Shorty dijo inquieto:

—Usted sabrá lo que hace, teniente, pero éste no es el camino de la jefatura.

—Tienes razón —dijo Degarmo—. Nunca lo ha sido, ¿verdad?

Dedujo la marcha al mínimo y enfiló una avenida de barrio residencial con sus casitas, todas iguales, agazapadas tras idénticos cuadrados de césped. Frenó suavemente, acercó el coche al bordillo y paró más o menos en el centro de la manzana. Echó el brazo por encima del asiento y se volvió a mirar a Shorty.

—¿Tú crees que la mató este individuo?

—Le escucho —dijo Shorty con voz tensa.

—¿Tienes una linterna?

—No.

—Hay una en la bolsa de la puerta izquierda —intervine.

Shorty rebuscó un momento, sonó un chasquido metálico y apareció el haz de luz blanco de una linterna. Degarmo dijo:

—Échale un vistazo a la nuca.

El haz de luz se movió y se detuvo. Oí a mi espalda la respiración del policía y sentí en el cuello su aliento. Algo me tocó en la nuca. Gruñí. La luz se apagó y la oscuridad de la calle volvió a adentrarse en el coche.

—Yo diría que le han atizado, teniente —dijo Shorty—. No lo entiendo.

—También a la chica —dijo Degarmo—. No se le notaba mucho el bulto, pero yo lo vi. Le dieron un golpe para poder desnudarla y arañarla antes de asesinarla. Para que los arañazos pudieran sangrar. Luego la estrangularon. Y

todo sin hacer ruido. ¿Por qué? Además, no hay teléfono en el apartamento. ¿Quién lo denunció, Shorty?

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? Llamó un individuo. Dijo que habían asesinado a una mujer en el apartamento 618 del edificio Granada, en la calle Ocho. Reed seguía buscando a un fotógrafo cuando usted llegó. El de la centralita dijo que había sido un tipo con voz gruesa probablemente camuflada. No dijo cómo se llamaba.

—Muy bien —continuó Degarmo—. Ahora dime, si hubieras matado a una mujer, ¿cómo habrías salido del edificio?

—Andando —dijo Shorty—. ¿Por qué no? Oiga —me espetó de pronto—, ¿por qué no se fue?

No le contesté. Degarmo habló con voz neutra:

—No saltaría por la ventana de un baño del sexto piso a la ventana del baño contiguo y al interior de un apartamento donde podía haber gente durmiendo, ¿verdad? No fingiría ser el hombre que vive allí ni perdería un tiempo precioso llamando a la policía, ¿verdad? Esa mujer podría haberse quedado allí muerta una semana entera sin que nadie la descubriera. No habría desperdiciado la oportunidad de huir sin ninguna molestia, ¿verdad?

—Yo, creo que no —dijo Shorty con mucha cautela—. Ni creo que hubiera llamado tampoco. Pero ya sabe que los maníacos sexuales hacen cosas muy raras, teniente. No son normales como nosotros. Además, puede que tuviera un cómplice y fuera el otro el que le atizara un golpe en la cabeza para cargarle el mochuelo.

—No me digas que eso último se te ha ocurrido a ti solo —gruñó Degarmo—. En todo caso, aquí estamos buscando explicaciones cuando el hombre que lo sabe todo está sentado al lado nuestro sin decir una palabra. —Volvió hacia mí su enorme cabezota y me miró fijamente—. ¿Qué hacía usted allí?

—No me acuerdo —le dije—. El porrazo que me han dado me ha dejado sin memoria.

—Le ayudaremos a recordar —dijo Degarmo—. Le llevaremos a las montañas, a unos kilómetros de aquí, donde pueda estar tranquilo, mirar a las estrellas y recordar. Seguro que recordará.

—Ese no es modo de hablar, teniente. ¿Por qué no vamos a la jefatura y hacemos las cosas como dice el reglamento?

—¡Al diablo el reglamento! —dijo Degarmo—. Me cae bien este sujeto. Quiero tener con él una conversación larga y afectuosa. Necesita cariño, Shorty. Es muy tímido.

—Yo no quiero saber nada del asunto —dijo Shorty.

—¿Qué quieres hacer?

—Volver a la jefatura.

—Nadie te lo impide, hombre. ¿Quieres volver andando?

Shorty guardó silencio unos segundos.

—Sí —dijo al final en voz baja—. Quiero andar.

Abrió la puerta del coche y bajó a la acera.

—Ya se imagina usted que tendré que informar de esto, teniente —agregó tímidamente.

—Claro —dijo Degarmo—. Dile a Webber que estuve preguntando por él. Y la próxima vez que vaya a tomar una hamburguesa ponga al lado un plato boca abajo para mí.

—No entiendo qué quiere decir con eso —dijo el policía bajito.

Luego cerró la puerta del coche con fuerza.

Degarmo pisó el embrague, aceleró a fondo y en manzana y media había puesto el automóvil a sesenta por hora. Tres manzanas más allá alcanzó setenta y cinco. Al llegar al bulevar aminoró la marcha, dobló hacia el este y siguió a la velocidad legal. Algún que otro coche pasaba en ambas direcciones, pero en su mayoría el mundo estaba sumido en el silencio frío de la madrugada.

Al poco rato cruzamos el límite de la ciudad y Degarmo empezó a hablar.

—Le escucho —dijo con calma—. Quizá podamos resolver este asunto entre los dos.

El automóvil coronó una larga pendiente y volvió a bajar hacia el lugar donde el bulevar serpentea entre la zona ajardinada del Hospital de Veteranos. Las altas farolas de tres luces brillaban rodeadas de un halo producido por la humedad de la playa que se había adentrado en tierra durante la noche.

Comencé a hablar.

—Kingsley vino a verme anoche y me dijo que su mujer le había llamado por teléfono. Necesitaba dinero, y rápido. La idea del señor Kingsley era que yo se lo llevara y la sacara de cualquier lío en que pudiera haberse metido. La mía era un poco distinta. Le dijo a su mujer cómo identificarme, y a mí que estuviera en El Pavo Real, en la esquina de la Octava con Arguello, a y cuarto de cada hora.

Degarmo habló lentamente:

—Tenía que largarse, y eso significa que había algún motivo. Un asesinato, por ejemplo.

Levantó un poco las manos y volvió a posarlas sobre el volante.

—Fui al lugar convenido unas horas después de que ella llamara. Me habían dicho que se había teñido el pelo de castaño. Pasó junto a mí y salió del bar, pero no la reconocí. Era la primera vez que la veía en persona. Hasta entonces sólo la había visto en una fotografía que parecía bastante buena, pero aun así ya sabe usted que a veces el parecido no es muy claro. Mandó a un chico mexicano para que supiera que me esperaba fuera. Quería el dinero y nada de conversación. Yo quería oír su versión. Al final se dio cuenta de que no tenía más remedio que hablar y me dijo que estaba en el Granada. Me pidió que esperara diez minutos antes de seguirla.

—El tiempo justo para tenderle una trampa.

—Trampa hubo, desde luego, pero no estoy seguro de que tuviera nada que ver con ella. No quería que subiera a su casa, no quería hablar. Claro que ya debía suponerse que yo iba a insistir en que me diera alguna explicación antes de entregarle el dinero, así que pudo fingir resistencia para hacerme creer que era yo quien controlaba la situación. Era muy buena actriz, de eso no cabe duda. Bueno, el caso es que yo fui y hablamos. Todo lo que dijo fue bastante absurdo hasta que hablamos del asesinato de Lavery. Entonces cantó de plano y demasiado rápido. Le dije que iba a entregarla a la policía.

Westwood Village se extendía hacia el norte frente a nosotros sumido en una oscuridad interrumpida solamente por las luces de una gasolinera abierta toda la noche y unas cuantas ventanas iluminadas en unos edificios lejanos.

—Entonces sacó una pistola —continué—. Creo que estaba dispuesta a

utilizarla, pero se me acercó demasiado y pude inmovilizarla. Mientras luchábamos, alguien que estaba oculto tras una cortina verde salió, me sacudió un golpe y me dejó sin sentido. Cuando recobré el conocimiento, la habían asesinado.

—¿Pudo ver al hombre que le golpeó? —preguntó Degarmo lentamente.
—No. Todo lo que intuí o vi a medias fue que era un hombre fornido. En el sofá, entre un lío de ropas, encontré esto.

Saqué del bolsillo el pañuelo amarillo y verde de Kingsley y lo dejé extendido sobre su rodilla.

—Se lo vi puesto a Kingsley esta noche —dije.

Degarmo miró el pañuelo, Lo levantó para verlo mejor a la luz del espejo retrovisor.

—No es de los que se olvidan fácilmente —dijo—. Salta a la vista y le pega a uno en los ojos. Conque Kingsley, ¿eh? ¡Vaya! ¡Quién iba a decirlo! ¿Y qué pasó luego?

—Llamaron a la puerta. Yo seguía un poco mareado. No podía pensar y estaba un poco asustado. Me habían inundado con ginebra, me habían quitado la chaqueta y los zapatos y, probablemente, tenía la pinta y el olor de un tipo capaz de desnudar a una mujer y estrangularla. Así que me escapé por la ventana del baño y me lavé lo mejor que pude. El resto ya lo sabe.

—¿Y por qué no se echó un sueñecito en el apartamento donde se metió?

—¿Para qué? Supongo que hasta un policía de Bay City habría descubierto al poco rato por dónde había escapado. Mi única oportunidad consistía en huir antes de que lo descubrieran. Si no me tropezaba con nadie que me reconociera, tenía bastantes posibilidades de salir del edificio.

—No lo creo —dijo Degarmo—, pero entiendo que no tenía mucho que perder con intentarlo. ¿Cuál cree que fue el motivo?

—¿Por qué la mató Kingsley..., si es que la asesinó él? No es difícil contestar a eso. Había estado engañándole, creándole un montón de problemas, poniendo en peligro su trabajo... Y ahora, para colmo, había matado a un hombre. Por otra parte, era rica y Kingsley quería casarse con otra mujer. Debió de temerse que con el dinero que tenía se las arreglara para que la declararan inocente y acabara riéndose de él. En todo caso, aunque la

sentenciaran y la metieran en la cárcel, él no podría tocar ni un céntimo de su dinero. Para librarse de ella tenía que divorciarse. Ahí tiene montones de motivos para un asesinato. Por otra parte, me vio a mí como posible chivo expiatorio. Al final descubrirían que no tenía nada que ver con el asunto, pero mientras tanto habría confusiones y retrasos. Si los criminales no pensarán que pueden salirse con la suya, se cometerían muy pocos asesinatos.

—Aun así pudo ser otra persona, alguien que no ha aparecido en escena. Aunque Kingsley fuera a verla, no tuvo por qué ser él necesariamente quien la matara. Y lo mismo digo del caso de Lavery.

—Si le gusta más esa explicación...

Volvió la cabeza.

—No me gusta, ni ésta ni ninguna. Pero si resuelvo el caso, saldré de ésta con una simple reprimenda de mis superiores. Si no lo resuelvo, me veo haciendo autostop para salir de la ciudad. En una ocasión usted me dijo que era un estúpido. Es cierto, lo soy. ¿Dónde vive Kingsley? Porque una cosa si sé hacer, y es obligar a hablar a la gente.

—Carson Drive, 965, Beverly Hills. Siga derecho unas cinco manzanas y gire hacia el norte, en dirección al pie de las colinas. La casa está en la acera de la izquierda, poco antes de llegar a Sunset. No he estado nunca allí, pero sé a qué numeración corresponden esas manzanas.

Me tendió el pañuelo amarillo y verde.

—Métase esto en el bolsillo hasta que llegue el momento de sorprenderle con él.

35

Era una casa blanca de dos pisos con tejado oscuro. La luz de la luna cubría su fachada como una capa de pintura fresca. Unas rejas de hierro forjado adornaban la mitad inferior de las ventanas de la fachada principal. Una pradera de césped llegaba hasta la puerta principal, que estaba colocada en diagonal en el ángulo de un muro saliente. Todas las ventanas que se veían desde la calle estaban a oscuras.

Degarmo se bajó del coche, cruzó la acera y miró hacia el camino particular que conducía al garaje. Avanzó por él hasta que la casa le ocultó a mi vista. Le oí subir la puerta del garaje y luego un ruido sordo cuando la bajó. Degarmo reapareció en la esquina de la casa, me hizo una seña afirmativa con la cabeza y cruzó el césped en dirección a la puerta principal. Apoyó un dedo en el timbre y con la otra mano sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo colocó entre los labios.

Se volvió para encenderlo y el resplandor de la cerilla abrió profundos surcos en su rostro. Al poco rato se iluminó el montante de la puerta. La mirilla se abrió y vi a Degarmo enseñar su placa de policía. La puerta se abrió lentamente y con desgana. Entró.

Estuvo en el interior cuatro o cinco minutos. Varias ventanas se iluminaron y volvieron a apagarse. Luego salió de la casa y, mientras se acercaba al coche, la luz desapareció del montante de la puerta y la casa quedó tan a oscuras como la habíamos encontrado.

Se quedó de pie junto al coche mirando hacia la curva que dibujaba la

calle.

—Hay un coche pequeño en el garaje —dijo—. La cocinera dice que es suyo. Ni rastro de Kingsley. Dicen que no le han visto desde esta mañana. Miré en todas las habitaciones. Supongo que dicen la verdad. Webber y el de las huellas vinieron esta tarde. He visto por todo el dormitorio principal el polvo que utilizan para sacarlas. Probablemente Webber quiere ver si corresponden a las que han debido de hallar en casa de Lavery. No me dijo qué había encontrado. ¿Dónde puede estar Kingsley?

—En cualquier parte. En la carretera, en un hotel o en un baño turco tranquilizándose los nervios. Pero podemos intentar ver si está con su amiga. Se llama Adrienne Fromsett y vive en Bryson Tower, en Sunset Place, hacia el centro, muy cerca de la sucursal de Bullock's de Wilshire.

—¿A qué se dedica? —preguntó Degarmo mientras se acomodaba tras el volante.

—Cuida de la oficina de Kingsley y fuera de las horas de trabajo le tiene de la mano. Pero no es el tipo de secretaria tonta y guapa. Tiene estilo y tiene cerebro.

—Tal como están las cosas, va a necesitarlo —dijo Degarmo.

Bajó hasta Wilshire y dobló hacia el este.

Veinticinco minutos después llegábamos al Bryson Tower, un palacete de estuco blanco con farolas de cristal tallado y altas palmeras de dátiles en el patio principal. La entrada tenía forma de L. Se subían después unos escalones de mármol, se atravesaba un arco moruno y se cruzaba un vestíbulo demasiado grande, con una alfombra demasiado azul y decorado con unas jarras también azules, estilo Alí Baba, de dimensiones tales que en cada una de ellas cabían varios tigres. Había un mostrador de recepción y tras él un vigilante nocturno cuyos bigotes podrían entrar por el ojo de una aguja.

Degarmo pasó junto a él sin detenerse y se dirigió a un ascensor abierto, junto al cual un viejo con cara de cansancio esperaba a sus clientes sentado en un taburete. El empleado de la recepción ladró a espaldas de Degarmo como un foxterrier:

—Un momento, por favor. ¿A quién desean complimentar?

Degarmo giró sobre los talones y me miró sorprendido.

—¿Ha dicho cumplimentar?

—Sí, pero no le pegue. La palabra existe.

Degarmo se pasó la lengua por los labios.

—Sabía que existía. Lo que no sabía es que se utilizara. Oiga, amigo —le dijo al empleado—, subimos al 716. ¿Tiene algo que objetar?

—Desde luego que sí —dijo el empleado fríamente. Levantó el brazo y lo dobló elegantemente para consultar el reloj ovalado que llevaba con la esfera vuelta hacia el interior de la muñeca—. No anunciamos visitas a las cuatro y veintitrés de la madrugada.

—Ya me lo imaginaba —dijo Degarmo—. Por eso no le había molestado.

—¿Capta la idea? —Sacó del bolsillo la placa de policía y la levantó de forma que la luz se reflejara en el oro y en el esmalte azul—. Soy teniente de policía. El empleado se encogió de hombros.

—Está bien. Espero que no haya escándalo. Será mejor que les anuncie. Sus nombres, por favor.

—Teniente Degarmo y el señor Marlowe.

—¿Apartamento 716? Es el de la señorita Fromsett. Un momento. Desapareció tras una mampara y después de una pausa más bien larga le oímos hablar por teléfono. Luego volvió e hizo un gesto de asentimiento. — La señorita Fromsett está en casa y les recibirá.

—No sabe el peso que me quita de encima —dijo Degarmo—. Y no se moleste en mandar al detective de la casa a fisgonear. Tengo alergia a los detectives.

El empleado le dirigió una sonrisita fría y entramos en el ascensor.

El séptimo piso estaba fresco y silencioso. El corredor parecía interminable. Al final llegamos ante una puerta en la que se leía 716 en números dorados rodeados de una corona de hojas también doradas. Junto al marco había un timbre de color marfil. Degarmo lo apretó. Unas notas sonaron dentro y se abrió la puerta.

La señorita Fromsett vestía un pijama y sobre él una bata azul guateada. En los pies llevaba unas zapatillas de tacón alto con borlas. Tenía el cabello oscuro revuelto en atractivo desorden, se había quitado la crema de la cara y se había aplicado sólo el maquillaje suficiente.

Pasamos junto a ella y entramos en una sala bastante estrecha, decorada con unos cuantos espejos ovalados muy bonitos y unos muebles grises de época tapizados en damasco azul. No era el mobiliario típico de los apartamentos amueblados. Se sentó en un sofá para dos, se recostó en el respaldo y esperó tranquilamente a que alguien dijera algo.

—Este es el teniente Degarmo, de la policía de Bay City —le dije—. Buscamos a Kingsley. No está en su casa y hemos pensado que quizá usted pueda darnos una idea de dónde podemos encontrarle.

Habló sin mirarme.

—¿Tan urgente es?

—Sí. Ha sucedido algo importante.

—¿De qué se trata?

—Sólo queremos saber dónde está Kingsley, nena. No tenemos tiempo para historias —dijo Degarmo secamente.

Ella le miró con una cara totalmente vacía de expresión. Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—Será mejor que me lo diga, señor Marlowe.

—Fui allí con el dinero. La encontré tal como estaba previsto. Luego fui a su apartamento a hablar con ella. Mientras estaba allí, un hombre que estaba oculto detrás de una cortina me golpeó y me dejó inconsciente. No le vi. Cuando recobré el conocimiento estaba muerta.

—¿Asesinada?

—Asesinada —le dije.

Cerró sus bonitos ojos y frunció sus preciosos labios. Luego se levantó con un rápido estremecimiento y se acercó a una mesita con tablero de mármol y patas más bien largas. Sacó un cigarrillo de una cajita de plata y lo encendió mirando sin ver al mármol de la mesa. Sacudió la cerilla en el aire cada vez más lentamente y luego la dejó caer, aún encendida, en un cenicero. Finalmente se volvió de espaldas a la mesa.

—Supongo que debería gritar o algo por el estilo —dijo—, pero no siento nada en absoluto.

—En este momento no nos interesan excesivamente sus sentimientos —dijo Degarmo—. Lo que queremos saber es dónde está Kingsley. Puede

decírnoslo o no. En cualquier caso, ahórrese los gestos teatrales y decídase.

Ella se volvió hacia mí y preguntó lentamente:

—¿El teniente pertenece a la policía de Bay City?

Asentí. Se volvió hacia él muy despacio y dijo con una dignidad y un desprecio encantadores:

—En ese caso, tiene tanto derecho a estar en este apartamento como cualquier otro zángano fanfarrón que trate de abusar de su autoridad.

Degarmo la miró fríamente. Sonrió, cruzó la habitación y se sentó en un sillón, estirando las piernas todo lo largas que eran. Me hizo un gesto con la mano.

—Convénzala usted. Yo puedo pedir toda la colaboración que quiera a la policía de Los Ángeles, pero para cuando haya acabado de explicarles el asunto será el martes de la semana que viene.

—Señorita Fromsett —dije yo—, si sabe dónde está o adónde ha ido, díganoslo. Comprenda que tenemos que encontrarle.

—¿Por qué? —preguntó sin inmutarse.

Degarmo echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Esta tipa se las trae —dijo—. Quizá se crea que deberíamos ocultar a Kingsley que se han cargado a su mujer.

—Vale más de lo que usted se imagina —le aseguré. Se puso serio y se mordió el pulgar. Luego miró a Adrienne Fromsett de arriba abajo con insolencia. —¿Le buscan sólo para decírselo? —preguntó ella.

—Me saqué del bolsillo el pañuelo verde y amarillo y lo agité en el aire ante ella. —Han encontrado esto en el apartamento en que la asesinaron. Creo que usted conoce este pañuelo.

Lo miró, me miró a mí y ninguna de las dos miradas dejó traslucir absolutamente nada.

—Me pide que confíe enormemente en usted, señor Marlowe —dijo, lo cual me resulta difícil teniendo en cuenta que, como detective, no ha demostrado ser muy listo.

—Le pido que confíe en mí y espero que lo haga. En cuanto a si he sido listo o no, es algo de lo que usted no sabe nada en absoluto.

—Qué delicia! —exclamó Degarmo—. Forman un equipo estupendo. No

necesitan más que unos cuantos acróbatas que les sigan. Pero por el momento... Ella habló como si Degarmo no existiera.

—¿Cómo la mataron?

—La estrangularon, la desnudaron y la arañaron.

—Derry no sería capaz de hacer una cosa así —dijo con calma.

Degarmo hizo un ruido con los labios.

—Nadie sabe nunca de lo que es capaz una persona. Sólo lo sabemos los policías —afirmó.

Ella siguió sin mirarle. Luego, en el mismo tono preguntó:

—¿Quiere saber adónde fuimos cuando salimos de su apartamento? ¿Si me trajo a casa, por ejemplo?

—Sí.

—Porque, claro, si me hubiera acompañado a casa no habría tenido tiempo de ir hasta Bay City y matarla, ¿no?

—En buena parte sí, por eso.

—No me acompañó a casa —dijo lentamente—. Tomé un taxi en Hollywood Boulevard unos cinco minutos después de hablar con usted. No he vuelto a verle. Suponía que se había ido a casa.

—Por lo general —aseguró Degarmo—, las mujeres suelen dar a su novio una coartada mejor que ésta. Pero en el mundo hay de todo, ¿no?

—Él quería acompañarme —continuó la señorita Fromsett —, pero tenía que desviarse mucho y estábamos los dos muy cansados. Si le digo esto es porque estoy completamente segura de que no importa nada. Si sospechara en lo más mínimo que podía importar, me lo habría callado.

—Así que tuvo tiempo de ir a Bay City —le dije.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. No sé cuánto se tarda en llegar allí ni entiendo cómo podía saber él adónde ir. Por mí no pudo saberlo, porque ella no me lo dijo. —Hundió sus ojos oscuros en los míos, buscando, registrando—. ¿Es así como quería que confiara en usted?

Doblé el pañuelo y volví a metérmelo en el bolsillo.

—Queremos saber dónde está ahora.

—No puedo decírselo porque no tengo ni idea. —Sus ojos siguieron al

pañuelo hasta mi bolsillo. Y allí se quedaron—. Dice usted que le golpearon. ¿Quiere decir que le dejaron inconsciente?

—Sí. Alguien que estaba escondido detrás de una cortina. Aún seguimos cayendo en las mismas trampas. Ella sacó una pistola, me apuntó y yo traté de quitársela. No cabe duda de que fue ella quien mató a Lavery.

Degarmo se levantó de pronto.

—La escena le está saliendo bordada, amigo —gruñó. Pero no llegará a ninguna parte. Vámonos.

—Un momento —le dije—. No he terminado. Supongamos que algo le preocupara a Kingsley, señorita Fromsett, que algo le preocupara profundamente. Ésa es la impresión que me dio esta noche. Supongamos que sabía más de lo que nosotros creemos, más de lo que yo creo. Y que sabía que iba a ocurrir algo importante. Lo natural es que quisiera irse a algún lugar tranquilo para tratar de decidir qué hacer. ¿No le parece?

Me detuve y esperé estudiando con el rabillo del ojo la impaciencia de Degarmo. Al poco rato, ella dijo con voz neutra:

—No habría huido ni se habría escondido porque no tenía motivo alguno.

—Para hacer ni lo uno ni lo otro. Pero sí podía querer estar solo para pensar. —En un lugar totalmente desconocido, en un hotel —dije pensando en la historia que había oído en el Granada—. O en un sitio todavía más tranquilo. Miré en torno mío buscando un teléfono.

—El teléfono está en el dormitorio —dijo la señorita Fromsett adivinando al momento qué era lo que buscaba.

Crucé el salón y abrí la puerta del fondo. Degarmo me siguió. El dormitorio era de color marfil y palo de rosa. Había una cama grande y, en la almohada, el hueco de una cabeza. Unos cuantos productos de tocador brillaban sobre una cómoda empotrada entre paneles de espejo. A través de una puerta entornada se veía una pared de azulejos morados. El teléfono estaba en la mesilla de noche.

Me senté en el borde de la cama, di unas palmaditas en el lugar donde había apoyado la cabeza la señorita Fromsett, descolgué el auricular y marqué el número de información. Cuando la telefonista respondió, le dije que quería hablar con Jim Patton, de Puma Point, y que era muy urgente. Colgué y

encendí un cigarrillo. Degarmo me miraba indignado, de pie, con las piernas separadas, duro, infatigable y dispuesto a ponerse desagradable.

—¿Qué pasa ahora?

—Espere y verá.

—¿Quién lleva aquí la batuta?

—El hecho de que lo pregunte es suficiente respuesta. Yo. A menos que prefiera que sea la policía de Los Ángeles.

Mascó una cerilla en la uña del dedo pulgar, miró cómo ardía y trató de apagarla con un soplo de aire que sólo consiguió torcer un poco la llama. Dejó la cerilla, se metió otra entre los dientes y empezó a mordisquearla. Al poco sonó el teléfono.

—Le pongo con Puma Point.

Se oyó la voz adormilada de Patton.

—¿Diga? Aquí Patton, de Puma Point.

—Soy Marlowe, de Los Ángeles —le dije—. ¿Se acuerda de mí? —Claro que me acuerdo, hijo. Pero estoy medio dormido.

—Hágame un favor —le dije—, aunque ya sé que no tiene motivo para hacérmelo. Vaya, o mande a alguien, al lago del Corzo y mire si está allí Kingsley. No deje que él le vea. Puede comprobar si está su coche por los alrededores o si están encendidas las luces de la casa. Trate de que no se vaya. Llámeme en cuanto sepa algo. Voy para allá enseguida. ¿Puede hacerlo?

—Si le da la gana de irse, no podré impedírselo —dijo Patton.

—Voy con un teniente de la policía de Bay City que quiere interrogarle acerca de un asesinato. No el suyo, otro.

Se hizo un sonoro silencio en la línea. Luego Patton respondió:

—No será un truquito, ¿verdad, hijo?

—No. Llámeme al 2722 de Tunbridge.

—Tardaré una media hora.

Colgué. Degarmo me miraba sonriendo.

—Se ve que esa muñeca le ha hecho alguna señal que yo no he sabido interpretar.

Me levanté de la cama.

—No. Sólo trato de leerle el pensamiento a Kingsley. No es hombre capaz de asesinar a sangre fría. Si ha ardido un fuego en su interior, se habrá apagado ya. Se me ocurrió que podía haberse ido al sitio más tranquilo y más remoto que conoce para recuperar el control. Probablemente se entregará dentro de unas cuantas horas. Pero usted quedaría mucho mejor si le encontrara antes.

—A menos que le dé por meterse una bala en la cabeza —dijo Degarmo fríamente—. Es lo que suelen hacer los tipos como él.

—Pues para impedírselo tiene que encontrarle antes.

—Eso es verdad.

Volvimos al salón. La señorita Fromsett asomó la cabeza por la puerta de la cocina para decirnos que estaba haciendo café y preguntarnos si queríamos una taza. Nos sentamos los tres con el aire de quien ha ido a despedir a un amigo a la estación.

A los veinticinco minutos llamó Patton. Había luz en la casa de Kingsley y el coche estaba aparcado fuera.

36

En Alhambra desayunamos y llenarnos el depósito del coche. Enfilamos la carretera 70 y avanzamos, adelantando camiones, hacia la zona de pastos y colinas. Conducía yo. Degarmo iba sentado ceñudo en el rincón, con las manos metidas en los bolsillos.

Miré las gruesas filas de naranjos que pasaban junto a nosotros, raudas como los radios de una rueda. Oí el chirriar de los neumáticos sobre el asfalto y me sentí cansado, exhausto por la falta de sueño y el exceso de tantas emociones.

Al sur de San Dimas llegamos a ese tramo en que la carretera asciende una larga pendiente y vuelve a descender hacia Pomona. Allí termina el cinturón de niebla y comienza la región semidesértica donde el sol por la mañana es claro y seco como el jerez añejo, arde como un horno a mediodía y cae como un ladrillo al rojo al atardecer.

Degarmo se introdujo entre los dientes la punta de una cerilla y dijo casi burlón:

—Webber me machacó anoche. Me dijo que había hablado con usted y me contó todo lo que le dijo.

No contesté. Me miró y luego apartó la vista. Señaló hacia el exterior.

—No viviría en estas malditas tierras ni aunque me las regalasen. El aire está ya rancio antes de que amanezca.

—Llegaremos a Ontario enseguida. Tornaremos el Foothill Boulevard y durante ocho kilómetros verá los árboles de grevillo más bonitos del mundo.

—No sabría distinguir un árbol de esos de un poste de teléfonos —dijo Degarmo.

Llegamos al centro de la ciudad, doblamos hacia el norte en Euclide y enfilamos la espléndida carretera. Degarmo miró los árboles con una mueca de desprecio. Al cabo de un rato me dijo:

—Era mi mujer la que encontraron ahogada en ese lago. Desde que me enteré no ando bien de la cabeza. Lo veo todo rojo. Si pudiera ponerle la mano encima a ese Chess...

—Ya armó usted bastante lío dejándola salir impune del asesinato de la señora Almore.

Miré fijamente hacia el frente a través del cristal del parabrisas. Sabía que había vuelto la cabeza y que su mirada se había petrificado sobre mí. No sabía lo que hacían sus manos. Ni sabía qué expresión había en su rostro. Al cabo de un largo rato llegaron sus palabras. Llegaron a través de unos dientes apretados y de unos labios torcidos. Y rasparon un poco al salir.

—¿Está usted un poco loco, o qué?

—No —respondí—. Y tampoco lo está usted. Sabe mejor que nadie que Florence Almore no se levantó sola de la cama ni fue por su pie al garaje. Sabe que la llevaron. Sabe que por eso robó Talley el zapato, un zapato que nunca había pisado cemento. Usted sabía que Almore había puesto a su mujer una inyección en el brazo en el casino de Condry y que le había inyectado una dosis de morfina ni insuficiente ni excesiva. A él se le daba tan bien lo de inyectar en el brazo como a usted tratar a un pobre vagabundo que no tiene ni dinero ni un sitio donde dormir. Sabe muy bien que Almore no asesinó a su mujer, y que si la hubiera asesinado, lo último que habría utilizado habría sido morfina. Sabe que la mató otra persona y que lo que hizo Almore fue llevarla hasta el garaje cuando aún estaba técnicamente lo bastante viva como para inhalar monóxido de carbono, pero médicamente tan muerta como si hubiera dejado ya de respirar. Usted lo sabe.

—Siga, ¿cómo se las ha arreglado para vivir tanto tiempo? —dijo Degarmo con mucha suavidad.

—Haciendo lo posible por no creermé demasiados cuentos y por no temer a matones profesionales. Sólo un canalla podría haber hecho lo que hizo

Almore, un canalla muy asustado y que ocultara en su corazón cosas que no se atreviera a sacar a la luz del día. Técnicamente hasta quizá habría podido considerársele culpable del asesinato. Creo que ese punto nunca ha quedado claro. Desde luego, le habría costado mucho trabajo demostrar que su mujer se hallaba en un estado de coma tan profundo que no cabía la menor posibilidad de hacerla reaccionar. Pero, en cuanto al hecho objetivo de quién la mató, usted sabe que fue ella.

Degarmo rió. Era una risa agria y desagradable, no sólo desprovista de alegría, sino también de sentido.

Llegamos a Foothill Boulevard y volvimos a doblar hacia el este. A mí me parecía que aún hacía fresco, pero Degarmo iba sudando. No podía quitarse la chaqueta por el revólver que llevaba bajo el brazo.

—Mildred Haviland jugaba a las casitas con Almore y su mujer lo sabía. Le había amenazado. Me lo dijeron sus padres. Mildred Haviland sabía todo lo que hay que saber acerca de la morfina. Sabía dónde encontrar toda la que necesitaba y qué dosis utilizar en cada caso. Se quedó sola con Florence Almore después de acostarla. No pudo tener la menor dificultad en llenar una jeringuilla con cuatro o cinco gramos e inyectárselos a una mujer inconsciente exactamente en el mismo pinchazo que Almore le había hecho. Moriría probablemente mientras su marido seguía fuera de casa y cuando éste volviera la hallaría muerta. El problema sería de Almore. Él sería quien tendría que resolverlo. Nadie creería que había sido otra persona la que había inyectado a su mujer una sobredosis de droga. Nadie que no estuviera al tanto de las circunstancias. Pero usted sí lo estaba. Tendría que ser mucho más estúpido de lo que yo le juzgo para no haberse imaginado lo que había ocurrido. Usted encubrió a la chica. Seguía enamorado de ella. La asustó, la hizo abandonar la ciudad, huir del peligro, ponerse fuera del alcance de todos, pero la encubrió. Dejó que el asesinato quedara impune y de ese modo quedó a merced de ella. ¿Por qué fue a buscarla a las montañas?

—¿Y cómo sabía yo dónde encontrarla? —dijo secamente—. Ya puesto, ¿le importaría explicarme eso también?

—En absoluto —dije—. Ella se hartó de Bill Chess, de sus borracheras, de su mal genio, de su vulgaridad, de su vida miserable. Pero para romper

con él necesitaba dinero. Se creyó a salvo, pensó que podía utilizar lo que sabía con toda impunidad y le escribió a Almore para pedirle dinero. Almore le envió a usted para que hablara con ella. Ella no le dijo a Almore qué nombre utilizaba, ni le dio detalles de dónde ni cómo vivía. Sólo le decía que escribiera una carta a Puma Point dirigida a Mildred Haviland. Después ya se encargaría ella de pedirla. Pero la carta no llegó y nadie en el pueblo la relacionó con Mildred. Todo lo que usted tenía era una vieja fotografía y sus malos modos habituales, que con la gente de allí no le sirvieron de nada.

Degarmo dijo con voz áspera:

—¿Quién le ha dicho que trató de sacarle dinero a Almore?

—Nadie. Tuve que pensar en alguna explicación para lo que había ocurrido. Si Lavery o la señora Kingsley hubieran sabido quién era Muriel Chess y se lo hubieran dicho, usted habría sabido dónde buscarla y qué nombre usaba ahora. Pero usted no lo sabía. Así que su información tenía que provenir de la única persona de allí que sabía quién era Muriel, es decir, de ella misma. Por eso supuse que había escrito a Almore.

—Bueno —dijo él al fin—. Olvidemos el asunto. Ya no importa. Si estoy metido en un lío es asunto mío. En las mismas circunstancias volvería a hacer lo mismo.

—No se preocupe —le dije—. No pienso hacer chantaje a nadie, ni siquiera a usted. Le digo todo esto sólo para que no trate de endosarle a Kingsley ningún crimen que no le corresponda. Si de verdad ha cometido alguno, ya se verá.

—¿Me lo dice sólo por eso? —me preguntó.

—Sí.

—Creí que lo hacía porque me odiaba —me dijo.

—Eso se acabó. Ya no le odio. Puedo odiar mucho, pero se me pasa pronto.

Cruzábamos ahora una zona de viñedos, esos campos arenosos que se extienden a lo largo de los flancos, llenos de cicatrices, de las colinas. Al poco tiempo llegamos a San Bernardino y atravesamos la ciudad sin detenernos.

37

En Crestline, a más de mil quinientos metros de altura, aún no había empezado a hacer calor. Nos paramos a tomar una cerveza. Cuando volvimos al coche, Degarmo sacó el revólver de la funda que llevaba bajo el brazo y lo miró. Era un Smith Wesson del calibre 38 y el tamaño de uno del 44, un arma de mucho cuidado con el retroceso del un revólver del 45 y un alcance efectivo muchísimo mayor.

—No va a necesitar eso —le dije—. Kingsley es alto y fuerte, pero no violento.

Enfundó el revólver y gruñó. No hablamos más. No teníamos más de que hablar. Doblamos por curvas y más curvas separadas del precipicio por pequeñas vallas de metal pintadas de blanco y, en algunos lugares, por muros bajos de piedra y pesadas cadenas de hierro. Trepamos entre altas encinas y llegamos a la altura donde las encinas no son tan altas y donde los pinos, en cambio, crecen más y más. Al fin llegamos a la presa del lago Puma.

Detuve el coche. El centinela se terció el fusil y se acercó a nosotros. —Suban las ventanillas antes de cruzar la presa, por favor.

Me eché hacia atrás en el asiento para cerrar la ventanilla posterior. Degarmo sacó su placa de policía.

—Déjenos en paz, amigo. Soy teniente de la policía —dijo con su tacto habitual.

El centinela le dirigió una mirada maciza y sin expresión.

—Cierren todas las ventanillas, por favor —dijo en el mismo tono que

antes.

—Vete al cuerno —dijo Degarmo—. Vete al cuerno, chico.

—Es una orden —dijo el centinela. Los músculos de la mandíbula se le hincharon ligeramente y siguió contemplando a Degarmo con sus ojos opacos y grisáceos—. Y no la he escrito yo, señor. Suban las ventanillas.

—¿Y si le digo que se tire de cabeza al lago? —bramó Degarmo. — Puede que lo haga —dijo el centinela—. Me asusto fácilmente. Se palpó la correa del fusil con una mano curtida.

Degarmo se volvió y cerró las ventanillas de su lado. Cruzarnos la presa. Había un centinela en el centro y otro al final. El primero debía de haberles hecho alguna seña porque nos miraron fijamente y sin ninguna simpatía.

Seguimos nuestro camino entre masas de granito y bajamos a las praderas de hierba áspera. Los mismos pantalones de colores chillones, los mismos shorts y los mismos pañuelos de campesina de dos días antes, la misma brisa ligera, el mismo sol dorado, el mismo cielo azul y despejado, el mismo olor a agujas de pino y la misma dulzura fresca del verano de montaña. Pero lo de anteayer había ocurrido en realidad hacía cien años. Estaba cristalizado en el tiempo como una mosca en el ámbar.

Doblé al llegar al camino que conducía al lago del Corzo, trepamos por entre las rocas enormes y dejamos atrás el gorgoteo de la cascada. El portón de la cerca estaba abierto. Poco más allá encontramos el coche de Patton parado en medio del camino con el morro orientado hacia el lago, que desde ese punto era invisible. Estaba vacío. La tarjeta adosada al parabrisas seguía diciendo:

«<VOTAD A JIM PATTON. ESTÁ YA MUY VIEJO PARA EMPEZAR A TRABAJAR».

Cerca de él, mirando en dirección opuesta, había un coche pequeño, muy baqueteado. Dentro había un sombrero de cazador de pumas. Paré mi coche detrás del de Patton y me bajé. Andy se bajó del suyo y se quedó de pie mirándonos impasible.

—El teniente Degarmo de la policía de Bay City —le dije.

—Jim está un poco más adelante, pasada la cima. Les está esperando. Aún no ha desayunado.

Echamos a andar cuesta arriba mientras Andy regresaba a su coche. Más allá, el camino bajaba hacia el pequeño lago azul. Al otro lado, la casa de Kingsley no mostraba señales de estar habitada.

—Ése es el lago —dijo.

Degarmo lo miró en silencio. Se encogió de hombros pesadamente. — ¡Vamos a por ese cerdo! —fue todo lo que dijo.

Seguimos adelante. Patton surgió de detrás de una peña. Llevaba el mismo viejo Stetson, los mismos pantalones caqui y la misma camisa abotonada hasta el grueso cuello. La estrella que lucía sobre el pecho seguía teniendo una punta torcida. Sus mandíbulas se movían lentas, mascando sin parar.

—Me alegro de verle —dijo, pero no me miraba a mí sino a Degarmo. Tendió la mano derecha y estrechó la dura zarpa de Degarmo.

—La última vez que le vi, teniente, se llamaba usted de otra manera. Camuflaje, creo que le dicen ustedes a eso. No le traté muy bien que se diga. Usted perdone. Sabía quién era la de la fotografía.

Degarmo hizo un gesto de asentimiento, pero no dijo nada.

—Si yo hubiera estado alerta y hubiera hecho lo que está mandado, nos habríamos ahorrado todos muchos problemas —continuó Patton—. Y hasta puede que se hubiera salvado una vida. No crea que no lo siento, pero soy de los que se les pasa todo pronto. ¿Qué les parece si nos sentamos un rato y me dicen qué pasa?

—Anoche mataron a la mujer de Kingsley en Bay City. Quiero hablar con él de eso —dijo Degarmo.

—¿Quiere decir que sospechan de él?

—¡Y cómo! —gruñó el teniente.

Patton se rascó el cuello y miró a la otra orilla del lago.

—No ha salido de la casa. Debe de seguir durmiendo. Esta mañana muy tempranito husmeé un poco alrededor. Sonaba dentro la radio y oí ruido como de una botella y un vaso. Pero no quise acercarme. ¿Hice bien?

—Iremos ahora —dijo Degarmo.

—¿Va armado, teniente?

Degarmo se palpó bajo el brazo izquierdo. Luego Patton me miró y yo

negué con la cabeza. No llevaba ningún arma.

—Puede que Kingsley vaya armado —dijo Patton—. No quisiera que hubiera tiros por aquí, teniente. No me haría ningún bien. A los de por estas tierras no les gustan esas cosas y se me hace que usted es de los que tiran de revólver enseguida.

—Soy rápido en desenfundar, si es eso lo que quiere decir. Pero en este caso lo que quiero es que ese sujeto hable.

Patton miró a Degarmo, me miró a mí, volvió a mirar a Degarmo y soltó un chorro de jugo de tabaco.

—Aún no he oído lo suficiente como para empezar siquiera a hablar con él —dijo obstinado.

Nos sentamos en el suelo y le contamos toda la historia. Nos escuchó en silencio sin pestañear siquiera. Cuando terminamos me dijo:

—Tiene usted una manera un poco rara de trabajar para su clientela. Para mí que están ustedes mal informados. Pero iremos a ver. Entraré yo primero por si acaso, no vaya a ser que no anden tan descaminados y el señor Kingsley tenga pistola y esté un poco desesperado. Tengo tanta tripa que suelo ser un buen blanco.

Nos levantamos y nos dirigimos a la casa por el camino que bordeaba el lago. Cuando llegamos al muelle le dije:

—¿Han hecho ya la autopsia, sheriff?

Patton asintió.

—Se ahogó, de eso no hay duda. Dijeron que así fue cómo murió. Ni la apuñalaron, ni le dispararon, ni le abrieron la cabeza. Tenía marcas en el cuerpo, pero eran demasiadas para significar nada. No es agradable trabajar con ese cuerpo.

Degarmo le miraba pálido y furioso.

—No debí decir eso, teniente —añadió Patton suavemente—. Buen trago debe de estar pasando conociendo a la señora como parece que la conocía.

—Acabemos de una vez y hagamos lo que tenemos que hacer —dijo Degarmo.

Seguimos andando por la orilla del lago y llegamos a la cabaña de Kingsley. Subimos los escalones. Patton cruzó el porche en silencio hasta

llegar a la entrada. Tanteó primero la puerta de tela metálica. No estaba cerrada. La abrió y se dispuso a abrir la de madera. Tampoco estaba cerrada por dentro. Hizo girar el picaporte mientras Degarmo mantenía abierta la puerta metálica. Al fin Patton abrió y entramos en la habitación.

Derace Kingsley estaba sentado en un sillón junto a la chimenea apagada, con la espalda apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. A su lado, sobre una mesita, había un vaso y una botella casi vacía. La habitación olía a whisky. Junto a la botella había un cenicero lleno de colillas y, sobre ellas, dos cajetillas aplastadas.

Todas las ventanas estaban cerradas. Hacía mucho calor y olía a rancio. Kingsley llevaba un jersey y tenía el rostro rojizo y abotargado. Roncaba y sus manos colgaban lacias a ambos lados del sillón, con las puntas de los dedos casi rozando el suelo.

Patton se adelantó, se detuvo a pocos metros de él y le miró en silencio un largo rato antes de pronunciar una sola palabra.

—Señor Kingsley —dijo al fin con voz pausada—, tenemos que hablar un poco con usted.

38

Kingsley se estremeció con una especie de sacudida, abrió los ojos y movió las pupilas sin volver la cabeza. Miró primero a Patton, luego a Degarmo y, por fin, a mí. Su mirada era pesada, pero la luz se agudizó en ellos. Se incorporó lentamente en el sillón y se frotó las sienes con las palmas de las manos.

—Me he quedado dormido —dijo—. Hace como un par de horas. Estaba más borracho que una cuba, creo. En cualquier caso, mucho más de lo que me gusta estar.

Bajó las manos y las dejó colgando.

—Está aquí el teniente Degarmo, de la policía de Bay City —dijo Patton—. Quiere hablar con usted.

—Kingsley miró brevemente a Degarmo y luego volvió la vista hacia mí. Cuando volvió a hablar lo hizo con voz clara, baja y definitivamente cansada. —Así que dejó que la detuvieran, ¿eh?

—Les habría dejado, pero no lo hice —respondí.

Kingsley meditó sobre lo que acababa de decirle mientras seguía mirando a Degarmo. Patton había dejado la puerta abierta. Subió las persianas de las dos ventanas del frente. Se sentó en una silla junto a una de ellas y entrelazó las manos sobre el estómago. Degarmo se quedó de pie, mirando a Kingsley con furia.

—Su mujer ha muerto —dijo brutalmente—. No creo que la noticia le pille de nuevas.

Kingsley le miró fijamente y se humedeció los labios.

—Vaya, parece que se lo toma con calma —continuó Degarmo—. Enséñele el pañuelo.

Saqué del bolsillo el pañuelo verde y amarillo y lo sacudí en el aire. Degarmo lo señaló con un dedo.

—¿Es suyo?

Kingsley asintió y volvió a humedecerse los labios.

—Qué descuido el suyo, dejárselo allí olvidado! —exclamó Degarmo. Respiraba ruidosamente. Arrugó la nariz y unas líneas profundas se dibujaron desde las aletas a las comisuras de los labios.

—¿Que me lo dejé olvidado? ¿Dónde? —preguntó Kingsley en voz baja. Apenas había mirado el pañuelo. A mí, nada en absoluto.

—En el edificio Granada de la calle Ocho de Bay City. Apartamento 716, ¿le dice algo eso?

Kingsley levantó la vista lentamente hasta que su mirada tropezó con la mía. —¿Es ahí donde estaba ella? —preguntó.

Asentí.

—Ella no quería que fuera, pero me negué a darle el dinero hasta que hubiéramos hablado —dije—. Admitió que había matado a Lavery y luego sacó una pistola y se dispuso a hacer lo mismo conmigo. Alguien salió de detrás de una cortina y me golpeó antes de que pudiera ver quién era. Cuando recobré el conocimiento estaba muerta.

Le dije cómo la había encontrado y el aspecto que presentaba el cadáver. Le dije lo que yo había hecho y lo que me habían hecho a mí. El me escuchó sin mover un solo músculo de la cara. Cuando acabé de hablar señaló el pañuelo con un gesto vago.

—¿Qué tiene que ver eso con este asunto?

—El teniente lo considera la prueba de que era usted la persona oculta en el apartamento.

Kingsley meditó sobre lo que acababa de decirle. Al parecer, no lograba entender el significado de mis palabras. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Continúe —dijo—. Supongo que usted sabrá de qué está hablando,

porque yo no entiendo nada.

—Está bien —dijo Degarmo—, hágase el tonto. Veamos adónde le lleva esa actitud. Puede empezar por decirnos qué hizo usted anoche después de dejar a su amiguita en casa.

—Si se refiere a la señorita Fromsett, no la llevé a su casa. Se fue ella sola en taxi. Yo pensaba irme a la cama, pero al final decidí venirme aquí. Pensé que el viaje, el aire de la noche y el silencio me ayudarían a serenarme.

—¡No me diga! —gruñó Degarmo—. ¿Y por qué necesitaba serenarse, si puede saberse?

—Por todas las preocupaciones que he tenido últimamente.

—¡Maldita sea! ¡No me diga que una cosita de nada como estrangular a su mujer y dejarle el vientre lleno de arañazos le preocupa mucho a usted!

—No debería usted decir cosas así, hijo —dijo Patton desde el fondo de la habitación—. Ése no es modo de hablar. Hasta ahora no parece que tenga ninguna prueba.

—No, ¿eh? —Degarmo se volvió hacia él—. ¿Y qué me dice de este pañuelo, gordinflón? ¿No le parece una prueba?

—No demuestra nada, que yo sepa —dijo Patton pacíficamente—. Además, yo no estoy gordo. Sólo un poco metido en carnes.

Degarmo se apartó de él con un gesto de repugnancia. Señaló a Kingsley con el dedo.

—Supongo que usted no apareció por Bay City, claro —dijo bruscamente.

—No. ¿Por qué había de ir? Marlowe se estaba encargando del asunto. Y no entiendo por qué le da tanta importancia a ese pañuelo. Era él quien lo llevaba.

Degarmo clavó los pies en el suelo, como un par de raíces, con una expresión salvaje. Se volvió muy lentamente y me lanzó una mirada airada.

—No lo entiendo —bramó—. Juro que no lo entiendo. No será que alguien me está tomando el pelo, ¿verdad? ¡Usted, por ejemplo!

—Todo lo que le he dicho de ese pañuelo ha sido que estaba en el apartamento y que Kingsley lo llevaba puesto anoche. Y usted se contentó con eso. Naturalmente podía haber añadido que luego me lo puse yo para que

la mujer con quien tenía que encontrarme me reconociera más fácilmente.

Degarmo se apartó de Kingsley y fue a apoyarse en la pared junto a la chimenea. Se pellizcó el labio inferior con el índice y el pulgar de la mano izquierda. La derecha le colgaba flácida a un costado con los dedos un poco curvados.

—Ya le dije que sólo conocía a la señora Kingsley de haberla visto en una fotografía. Uno de los dos tenía que estar seguro de poder identificar al otro. Ese pañuelo era, evidentemente, inconfundible. Lo cierto es que yo ya había visto a esa mujer, aunque cuando fui a encontrarme con ella no lo sabía. No la reconocí inmediatamente —dije volviéndome hacia Kingsley—. Era la señora Fallbrook.

—Pero usted me dijo que la señora Fallbrook era la dueña de la casa —observó Kingsley lentamente.

—Eso fue lo que dijo ella entonces. Y yo me lo creí. ¿Qué motivo tenía para dudar?

Degarmo ahogó un sonido en su garganta. Tenía la mirada un poco enloquecida. Yo hablé de la señora Fallbrook, de su sombrero morado, de su incoherencia y de la pistola vacía que llevaba en la mano y que después me entregó.

Cuando terminé, Degarmo me dijo con mucha cautela:

—No oí que contara a Webber nada de eso.

—No se lo conté. No quería tener que admitir que había estado en la casa tres horas antes ni que había ido a hablar del crimen con Kingsley antes de avisar a la policía.

—Le guardaremos eterna gratitud por ello —dijo Degarmo con una sonrisa fría—. ¡Dios mío! ¡Qué idiota he sido! ¿Cuánto le paga a este sabueso para que encubra los crímenes que usted comete, señor Kingsley?

—La tarifa normal —respondió Kingsley con voz vacía—. Y una prima de quinientos dólares si es capaz de demostrar que mi mujer no mató a Lavery. —Lástima que no pueda ganárselos —gruñó Degarmo.

—No sea tonto —le dije—. Ya me los he ganado.

Se hizo un silencio en la habitación. Uno de esos silencios cargados que amenazan con romper de un momento a otro en un fragor de truenos. Pero no

rompió. Siguió allí en medio, pesado y macizo como un muro. Kingsley se removió en su asiento y, al cabo de un largo rato, asintió con la cabeza.

—Y nadie puede saberlo mejor que usted, Degarmo —le dije.

Patton tenía tanta expresión en la cara como un trozo de leño. Vigilaba a Degarmo en silencio. A Kingsley no le miraba. Degarmo, en cambio, tenía la vista fija en mi entrecejo, pero no como si estuviera en aquella habitación con él. Parecía contemplar algo muy lejano, como una montaña que se alzara en la distancia, al otro lado de un valle.

Después de lo que me pareció un largo rato, dijo en voz baja:

—No veo por qué. No sé nada de la mujer de Kingsley. Que yo sepa no la había visto... hasta anoche.

Entornó un poco los párpados y me miró pensativo. Sabía perfectamente lo que yo iba a decir. Lo dije de todos modos.

—Y anoche tampoco la vio porque llevaba muerta más de un mes, porque la habían hundido en el lago del Corzo, porque la mujer que vio muerta en el edificio Granada era Mildred Haviland, y Mildred Haviland era Muriel Chess. Y teniendo en cuenta el hecho de que la señora Kingsley había muerto mucho antes de que asesinaran a Lavery, es evidente que no pudo matarle ella.

Kingsley cerró los puños con fuerza sobre los brazos del sillón, pero no hizo ningún ruido. Ni el más mínimo.

39

Se hizo otro pesado silencio. Esta vez lo rompió Patton para decir con voz lenta y cautelosa:

—¿Qué locura es ésta? ¿No considera a Bill Chess capaz de reconocer a su mujer?

—¿Después de un mes en el agua? ¿Llevando como llevaba la ropa y la bisutería de Muriel? ¿Con el cabello empapado rubio como el de su mujer y con el rostro casi irreconocible? ¿Cómo podía dudar siquiera? Ella le había dejado una nota que podía interpretarse como la despedida de un suicida. Se había ido. Habían reñido. Sus ropas y su automóvil habían desaparecido. Durante todo el mes Chess no había recibido noticias de ella. No tenía ni idea de dónde estaba. Y, de pronto, surge del agua un cuerpo que lleva las ropas de Muriel. Una mujer rubia de la misma estatura que su mujer. Naturalmente que habría diferencias, y que, si se hubiera sospechado que había tenido lugar una suplantación, se habrían descubierto y comprobado. Pero no había motivos para sospechar nada de eso. Crystal Kingsley seguía viva. Había huido con Lavery, dejando su coche en San Bernardino, y había mandado un telegrama desde El Paso a su marido. Para Bill Chess, todo lo referente a ella estaba claro. Ni se le pasó su nombre por la imaginación. Para él no podía estar ni remotamente relacionada con el asunto. ¿Por qué iba a estarlo?

—No sé cómo no se me ocurrió —dijo Patton—. Pero supongo que aunque se me hubiera ocurrido habría desechado inmediatamente la idea. La habría juzgado demasiado inverosímil.

—Y aparentemente lo es —dije—, pero sólo en apariencia. Supongamos que el cuerpo no se hubiera descubierto en un año entero o nunca, lo que habría podido suceder muy bien a no ser que a alguien se le hubiera ocurrido dragar el lago. Muriel Chess había desaparecido y nadie iba a molestarse mucho en buscarla. Probablemente nunca se habría vuelto a saber de ella. Pero lo de la señora Kingsley era otra cuestión. Ella dejaba detrás dinero, amigos influyentes y un marido angustiado. Antes o después tendrían que buscarla, como de hecho ocurrió. Pero no inmediatamente, a menos que sucediera algo que despertara sospechas. Podrían haber pasado meses antes de que se descubriera nada. Si iba dejando un rastro que indicara que se había ido de la casa, que había bajado a San Bernardino y había tomado un tren en dirección al este, nunca habría motivo para dragar el lago. Y aunque llegaran a hacerlo y encontraran el cuerpo, la posibilidad de que lo identificaran correctamente era muy remota. A Bill Chess le detuvieron por el asesinato de su mujer. Probablemente le habrían juzgado, le habrían declarado culpable, y con eso se habría cerrado el caso del cuerpo hallado en el lago. A Crystal Kingsley se la consideraría desaparecida y eso sí que sería un misterio imposible de resolver. Con el tiempo se habría llegado a la conclusión de que algo le había ocurrido, de que había muerto. Pero nadie sabría ni dónde, ni cómo, ni cuándo. De no ser por Lavery, probablemente ni siquiera estaríamos hablando de ello ahora. Lavery es la clave de todo el asunto. Estuvo en el hotel Prescott, de San Bernardino, la noche en que, al parecer, se fue de aquí la señora Kingsley. Allí se encontró a una mujer que había llegado en el coche de Crystal Kingsley y vestía las ropas de Crystal Kingsley. Y la reconoció. Pero no tenía motivo para sospechar que hubiera gato encerrado. No tenía por qué saber que ese traje pertenecía a Crystal Kingsley ni que el coche de Crystal Kingsley estaba en el garaje. Él sólo supo que se había encontrado a Muriel Chess. Y Muriel se encargó del resto.

Hice una pausa y esperé a que alguien hablara. Nadie dijo nada. Patton estaba inmóvil en su asiento con las manos regordetas y lampiñas cruzadas cómodamente sobre el estómago. Kingsley seguía con la cabeza apoyada en el respaldo, con los ojos medio cerrados y sin moverse. Degarmo estaba apoyado en la pared junto a la chimenea, tenso, blanco y frío, un hombre

grande, duro, solemne, cuyos pensamientos estaban profundamente ocultos.

Seguí hablando:

—Si Muriel pudo suplantar a Crystal Kingsley fue porque la había matado, eso es elemental. Pues bien, examinemos la cuestión. Sabemos quién era y qué clase de mujer era. Había cometido ya un crimen antes de conocer a Bill Chess y casarse con él. Había sido enfermera y amiguita del doctor Almore y había asesinado a la mujer de éste con tanta habilidad que a él no le quedó más remedio que colaborar en el crimen. Por otra parte, había estado casada con un policía de Bay City que fue lo bastante imbécil como para encubrir su delito. Es evidente que sabía manejar a los hombres a su antojo. No la conocí lo bastante como para averiguar cómo lo hacía, pero su historial lo prueba y lo que hizo con Lavery lo demuestra también. Era una mujer capaz de asesinar a cualquiera que se interpusiera en su camino, y la mujer de Kingsley se interpuso. No tenía intención de hablar de este asunto, pero ya no importa. Crystal Kingsley era también de las que saben hacer bailar a los hombres al son que ellas tocan. Hizo bailar a Bill Chess, pero la mujer de Bill no era de las que aguantan una cosa así con una sonrisa. Por otra parte, estaba hasta la coronilla de la vida que llevaba aquí (tenía que estarlo) y quería escapar de ella. Pero necesitaba dinero. Trató de sacárselo a Almore y eso hizo que Degarmo apareciera por aquí a buscarla. Eso la asustó un poco. Degarmo es de esa clase de hombres en los que nunca se llega a confiar del todo. Y Mildred tuvo razón al no fiarse de él, ¿no es verdad, Degarmo?

Degarmo arrastró un pie.

—No le queda mucho tiempo de vida, amigo —dijo sombríamente—. Hable mientras pueda.

—Mildred no necesitaba ni el coche, ni la ropa, ni la documentación de Crystal Kingsley, pero podían servirle de ayuda. El dinero sí tenía que ayudarle y por Kingsley sabemos que su mujer solía llevar mucho encima. Por otra parte, debía de llevar también joyas que podían transformarse en dinero. Todo esto debió de convertir el asesinato en algo lógico y útil, además de agradable. Esto en cuanto al motivo. Ahora veamos el cómo y la oportunidad. Ésta se le presentó como hecha de encargo. Muriel había discutido con Bill y éste había ido a emborracharse con unos amigos.

Conocía bien a su marido y sabía hasta qué punto era capaz de beber y cuánto tiempo podía pasar fuera de casa. Y tiempo era lo que ella necesitaba. El tiempo era absolutamente esencial. Tenía que estar segura de que iba a tenerlo de sobra. Si no, todo su plan fallaría. Tenía que hacer las maletas, meterlas en su coche, llevar éste al lago del Mapache y esconderlo allí, porque tanto el equipaje como el coche tenían que desaparecer. Tenía que volver andando. Tenía que matar a Crystal Kingsley, vestirla con sus ropas y hundirla en el lago. Y todo eso lleva tiempo. En cuanto al asesinato en sí, supongo que la emborracharía o le pegaría un golpe en la cabeza y la ahogaría después en la bañera. Es la explicación más lógica y natural. Era enfermera y sabía manejar un cuerpo. Por otra parte, Bill nos dijo que era una excelente nadadora. Y un cuerpo ahogado se hunde en el agua. Todo lo que tenía que hacer era llevarlo a la parte más honda del lago, al lugar donde quería que se quedara, y eso es cosa que puede hacer cualquier mujer que sepa nadar bien. Y ella lo hizo. Se puso después un traje de Crystal Kingsley, cogió todo lo que quiso, se subió al coche de la víctima y se fue. Pero en San Bernardino se encontró con el primer obstáculo: Lavery.

»»Lavery la conocía como Muriel Chess. No tenemos ni pruebas ni motivos para creer que la conociera por otro nombre. La había visto en este mismo lugar y probablemente venía para acá cuando la encontró. No podía dejarle que continuara el viaje. No sólo porque encontraría la casa cerrada, sino porque podía empezar a hablar con Bill y parte de su plan se basaba en el hecho de que su marido no supiera nunca con seguridad que ella se había ido del lago del Corzo, de forma que si algún día encontraban el cadáver creyeran que era el suyo. Así, pues, echó el anzuelo a Lavery, quien picó probablemente con toda facilidad. Si una cosa sabemos con absoluta certeza es que a Chris Lavery le gustaban a rabiar las mujeres. Cuantas más, mejor. Debió de ser presa fácil para una chica lista como Mildred Haviland. Así que Mildred le sedujo, se lo llevó con ella a El Paso y desde allí puso un telegrama sin decirle nada a él.

»»Luego volvió con Lavery a Bay City. Probablemente eso fue algo que no pudo evitar. Él quería volver a casa y ella no podía perderle de vista porque le resultaba peligroso. Sólo Lavery podía destruir todas las

indicaciones de que Crystal Kingsley se había ido realmente del lago del Corzo. Una vez que empezaran a buscarla, por fuerza tendrían que hablar con él. Y desde el preciso momento en que lo hicieran, Lavery tendría un pie en la tumba. Sus primeras negativas probablemente no las creería nadie, como de hecho sucedió, pero una vez que tirara de la manta y dijera toda la verdad, le creerían, por la sencilla razón de que podían comprobar si eran ciertas sus afirmaciones. De modo que la búsqueda comenzó, e, inmediatamente, fue asesinado en el baño, precisamente la misma noche del día en que fui a hablar con él.

»>Esto es todo más o menos. Sólo queda explicar por qué volvió Mildred a casa de Lavery a la mañana siguiente. A veces los criminales hacen cosas así. Ella me dijo que Lavery le había robado todo el dinero que llevaba, pero no lo creí. Es posible que pensara que Lavery tenía dinero escondido, o que decidiera perfeccionar su trabajo con un poco de sangre fría y quisiera asegurarse de que no había dejado detrás ninguna pista. O hasta puede que lo hiciera por el motivo que me dijo ella: para entrar el periódico y la leche. Todo cabe dentro de lo posible. El caso es que volvió, la encontré, y ella llevó a cabo una interpretación que me engañó como a un chino.

—¿Pero quién la mató, hijo? Para mí que no le encaja Kingsley en ese trabajito.

Miré a Kingsley y dije:

—Usted me dijo que no habló con ella por teléfono. ¿Y la señorita Fromsett? ¿Creyó que hablaba con su mujer?

Kingsley negó con la cabeza.

—Lo dudo. Sería difícil engañarla a ella. Pero sólo me dijo que la había encontrado muy cambiada, muy sumisa. Entonces no sospeché nada. La verdad es que no empecé a sospechar nada hasta que llegué aquí. Cuando entré en esta casa anoche, pensé que había algo raro. Estaba todo demasiado limpio, demasiado ordenado. Crystal no dejaba las cosas así. Esperaba encontrar ropas tiradas por el dormitorio, colillas por todas partes y botellas y vasos en la cocina. Esperaba encontrar platos sucios, hormigas y moscas. Pensé que la habría limpiado la mujer de Bill, pero luego recordé que era imposible, que no había podido limpiarla porque ese día ya había tenido

bastante que hacer peleándose con su marido y dejando que la asesinaran, o suicidándose, una de dos. Lo pensé de un modo muy confuso, pero no llegué a ninguna conclusión.

Patton se levantó y salió al porche. Volvió limpiándose los labios con un pañuelo marrón. Volvió a sentarse en la silla, recostándose en la cadera izquierda a causa de la pistolera que llevaba en la derecha. Miró pensativo a Degarmo, que seguía apoyado contra la pared, derecho y rígido, como un hombre de piedra. Su mano derecha continuaba colgando floja a un costado con los dedos un poco curvados.

—Aún no ha dicho nadie quién mató a Muriel —dijo Patton—. ¿Es parte de la función o es que aún hay que deducirlo?

—Tuvo que ser alguien que pensó que era necesario matarla —contesté yo—, alguien que la había querido y que la odiaba, alguien que era lo bastante policía como para no dejarla cometer más crímenes impunemente, pero no lo suficiente como para entregarla y dejar que se descubriera la verdad. Alguien como Degarmo.

40

Degarmo se apartó de la pared y se enderezó con una sonrisa vaga. Su mano derecha hizo un movimiento rápido. En ella apareció un revólver. Lo mantuvo alzado sin fuerza, de modo que el cañón apuntara al suelo a poca distancia de él. Se dirigió a mí sin mirarme.

—Creo que usted no va armado —dijo—. Patton sí lleva revólver, pero no creo que pueda sacarlo con la velocidad suficiente como para que le sirva de algo. Espero que tenga usted alguna prueba en que apoyar su última suposición. ¿O no le parece un detalle lo bastante importante como para perder el tiempo con él?

—Tengo una prueba —le dije—. No es todavía gran cosa, pero crecerá. Alguien estuvo escondido detrás de la cortina verde del apartamento del Granada durante más de media hora. Alguien que pudo esperar con un silencio del que sólo es capaz un policía acostumbrado a vigilar. Alguien que llevaba una porra. Alguien que sabía que me habían golpeado con ella y que lo supo sin necesidad de mirarme la cabeza. Se lo dijo a Shorty, ¿recuerda? Alguien que sabía que a la mujer a quien acababan de matar le habían pegado también con una porra, aunque las consecuencias no fueran muy visibles y aunque no hubiera tenido tiempo de examinar el cadáver. Alguien que la desnudó y que le destrozó el cuerpo con unos arañazos salvajes llevado de ese odio sádico que un hombre como usted es muy capaz de sentir por una mujer que ha convertido su vida en un infierno. Alguien que bajo las uñas tiene, en este momento, la sangre y la piel suficientes como para darle a un

químico trabajo de sobra. Le apuesto lo que quiera, Degarmo, a que no le permite a Patton que le examine las uñas de la mano derecha.

Degarmo alzó un poco la pistola y sonrió con una sonrisa amplia y blanca. —¿Y cómo supe dónde encontrarla? —preguntó.

Elmore la vio entrar o salir de casa de Lavery. Eso es lo que le puso nervioso y por eso le llamó a usted cuando me vio rondando por allí. En cuanto a cómo la siguió usted hasta el apartamento en que vivía, no lo sé. Pero no creo que le resultara muy difícil. Pudo ocultarse en casa del doctor Almore y seguirla al verla salir, o pudo seguir a Lavery. Simple trabajo de rutina para un policía.

Degarmo asintió y permaneció en silencio un momento meditando. Tenía una expresión sombría, pero en sus ojos azul metálico había una chispa casi diría que de regocijo. En la habitación reinaba ese ambiente caliente y pesado del desastre ya imposible de evitar. Pero, al parecer, él era quien menos lo sentía.

—Quiero salir de aquí —dijo al fin—. Puede que no llegue muy lejos, pero no permitiré que me detenga un palurdo. ¿Alguna objeción?

—No puede ser, hijo —dijo Patton con mucha calma—. Sabe que tengo que detenerle. No se ha demostrado nada, pero no puedo dejarle que se vaya.

—Tiene usted una buena tripa, Patton. Y yo tengo buena puntería. ¿Cómo cree que va a poder detenerme?

—Eso me he estado preguntando —dijo Patton. Se rascó el cabello bajo el sombrero que llevaba echado para atrás—, pero hasta ahora no se me ha ocurrido nada. No quiero que me llene la tripa de agujeros, la verdad, pero tampoco puedo dejar que nadie me tome el pelo dentro de mi jurisdicción.

—Déjele que se vaya —le dije—. No puede escapar de estas montañas. Por eso le traje aquí.

—Pero puede herir a cualquiera que intente detenerle —dijo Patton gravemente—, y eso no estaría bien. Si alguien sale mal parado, lo mejor es que sea yo. Degarmo sonrió.

—Es usted un buen chico, Patton —dijo—. Mire, voy a enfundar el revólver y partiremos los dos de cero. Soy lo bastante rápido como para poder darle esa ventaja.

Enfundó el arma y se quedó con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y la barbilla un poco hacia delante, a la expectativa. Patton mascaba lentamente con sus ojos pálidos clavados en los mirada intensa de Degarmo.

—Pero yo estoy sentado —se quejó—. Además, no soy tan rápido como usted. Lo que pasa es que tampoco me gusta pasar por cobarde. —Me miró tristemente—. ¿Por qué me lo ha tenido que traer aquí? Éste no es problema mío. Mire en el lío en que me ha metido.

Parecía dolido, confuso y bastante débil.

Degarmo echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una carcajada. Mientras reía, su mano voló otra vez hacia la funda del revólver.

No vi moverse a Patton, pero la habitación tembló con el rugido de su Colt.

Degarmo extendió el brazo derecho con la velocidad del rayo. Su pesado Smith Wesson saltó en el aire y fue a chocar contra la pared de pino nudoso a sus espaldas. Sacudió la mano derecha y la miró con ojos llenos de asombro.

Patton se levantó lentamente. Cruzó muy despacio la habitación y, de una patada, lanzó el revólver debajo de una silla. Miró tristemente a Degarmo, que se chupaba la sangre de los nudillos.

—Me dio la oportunidad —dijo Patton sombrío—. Nunca debe dar una oportunidad a un hombre como yo. Llevo disparando más años de los que usted tiene, hijo.

Degarmo asintió, se enderezó y se dirigió a la puerta.

—No haga eso —le dijo Patton con calma.

Degarmo siguió avanzando. Llegó al umbral y empujó la puerta de tela metálica. Se volvió a mirar a Patton. Su rostro estaba ahora muy pálido.

—Voy a salir de aquí —dijo—, y sólo tiene una manera de detenerme. Adiós, gordinflón.

Patton no movió un solo músculo.

Degarmo salió. Se oyeron sus pisadas primero en el porche y luego en los escalones de la entrada. Me acerqué a la ventana y miré al exterior. Patton seguía inmóvil. Degarmo acabó de bajar los escalones y comenzó a cruzar el dique.

—Está cruzando el dique —dije—. ¿Y Andy? ¿Lleva algún arma?

—Aunque la llevara, no creo que la usara —dijo Patton pausadamente—. No sabe que haya motivo para hacerlo.

—¡Maldita sea! —exclamé.

Patton suspiró.

—No debió darme una oportunidad —dijo—. Me tenía bien cogido. Ahora no he tenido más remedio que darle una oportunidad a él. Pero es inútil. No va a servirle de nada.

—Es un asesino —dije.

—No de esa clase, hijo. ¿Dejó cerrado su coche?

Asentí.

—Andy va hacia el otro extremo del dique —dijo—. Degarmo le detiene. Está hablando con él.

—A lo mejor se va en el coche de Andy —dijo Patton tristemente.

—¡Maldita sea! —exclamé, y miré a Kingsley.

Tenía la cabeza entre las manos y miraba fijamente al suelo. Me volví hacia la ventana. Degarmo había desaparecido de mi vista. Andy cruzaba el dique y venía hacia nosotros lentamente, parándose de vez en cuando para volver la cabeza. A lo lejos sonó el ruido de un motor. Andy miró hacia la casa, se dio media vuelta y echó a correr por donde había venido.

El sonido del motor se apagó en la distancia. Cuando se extinguió del todo, habló Patton:

—Bueno, será mejor que volvamos a mi oficina y hagamos unas cuantas llamadas.

Kingsley se levantó de pronto, fue a la cocina y volvió con una botella de whisky. Se sirvió un buen trago y se lo bebió de pie. Señaló la botella con la mano y salió pesadamente de la habitación. Después oímos gemir los muelles de su cama.

Patton y yo salimos sin hacer ruido de la casa.

41

Acababa de ordenar Patton que establecieran controles de carretera cuando recibió una llamada del sargento a cargo del destacamento de vigilancia de la presa del lago del Puma. Salimos, subimos a su coche y Andy condujo a toda velocidad por la carretera que conducía al lago. Cruzamos el pueblo y llegamos a la presa. Allí nos indicaron el lugar donde el sargento nos esperaba en un jeep junto al cobertizo que hacía las veces de cuartel general.

Nos hizo una seña con la mano, puso el jeep en marcha y nosotros le seguimos a lo largo de unos cien metros hasta el lugar donde un grupo de soldados estaban reunidos al borde de un precipicio mirando hacia abajo. Varios coches se habían parado y junto a los soldados había un grupo de personas. El sargento se bajó del jeep y un segundo después Patton, Andy y yo bajábamos del coche y nos acercábamos a él.

—No se detuvo cuando se lo indicó el centinela —dijo el sargento con un deje de amargura en su voz—. Por poco le atropella. El que estaba de guardia en el centro del puente tuvo que apartarse de un salto. El que estaba de este lado lo vio todo, se hartó y le dio el alto. Pero él siguió adelante.

El sargento mascó el chicle que tenía en la boca y miró hacia el fondo del precipicio.

—En estos casos tenemos orden de disparar y eso fue lo que hizo el centinela. Cayó por ahí —dijo señalando un par de surcos claramente visibles en el borde del precipicio.

Allá abajo, a unos cuarenta metros del lugar donde nos hallábamos, se veía un pequeño automóvil estrellado contra una enorme roca de granito. Estaba casi boca arriba, un poco ladeado. Junto a él se encontraban tres hombres. Habían conseguido levantar el coche lo suficiente como para sacar algo del interior.

Algo que había sido un hombre.